

A decorative border of various flowers, including purple and yellow pansies, pink lilies, and red foxgloves, is arranged around the central text on a dark blue background.

El ayer,
nosotros
y un mañana
imposible

ABRIL CAMINO

El ayer,
nosotros
y un mañana
imposible

ABRIL CAMINO

© Abril Camino

1ª edición, mayo de 2020.

Diseño de cubierta: Abril Camino.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Sinopsis

Elena acaba de recibir la peor noticia de su vida: Javier, su marido, está muy enfermo.

Su mente se llena de preguntas. Su corazón, de despedidas. Y su memoria, de los días más felices de su vida. Porque ¿hay una forma mejor de aplastar el dolor del presente que revivir los momentos que los convirtieron en lo que son hoy?

Elena tardará poco en descubrir que hay cosas más fuertes que la mente, el corazón o los recuerdos. La voluntad. La familia. El amor. Y a todo eso se aferrará en el momento más duro de su vida para que las risas sigan siendo la banda sonora de su hogar, para que la ilusión continúe viva en el día a día de sus hijos y para que su despedida de Javier sea dulce. Para que se digan adiós sabiendo que lo vivieron todo. Que solo les falló la eternidad.

*A Juan,
por no irte cuando te fuiste,
por no dejarme marchar cuando me dejaste marchar.
Por quererme más que cuando me querías.*

«Que se detengan todos los relojes, cortad el teléfono,
impedid que el perro ladre con un succulento hueso.
Silenciad los pianos y, con apagado tambor,
sacad el féretro y dejad entrar a los dolientes.

Dejad a los aviones circular gimiendo en el aire,
garabateando en el cielo el mensaje “él ha muerto”.
Poned crespones alrededor de los blancos cuellos de las palomas.
Permitid a los agentes de tráfico portar guantes de algodón negro.

Él fue mi norte, mi sur, mi este y oeste.
Mi semana laboral y mi descanso dominical.
Mi mediodía, mi medianoche, mi charla, mi canción.
Pensé que el amor duraría para siempre. Me equivoqué.

Nadie necesita ya las estrellas: apagalas todas.
Empaquetad la luna y desmantelad el sol.
Vaciad el océano y barred el bosque.
Pues ahora ya nada tendrá sentido».

Stop all the clocks. W.H. Auden.

Prólogo

La conversación con el médico es un eco que me acompaña durante todo el camino de regreso a casa. Que tal vez me acompañará toda la vida.

—*No ha funcionado. Ahora está en el hígado y el páncreas.*

—*¿Cuánto tiempo le queda?*

—*Hablamos de... pocos meses. Semanas, quizá. Lo siento mucho, Elena.*

Después de eso, he escuchado con atención la abrumadora perspectiva que nos espera. Parches de morfina. Debilidad progresiva. Pérdida de apetito. Cansancio extremo. Infrapeso. Sangre en la orina. Sudores fríos. Náuseas. Manchas en la piel. Mareos. Problemas respiratorios. Pérdida de consciencia. Muerte.

Mi único motivo de celebración es haber decidido venir sola a la consulta. Haberle contado a Javier esa película sobre que hoy solo recogería los resultados de los últimos análisis y que no hacía falta que saliera de casa porque aún está algo débil para visitar un hospital, con todos esos virus pululando. La primera mentira. Vendrán más.

En la última rotonda antes de entrar en la urbanización, «muerte» se convierte en la única palabra que soy capaz de escuchar. Me sorprendo al descubrir que la estoy diciendo en voz alta y me quedo a medio metro de estrellar el coche contra un autobús escolar.

Tranquila, Elena. Lo peor está por llegar. No puedes derrumbarte. Te toca a ti ser la que sostiene todo. Ellos tienen derecho a su «ojos que no ven, corazón que no siente». No pueden verte llegar con los ojos hinchados y las manos temblorosas. Si alguna vez en tu vida has tenido que ser fuerte, es ahora.

Aparco en el arcén cuando nuestra casa ya se ve en la lejanía y guardo los informes médicos en su archivador. Recuerdo el día que lo compré, aprovechando una visita a la papelería para proveer a Dani de material escolar a principio de curso. Cuando se nos quedó pequeña para albergar tanto contenido la carpeta azul de gomas que había sustituido al sobre de tamaño folio que también se había quedado pequeño meses atrás. Lo meto todo en la bolsa del gimnasio y compruebo mi aspecto en el espejo retrovisor. Podría estar mejor..., pero no parece la cara de una mujer que acaba de recibir la sentencia de muerte de su marido. Del padre de sus hijos, de todo lo que conoce, de toda una vida.

Vuelvo a encender el motor y enfilo los últimos metros del camino hacia casa. Es martes. Dos y cuarto de la tarde. Mateo debe de estar a punto de llegar del instituto. Dani come los martes en casa de su amigo Luis, así que aún tardará un par de horas. Javier, si sigue encontrándose bien, como cuando salí de casa, estará viendo *Mayday: catástrofes aéreas* o enganchado al *Flight Simulator*, aunque luego me negará que eso signifique que echa de menos volar. Comeremos las berenjenas rellenas que he dejado a medio preparar esta mañana, dormiremos la siesta, nos peharemos con Mateo para que meta la cabeza en los libros y con Dani para que la levante de ellos. Yo insistiré en ver alguna película de las nuevas de Netflix, y hasta puede que lo consiga, pero Javier ya estará dormitando antes de que acaben los créditos de inicio, Mateo se pasará las dos horas wasapeando con esa chica nueva que dice que no es su novia y Dani repasará hechizos

en su cuaderno de anillas.

Y será un día normal. Salvo por la maldita circunstancia de que será uno de los últimos, de esos que ya están contados. Salvo por todo lo que yo estaré ocultando para que la bruma espesa y fétida de la muerte no los alcance a ellos también. Salvo por el adiós permanente que flota en mi cabeza.

Adiós a todo. A las mañanas de piscina y las tardes de sofá. Adiós a ese viaje a París con los niños. Adiós al apartamento en la playa del que nos encaprichamos el último verano. Adiós a las cenas especiales de los sábados. Adiós a los domingos viendo los aviones despegar desde la pista de Barajas. Adiós a la reforma del baño del dormitorio. Adiós al curso de fotografía del que llevas meses insistiéndome en que me matricule. Adiós a mil botellas de vino más en la bodega. Adiós a las noches de Harry Potter con Dani. Adiós a la barbacoa de obra en el jardín. Adiós a analizar los planes de estudio de las universidades a las que aspira Mateo. Adiós a esa escapada de chicas con Martina que llevo cuatro años posponiendo. Adiós a tu idea de volver al gimnasio, «aunque sea a hacer yoga». Adiós a las caricias entre susurros cuando los niños se han dormido. Adiós a tu voz llamándome Lena. Adiós a que alguien vuelva a llamarme Lena algún día. Adiós a ti.

Hola a los meses —«semanas, quizá»— más difíciles de mi vida.

Estoy aterrorizada.

1

Cuenta atrás

Cuando abro la puerta de casa, ya soy la otra Elena. La que llevo siendo cuatro años, desde el día en que aquel fatídico primer diagnóstico cambió el rumbo de mi mundo. La que sonrío, despreocupa, gestiona, entretiene. La que se traga el dolor, el miedo y la incertidumbre, ya no sé si para tranquilizarlos a ellos o a mí misma.

—¡Lena! ¿Eres tú? —La voz de Javier me llega desde el salón y estoy a punto de romperme, pero... no. No puedo.

—No. Soy Scarlett Johansson, que me aburría y he pasado a verte.

—Boba... —Sale a mi encuentro a medio camino del pasillo y me da un beso breve en los labios—. Pensaba que eras Mateo, que debe de estar al caer.

—Sí, lo sé. Voy a meter las berenjenas en el horno, no vaya a ser que se nos coma a nosotros si no está lista la comida cuando llegue.

Escucho su risita a mi espalda mientras me dirijo a la cocina. Me afano en sofreír bien la carne picada, la cebolla y la zanahoria, al tiempo que en el horno se van asando las berenjenas. Pongo la mesa entretanto, para mantener la mente ocupada y la mirada lejos de Javier, porque sé que se aproxima la pregunta a la que tendré que responderle con una mentira. Piadosa, supongo. O tal vez cobarde.

—¿Y qué te ha dicho el médico?

—Bueno... —Me tomo un momento para sacar la carne de la sartén; espero que esté cocinada del todo, porque en realidad solo lo he hecho para controlar el temblor de mi voz—. Lo de siempre. Sigue habiendo células tumorales y hay que seguir con tratamiento.

—Mierda.

Me doy la vuelta y lo miro. Se pasa la mano por la cara en un gesto de frustración que llevo viéndole hacer toda la vida, pero que nunca ha tenido un significado real hasta que enfermó. Puede que haya decidido no contarle la verdad, pero al menos se merece mi mirada. Y mis palabras.

—Lo siento. Al menos... ya no será quimio. Ni tendrás que ingresar. Vendrá un médico por las mañanas para controlar cómo sigues y administrarte la medicación necesaria.

—¿Un médico? ¿Aquí, a casa? —Frunce el ceño y temo que sepa leer dentro de mí.

—Sí. Mucho mejor. Más cómodo. Más tranquilo.

—¿Y cuándo me vuelven a mirar en el hospital?

—En tres meses.

La llegada de Mateo es providencial. Javier y yo nos volvemos al mismo tiempo hacia la entrada al escuchar el sonido de la cerradura de la puerta principal, seguido por el estruendo habitual de Mateo: la mochila cayendo contra la pared, dejando esa marca negruzca por la que siempre le chillo, las llaves tiradas de cualquier manera sobre la mesa, su saludo a gritos... Solo espero que nunca tenga que ganarse la vida allanando casas, porque tardaría muy poco en caer.

Todo lo desastre que es nuestro hijo mayor en tantos aspectos de su vida se nos olvida en

cuanto entra en la cocina, nos da un beso a cada uno y se sienta a la mesa con el tenedor en una mano y el cuchillo en la otra.

—¿Qué hay de comer?

—¿Nos quieres por algo más que porque te alimentamos? —le pregunto, al tiempo que le doy una colleja suave por la que él se queja más de la cuenta—. Berenjenas con carne picada.

—¿El enano está en casa de Luis?

—Sí.

—Pues me pido su ración.

Pongo los ojos en blanco, sirvo los platos y, de repente, todo se tiñe de una apariencia de normalidad que es lo único que me permite respirar. Mateo devora como si no hubiera un mañana y eso impide que se note demasiado que Javier y yo apenas lo hacemos. Yo, porque tengo un nudo en la garganta que deja pasar poco más que el agua. Javier, porque el maldito cáncer hace que la mayoría de las comidas le sienten mal y ha aprendido a moderarse, a comer poco y despacio. Ya casi ni recuerdo la época en que era igual de glotón que su hijo mayor.

Mateo no pregunta por el médico porque no tiene ni idea de que esta mañana yo me he acercado a la consulta a recibir la sentencia final. Todo en casa en los últimos cuatro años ha sido una sucesión de pequeñas mentiras y grandes omisiones de información, que ha alcanzado a todos los miembros de la familia. La primera vez que diagnosticaron a Javier, Mateo tenía catorce años y Dani, solo cinco. Decidimos no contarle nada al pequeño más allá de un «papá está un poco malito» y con Mateo sí nos atrevimos, tras darle muchas vueltas, a decir la palabra «cáncer», pero asegurándole, aun en medio de nuestra propia incertidumbre, que todo iba a salir bien. Y salió bien. Javier pasó un infierno de cirugía, quimioterapia y radioterapia, pero, más o menos un año después del diagnóstico, estaba limpio. Luego vino la tregua de dos años, la recaída, más tratamiento, más quimio, más dolor y más miedo. Hasta ahora. La segunda vez sí le contamos todo a Mateo, y a Dani le hicimos una versión edulcorada que se creyó a pies juntillas.

Y desde hoy solo yo sabré la verdad. El oncólogo de Javier ha dejado en mi mano la decisión de contarle lo que yo quisiera: la verdad, la mentira o una versión intermedia. Aunque por su cara no me quedaron demasiadas dudas de que él consideraba que Javier tenía derecho a conocer la verdad sobre su vida. Sobre su muerte. Probablemente estuviera en lo cierto, pero yo he preferido agarrarme a las palabras de nuestro médico de cabecera unos minutos después, cuando acudí a su consulta en estado de *shock* a recoger unas recetas y una dosis de consuelo. Me dijo que él preferiría no saberlo; que no le vería sentido y solo convertiría sus últimos días en una agonía aún mayor. Así que decidí callar. Lo que aún no sé es de dónde sacaré las fuerzas para mentir a todo el mundo. Bueno..., a todo el mundo menos a una persona.

En cuanto acabamos de comer, Mateo sube a su cuarto a estudiar; le quedan dos exámenes para acabar el Bachillerato y, aunque por su actitud siempre parece que se le pasea el alma por el cuerpo, todos sabemos que se está tomando muy en serio lo de sacar las mejores notas posibles para entrar en la carrera que quiere. Javier se tumba en el sofá y no aguanta ni dos minutos de *Saber y ganar* antes de quedarse dormido. Y yo salgo al jardín, aprovechando el sol suave de esta primavera tardía, para llamar a la persona que tiene que convertirse en mi línea de vida en los próximos meses. Quizá... para siempre.

—¡Hola, Ele! ¿Qué tal todo?

—Martina... Dime que te pillo en Madrid.

—Sí, claro. ¿Qué pasa?

—¿Podemos vernos? En plan... ¿ahora?

—Salgo del trabajo ya y me voy a tu casa.

—No, no, Marti... ¿Podemos vernos en el lago?

—Claro. Veinte minutos.

—Gracias, cielo. —Se me escapan las emociones en la despedida, aunque Martina ya ha colgado y estará corriendo de un lado a otro de su oficina dejando todo cerrado para venir al rescate.

Conocí a Martina el primer día de universidad. Yo me encontraba algo perdida, porque llevaba toda la vida rodeada por la misma gente, en mi instituto del barrio, con un hermano mayor que me protegía de forma un poco desproporcionada y Javier, su mejor amigo, del que llevaba enamorada desde que tenía memoria y que en los últimos años de Bachillerato ya se había convertido en mi novio. Cuando llegué a la facultad de Periodismo de la Complutense con dieciocho años casi recién cumplidos, Martina me cayó en gracia como compañera de mesa gracias al bendito orden alfabético. Y desde entonces no nos hemos separado. Lo hemos vivido todo juntas. Lo bueno, lo malo y lo que queda en medio.

Nuestras vidas no han podido seguir caminos más diferentes. Con casi cuarenta y un años, ella sigue soltera y quemando la noche de Madrid, mientras yo tengo un hijo ya a punto de entrar en la universidad —y al que su madrina se ha encontrado unas cuantas veces de fiesta por Malasaña, todo hay que decirlo—. Martina es directora de comunicación de un importante museo de arte y yo he dado tantos tumbos en mi vida laboral que no sé muy bien ni dónde estoy. Ella siempre ha sido soñadora; yo, pragmática. Ella se enamora dos veces al mes; yo solo me he enamorado una vez. Pero da igual cuántos contrastes haya entre nosotras; es la mejor amiga que podría soñar en mi vida. En cualquier momento, pero más en este que en ninguno.

Garabateo una nota para Javier, avisándolo de que voy a dar un paseo por la urbanización y de que llevo el móvil por si necesita algo cuando despierte. En realidad, el *lago* en el que he quedado con Martina es el nombre algo pretencioso que los vecinos de la zona damos a una especie de embalse que separa mi urbanización de la de al lado, y que es demasiado pequeño para tener alguna utilidad y demasiado grande para ser una fuente ornamental. Es el lugar favorito de todos los vecinos para ir a correr o a disfrutar de la escasa brisa que el verano de Madrid nos regala.

Me siento en el césped a esperar a Martina. La siesta parece tener mayor aceptación que el *running* a estas horas, y lo agradezco, porque no me apetece compartir este momento con nadie más que con ella en cuanto llegue. Y espero que lo haga pronto porque puede que desee la soledad, pero también sé que es el mejor caldo de cultivo para las preguntas que acechan mi mente en cuanto el silencio me rodea. ¿Cuándo será? ¿Cómo será? ¿Qué sentiré? ¿Cómo sobreviviré?

—Ele...

Cuando Martina llega, mi cara está empapada por unas lágrimas que ni recuerdo cómo empezaron a brotar. Se sienta a mi lado, me mira, espera. He llorado en su hombro tantas veces en los últimos cuatro años que ya sabe más o menos los tiempos. Cuánto durará el llanto histérico, cuánto los sollozos, cuándo llegará la calma.

—¿Qué ha pasado, Elena? —me pregunta al fin.

Me tumbo hacia atrás en el césped, sin importarme que la chaqueta blanca se me llene de verdín. Me tapo los ojos con las manos, porque hasta la claridad me molesta. Y lo digo. Al final, consigo decirlo.

—Se acabó, Marti. —Resoplo—. Se muere.

—¿Qué?

Vuelvo a mi posición inicial, sentada en el césped, con los brazos abrazándome las rodillas y

la cabeza baja. Creo que ni siquiera recuerdo lo que es levantarla. Levantar cabeza.

—He ido al médico esta mañana. La quimio no ha funcionado. Hay metástasis en el hígado y en el páncreas. Lo único que se puede hacer es aplicarle cuidados paliativos para alargar lo inevitable en la medida de lo posible... o para hacerlo menos duro para él. —No sé ni cómo he conseguido soltarlo de golpe. Supongo que por eso, porque solo del tirón, como el párrafo de un libro de texto aprendido de memoria, puedo sacar fuera unas palabras que condensan tanto dolor.

—Pero... —Martina se pasa la mano por el pelo corto, nerviosa, como siempre. Bueno, no como siempre; más, mucho más—. ¿Habéis buscado una segunda opinión?

—No hay segunda opinión, Marti. Había dos opciones, que el tratamiento funcionara o que no. Sabíamos que había muchas menos posibilidades de éxito que la primera vez y... así ha sido.

—¿Cómo está él?

—No se lo he dicho.

—¿No...?

—No pienso decírselo. Al menos hasta que sea ya tan obvio que él mismo se dé cuenta. Y no me preguntes si creo que es lo correcto porque no tengo ni idea. En este momento, lo único que sé es que de decírselo estoy a tiempo. Y que, si lo hago ya, no habrá vuelta atrás.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Con un par, Martina. Como todo en los últimos tiempos.

—Ya... ¿Y en la práctica?

—Un médico de paliativos vendrá a verlo todas las mañanas de lunes a viernes. Le mirará las constantes, se encargará de los imprevistos que vayan surgiendo en el día a día, que serán demasiados, por lo que me han dicho. Le dará un tratamiento, más suave que la quimio, y se lo irá controlando. Empezamos mañana.

—¿Vas a contárselo a tus padres?

—No. No sé ni cómo lo podrán asimilar, de verdad... —Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas al pensar en ellos, en el dolor que sé que sufrirán y en cómo yo no seré capaz de consolarlos—. Siento mucho cargarte con esta responsabilidad, pero... mientras pueda conseguir ocultarlo, la única que lo sabrá serás tú.

—No es ninguna responsabilidad. Es una pena, joder, una pena enorme.

—Ya lo sé.

Nos quedamos las dos en silencio. Yo echo vistazos rápidos al móvil, por si Javier me llama, aunque debe de seguir durmiendo; o quizá ha despertado y se ha enganchado a algún documental en la tele. Por suerte, desde que acabó el último ciclo de quimio, se encuentra bien. Está débil, ha adelgazado tanto que a veces ni recuerdo cómo era antes de la enfermedad, duerme más de lo que era habitual en él y el pelo todavía está empezando a crecerle..., pero está bien. Sea lo que sea ese «bien». Se vale por sí mismo, hace su vida, come lo que puede, sale a dar paseos por la urbanización y hasta habla de ir retomando algunas rutinas de la vida anterior a la recaída. Sé que pronto eso cambiará, que empeorará día a día hasta acabar apagándose, y solo quiero volver a casa corriendo para disfrutar de cada segundo. Disfrutarlo y sufrirlo a la vez. Pero con él. Mientras pueda, siempre con él.

—Te acompaño a casa —me dice Martina, que ha sabido leerme el pensamiento desde que teníamos veinte años.

—Vale.

Caminamos en silencio. La urbanización en la que vivimos desde hace casi quince años está a las afueras de Madrid, en el norte, pero el ambiente es tan tranquilo que bien podría encontrarse en cualquier pueblo perdido de la meseta. Este era el sueño de Javier, desde siempre: huir de la

ciudad, tener una casita, ver a los niños disfrutar del aire libre.

Qué grande se me va a hacer este lugar cuando él no esté...

—¿Y los niños? —me pregunta Martina cuando casi estamos llegando.

—No lo saben. Ni lo sabrán hasta que sea inevitable.

—¿Mateo está bien?

—Mateo... está. —Suspiro al pensar en mi hijo mayor; en cómo su vida se puso del revés cuando su padre enfermó y en cuánto le costó encontrar el camino de vuelta—. Ahora está centrado en los exámenes finales y luego vendrá la Selectividad, así que al menos está distraído.

—¿Y Dani?

—¿Dani? Dani está demasiado centrado en su canal de YouTube como para darse cuenta de lo que pasa a su alrededor. En estos momentos, la verdad..., me parece una bendición.

Martina asiente y seguimos caminando. De repente, la escucho soltar una carcajada y me vuelvo hacia ella con los ojos como platos.

—¿Qué?

—A ratos me olvido de que tienes un hijo *youtuber*. Y cuando me acuerdo me descojono de risa, perdona, no puedo evitarlo.

—Marti... —Quiero reprenderla, pero se me escapa la risa a mí también—. Tienes razón, es surrealista.

—Ya tiene diecisiete mil seguidores.

—Dime que no ves los vídeos.

—Estoy suscrita. Me llega una notificación cuando cuelga uno nuevo.

—Todos los jueves a las seis de la tarde. Eso te lo podía decir yo sin necesidad de notificaciones.

—Y parecía que lo peor que te podría pasar era lo de Javi...

—Marti, aún no ha llegado el momento en que puedes sacar el humor negro con esto. De hecho, es muy probable que ese momento nunca llegue.

—Perdón —me dice, pero vuelve a reírse.

—¿Quieres entrar a saludarlos? —le pregunto cuando ya estamos delante de la puerta.

Ella no me responde. No con palabras. Me atrae hacia ella en un abrazo apretado, de esos que no se parecen en nada a un gesto rutinario. De los que salen de las entrañas. Me estruja tanto que me duelen las costillas, pero al mismo tiempo me alivia el alma.

—No, no quiero entrar. Ya vendré mañana a verlos. Hoy soy solo tuya, pequeña. Hoy y cuando lo necesites. Tú llámame y yo vendré. —Su gesto y sus palabras hacen que vuelvan las lágrimas a mis ojos, porque me recuerdan demasiado a otro momento y otro lugar; a otro duelo—. Siempre.

Asiento frenética, porque necesito que entienda que lo sé. Que sé que siempre estará a mi lado, que siempre lo ha estado. Que será mi sostén, el pilar central de mi supervivencia en los próximos meses. O semanas. Casi ni recuerdo lo que era mi vida antes de que llegara. Junto a ella me hice mayor, salí de aquel círculo de protección que era mi lugar favorito del mundo, con mi hermano Miguel a un lado y Javier al otro. Juntas soñamos con una vida de una punta a otra del mundo, con una cámara de fotos y un ordenador desde el que mandar las crónicas de cómo caían los gobiernos, se casaban los príncipes o se disolvían las fronteras. Ninguna de las dos llegó a conseguirlo, porque nuestros objetivos cambiaron por el camino, pero soñamos muy alto y muy fuerte en aquellos años.

Pero sí hubo un tiempo anterior a aquel de la universidad. Una época en que fui una niña que idolatraba a su hermano mayor y que se enamoró de su mejor amigo antes siquiera de saber lo

que significaba ese sentimiento. Antes de saber que duraría para siempre. Hubo un tiempo en que Javier y yo aprendimos a volar juntos.

I

Aprendimos a volar

En 1993 había una guerra en Europa, medio mundo bailaba la *Macarena* y yo cumplí quince años. Me sentía muy mayor después de terminar mi primer año de instituto y, aunque apenas acababa de empezar el mes de julio, ya estaba deseando que llegara septiembre para volver a clase. Que pasaran rápido las semanas en el pueblo, el mes obligatorio en Irlanda estudiando inglés y las tardes de piscina en el barrio. Aunque no tardaría demasiados años en añorar esos veranos tranquilos, sin más responsabilidades que descansar y disfrutar, en aquel momento mi obsesión era volver a verlo a diario. A él, a Javier, al mejor amigo de mi hermano Miguel, del que llevaba enamorada tantos años que ya ni recordaba cómo era no estarlo.

Y tampoco recordaba un momento de mi vida en que él no hubiera estado ahí, como una presencia constante. Como mis padres, mi hermano o el grupo de amigas con las que compartía colegio desde los primeros cursos de Infantil.

Javier y yo crecimos en el mismo barrio de Madrid, fuimos al mismo colegio, después al mismo instituto y pasábamos las tardes juntos en mi casa. Bueno..., quizá «juntos» no sea un término demasiado preciso. En realidad, Miguel y él pasaban las tardes juntos en el cuarto contiguo al mío y yo trataba de colarme allí cuando mi hermano me daba una tregua, lo cual ocurría cada vez con más frecuencia, no sé si porque veían que me estaba haciendo mayor y la diferencia de edad no pesaba tanto o porque mi persistencia era más fuerte que sus reticencias a hablar de sus «cosas de chicos» delante de mí.

Era agradable estar allí, en aquel cuarto, rodeada por dos de las personas a las que más quería en el mundo. Si cierro los ojos, aún puedo recordar los olores, los sonidos, las sensaciones, como si no hubieran pasado más de veinticinco años. Sus conversaciones —sobre chicas, sobre fútbol o sobre el futuro— imponiéndose por encima de la música de Nirvana. El olor a perro mojado de sus mochilas los días que tenían clase de Educación Física o entrenamiento de fútbol. La sensación de saber que, aunque Miguel protestara por mi presencia un día sí y otro también, no habría ningún lugar en el mundo en el que me sintiera más protegida que en aquella habitación.

Y el «bum bum». Ese redoble de tambores que hacía mi corazón cada vez que mi hermano iba al baño y yo me quedaba a solas con Javier. Cada vez que me prestaba una atención que Miguel me negaba. Cada vez que me llamaba «Lena», que me parecía un nombre mucho más *cool* que Elena y con el que había decidido bautizarme unos meses antes, al entrar en el instituto, con un fracaso rotundo, porque todo el mundo, menos él, seguía llamándome por el nombre que me habían puesto mis padres. Para él, desde aquellos años adolescentes, siempre fui Lena. Siempre seré Lena.

Él también tenía sus rarezas con su nombre. Odiaba que lo llamaran Javi, pero, igual que yo, no había tenido ningún éxito con sus amigos. Solo su abuela y yo lo llamábamos Javier y que esa pequeña manía sobre nuestros nombres nos uniera era una de las mil cosas que a mí me parecía que teníamos en común.

Estaba loca por él. Llevaba así desde que éramos unos críos y nada hacía indicar que fuera a

pasárseme. Había conocido a otros chicos, me había enrollado con unos cuantos en mi primer año de instituto, porque eso era lo que hacíamos todas las chicas de mi clase los viernes cuando íbamos a una discoteca *light* de la zona de Moncloa, pero daba igual lo guapos, simpáticos o inteligentes que fueran los demás... Para mí, Javier era un hombre y todos aquellos, poco más que unos críos. Esa, al menos, era mi perspectiva cuando estaba a punto de cumplir quince años.

Una de las cosas que más me gustaban de Javier era que tenía muy claros sus sueños. Mientras mi hermano, a un año de entrar en la universidad, aún dudaba si estudiar Ingeniería, Derecho o Empresariales, Javier no había titubeado ni una vez en su decisión de convertirse en piloto de aviones. A mí aún me quedaban tres años para decidirme, y falta me hacían, porque un rato quería ser periodista, al siguiente, psicóloga y, un poco más tarde, pediatra. Tal vez por eso admiraba tanto aquella determinación de Javier, lo claras que eran sus ideas, lo planificada que tenía una hoja de ruta sobre la que construiría todo su futuro.

La vida de Javier no había sido fácil, pero lo había parecido, gracias al esfuerzo de su abuela y al apoyo de Miguel, que era su mejor amigo desde tiempos inmemoriales. La historia de su infancia era una más de las muchas que se llevó por delante la droga en los ochenta. Su madre se había quedado embarazada cuando estaba enganchada, su padre había desaparecido del mapa y, después de unos primeros años bastante tormentosos que, por suerte, él no recordaba, su abuela se había hecho cargo de su custodia poco antes de que su madre muriera en prisión. La abuela Pura era el centro de su vida, la única familia que había conocido, aparte de la mía, que siempre lo había acogido casi como a un miembro más.

Y sí, yo estaba enamorada de él como solo se puede estar a los quince años, porque me encantaba esa madurez que mostraba con respecto a su futuro y el cariño infinito que sentía por su abuela, pero, para qué mentir..., a aquella edad lo que de verdad me deslumbraba era que estaba tremendo. Era alto, moreno, con unos ojos verdes casi transparentes y un cuerpo trabajado a fuerza de mucho deporte que no se cortaba nada en mostrar cuando jugaba sin camiseta al baloncesto en las pistas del instituto. Me volvía loca. *Bum bum*. Se me disparaban las pulsaciones solo con mirarlo y las hormonas adolescentes no ayudaban precisamente a que me lo tomara con calma. No sé si aquello era amor, pero se le parecía mucho.

Pocos días antes de cumplir quince años, ya había trazado toda una estrategia de conquista junto a Ainhoa y Esther, mis mejores amigas de la época, que yo creía que eran las únicas custodias del gran secreto de mi enamoramiento por Javier. Con el paso de los años, descubrí que mis padres lo sabían, mi hermano lo sabía, medio instituto lo sabía y el propio Javier lo sospechaba, pero yo pensaba que no se me notaba nada de nada.

La estrategia de conquista pasaba por celebrar mi cumpleaños con una fiesta *de mayores* en mi casa. Tendría que ser el primer viernes de julio, porque al día siguiente nos marchábamos al pueblo a pasar todo el mes y después llegaría agosto y el curso de inglés en Irlanda. Lo preparamos todo con precisión milimétrica, invitamos a doce o quince compañeros de clase y hasta conseguí que mis padres prometieran no aparecer por el piso entre las siete de la tarde y las once de la noche. Miguel no pensaba salir, para variar, porque a la mañana siguiente tenía un partido de fútbol contra los chicos de otro instituto con los que había una rivalidad eterna, y Javier dormiría en nuestra casa esa noche para que mi padre los llevara a primera hora a la cancha donde iba a jugarse ese duelo. Era todo perfecto. Mi estrategia no tenía nada que envidiarle a una táctica militar de guerra.

Las cosas se torcieron casi antes de que la fiesta empezara. Ese día había huelga de transportes en Madrid, así que, de los diecisiete invitados originales, solo llegaron cuatro. Ainhoa, Esther, un compañero de clase que no tardó en desertar al descubrir que era el único

chico de nuestra edad y Javier, que en realidad no era mi invitado, pero yo lo incorporé a esa lista, aunque solo fuera para que no se convirtiera en la fiesta de cumpleaños más patética de la historia. Y como anfitriones, Miguel y yo, que me había esforzado en vestirme a la moda y en realidad me sentía como un leñador de Nebraska. Nunca entenderé cómo las adolescentes de los noventa sobrevivimos a la estética *grunge* sin traumas psicológicos. Para acabar de completar el desastre, mis padres, muy sabios ellos, habían hecho desaparecer todo el alcohol del frigorífico y del mueble-bar del salón, a excepción de un *pack* de seis cervezas con el que se habían hecho Miguel y Javier en cuanto entraron por la puerta.

La fiesta fue un desastre, yo me sentí como una cría tonta y a las nueve de la noche ya solo quedábamos en casa Miguel, Javier y yo. Como el calor de aquel dos de julio en Madrid era insufrible y mis padres aún no habían instalado el aire acondicionado en casa, decidí bajar a la plaza de detrás del edificio a refrescarme al lado de la fuente y a estrenar el Walkman que me habían regalado mis padres (¡y que tenía *autoreverse*!) con el *Nevermind*, la cinta de Nirvana que había sido la única buena sorpresa de la noche, por cortesía de Esther y Ainhoa.

Llevaba un buen rato con los pies a remojo en la fuente cuando me sobresaltó la presencia de Javier a mi lado. La noche ya había caído sobre Madrid y mis padres me echarían una buena bronca si se enteraban de que estaba allí sola, pero aún faltaba un rato para que regresaran.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, mientras él me miraba con unos ojos brillantes que supuse que tenían algo que ver con la cerveza que traía en las manos.

—Yo también tengo un regalo para ti.

—¿Ah, sí? —Agradecí que la noche ocultara mi sonrojo y me puse nerviosa ante la visión de un paquete de tamaño mediano envuelto de una forma algo chapucera. *Bum bum*.

—Toma.

Lo desenvolví con manos temblorosas y me encontré con una cámara de fotos pequeña, de color negro, de la marca Kodak. Yo llevaba meses quejándome de que la vieja Werlisa de mis padres no tenía *flash* y eso me parecía un obstáculo insalvable en mi futura carrera como reportera de guerra.

—Pero... Esto es...

—No es ninguna maravilla de cámara, pero tiene el *flash* integrado. Y acepta carretes de hasta treinta y seis fotos, ya tiene uno montado dentro. —Lo miré y vi que sonreía de forma tímida, algo que no era nada habitual en él; quizá mi sonrojo era contagioso.

—Pero ¿cuánto dinero te ha costado esto?

Javier era muy cuidadoso con sus gastos. Se había estado informando durante meses de las diferentes opciones para convertirse en piloto y solo había dos: entrar en el ejército y cumplir servicio allí durante al menos diez años antes de poder dar el salto a una aerolínea comercial o matricularse en una escuela privada en Cuatro Vientos que costaba un dineral. A él no lo convencía la primera alternativa, porque se agobiaba ante la idea de estar atado durante una década, y prefería la opción privada. Por suerte, su abuela se había encargado de ahorrar hasta la última peseta de su pensión y de alguna herencia familiar para poder costearle los estudios que él quisiera en el futuro, pero precisamente por esa política de ahorro la economía del día a día en su casa no estaba para grandes alegrías.

—Sería de muy mala educación que te contestara a eso. —Nos dio la risa a los dos; Javier se descalzó y sus pies empezaron a chapotear también en el agua templada de la fuente. Han pasado más de veinticinco años y aún recuerdo cómo la brisa agitaba el flequillo de mi pelo rubio y la presencia de Javier a mi lado me parecía el mejor regalo de cumpleaños posible—. La he comprado en una tienda de segunda mano. Me han asegurado que está en perfecto estado, pero

tengo el recibo por si quieres cambiarla.

—No la cambiaré. —Lo que no le dije fue que no cambiaría aquella cámara ni aunque no funcionase; a esas alturas, las mariposas de mi estómago parecían ir pasadas de anfetaminas—. Muchísimas gracias, Javier.

Me acerqué un poco a él para darle un pequeño abrazo, que era lo más intrépido a lo que me atrevía en aquel momento, y algo se prendió en el ambiente. Tanto que sentí que había un «ahora o nunca» en el aire. Noté su mirada clavada en mis labios de esa manera en que solo ocurre cuando un beso se convierte en deuda. Nuestros alientos se rozaron, me fijé en que él tragaba saliva con dificultad y cerré los ojos.

El beso llegó. Claro que llegó. Y, aunque no fuera cierto, creí que era el primero de mi vida. Quizá era el primero que me daban de verdad, o el primero que yo recibía con la sensación de que llevaba una eternidad esperándolo. Nuestras lenguas se encontraron y me pareció que me había hecho mayor de repente, pero él se apartó demasiado pronto.

—Tu hermano va a matarme. Lena... Esto es una idea horrible —me dijo, señalándonos a ambos consecutivamente, pero no me dolió oírlo, porque su cuerpo, aún pegado al mío, contradecía sus palabras.

—¿Por qué?

—Eres una niña, joder. —Apartó la mirada de mis ojos y yo sentí que la brisa se convertía en un aire helado al perder ese punto de apoyo.

—Acabo de cumplir quince años.

—Eso es ser una niña.

—No, no lo es. Al menos..., si tú no tienes cuarenta y tres. No tienes cuarenta y tres, ¿no?

—No. —Se le escapó una carcajada—. Pero tengo diecisiete.

—¿Y eso qué es? ¿Dos años? ¿De verdad te parece tanto? —No se puede negar que, cuando quería conseguir algo, iba a por ello con todo.

—A tu hermano se lo parecerá.

—Mi hermano no está aquí.

—Eso es cierto.

—Y yo te gusto —me la jugué.

—Sí que me gustas.

Su mano se posó en mi melena y me acercó a él. Las yemas de sus dedos me acariciaron hasta que sentí que los pelos de la nuca se me erizaban. Nuestros labios se rozaron, se tantearon... y supe, aunque yo también tenía los ojos cerrados, que los dos estábamos sonriendo. Las lenguas volvieron a encontrarse y nuestros alientos se fundieron en uno solo. Supongo que seguí respirando por puro instinto, porque el mundo parecía haberse detenido y yo estaba encantada de que así fuera. Quería quedarme a vivir para siempre en aquel segundo.

¿Fue así, Javier? ¿O lo he idealizado en la memoria para que encajara en esa imagen que nos vende la ficción de lo que debe ser el beso perfecto? Hace tantos años que la línea entre realidad y recuerdo es demasiado maleable. Aunque algo sí aprendí aquella noche: que el beso perfecto solo depende de la persona a la que se le regala.

Nos separamos y, pese a que el pánico a que ocurriera de nuevo me invadió durante un momento, no vi arrepentimiento en los ojos de Javier. Solo una sonrisa de oreja a oreja, sincera y..., por qué no decirlo, algo hambrienta. Ese gesto encendió mis ganas y me lancé de nuevo a sus brazos en un beso que fue menos tierno pero más nuestro.

—Pero ¡qué coño...?!

La voz de Miguel nos interrumpió cuando las manos empezaban a moverse con más rapidez

de lo que habíamos pretendido. Los dos nos separamos algo asustados y Javier se levantó de un salto. De los bajos de sus pantalones saltaron gotas de agua que salpicaron el suelo de baldosas grises de la plaza.

—Miguel, yo...

—¡Es que sabía que iba a pasar, joder!

—¡Miguel! —intervine—. No tienes ningún derecho a...

—¡Cállate, Elena! ¡Y sube a casa! Papá y mamá deben de estar al caer. —La orden de mi hermano fue furibunda, pero yo la ignoré.

—Sí, hombre... Que ahora me vas a decir tú dónde puedo estar.

—¿Tú eres tonta o qué te pasa?

—Déjala en paz, Miguel. ¿Podemos hablar tú y yo un momento?

—¡No! Porque te voy a partir la cara, más que nada.

—¡No te vayas de macarra, *pringao*! ¡Que no te pega nada! —seguí metiendo cizaña contra Miguel, aunque sin darme cuenta de que era eso lo que hacía.

—¡Lena, cállate! —me gritaron los dos al unísono, aunque en la cara de Javier había un gesto de disculpa.

—No me da la gana de que mi hermana sea una de las cuatrocientas tías con las que te has enrollado este año.

—¿Quieres hacer el favor de callarte? —La mirada de Javier escupía fuego y yo empecé a sentir que sobraba en aquella conversación.

—¿No es eso lo que estás haciendo?

—No... No es eso lo que estoy haciendo.

—¿Ah, no? ¿Y qué está pasando aquí?

—¿Podemos hablarlo en privado, Miguel?

—¡No! ¿Por qué cojones quieres tener una charla que no nos apetece a ninguno de los dos?

—¡Porque no quiero que te enteres de que estoy loco por tu hermana desde hace casi un año antes de que ella lo sepa!

Fue como la escena de una película. Una de esas en las que el protagonista desvela algo que todo el público lleva horas esperando escuchar y, cuando lo hace, hay unos momentos eternos de silencio. A mí me podría haber dado tiempo a contar las farolas que iluminaban la plaza, las estrellas que se cernían sobre nosotros y hasta a calcular la fase lunar. Todo eso y mil cosas más podría haber hecho si no hubiera perdido la capacidad de pensar, y si no tuviera que estar concentrada en que no me diera un infarto.

—Y, al final, resulta que ha sido exactamente eso lo que he hecho.

La confesión de Javier hizo que a los dos se nos escapara la risa, pero Miguel seguía frunciendo el ceño a pocos pasos de nosotros.

—¡Cabrón!

La noche acabó con Javier curándose una ceja rota, Miguel poniéndose hielo en los nudillos y refunfuñando que aquello no podía salir bien y yo... yo subida a una nube de la que no quería bajarme jamás.



Nos escribimos mucho aquel verano. No *wasaps* ni *mails*, claro, sino cartas. No me extraña que mis hijos nos consideren a veces prehistóricos.

Miguel se pasó el mes entero en el pueblo protestando, convencido de que aquella aventura iba a acabar conmigo hecha pedazos y su amistad con Javier, rota. Yo no dejaba de preguntarme de qué momento del siglo *xvi* se había escapado mi hermano para estar tan preocupado por mi honra. Y cruzaba los dedos para que se equivocara, porque no podía evitar que me pareciera algo irreal que Javier me quisiera como yo lo quería a él. Tal vez era precipitado hablar de amor, cuando éramos poco más que dos adolescentes que solo habían compartido un par de besos a la luz de la luna y una despedida a la mañana siguiente que para mí fue desgarradora y que él pareció querer prolongar hasta que mi padre insistió por cuarta vez en llevarlos a aquel partido.

Su primera carta me sorprendió. Él conocía la dirección de la casa del pueblo de mis abuelos, porque alguna vez se había intercambiado paquetes con mi hermano en veranos anteriores. A mí estuvo a punto de darme un infarto cuando me encontré un sobre con su letra, que me sabía de memoria, pero con mi nombre y no el de Miguel escrito en él. Así empezó una correspondencia que aún guardo en una caja en el sótano, con la que algún día me encantaría reconstruir la historia de unos años tan ingenuos que me cuesta creer que Javier tuviera más o menos la misma edad que tiene ahora nuestro hijo mayor.

Éramos muy inocentes, muy naif. No había grandes declaraciones de amor en aquellas cartas, sino una simple narración día a día de las actividades a las que dedicábamos el verano. Yo le hablaba de baños en el río, de verbenas a las que me dejaban escaparme con Miguel y de las fotos que hacía con aquella cámara que era mi mayor tesoro. Él me contaba que había encontrado un trabajo de pocas horas en el chiringuito de la piscina del barrio, que pasaba las tardes con su abuela viendo la tele y que esperaba poder irse unos días a Cádiz en agosto con unos primos a los que veía poco, pero a los que les tenía mucho cariño. La correspondencia siguió en mi mes en Irlanda, cuando yo ya descontaba los días para el regreso a Madrid y la incertidumbre de qué pasaría entonces me carcomía por dentro.

El reencuentro fue a principios de septiembre. Y se llevó consigo los miedos, las dudas y hasta los comentarios inoportunos de mi hermano. Nos convertimos en novios, si es que no lo habíamos sido hasta entonces. Mi padre torció bastante el morro cuando se enteró, pero acabó entrando por el aro, más que nada porque, ya de aceptar que su hija de quince años tuviera un novio formal, mejor que fuera un buen chico conocido que cualquier otra opción. Mi madre y la abuela de Javier estaban tan encantadas que ya nos imaginaban casados y con niños, aunque nosotros saliéramos corriendo cada vez que se les iba de las manos la ilusión. Miguel asumió que yo ya nunca me iba a ir de su grupo de amigos y se convirtió en nuestro mayor fan.

Éramos unos horteras. Unos horteras enamorados, que es el peor tipo de hortera que hay. Y en los años noventa, encima, lo cual se traduce en que, a mitad de curso, ya llevábamos cada uno medio colgante de aquellos con forma de corazón que se dividían en dos partes; y con nuestras iniciales grabadas, nada menos. Pasábamos juntos toda la mañana en el instituto, por las tardes nos apuntamos a la misma clase en la Escuela de Idiomas y los fines de semana hacíamos equilibrios entre lo que teníamos que estudiar y las muchas ganas de divertirnos.

Salimos aquel Fin de Año juntos por primera vez. Yo, con un vestido horrible con encajes en las mangas y un moño italiano, con el que parecía una señora de cincuenta y siete años; Javier, con un traje de mi padre que le quedaba tan grande que resultaba difícil encontrarlo dentro. Pero nosotros nos veíamos guapos, mayores, tan enamorados que nos creíamos invencibles.

Los meses pasaban y nosotros nos queríamos cada día más. Aprovechábamos cada momento en que mi casa estaba vacía para tocarnos, para tenernos. Yo pensaba que Javier tendría alguna

experiencia con aquella fama de *playboy* que le había colgado mi hermano, pero resultó que no había llegado a acostarse con ninguna chica. Esperamos unos meses antes de decidimos a hacerlo, porque era lo que se llevaba entonces, sobre todo a los quince años. Y cuando ocurrió, fue muy diferente a lo que siempre había imaginado. No hubo un camino de velas desde la entrada hasta la cama, ni pétalos encima del edredón, ni una música suave sonando en el equipo de música de mi cuarto. En realidad, se nos escapó la excitación de los jueguecitos en los que llevábamos inmersos toda la tarde y nos decidimos a ir más allá cuando ya faltaba poco para que mis padres regresaran del cine. El primer condón se rompió mientras se lo ponía con manos nerviosas, tardamos una eternidad en abrir la funda en el segundo intento, me dolió, no estuve ni cerca de un orgasmo y, cuando escuchamos el ascensor subir y nos entró la paranoia de que podrían ser mis padres, Javier acabó corriéndose a medio camino entre mi vagina y su mano. Y aun así... fue jodidamente perfecto.

Cuando se acercaba la primavera, Javier encontró la escuela de pilotos en la que quería formarse y, aunque la carrera y las horas de vuelo eran tan caras que su abuela tuvo que vender las pocas tierras que tenía en un pueblo de Extremadura para asegurarse de que podría costeárselas, todos estábamos seguros de que él conseguiría las metas profesionales que se propusiera y no tardaría demasiados años en poder devolverle aquel dinero. Estaba tan ilusionado que era imposible no contagiarse.

Yo iba dejando atrás mis dudas y cada vez tenía más claro que quería estudiar Periodismo. Se nos aproximaban unos años ilusionantes, las sonrisas se nos escapaban cuando los planeábamos. A mí aún me quedaban dos años de instituto; entraría en la universidad más o menos cuando Javier terminara sus estudios, así que él dedicaría unos años a obtener la experiencia necesaria para que lo contrataran en una aerolínea comercial. Cuando yo acabara Periodismo, tendríamos todas las opciones por delante para empezar una vida juntos, independientes. Nuestra vida real, aquella que no queríamos planificar, aunque lo hacíamos sin parar.

En abril lloramos juntos la muerte de Kurt Cobain, en mayo Miguel y Javier acabaron el instituto y en junio celebramos por adelantado sus aprobados en Selectividad, mi cumpleaños y el primer aniversario de lo nuestro. Aquel verano ya no hubo kilómetros entre nosotros, porque Javier pasó más tiempo en el pueblo de mis abuelos que en su casa, y porque en agosto se vino a Irlanda con mi hermano y conmigo, aprovechando una beca a la que había optado sin decirnos nada; la excusa era entrar en la escuela de pilotos con el inglés practicado *in situ*, pero todos supimos que cuatro semanas eran demasiado tiempo para que lo aguantáramos separados.

Estábamos empezando a vivir y no se nos ocurría una manera mejor de hacerlo que juntos. Han pasado veinticinco años y un millón de experiencias, buenas y malas, pero nunca hemos encontrado algo que mereciera más la pena que ese «nosotros» que construimos cuando ni siquiera sabíamos que lo estábamos haciendo.

2

La normalidad menos normal

A la hora de cenar, la vida parece normal. O todo lo normal que es esta familia, que, enfermedad aparte, nunca ha sido demasiado.

Después de la mañana demoledora, del ejercicio de interpretación durante la comida y de derrumbarme en la conversación con Martina, el agotamiento que siento es tan grande que ayuda a mitigar el dolor. Es algo que aprendí del horrible primer año de enfermedad de Javier: que la adrenalina te puede mantener en pie durante días y que el agotamiento aparece a veces para salvarte.

Hoy no tenía la imaginación para grandes alardes a la hora de preparar la cena, así que me he limitado a hacer un arroz blanco salteado con jamón cocido y zanahoria hervida. Es una de las pocas combinaciones que a Javier no le sientan mal y de las que todavía no se ha aburrido. Ya son cuatro años teniendo que elegir, casi a diario, entre una aburridísima dieta blanda o sufrir ardor de estómago y náuseas durante toda la digestión. Se me rompe el corazón al pensar en cuánto le gustaban a Javier los fritos y los dulces, y en cuánto me quejaba yo porque nunca engordaba, mientras que a mí se me empezaron a plantar los excesos en las cartucheras después de dar a luz a Dani. Ahora, estamos los dos tan delgados que no somos ni una sombra de lo que fuimos. En casi ningún sentido.

En el último momento, decido freír un par de huevos para Mateo y uno para Dani, porque lo que menos me apetece es oír sus protestas sobre una cena tan frugal cuando no puedo explicarles el porqué de nuestra dieta sin hacerle daño a Javier. Las conversaciones cotidianas se han convertido en pequeñas bombas de relojería; hasta el tema más superficial puede invadirlo de forma inesperada el maldito cáncer, que siempre nos sobrevuela.

Son más de las nueve cuando conseguimos estar todos sentados a la mesa. Javier está cansado, aunque sé que no lo va a reconocer, y tengo que hacer un esfuerzo para no buscar signos de empeoramiento en su físico, porque si entro en ese bucle acabaré por enloquecer. Por suerte, cuando Mateo está sirviendo agua en los vasos de todos, empieza el circo habitual y logro distraerme.

—*Aguamenti*. —Dani coge su varita mágica (de madera de acebo, claro) y señala su vaso. A Javier se le escapa la carcajada, a pesar de que es una escena que vivimos casi a diario, y Mateo pone los ojos en blanco.

—Eres muy pesado, enano.

—Pero tengo el vaso lleno. —Dani sonríe con esa cara de pillo que me vuelve loca y se me dibuja también a mí una sonrisa—. Se ve que el hechizo ha funcionado.

A veces me pregunto qué imagen daríamos si alguien nos viera desde fuera. A lo mejor nos harían una serie o algo. Por un lado, Javier, vestido con pantalones chinos y camisa de manga larga, porque sigue muy firme en su decisión de levantarse cada mañana, ducharse y vestirse como si tuviera que irse a una oficina a trabajar. Dice que, si llega el momento en que se pase todo el día en pijama o en chándal, se sentirá enfermo de verdad y le quedarán pocas ganas de

continuar. Lo que calla es que apenas sale y que algunos días hasta le cuesta un esfuerzo bajar las escaleras del primer piso a la planta baja de casa. Pero ahí está, a la hora de cenar, vestido como a primera hora de la mañana.

Luego tenemos a Mateo, con el pelo por debajo de los hombros y su *piercing* en el labio, ese que casi le cuesta una embolia a Javier cuando se lo hizo, hace un par de años. Se volvió tan loco que a mí solo pudo darme la risa, para compensar un poco, aunque casi lo mato cuando me enteré de que había falsificado un permiso firmado por mí para hacérselo. Después de todo lo que ha pasado en estos años, de cómo le truncó la adolescencia la enfermedad de su padre y cómo lo exteriorizó con suspensos, borracheras y rebeldía, es una bendición tenerlo aquí sentado, tranquilo. Haber recuperado al niño dulce que siempre fue, con esa mirada verde, igualita a la de Javier, siempre despierta, atenta y curiosa.

Hace unos cuantos meses, Mateo nos contó que había decidido estudiar Ciencias del Mar. Fue una sorpresa para todos, porque Mateo no ha tenido una idea clara en su vida —es un fanático del fútbol y no sabe si es del Madrid o del Atleti, con eso se explica todo—. Siempre hemos veraneado en la costa y a Mateo le encanta el mar, pero... ¿a quién no le gusta? Nunca nos habíamos planteado que quisiera hacer de ello su futuro profesional, pero parece que él sí. Se marchará en septiembre a estudiar fuera, algo con lo que nunca contamos, porque justo fue a elegir una de las pocas carreras que no hay en Madrid. Aún está dudando entre la Universidad de Las Palmas o la de Vigo, y yo me estremezco cada vez que pienso que, en cuatro o cinco meses, en esta casa tan grande solo estaremos Dani y yo. Dani, yo y la sensación de ausencia.

El tercer ocupante de la mesa es Dani, pero bien podría ser Harry Potter. Hoy se ha dignado a aparecer en la mesa con un pantalón de pinzas gris, una camisa blanca y un jersey de lana granate y dorado (porque, por supuesto, él es de Gryffindor). Debe de estar asfixiándose, porque no podemos poner el aire acondicionado demasiado fuerte para evitarle posibles catarros a Javier, que tiene las defensas por los suelos, pero no voy a entrar en eso, porque... allá él con sus locuras de Harry Potter. Hace ya tiempo que la afición se le fue de las manos, eso está claro, pero no creo que sea este el mejor momento familiar para ponerle freno.

—¿De qué va el vídeo de esta semana, Dani? —Javier fue el que le metió en el cuerpo el veneno de Harry Potter y el que más interesado está siempre por toda esa locura de vídeos de *fandom* que sube a la red.

—Mmmmm... El de esta semana es un poco espeso. —A Mateo le da tanto la risa que se le escapa de la boca un grano de arroz y yo le pego una patada por debajo de la mesa—. He estado leyendo unos cuantos ensayos que comparan a los mortífagos con los nazis y he hecho una explicación sobre eso... ya sabes, como muy para que lo entienda todo el mundo.

Asiente, dándose la razón a sí mismo, y yo tengo que morderme el labio bien fuerte para no estallar en unas carcajadas que sé que lo ofenderían. Si alguien me hubiera dicho a media mañana que acabaría el día aguantándome la risa, me habría costado creerlo, pero supongo que es la magia de la rutina. Y este panorama, desde hace un par de años, por aquí es normal.

Dani leyó por primera vez los siete libros de *Harry Potter* cuando tenía siete años. Javier siempre ha sido un fanático de la saga, a pesar de que el primer libro se publicó cuando ya era mayorcito. Se pasó años y años arrastrándome a los estrenos de las películas y a colas interminables en librerías para hacerse con los sucesivos volúmenes el mismo día de publicación. En su momento intentó enganchar a Mateo, pero nuestro hijo mayor siempre ha sido más de balones que de libros y solo consiguió que viera, sin demasiado entusiasmo, algunas de las películas. Pero con Dani dio en el blanco. No sé si fue la adoración que ha tenido siempre por su padre la que hizo que empezara con tanto entusiasmo, pero, cuando nos quisimos dar cuenta, su

dormitorio parecía Hogwarts y él iba a todas partes con su varita en la mano y hablando con hechizos intercalados entre las frases. Por aquel entonces ya empezábamos a sospechar que podía tener altas capacidades, aunque aún tardaron algunos meses en hacerle las pruebas y confirmárnoslo, y que encontrara una afición —tal vez obsesión— que lo motivara más de lo que lo hace el colegio nos pareció a todos una buena noticia. Él sabe lo que le ocurre y no se corta ni en presumir de ello ni en corregir a su hermano cuando lo llama superdotado, generalmente acompañando la palabra por un gesto hacia su entrepierna, porque Mateo es un amor, pero altas capacidades no tiene ni para el humor sutil.

—¿Y qué relación hay entre los mortífagos y los nazis? —le pregunta Mateo, que dedica la mitad de su tiempo a pinchar a su hermano pequeño y la otra mitad a sentir curiosidad por las cosas que hace. Más o menos como yo, vaya. En esta casa siempre ha habido dos equipos.

—Lo sabrás el jueves a las seis de la tarde.

—Soy tu hermano, joder...

—Mateo... —Javier le echa una miradita y él se lleva la mano a la boca en un gesto de disculpa que no se cree ni él.

—Eso, que no creo que tenga que esperar yo a enterarme al mismo tiempo que todos esos frikis que te siguen.

—En realidad no son unos frikis. —Dani se lleva el dedo al entrecejo para subirse las gafas redondas sin cristales que siempre usa—. Son personas interesadas en una de las sagas literarias más importantes de la historia de la novela fantástica y juvenil. ¿No hay algún partido de UEFA Champions League con el que puedas distraer las dos neuronas que tienes?

—Llámalas solo «la Champions». En serio, nadie dice que hay «un partido de UEFA Champions League». Y ahora que lo pienso... hay un Bayern-Juve de semifinales. ¿Puedo...? —me pregunta, señalando hacia la tele de la cocina, que es ley tener apagada durante las comidas.

—Ponlo, anda. Pero en *mute* —acepto, porque hoy no tengo el cuerpo para discusiones.

Javier se ríe por lo bajo y solo por eso me compensan los piques habituales entre Mateo y Dani. Me preocuparían si no tuviera tan clarísimo que se adoran. Mateo tenía casi nueve años cuando nació Dani y se erigió en su protector desde el día en que lo trajimos a casa del hospital. Y Dani siempre lo ha visto como a una especie de hermano mayor omnipotente, por mucho que se ría de él a veces. Son como el día y la noche, pero de vez en cuando capto una mirada entre ellos que es pura magia, como si se comunicaran sin palabras en un idioma que solo dos hermanos pueden entender.

—Si entornas un poco más los ojos, vas a parecer coreano.

—Que me dejes en paz, enano. Y acábate ese huevo o me lo voy a comer yo.

—¿Existe alguna razón lógica por la que no te pongas las gafas para ver el partido?

—No contesto a preguntas que empiecen por «¿existe alguna razón lógica?» si no vienen de un catedrático de Harvard de ochenta y siete años. —Mateo se levanta a prepararse un café en la Nespresso, aunque es evidente para todos que es una treta para estar más cerca de la tele, porque no ve nada de lejos y solo lo reconoce a ratos—. Además, menos lógica tiene usar unas gafas sin cristales todo el santo día.

—Vale, chicos, ya. —Javier finge seriedad, porque sé que en el fondo le hace muchísima gracia todo esto, y da una palmada al aire—. Dani, a tu cuarto a acabar de editar el vídeo o a leer un rato o lo que sea. Mateo, a estudiar para el examen de Química.

—Déjame ver el descuento del partido —le responde Mateo sin apartar la mirada de la tele.

—El descuento y te largas. Y deja en paz a tu hermano, que a veces no sé cuál tiene menos

cerebro de los dos.

—Papá, esa duda me resulta ofensiva —contraataca Dani.

—Vale, tú, el listo, fuera. —Javier se parte de risa, pero le señala las escaleras y Dani se levanta de la mesa.

—Vaaaaale.

Cinco minutos después, Javier y yo acabamos de meter los platos en el lavavajillas, con los niños ya en sus dormitorios. El silencio que siempre me ha parecido una bendición cuando se acaban sus pullas eternas hoy se me hace espeso. Está lleno de cosas por decir y yo estoy acostumbrada a compartir con Javier todo lo que me preocupa.

—¿Tienes trabajo por hacer? —me pregunta, apoyado en la encimera, con una manzanilla en la mano y cara de asco. Sé que mataría por un café bien cargado, pero la cafeína es una de sus prohibiciones absolutas.

—Tengo que entregar un reportaje a finales de semana, pero ya lo tengo muy encaminado.

—Bien... ¿Te apetece ver una peli?

—Claro. ¿Alguna preferencia?

—Me he pasado todo el día viciado al *Flight* y necesito desconexión. Me vale cualquier cosa en la que no salgan aviones.

Le sonrío, con una mezcla de ternura y pena, y dejo que me lleve de la mano al salón. Javier se jubiló hace casi tres años. Su sueño de volar fue otra de las víctimas colaterales del cáncer. Su estado físico quedó tan mermado después de la primera fase de la enfermedad que volver al trabajo nunca fue una opción. Después de la preocupación por la salud, nos pasamos unos meses haciendo cuentas para readaptarnos a la nueva situación económica, y lo que en realidad hicimos fue descuidar el daño emocional que le haría a Javier tener que dejar aquello que había sido su sueño desde que tenía doce años. Pasó meses mal, más triste de lo que quería demostrarme; un día me confesó que se sentía un ingrato al estar tan hundido por haber tenido que dejar de volar cuando debería estar agradecido a la vida por darle una segunda oportunidad. Poco a poco, ha ido acostumbrándose a su nueva situación, pasando el mono de pilotar a base de documentales, libros y videojuegos, pero sé que siempre que ve un avión sobrevolar nuestra casa se le escapa la nostalgia por la piel.

La única ventaja que ha tenido su nueva situación laboral, si es que estar jubilado por enfermedad a los cuarenta años tiene alguna, es que ha pasado a formar parte del día a día de la familia de una forma diferente. No nos dimos cuenta hasta que él se quedó en casa de que habíamos caído en eso que tanto prometíamos cuando éramos unos críos que a nosotros no nos pasaría. Y es que los niños... eran míos. Javier volaba muchas horas, muchísimas, sobre todo cuando Mateo era pequeño. Dormía muchas noches fuera y yo, todas en casa. El resultado de esa ecuación era que yo iba a las reuniones de padres, yo estaba al día de los exámenes de cada uno, de sus deberes, de las actividades extraescolares y de los amigos con los que entraban o salían. Javier jugaba con Mateo al fútbol, hablaba con Dani de los libros que estaban leyendo cada uno o se llevaba a los dos a Barajas a compartir con ellos su pasión por volar. Yo me había convertido en la mamá de las obligaciones y él, en el papá del ocio. No me gustó darme cuenta, pero que Javier se quedara en casa hizo que la situación se equilibrara.

—Tiene examen de Química entonces mañana Mateo, ¿no? —le pregunto, porque precisamente Javier ha estado más pendiente de sus estudios estos dos últimos años, ya que las ciencias nunca han sido lo mío.

—El final. Si aprueba ese, solo le quedará inglés... y eso está hecho.

La sonrisa de orgullo que se le dibuja me dispara las pulsaciones, porque no puedo dejar de

pensar en cuántos logros de los niños se perderá... y ellos se perderán que él los vea. Ojalá pueda al menos estar presente cuando Mateo se marche a la universidad. Solo quedan tres o cuatro meses, pero es muy probable que no llegue a verlo.

—Mierda. —La voz de Javier, por suerte, me saca de esa línea de pensamiento tan dañina y tan inevitable—. El mando...

—Ya voy yo. —Me levanto a cogerlo, porque siempre se nos olvida en la mesa de centro y el sofá nuevo es tan grande que no nos alcanza el brazo—. ¿Pongo Netflix?

—Estás muy delgada. —Javier me ignora y sujeta entre los dedos la cinturilla de mis vaqueros, en la que cabe sobrada su mano, a pesar de que me los compré hace pocos meses, cuando ya todos los que tenía en el armario me quedaban enormes.

—Mira quién va a hablar —bromeo, aunque el comentario se me atravesase porque los dos sabemos lo que significa.

—La diferencia es que yo estoy feo y tú sigues estando muy buena.

Tira de mí hacia él y caigo sobre su regazo. Esboza esa media sonrisa canalla que me enamoró hace veinticinco años y que puede haber cambiado mucho si alguien la ve desde fuera, pero que para mí es la misma de siempre. Me acomodo a horcajadas sobre él y busco la postura para no hacerle daño y que los huesos que sobresalen de sus caderas no se me claven en la piel, porque son un recordatorio de su enfermedad que no quiero que esté presente en este momento, en este sofá. Le sonrío yo también y acaricio la pelusilla que cubre su cabeza.

Javier ha cambiado. Mucho, demasiado. Lo veo en las caras de los demás cuando vienen a visitarnos. En las de mis padres, en la de Martina, en las de los pocos amigos que han sobrevivido a cuatro años en los que no hemos estado especialmente sociables. Siempre ocurre lo mismo, da igual cuánto intenten evitarlo. Ven a Javier y dirigen la mirada al suelo, como si les costara identificar en ese cuerpo debilitado al hombre que sigue siendo. Como si doliera mirarlo.

Le pasa a todo el mundo menos a los de casa. Menos a Mateo, a Dani y a mí. Supongo que los tres asistimos a los cambios físicos de Javier como unos padres hacen con los de sus hijos. Como cuando una amiga te dice de repente que tu hijo ha crecido mucho y tú ni te has dado cuenta porque lo ves a diario. Yo no soy tan miope como para no ver el deterioro, pero ha sido tan progresivo que lo he asumido con naturalidad. Aunque, cuando recuerdo a aquel hombre fuerte, con el pelo negro siempre algo más largo de lo protocolario y una seguridad en sí mismo que arrollaba, a mí también me duele un poco todo.

Pero la sonrisa que me dirige, después de decirme eso tan macarra de que estoy muy buena, es él. Javier en estado puro. Algo canalla, un puntito divertido, siempre pendiente de mí. Siempre cerca de mí.

—No te vayas de víctima, que sabes que me sigues poniendo un montón.

Arquea una ceja, como dudando de mis palabras, pero sus manos hablan por él. Las coloca en mi cintura y yo cierro los ojos. Para seguir sintiéndolo fuerte, para volar atrás en el tiempo, para intentar detenerlo y que vivamos para siempre en este instante.

—Esto sigue funcionando bastante bien.

Nos da la risa a los dos cuando él dirige la mirada hacia su entrepierna. Hubo un tiempo, en aquel primer año horrible de la enfermedad, en que hasta eso supuso un drama para él. A mí, sinceramente, me daba igual que pudiéramos acostarnos o no. Estaba tan aterrada a que se muriera, me dolía tanto su sufrimiento físico, que el sexo era la última de mis preocupaciones. Pero, claro, para Javier el sexo *nunca* había sido la última de sus preocupaciones. Ahora mismo, de hecho, parece que es la primera.

Me levanto un segundo y cierro la puerta del salón. Sería extraño que los chicos salieran de

sus cuartos ahora, pero mejor que, si lo hacen, se encuentren con una puerta cerrada, que en esta casa es algo que siempre se ha respetado. Y pocas veces Javier y yo hemos necesitado tanto la intimidad como en este instante.

Vuelvo al sofá, a mi postura anterior, y me echo hacia delante. Apoyo mi frente en la suya y nos quedamos así un rato, mirándonos a los ojos, diciéndonos muchas cosas y callando otras. Pronunciando «te quiero» que callen los miedos. Sus manos se mueven hacia abajo y arrastran mis pantalones sin necesidad de desabrocharlos. Yo me desembarazo de ellos mientras él me levanta los brazos y me saca la camiseta. Nos besamos con pasión, con desenfreno. Bajo la cremallera de su pantalón, me elevo sobre mí misma y dejo que me penetre despacio, poco a poco, saboreando cada centímetro de nuestras pieles encontrándose.

—Siempre voy a querer hacer esto contigo. —Su voz suena estrangulada, pero, por una vez, sé que es por placer y no por dolor—. Siempre, ¿sabes?

—Y yo... —Jadeo—. Yo también.

Es rápido. Y delicioso. Es la forma más física que tenemos de decirnos cuánto nos queremos. De devolvernos un poco de la paz que nos ha quitado la enfermedad en los últimos años. Me corro muy pegada a él, con mi cabeza en el hueco de su cuello y mi boca contra su camisa, ahogando unos gritos que no dudaría en elevar al cielo si estuviéramos solos en casa. Y cuando el subidón del orgasmo me abandona, las lágrimas acuden a mis ojos porque se me escapa el pensamiento a que esta puede haber sido la última vez.

Me quedo mucho rato así. Recostada sobre Javier, con la cara escondida en su olor, que es mi casa. Porque es el lugar del mundo donde más me gusta estar, pero también porque no puedo permitirme que él me vea llorar. Porque así, fundidos en un solo cuerpo, aún puedo imaginar que somos aquellos chicos que vieron crecer sus sueños juntos.

II

Cuando crecen los sueños

Los dos últimos años de instituto se me hicieron eternos. Me sentía muy mayor y muy pequeña al mismo tiempo. Mayor cuando estaba en clase, con mis compañeros, a los que, desde que había empezado a salir con Javier, veía como a unos críos imberbes; incluso mi relación con Ainhoa y Esther se fue enfriando hasta que, al entrar en la universidad, nos perdimos la pista para siempre. Y muy pequeña cuando salía de allí y pasaba todo mi tiempo con Miguel y con Javier, que parecían vivir en otro planeta con sus experiencias en la universidad y en la escuela de pilotos. Y, sobre todo, cuando me encontraba de frente con las normas de mi casa que, aunque menos estrictas que las de algunas de mis amigas, no hacían más que recordarme que aún era menor de edad y que salir toda la noche, irme de viaje con mi novio o dormir fuera con él no eran opciones aceptables.

Pero fueron unos años muy felices. Siempre con el corazón acelerado, casi como si estuviera corriendo una carrera de fondo, cuya meta yo veía en el momento en el que entrara en la universidad, cumpliera los dieciocho y empezara mi vida adulta. Hasta entonces, mis mayores alegrías me las daban las horas escaqueadas a mis padres en las que nos encerrábamos en mi cuarto, los fines de semana paseando de la mano con él por Madrid y lo importante que me sentía cuando Javier me acercaba al instituto, los días en que nuestros horarios eran compatibles, en un pequeño ciclomotor que se había comprado para ir y venir a Cuatro Vientos.

El verano de mi mayoría de edad llegó y, con él, la Selectividad aprobada, la matrícula en Periodismo y el final de la parte teórica de la formación de Javier. Teníamos cinco años por delante para que yo acabara mis estudios mientras él acumulaba horas de vuelo. En la escuela de pilotos había destacado en las clases teóricas —nadie mejor que yo sabía cuántas horas dedicaba cada día a estudiar— y por los reflejos mostrados en el simulador, así que pocos ponían en duda que no tardaría en encontrar trabajo en cuanto cumpliera con los requisitos exigidos. Al principio de su carrera sería realizando tareas menores, como piloto en tareas de fumigación u otras opciones similares que le permitieran acumular las horas de vuelo necesarias para que alguna aerolínea acabara contratándolo. No cobraría demasiado y trabajaría mucho, pero era la mejor vía de acceso para el tipo de puesto de trabajo que soñaba tener en el futuro.

Yo me había esforzado mucho en el instituto para conseguir la media necesaria para estudiar Periodismo, así que me tomé los primeros meses de universidad casi como unas vacaciones. Las asignaturas me encantaban, el ambiente universitario me hacía sentir esa chica mayor que llevaba años soñando ser y mi nuevo grupo de amigos, con Martina a la cabeza, me permitió salir un poco de aquel círculo tan endogámico que formaba con Miguel y Javier. Los primeros exámenes me fueron bien y mi rutina en los siguientes cinco años fue una mezcla de mañanas de mus en la cafetería de la facultad, tardes de ocio con mis amigas o con Javier y atracones de biblioteca y caféina cuando se acercaban febrero o junio.

Y luego estaba él. Javier, yo, nosotros y nuestros planes. Haciéndonos mayores juntos, viendo como nuestros sueños iban camino de convertirse en realidades tangibles. Dibujando un futuro

que nos preguntábamos a menudo cómo sería, pero en el que nunca dudamos que estaríamos juntos.

Tal vez en aquel tiempo estábamos sentando las bases de una gran historia de amor, pero el día a día era tan sencillo que no parecía que estuviéramos construyendo nada. Las raíces de lo que fuimos después se asentaron sobre escapadas a media mañana para tomarnos algo en una cafetería cercana a Ciudad Universitaria, sobre sábados que empezaban en un botellón en la plaza del Dos de Mayo y acababan entre las sábanas de algún hostel por horas de Malasaña, y sobre escapadas de fin de semana para las que ahorrábamos durante meses.

Ay, sí, nuestros primeros viajes. Si tuviera que definir la felicidad con una sola imagen, seríamos tú y yo en el coche, con el radiocasete sonando a todo volumen y nosotros cantando Platero y tú a voz en grito. Nos encantaba Platero, ¿te acuerdas, Javier? Sobre todo Cantalojas y El roce de tu cuerpo. Hace siglos que no los escuchamos, ni siquiera sé en qué caja del sótano estarán las cintas.

Mi hermano Miguel se sacó el carnet de conducir casi al mismo tiempo que yo y mi padre accedió a comprarnos un Seat Ibiza amarillo de tercera o cuarta mano, aunque mi gran pelea en casa por aquella época era que siempre tenía él prioridad para usarlo, por ser el mayor —y sospecho que por tener pene también un poco—, a pesar de que yo había aprobado el examen práctico a la segunda y Miguel, a la quinta. La primera vez que propuse llevármelo para pasar un fin de semana fuera con Javier, a mi padre casi le da un ataque, porque se juntaba la preocupación de que yo me fuera por primera vez de viaje como adulta con esa neura de los padres cuando empiezan a sospechar que su hija ya conoce varón, aunque mi madre acabó partiéndose de risa en su cara al recordarle que Javier y yo llevábamos ya más de dos años juntos y que lo preocupante sería que eso no hubiera ocurrido aún.

Recuerdo aquel primer viaje casi como si hubiera sido ayer. Fue al poco tiempo de empezar la universidad y el destino elegido fue Sevilla. Condujimos por turnos, porque Javier tenía el carnet desde hacía dos años, pero nunca le surgía la oportunidad de conducir y le encantaba. Alternábamos mis cintas de música favoritas con las suyas, aunque pronto descubrimos que, en realidad, eran las mismas. Yo había aprendido todo lo que sabía sobre música —y sobre tantas otras cosas— de mi hermano y de él, así que compartíamos todo. Aficiones, formas de ver la vida y una amistad más profunda incluso que nuestro amor. Nunca he sabido si él me influenciaba a mí, yo lo influenciaba a él o, simplemente, las líneas entre dónde empezaba él y dónde terminaba yo se diluían hasta convertirnos en una única alma.

Recorrimos Sevilla de la mano, nos besamos en la plaza de España, nos hicimos autofotos delante de la Giralda, escuchamos flamenco del bueno en la calle Betis y, el último día, Javier me sorprendió con un paseo en coche de caballos por el parque de María Luisa y otras zonas de la ciudad. Puede que hoy me parezca un poco cursi —y bastante cruel con los pobres caballos—, pero en aquel momento me parecía el colmo del romanticismo. Ya he dicho antes que éramos unos horteras enamorados.

—Te quiero —me dijo Javier cuando la noche caía sobre Sevilla y mi corazón parecía a punto de reventar de ilusión.

—Y yo. Yo también te quiero. —Nos lo habíamos dicho por primera vez muy pocos días después de convertirnos en novios *oficiales*, porque lo cierto era que ya nos queríamos antes de estar enamorados. Pero en aquel atardecer de color violeta que parecía irreal sentí que nuestras palabras significaban algo más. Y no me equivoqué.

—Ya.

—¿Qué pasa?

—Que no es solo que te quiera, Lena. —Me miró como nadie me había mirado nunca; como nadie volvería a mirarme—. Es que no me imagino que llegue el día en que deje de quererte.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que quiero que pase el tiempo. Que todo esto es maravilloso y soy muy feliz, pero... estoy deseando que acabes la carrera, que empecemos a trabajar, a ganar dinero, que nos compremos una casa, tengamos niños...

—Para, para, para. —Se me escapó una carcajada y me invadió por dentro una sensación extraña; porque si hubiera visto aquello desde fuera me habría agobiado de una forma horrible la idea de atarme a alguien cuando apenas había cumplido los dieciocho, pero las palabras de Javier me provocaban mucha más ilusión que cualquier otro sentimiento—. ¿Me hablas de boda y niños a estas alturas? ¿Te has vuelto loco o es que quieres matar a mi padre de un susto?

—No, claro que no. —Él también se reía y el cochero nos miró como la gente racional mira a los idiotas enamorados—. Pero es que no me imagino otra cosa. Mis compañeros de la escuela hablan de volar, de tener una chica en cada aeropuerto, de cuánto se liga con el uniforme de piloto...

—Es que estás muy bueno con ese uniforme —le dije, porque había estado a punto de desmayarme de placer la primera vez que lo había visto así vestido.

—Vale, volveremos a ese tema luego. —Me guiñó un ojo—. Pero lo digo en serio, Lena. Ni miro a otras chicas.

—Más te vale.

—No me interesa otra vida que la que espero tener contigo.

—¿Y cómo es esa vida?

Y la dibujó con palabras ante mis ojos con una precisión que hizo que se materializara en la noche de Sevilla. Javier quería volar, en sentido real y figurado. Soñaba con alcanzar las mayores metas en su profesión, trabajar para las mejores compañías, conseguir las rutas que todos sus compañeros anhelaban. Sería duro, pasaríamos muchos días separados, pero empezaría joven para poder asentarse en tareas más tranquilas cuando decidiéramos formar una familia. Hacía suyos también mis objetivos. Me hablaba de una Lena que perseguiría las noticias en cada país del planeta, que enviaría sus crónicas desde hoteles de lujo o desde hospitales de campaña en guerras crueles de las que el mundo debía tener noticia, que llevaría a través de sus fotografías la realidad a las retinas de millones de personas. Ganaríamos dinero, viajaríamos mucho, aprovecharíamos ese internet del que ya se empezaba a hablar para añorarnos un poco menos. Cumpliríamos nuestras metas profesionales antes de asentarnos en una casita de las afueras en la que veríamos crecer a nuestros hijos, un niño y una niña, si es que hubiéramos podido elegir en aquel momento. Iríamos relajando el ritmo en nuestros trabajos para que nos dejaran más tiempo para estar con ellos, los dos por igual, porque el día que fuéramos padres sería para volcarnos en la paternidad con tanto ahínco como lo habríamos hecho en todo lo demás en los años anteriores. Y la vida seguiría fluyendo hasta que envejeciéramos juntos, ya jubilados pero aún en forma, viajando por el mundo después de muchos años dedicados solo a la familia y rodeados por unos cuantos nietos cuando nos apeteciera volver a casa.

Sonaban bien aquellos sueños. Y sonaron mejor cuando los convertimos en jadeos al llegar al pequeño hostal en el que nos alojábamos.

Después de Sevilla llegó Lisboa, después Santander, Alicante, la costa de Galicia, el sur de Francia, y los primeros viajes en avión, en los que Javier me volvía loco con explicaciones que no comprendía, pero que me encantaban por la ilusión que se reflejaba en sus ojos al hablar. Conocimos París, Londres, Roma... mientras mi carrera iba avanzando y él recibía las primeras

ofertas de trabajo.

También con los años fueron llegando las primeras renunciaciones. Yo no quise irme un año de Erasmus a Bolonia porque la idea de no verlo a diario era mucho más insoportable que fuertes ganas de vivir aquella experiencia de la que hablaban maravillas quienes volvían después de las primeras promociones. Javier rechazó la posibilidad de incorporarse a una compañía aérea con base en un aeropuerto a las afueras de Londres porque asentarse en el extranjero su carrera era incompatible con que yo fuera periodista; por muy bien que hablara inglés, nadie querría contratar en Inglaterra a una periodista española recién licenciada para trabajar en el sector.

Aquellas renunciaciones se contradecían con lo que nos habíamos jurado unos años atrás, pero no nos dolieron. En cada noche que pasé con él durante mi cuarto año de carrera, no eché de menos ni una vez estar en Bolonia en vez de en Madrid. Y cuando cada día sacábamos un rato, aunque fuera corto, para estar juntos, Javier decía que se habría muerto de pena si se hubiera ido a Londres.

Vimos nacer un nuevo milenio entre los miedos a que se fundieran aquellos ordenadores que ya se habían convertido en fundamentales en nuestras vidas y debates sobre si el cambio de siglo llegaría al acabar 1999 o un año después. En la radio sonaban The Corrs, Mónica Naranjo y Estopa, y nos habíamos acostumbrado a llevar un teléfono móvil en el bolsillo con el que nos mandábamos SMS escasos de vocales pero sobrados de amor. Javier consiguió su primer trabajo, yo empecé a hacer prácticas y juntos aprendimos a soñar, a volar, aunque solo Javier lo hiciera en sentido literal. Volábamos tan alto que ni veíamos el suelo. Que no imaginábamos que en el camino nos esperaba una piedra que acabaría con muchos de aquellos sueños. Que los transformaría en algo diferente.

Acababa de empezar quinto de Periodismo y todo iba bien. Iba a clase por la mañana y hacía prácticas por la tarde en uno de aquellos periódicos gratuitos que estaban tan de moda. Mis funciones no iban mucho más allá de hacer fotocopias y café, pero a mí me hacía feliz solo ver el ambiente de la redacción y soñar con que algún día uno de aquellos despachos tuviera mi nombre escrito en la puerta. Javier estaba muchos días fuera, pero cuando volvía a Madrid pasábamos todo el tiempo posible juntos. Mis padres incluso empezaron a asumir con normalidad que algunas noches se quedara a dormir y su abuela estaba encantada de encontrarme por las mañanas desayunando en la cocina de su casa. Se habían acabado las noches de hostel, porque estábamos obsesionados con ahorrar cada peseta que ganaba Javier para alquilarnos un piso en cuanto yo acabara la carrera y consiguiera un puesto remunerado.

El otoño acababa de llegar a Madrid, pero aún hacía calor. Javier y yo estábamos pasando una noche de viernes en su casa, aprovechando que su abuela tenía bingo con sus amigas. Él me hablaba de un nuevo modelo de avioneta que había podido probar la semana anterior e intercalaba esa emoción con los cotilleos sobre los líos de faldas que tenían algunos de sus compañeros. Se le escaparon los recuerdos a la semana que habíamos pasado el mes anterior en Menorca con Miguel, la novia que tenía por aquella época y un par de amigos más de nuestro antiguo instituto. También me propuso utilizar el descuento que tenía en la compañía en la que trabajaba para escaparnos aprovechando algunos días libres en Navidad a Berlín. Y yo solo le contestaba encogiéndome de hombros, con monosílabos que eran más bien sonidos guturales o asintiendo con la cabeza. Así que no tardó en darse cuenta de que algo me pasaba.

—¿Me lo vas a contar o tengo que seguir poniéndome en lo peor?

Su pregunta fue el detonante para que las lágrimas empezaran a caer. No sé qué tenía en mente Javier por «lo peor» en aquel momento, pero dudo que imaginara lo que llevaba dos semanas atormentándome.

—Lena... —Se acercó a mí y empezó a secar mis lágrimas con las yemas de sus dedos, mientras su ceño se fruncía en un gesto de preocupación que nunca antes había visto en él; quizá ya empezaba a darse cuenta de la magnitud del problema—. ¿Qué es lo que pasa?

—Hace... —Suspiré. Tenía que contarle lo que callaba desde hacía lo que a mí me parecía demasiado tiempo. Solo Martina lo sabía, porque unos días antes había estado a punto de enloquecer y ella me había encontrado llorando en los baños de la facultad—. Hace dos semanas que no me viene la regla.

—¿Qué...? ¿Tú... estás...?

—¡No lo sé! No sé nada. Solo... que nunca se me había retrasado tanto.

—Pero... estás muy estresada entre la facultad y el periódico. Puede habérsete retrasado por eso, ¿no? —Javier empezó a pasarse la mano por la cara; yo dudaba si intentaba convencerme a mí o a sí mismo—. Y luego, si has estado preocupada por si te... por si estás..., bueno... eso, puede que esa preocupación haya empeorado la situación y... ¿Por qué no me habías dicho nada hasta ahora?

—Porque no quería contártelo por teléfono.

—Pero... es imposible, ¿no? Hemos usado siempre condón y...

—La última noche en Menorca, ¿recuerdas? Se nos rompió el último y... seguimos igual.

—Pero me salí antes de correrme.

—Ya sabes lo que dicen... Antes de llover, chispea.

—Vale, ¿quieres... quieres hacerte... un *predictor* o lo que sea?

—Me lo habría hecho hace días, pero...

—¿Pero...?

—No podía hacerlo sin ti.

Javier me abrazó y, a continuación, se levantó de la cama y me obligó a vestirme. Yo prefería esperar al día siguiente, supongo que porque, dentro de mí, sabía que estaba embarazada. Lo sentía; era demasiada casualidad que la primera vez que mi regla no se presentaba puntual como un reloj coincidiera en fechas con el único desliz que habíamos tenido Javier y yo en tomar precauciones. Quería que durmiéramos juntos aquella última noche como los enamorados sin preocupaciones que llevábamos siendo más de siete años. Y que al día siguiente llegara la noticia que tuviera que llegar. Pero Javier me convenció de que, si algo no íbamos a poder hacer aquella noche, sería dormir sin preocupaciones.

Buscamos una farmacia de guardia montados en mi coche, con Javier al volante porque yo no era capaz de controlar el temblor de mis manos. Él alternaba la palma de la suya entre la palanca de cambios y mi rodilla, intentando infundirme un ánimo que a él mismo se le tambaleaba. Aunque tenía veintidós años, titubeé como una adolescente al pedir a la farmacéutica una prueba de embarazo. Javier cambiaba el peso de su cuerpo de un pie al otro y en la mirada de aquella mujer se mezclaban la compasión y un puntito divertido.

De vuelta a casa de su abuela, nos encerramos juntos en el único cuarto de baño del piso, temblorosos por lo que nos estábamos jugando, pero guardando silencio para no alertar a la pobre mujer de que lo mismo estaba a punto de ser bisabuela. Hice pis delante de Javier sin que se me pasara ni por un segundo el pudor por la cabeza y esperamos juntos los dos minutos eternos que aquella prueba de embarazo tardó en decirnos lo que, en el fondo, ya sabíamos.

Fueron dos rayas. Paralelas e implacables. A mí me hicieron llorar de nuevo en cuanto se materializaron. A Javier lo cargaron con una responsabilidad sobre los hombros que en aquel momento no fue la de la paternidad, aún no, sino la de evitar que yo siguiera derrumbándome. Me llevó de la mano a su cuarto y nos sentamos frente a frente en la cama, con las piernas

dobladas a lo indio y la mente girando a millones de revoluciones por minuto.

—¿Qué vamos a hacer? —me preguntó, con la mandíbula tan prieta que no sé cómo no se rompió las muelas.

—Martina me ha hablado de una clínica...

—¿Martina lo sabe?

—Necesitaba desahogarme con alguien antes de que tú regresaras o me iba a volver loca.

—Claro. —Me sonrió y me acarició la cara con los nudillos—. ¿Ella alguna vez...?

—Tuvo un susto hace dos años y su hermana le recomendó esa clínica. Me ha dicho que fue rápido, casi indoloro y que en un par de semanas estaba totalmente recuperada. Es un poco caro, pero...

—El dinero es lo de menos, tenemos bastante ahorrado.

—Ya, ya lo sé. El lunes llamaré para pedir información. Cuanto antes se haga, más fácil será, en todos los sentidos.

—Vale. Que te digan bien cuándo te lo harán para cuadrar mis turnos y asegurarme de estar aquí unos cuantos días después de eso.

—Aborto.

—¿Qué?

—Que se llama aborto y que no pasa nada. No lo convirtamos en un tabú, porque ninguno de los dos hemos tenido nunca prejuicios con eso —le dije, porque yo tenía muy clara mi opinión sobre el aborto cuando se trataba de los demás, pero me había criado en los ochenta y no era precisamente un tema que se tratara con naturalidad a la hora de comer. La palabra aún me impresionaba un poco al mencionarla.

—Claro que no. Ojalá no hubiera ocurrido, pero... es lo mejor.

—¿Y por qué tienes esa cara de horror, entonces? —le pregunté, porque, pasado el atracón de lágrimas inicial, yo ya tenía claro cómo saldríamos del paso y estaba más tranquila, pero a Javier parecía haberle pasado un camión de mercancías por encima.

—Porque yo tengo la culpa de esto y la que tiene que comerse las consecuencias eres tú.

—Hombre... Juraría que yo algo intervine en que nos haya pasado *esto*.

—Ya, pero yo no tenía que haberlo hecho sin condón.

—Javier... —Puse las manos sobre sus hombros y él me miró—. Los dos lo hicimos sin condón. Olvídalo. Será un mal trago, pero en un mes ni nos acordaremos de esto. Vamos a dormir, anda.

—Sí, tienes razón. Durmamos.

Solo que... ninguno de los dos dormimos aquella noche. Nunca aquella cama de noventa se nos había hecho tan pequeña. Dimos vueltas, nos molestamos el uno al otro y a ambos parecían sobrnos brazos que no sabíamos dónde poner. El cielo ya empezaba a clarear cuando sentí el abrazo fuerte de Javier en mi cintura y sus labios dejando besos breves sobre la piel de mi hombro.

—Tú tampoco has dormido, ¿no?

—Ni un minuto —reconocí, con un resoplido, porque no había nada que me sacara más de quicio que la privación de sueño.

—¿En qué piensas? —se atrevió a preguntarme, después de un silencio que fue tan largo como espeso.

—No quieres saberlo.

—Sí, sí quiero. Quiero saber en todo momento lo que piensas, Lena. Porque, si es algo que te hace daño, quiero saberlo para luchar juntos contra ello. Porque, si es algo que te quita el sueño,

quiero saberlo para pasar la noche hablando contigo hasta que te duermas. Y porque, si es algo que te ilusiona, quiero compartir contigo la ilusión.

Sus palabras fueron preciosas, además de la confirmación de algo que ya sabía, aunque no estaba de más que me lo recordara en un momento como aquel. Pero no pude corresponderle con una declaración de amor a la altura, porque el *bum bum* que Javier llevaba años provocando en mi pecho lo causaba ahora también una idea que era en realidad una locura.

—Es eso último que he dicho, ¿no?

—¿Qué? —tuve que preguntarle, porque ya ni recordaba sus palabras exactas.

—Que lo que te está quitando el sueño no es un disgusto, sino una ilusión. ¿Me equivoco?

—No —le respondí, con un hilo de voz—. No te equivocas.

—Ya lo sé.

—Me conoces demasiado bien —le dije, al tiempo que me giraba hacia él para quedar cara a cara. Javier sonreía y el gesto se me contagió.

—No es eso, Lena. Es que a mí también me está pasando.

—¿Estamos hablando... de lo que creo que estamos hablando?

Javier no me respondió. Se levantó, encendió el flexo de su escritorio y se sentó a los pies de la cama. Yo me incorporé y apoyé la espalda en el cabecero.

—La decisión es tuya. Al cien por cien, Lena. No tengas ni una sola duda de eso.

Me miraba de una manera que me dejó clara una cosa: podíamos haber pensado que nos habíamos hecho mayores al cumplir los dieciocho, durante los años de universidad o cuando fuimos conscientes de que estábamos tan enamorados que no imaginábamos un futuro separados; pero no era verdad. Fue en aquel momento cuando de verdad nos convertimos en adultos.

—Lo sé.

—Pero, si tienes dudas sobre el aborto, creo que deberíamos hablar.

—Las tengo —reconocí.

—Yo también.

—Vamos a ver... —Me tomé una pausa para recopilar las ideas que pululaban por mi cabeza e intentar construir un discurso coherente sobre la decisión más importante que tendría que tomar hasta la fecha—. Es una locura tener este bebé, ¿vale? Daría a luz prácticamente durante mis exámenes finales, tendría que dejar de trabajar en el periódico y ni siquiera sé cuándo podría incorporarme al mercado laboral. ¡Solo tengo veintidós años! Tú pasas muchos días fuera y..., además, está la cuestión del dinero. Con tu sueldo lo pasaríamos justito para alquilar un piso y mantenernos los dos. Imagínate tener además un bebé y sin saber cuándo podría yo empezar a trabajar.

—Ya. Tienes toda la razón.

—Ya lo sé. No tiene ningún sentido.

—Y sin embargo... quieres tenerlo —me dijo, mirándome como si pudiera leer dentro de mí. O quizá es que todos aquellos argumentos tan reales no habían conseguido borrarle del todo la ilusión de la cara.

—¿Tan evidente es?

—No creo que nadie más pudiera adivinarlo después de ese panorama tan sombrío que acabas de pintar. Pero... yo también pienso que es una locura. Que truncaría, al menos durante un tiempo, las metas profesionales que tenemos tan claras. Que el dinero va a ser un problema enorme. Por no hablar de que tus padres se pondrían como locos y probablemente tu hermano volvería a partirme la cara. Y, aun así, me he pasado toda la puta noche pensando en nombres e imaginándome lo que sentiría al tener un bebé en brazos. Un bebé nuestro, de los dos.

—Javier...

Las lágrimas regresaron, pero esa vez ya no eran de pena, ni de agobio, ni de culpabilidad, ni de miedo. Eran de todo eso mezclado, sí, pero con una porción bastante más grande de ilusión y, sobre todo, de amor por Javier. Por él y por ese proyecto de vida que se planteaba en nuestro futuro y que iba a complicarlo todo, sí, pero que ya era una realidad.

Aquel lunes no llamé a la clínica que me había recomendado Martina. No voy a decir que fuimos felices desde el primer momento porque sería mentira; un embarazo no planificado en nuestra situación era una complicación gigantesca. Quedaba por delante la tarea de contarlo en nuestras casas, el replanteamiento de nuestros futuros, asumir que, desde ese momento, la vida relajada y los sueños imposibles se habían acabado. Tendríamos que empezar a vivir de realidades, porque una enorme estaba creciendo ya dentro de mí, aunque en aquel momento fuera del tamaño de una lenteja.

3

Todo es mentira

Han pasado dos semanas desde mi visita al médico. Dos semanas en las que nuestra vida ha ido adquiriendo una nueva rutina, porque... eso es lo que llevamos cuatro años haciendo. Adaptar nuestro día a día a las circunstancias que va imponiendo la enfermedad, incluso en esos casi dos años que parecían tregua y acabaron siendo tregua-trampa.

Ahora las mañanas comienzan con la visita del médico y el enfermero de cuidados paliativos que nos ha asignado el hospital. Vienen sobre las nueve y media de la mañana, y Javier se ha negado a recibirlos en pijama —cómo no—, así que su día empieza casi una hora antes, porque ese es el tiempo que le lleva ahora darse una ducha, secarse, afeitarse, vestirse y calzarse. Conozco bien la decadencia que le espera y temo el día en que sea incapaz de hacer él solo esas tareas diarias que todos damos por supuestas y que se convierten en cadenas que nos roban la independencia cuando otro tiene que hacerlas por nosotros.

El médico no se asustó cuando lo advertí de que Javier no está al tanto de la inminencia del final. Ya venía avisado por su oncólogo y, además, me dijo que estaba acostumbrado a que cada familia decidiera comunicar o no la información al paciente. Aunque también me comentó que no era habitual que a alguien de la edad de Javier se le ocultara la información real sobre su salud; era más corriente hacerlo con niños, adolescentes o ancianos. Yo puse cara de póker y no le dije que, en nuestro caso, no había sido una decisión familiar, sino mía, unilateral; tampoco que, en el fondo de mi alma, la siento injusta, porque a mí me gustaría saber que me estoy muriendo, cuando me llegue la hora; ni que dudo a diario sobre si debería contárselo de una vez y sobre cómo hacerlo.

La visita no suele durar más de media hora. Le toman las constantes, le preguntan cómo se encuentra —a lo que él ha respondido todos y cada uno de los días que «bastante bien», aunque creo que no engaña a nadie—, le regulan la medicación y se van. Después de eso, desayunamos juntos, yo trabajo un rato en el portátil mientras él lee o ve la tele, llegan los chicos, comemos, siesta, otro rato de tele o trabajo, cena, dormir. Por el medio, muchas conversaciones intercaladas, casi todas sobre temas seguros, que no mencionen la enfermedad ni el futuro. Y ya casi nunca salimos de casa. Después del final del tratamiento, la semana anterior y la posterior al diagnóstico, aún salíamos a dar un paseo por la urbanización, a pesar de que a Javier no le acaba de gustar la idea. Odia que los vecinos lo miren con compasión y que los desconocidos se fijen en él por su aspecto demacrado y esa sombra de pelo que no deja lugar a dudas sobre qué enfermedad es la culpable.

Pero estos últimos días ya no ha tenido fuerzas para ello, aunque no lo ha querido decir, por supuesto. Me enfadaría con él si no fuera porque ese orgullo, ese carácter incluso diría que demasiado presumido, es de lo poco que todo este horror ha dejado intacto en él. ¿No quiere que nadie vea que ha perdido kilos y kilos de masa muscular, que probablemente ya nunca recupere su pelo y que se agota con caminar dos manzanas? Pues normal. Nadie lo conoce como yo, nadie lo ha visto tantas veces correr quince kilómetros sin apenas sudar, nadie ha deslizado tantas

veces las yemas de sus dedos por aquellos mechones fuertes de pelo negro... ¿Cómo voy a creermelo con la superioridad moral suficiente como para convencerlo de que no pasa nada por estar así, para hablarle de superar los complejos y mirar la vida con optimismo? Si ni siquiera hay ya apenas vida que mirar...

Así que me adapto. Si él está de buen humor —lo que suele ocurrir cuando no tiene dolor físico—, charlamos, jugamos un rato a la Play, vemos alguna película o solo nos abrazamos y dormimos. Como él necesita descansar mucho más que yo, voy robándole horas al reloj para aprovechar esos momentos para trabajar un poco, aunque he reducido tanto mi jornada en la revista que ya ni parece que siga trabajando, en realidad.

Los fines de semana son diferentes. Intentamos hacer cosas con los niños, aunque Mateo está agobiado con estudiar para Selectividad y Dani, en su propio planeta. Yo no quiero obligarlos a hacer lo que realmente me apetece, clavarlos al sofá para que pasen todo el tiempo del mundo con su padre y no tengan nada que lamentar en el futuro. Pero sería demasiado obvio. Para ellos, tal vez; para Javier, seguro.

Estos últimos días, Javier ha estado insistiendo en que montemos una barbacoa en el jardín. Dice que ya van varios fines de semana de buen tiempo y que hay que aprovechar antes de que llegue el calor de verdad. Yo asiento y hago llamadas para invitar a los más cercanos, sin mencionar que él tiene frío incluso cuando rozamos los treinta grados, ni que casi no podrá probar la comida que asaremos, ni que esas caras de compasión que tanto odia ver en desconocidos pueden doler aún más en las personas a las que quieres. Callo y cumplo sus deseos. No puedo —ni quiero— hacer otra cosa.

Al final, la lista de invitados se reduce a mis padres, Martina, los niños y nosotros. Tampoco he llamado a nadie más, en realidad, porque con nuestros amigos nunca sabemos dónde poner el límite y no nos apeteció meter a veinte personas en el jardín. He salido al supermercado a aprovisionarnos de carne, bolsas de patatas, vino, cerveza y pan. Hubo un tiempo en que necesitábamos poco más que eso para montar una fiesta y que todo fuera rodado, así que supongo que la receta sigue vigente. Cuando regreso a casa a media mañana, me encuentro a Javier en el jardín, en vaqueros y camiseta, haciendo el fuego en la barbacoa plegable que compramos un verano que decidimos irnos de vacaciones en autocaravana. Mateo está a su lado y, desde la puerta que separa el salón del jardín, me fijo en que los gestos de mi hijo mayor han cambiado. Hace un par de años, durante la tregua, lo normal habría sido encontrarlo tirado de cualquier manera en una silla, resoplando como protesta cuando Javier le pidiera ayuda y... pasando de todo, vaya, que él es muy así. O lo era. Hoy veo que se encarga de coger el saco de carbón —que pesará demasiado para su padre—, que limpia con brío la parrilla, que no se separa de él más de medio metro, casi como si temiera que se trastabillara en cualquier momento y fueran sus brazos los responsables de mantenerlo erguido.

Y ya estoy llorando otra vez.

—¡Lena! —La voz de Javier me distrae y me seca los ojos—. ¿A qué hora te han dicho que empezarán a llegar?

—Hola. —Me acerco a él y le doy un beso; ahora nunca me olvido de hacerlo—. Sobre la una y media estarán aquí. Para el vermú.

—Vale. ¿Qué has comprado?

—Pues... churrasco de cerdo y de ternera, chorizos normales y criollos, y te he comprado un poco de pollo también.

—No voy a comer pollo —me dice, con una media sonrisa torcida. Está apoyado en el murete que separa nuestro jardín del vecino y... está sexi. No sé cómo lo vería otra mujer, pero yo le

arrancaría la ropa en este momento.

—Pues te vas a pasar toda la tarde con reflujo. —Le hago una mueca, pero decido no ponerme en plan mamá—. Tú mismo.

—Mato por carne roja. Que le den por el culo al cáncer hoy. —Mateo da un pequeño respingo, el mismo que yo logro contener *in extremis*, porque desde el primer día quisimos desmitificar la palabra, mencionarla para que no dé tanto miedo, porque algo hemos aprendido de las enseñanzas *potterianas* de Dani..., pero siguen siendo seis letras que nos aterran—. Ternera y chorizo.

—¿Dónde está Dani? —les pregunto, porque ya me extraña que no esté pegado a su padre como una sombra.

—*Vistiéndose*, ha dicho —me informa Mateo con retintín—. Estoy impaciente por ver el modelito del día.

—Tú pórtate bien con él, que no le gusta que hagas bromas delante de toda la familia —lo advierto.

—Pues que no me llame descerebrado, mononeuronal, lentito... Ya sabes, lo habitual.

—Mateo —a Javier se le escapa una risa casi nasal—, que le llevas nueve años, por Dios.

—Y yo a él unos sesenta puntos de cociente intelectual.

Todos nos giramos y vemos a Dani con el uniforme de *quidditch* de Gryffindor, escoba Nimbus 2000 incluida. Bah, podría haber sido peor. Ni nos inmutamos. Mateo se pone al frente de la parrilla, porque Javier ya se ha cansado, pero para disimularlo ha dicho que va a ir preparando las ensaladas sentado en una silla. Dani mete en cuencos las patatas fritas, algunas aceitunas y frutos secos. Yo le voy llevando la carne a Mateo y saco del congelador los hielos y las bebidas. Nos coordinamos bien y, cuando llegan mis padres y Martina, estamos partiéndonos de risa porque Dani nos ha desvelado el nombre de la chica con la que tontea esta semana Mateo, y este, en vez de protestar, se ha pasado un buen rato intentando averiguar cómo se ha podido enterar.

Pero las risas cesan pronto, al menos las mías. Se apagan en el momento en que veo las caras de mis padres y mi mejor amiga cuando entran en el jardín y ven a Javier.

—¡Hola! —los saluda él, tal vez con un exceso de entusiasmo.

—¡¡Javi!! —Martina es la primera en reaccionar y se lanza a sus brazos. Por suerte, él aún está sentado cuando lo hace, porque creo que habría podido tirarlo al suelo—. Pero ¿cómo dejas que te saquen el puesto al frente de las brasas, hombre?

—Madrina... —Mateo se acerca a ella por atrás y se le cuelga como un koala—. ¿Vienes sola?

—¿Y con quién quieres que venga?

—No sé, con alguno de esos pobres inocentes a los que les chupas la sangre en Malasaña.

—No es precisamente la sangre...

—¡Martina, por Dios! —mi madre interviene para salvar el horror de frase que se aproximaba—. ¿Qué tal estás, Javi?

—Bien, bien... Hoy me encuentro de maravilla, la verdad.

Mi padre se acerca a estrecharle la mano con tal gesto de tristeza en la mirada que me dan ganas de darle un bofetón para que muestre algo de alegría; o que la finja, que eso se nos da muy bien a todos. Sirvo unos vermús para Martina y para mí, y Javier me sorprende pidiéndome que le pase una copa de vino tinto. Él nunca ha bebido apenas —no es que su hígado se lo haya agradecido demasiado bien, al parecer—, pero le encanta el buen vino. El de hoy no es una maravilla, pero él lleva más de un año sin probar el alcohol y supongo que le apetece fingir un

poco de normalidad tomándose una copa al sol. Mateo me pone ojitos señalando con la cabeza hacia las cervezas y decido que tampoco es hoy el día en que voy a ganar el premio a la madre del año, así que le dejo coger una. «¡Una!», le advierto, eso sí, que tampoco es plan que se me suba a la chepa. Le queda menos de un mes para cumplir los dieciocho, a saber lo que hará cuando sale por ahí con sus amigos.

La carne va desapareciendo de las bandejas, el vino de las botellas y la brisa de primera hora de la tarde deja un ambiente ideal para la sobremesa. No durará mucho, porque a Javier el cuerpo pronto le pedirá siesta —y puede que vómito, que los excesos se pagan—, pero yo me permito subir los pies al borde del asiento de su silla y quedarme un rato así, solo disfrutando del momento. De una mesa con el mantel de papel manchado de vino tinto. Del rumor de las brasas a punto de apagarse. De una tarde fresca de verano a la sombra del olmo del jardín. De las seis personas a las que más quiero en este mundo. Mi padre y Javier, que hablan de política en tono apasionado. Dani explicándole a su abuela que, en realidad, ser hijo de *muggles* no es obstáculo para convertirse en un gran mago y que el mejor ejemplo de ello es Hermione Granger; no sé si me preocupa más que ella no entienda nada de lo que dice su nieto o que sí lo haga. Y Mateo, con la cabeza apoyada en el hombro de Martina, hablando de locales del centro que a mí ni me suenan y de conocidos comunes que no tengo muy claro que debieran tener un chico de diecisiete años y su madrina de cuarenta.

Ya hace un buen rato que hemos acabado de comer cuando mi madre no aguanta más sin levantarse a recoger. Resoplo y me rindo a la evidencia de que debería ayudarla. Les hago un gesto a los demás para que se queden sentados, que está demasiado agradable la tarde como para que trabaje más gente de la necesaria.

Cuando entro en la cocina, mi madre ha dejado de cualquier manera los platos sobre la encimera y retuerce un paño entre las manos con los ojos llenos de lágrimas. Yo ni siquiera me permito hacer contacto visual con ella, porque siempre ha tenido la capacidad de leer dentro de mí y esta es una página que prefiero que se ahorre mientras sea posible.

—Mete los platos en el lavavajillas, pero las bandejas de la carne déjalas en el fregadero con un poco de desengrasante, que si no es imposible sacar los restos. Ah, y guarda lo que ha sobrado en los táperes que hay en el mueble de al lado de la nevera. Porque os llevaréis algo, ¿no? Esto lo metes en el horno mañana y está buenísimo, así que...

—Elena, para.

—¿Qué? —Me giro hacia ella, haciéndome la loca y dispuesta a seguir con mi discurso de distracción.

—Que pares ya de fingir, que aquí estamos las dos solas.

—¿De qué hablas, mamá? ¿Fingir qué?

—Ven. Siéntate un segundo.

No quiero hacerlo, pero sé que es una orden, aunque el tono haya sido suave. Así que tomo asiento en la silla en la que habitualmente come Javier y ella lo hace en la de Mateo. Mi cerebro me traiciona y elige ese momento para pensar si, cuando todo acabe, debería retirar esa silla o dejarla ahí, como un recordatorio constante de lo que hemos perdido.

—¿Cuánto le queda? —me suelta mi madre, a bocajarro.

—¿Pero qué dices?! —grito con sordina, porque me da pavor que alguien aparezca por sorpresa en la cocina y presencie esta conversación—. No quiero que vuelvas a hablar así...

—Mira, como no estás dispuesta a colaborar, hablaré yo. —Resopla en voz alta y me clava la mirada de una manera que me estremece—. Es evidente que Javier no está bien. Supongo que la quimio no ha funcionado... —Deja unos segundos de silencio esperando que yo los llene, pero

las palabras se me atascan y es ella quien sigue hablando—. No sé si te estás mintiendo a ti misma o estás haciendo todo esto por los niños, pero...

—Es por él. Lo estoy haciendo por él.

—¿No lo sabe?

—No. Por mí no, desde luego.

—¿Cuánto...?

—El verano, como mucho. No llegará al otoño.

—Dios mío.

—Ya.

Mi madre llora en silencio y yo acabo de meter los vasos y los cubiertos en el lavaplatos, porque no puedo verla así. Otra vez no, por favor.

Cuando ya no tenemos excusa para seguir en la cocina, me decido a salir fuera de nuevo, pero mi madre me agarra por la muñeca y quedamos frente a frente. Sigue siendo guapísima; aunque acaba de cumplir los sesenta y cinco, se mantiene en forma con natación, pilates y unas caminatas diarias que traen a mi padre por el camino de la amargura. Pero sus ojos azules, esos que son igualitos a los míos y que ha heredado también Dani, están tan llenos de tristeza que tengo que fijarme en cada junta grisácea del suelo de baldosas de la cocina para no derrumbarme.

—¿Lo sabe alguien? —me pregunta.

—Martina.

—Bien. No puedes tragarte el dolor tú sola.

—¿No vas a decirme que debo contárselo?

—Elena, hija..., ni siquiera sé si reuniré yo el valor suficiente para hablarle de esto a tu padre. No me quiero imaginar la situación en la que te encuentras tú. —Me da un pequeño abrazo, pero enseguida se separa; creo que ella también se ha dado cuenta de que no podemos permitirnos salir al jardín con los ojos como pelotas de tenis—. Pero llámame. Cuenta conmigo. Ya sé que Martina es tu mejor amiga y con ella tienes suficiente, pero... Recuerda que yo estaré ahí para ti, a cualquier hora, ¿vale?

—Salgamos, mamá —le digo con desespero y la voz tomada—, no puedo... no puedo con esto. —Me tomo un segundo para tranquilizarme y secarme las lágrimas—. Pero gracias. Claro que sé que puedo contar contigo siempre.

Cuando salimos de nuevo al exterior, todo parece normal. Dani corretea con la escoba entre las piernas gritando órdenes sobre *quaffles*, *bludgers* y *snitches*. Mateo, para variar, no se burla, sino que lo persigue cantando las alabanzas de Slytherin, que ya todos sabemos que es la peor blasfemia para Dani y lo usamos con cierta frecuencia contra él. Javier y mi padre se han pasado a las tumbonas y están medio adormilados, aunque Martina permanece sentada a sus pies y los distrae explicándoles los últimos viajes de trabajo que ha hecho, a Tokio y a Amberes.

Cruzo la mirada con mi madre durante una centésima de segundo y tengo la sensación de que estamos pensando en lo mismo. ¿Cuántas mentiras caben en un jardín? Oficialmente, solo nosotras, las tres mujeres que estamos aquí, lo sabemos. Y estoy segura de que Dani no tiene ni idea; no quiero ni pensar en el momento en que tenga que decírselo. Pero... ¿y mi padre? ¿Y Mateo? ¿El propio Javier? No es que mi padre sea el hombre más perspicaz del mundo, pero veo en su cara una pena perenne que es imposible que sea casual. Mateo parece un niño, pero ya ha demostrado varias veces en los últimos meses que no lo es. Y la manera en que cuida a su padre, casi sin darse cuenta, o sin querer que los demás nos demos cuenta, es bastante significativa. Y Javier... Javier es el hombre más inteligente que he conocido en toda mi vida, hace más de un mes que acabó el último ciclo de quimio y cada día está más débil.

Quizá la prueba más irrefutable, la que demuestra que todos fingimos y posiblemente la gente a la que más quiero se haya dado cuenta ya de que nadie miente más que yo, es que no se ha mencionado la enfermedad en toda la tarde. La primera vez que Javier enfermó, una vez pasado el trago inicial de asumirlo, cada vez que nos reuníamos en familia todas las preguntas se referían al siguiente paso del tratamiento, a si tendría que volver a pasar por quirófano, a cuántos ciclos de quimio llevaba y cuántos le quedaban, a las diferencias entre ese tratamiento y la radio... Pero ahora nadie menciona nada. Todos saben que Javier no se ha curado, porque eso sí que habría sido la fiesta del siglo, pero también que no va a haber más tratamiento, más allá de esas pastillas que toma a todas horas. Nadie pregunta, nadie habla de ello, yo miento.

Cuando a Javier se le escapa un ronquidito en alto, me doy cuenta de que ha llegado el momento de acompañarlo a echarse un rato. Estos días le está costando subir las escaleras, así que, se ponga como se ponga, no pienso dejarlo irse solo al dormitorio. Pero, cuando estoy a punto de llegar, se me adelanta alguien.

—Ya voy yo con él, mamá. De todos modos..., tengo que meterme en mi cuarto a estudiar Lengua, que no sé exactamente para qué se supone que va a servirme si estudio Ciencias del Mar.

—Tal vez para no escribir «océano» con hache y con zeta.

—Te vas a llevar una colleja, enano. —Mateo sacude la cabeza, pero no puede evitar reírse —. Vamos, papá.

Mateo lo hace todo bien. Lo ayuda a levantarse con disimulo, le echa un brazo por el hombro en lo que parece solo un gesto de camaradería y le ofrece el otro para que suban juntos las escaleras que llevan a la primera planta. El corazón me late con furia en el pecho y tengo que tragar saliva muy rápido y muy fuerte para no volver a echarme a llorar. Finjo normalidad, pero, cuando miro a mis padres y a Martina, encuentro en sus caras el mismo sentimiento que tengo yo: que Mateo ya no es un niño. Que se nos ha hecho mayor disimulando, entre sus brotes de rebeldía, sus bromas con Dani y esa apariencia despreocupada que lo hace parecer más joven, pero la realidad es que han pasado ya casi dieciocho años de aquel momento en que llegó por sorpresa para cambiarnos la vida.

III

La sorpresa que nos cambió la vida

No fue fácil contar en mi casa que me había quedado embarazada a los veintidós años, sin acabar la carrera y sin convivir siquiera con el padre de la criatura, por más que este fuera Javier y en mi familia lo quisieran como a un hijo más. No fue nada fácil.

Mi madre se olió el pastel casi en cuanto entramos en casa. A ella le encantaba invitar a Javier los domingos y siempre torcía el morro cuando yo le decía que habíamos hecho planes por nuestra cuenta. Así que aquel domingo empezó recibéndolo con una gran sonrisa cuando entró por la puerta y alabó el olor que desprendía la paella que estaba reposando en la cocina. Creo que solo yo percibí la voz temblorosa y hasta qué punto se notaba que aquella frase se la llevaba aprendida para romper el hielo en una casa en la que nunca había necesitado esas tretas porque le habían crecido los dientes en nuestro salón.

—Tenemos que contaros una cosa. —Con esa frase aterradora me decidí a abordar el tema, después de marear tantos granos de arroz en el plato que me extrañaba que no se hubiera convertido todo en una masa informe.

—Ay, Dios mío, Elena.

En ese momento, mi madre lo supo. Intuiciones de madre, supongo. Mi padre, a lo suyo. Mi hermano Miguel... en Babia. Y yo, intentando abrirle camino a las palabras entre tartamudeos para decir la palabra. «Embarazada». Se me atascaba en la garganta como si acabara de tragarme un kilo de algodón.

—¿Qué pasa? —preguntó mi padre, no porque percibiera la incomodidad en el ambiente, sino porque nos habíamos metido en un silencio demasiado largo y eso no era habitual cuando Javier, Miguel y yo coincidíamos a la mesa.

—Yo... Nosotros... —empecé yo.

—Lena... —lo intentó Javier, con el mismo éxito.

—¿Elena? —La voz aguda de mi padre hizo que hasta mi hermano levantara la vista del plato y tres pares de ojos nos escrutaron con unas sospechas que iban variando de intensidad a cada segundo.

—Estoy embarazada.

Mi madre tiró los cubiertos y el estruendo cuando chocaron contra la porcelana me hizo dar un saltito. Mi padre nos miraba con cara de incredulidad; no descarto que a aquellas alturas de la vida siguiera imaginándome con dos trenzas y un pichi de pana rojo que no me quité de los cinco a los siete años. La idea de su hija teniendo una vida sexual quizá le resultaría verosímil si algún día se lo hubiera planteado, pero el mío es uno de esos padres que no piensa en tales cuestiones. Y mi hermano solo gritaba. Como si le hubieran dado cuerda o se le hubiera desconectado la toma a tierra del cerebro. «Joder, ¿qué?». «¿Pero qué cojones?». «Es que lo sabía, joder». «Le has jodido la vida a mi hermana». En resumen, utilizó el verbo «joder» en todas sus acepciones, tiempos, personas y modos.

Me levanté de la mesa para intentar poner orden, no sé si en la situación, que empezaba a

rozar lo surrealista, o en mis propios pensamientos. Javier me imitó y detrás de él vinieron los demás. Mis padres se me quedaron mirando con esa cara que puede impresionar a un hijo, tenga nueve años, veintidós o setenta y siete, mientras Miguel y Javier mantenían su propia batalla a gritos. Creo que acerté a esbozar un «está todo controlado, mamá», lo cual no era verdad en absoluto, antes de ver que mi hermano le daba, por segunda vez en su vida, un puñetazo a Javier en toda la cara.

Bueno..., en realidad no le dio un puñetazo. Intentó dárselo. Debía de ser verdad eso que tanto le habían repetido a Javier en la escuela de pilotos de que tenía unos reflejos espectaculares, porque por puro instinto apartó la cabeza en el último momento de la trayectoria del puño y mi hermano acabó estampándolo en la puerta de la nevera. La blasfemia que soltó hizo que mi madre le pegara tal colleja que por un momento dio la sensación de que mi embarazo se había convertido en un problema menor. Pero no tuve tanta suerte, claro.

—Pero... ¿cómo ha podido pasaros esto? —preguntó mi madre, mientras retorció una servilleta entre las manos.

—¿Necesitas que te lo expliquen con detalle, mamá? —Miguel estaba cogiendo hielo del congelador y seguía cagándose en todo por lo bajo, no sé si porque lo de ser tío no le había hecho especial ilusión o porque se había lastimado de verdad la mano. Bueno, en realidad sí lo sé. Se había roto el metacarpo del dedo corazón y, unos días después, al mismo tiempo que a mí me recetaban yodo y ácido fólico, a él le escayolaron la mano.

—No puede ser. —Mi padre no es que estuviera en la fase de negación, es que todo él *era* la fase de negación.

—Fue un desliz —aclaré yo, para intentar poner un poco de orden en la situación—. No lo esperábamos, no era lo que queríamos, pero...

—¿Pero...? —preguntó mi padre, que se estaba poniendo tan rojo que temí por momentos la embolia.

—Pero hemos decidido tenerlo.

—Hombre, ¡pues solo faltaría!

Mi madre, mi hermano, Javier y yo giramos la cabeza hacia mi señor progenitor a cámara lenta, lo juro.

—¿Qué? —se atrevió a preguntar Javier, con vocecita, porque hasta aquel momento solo se había dirigido directamente a mi hermano.

—Que con lo que se hace se apechuga.

—Emilio, te lo pido por favor... —terció mi madre.

—Ni por favor ni hostias, Paz. Si la han liado, se lo comen. Punto pelota.

—Bueno, papá, eso no tendría por qué ser así... —No sé ni por qué empecé aquel argumento, así que decidí ir con la verdad por delante y que fuera lo que Dios quisiera—. Pero el caso es que... lo hemos pensado, lo hemos hablado y... hemos decidido seguir adelante.

—Pero, Elena, por Dios, ¡tu carrera!

El que gritó eso fue mi hermano. Miguel, mi hermano. El que había pasado dos años en la facultad de Derecho y había aprobado tres asignaturas en total, justo antes de cambiarse a Empresariales, donde duró un curso. En aquel momento, andaba entre segundo y tercero de Sociología, con compañeros de clase cinco años más jóvenes que él. Ese era el individuo que estaba tan preocupado por mis estudios.

—Si no he calculado mal, daré a luz en verano. Puedo acabar la carrera antes.

—¿Y el trabajo? —preguntó mi madre, que tenía los ojos algo húmedos y ni siquiera era capaz de dilucidar si por la emoción o por el disgusto. No digo que no lo pudiera saber yo; es que

ni ella misma lo tenía claro.

—Pues... tendrá que esperar. Pero —elevé la voz cuando vi que mi madre iba a interrumpirme— haremos que funcione. Al fin y al cabo, tú tenías mi edad cuando tuviste a Miguel, ¿no?

—Eran otros tiempos.

—Bueno, nosotros intentaremos hacerlo funcionar en estos. Vamos a buscar un piso de alquiler baratito y nos iremos mudando poco a poco. La idea es estar instalados y viviendo del sueldo de Javier cuando nazca el bebé.

—Os ayudaremos.

Miré a mi padre y posé mi mano sobre la suya, esperando que supiera interpretar hasta qué punto ese gesto era de infinita gratitud por su comentario. Seguía enfadado, tardaría muchos meses en dejar de estarlo —quizá no se reconcilió del todo conmigo hasta que cogió en brazos a Mateo por primera vez—, pero nos ofrecía ayuda. Apoyo. No sé qué habría sido de nosotros sin algunos rescates económicos que nos hicieron mis padres en aquellos momentos.

Aquel domingo fue un horror, pero, poco a poco, todos fuimos asumiendo la nueva situación. Miguel refunfuñaba de vez en cuando según veía mi tripa crecer, aunque ni él era capaz de ocultar que le hacía una ilusión alucinante convertirse en tío. Mi padre seguía serio. Y mi madre se había metido en el papel de superabuela desde el minuto uno —quizá desde el dos, en realidad— y se dedicó a darme consejos, comprarle ropita al bebé y acompañarme a cada cita médica que coincidía con fechas en las que Javier estaba fuera de Madrid.

Cómo te dolía perderte aquellas citas, ¿te acuerdas? Me suplicaste que no preguntara el sexo del bebé hasta una ecografía a la que tú pudieras venir. Y cómo te pusiste cuando supiste que sería un niño.... Aún no habías llegado al coche y ya habías propuesto quince nombres. Yo solo sonreía, porque conocer al fin el sexo hacía a nuestro bebé más real. Y también porque sabía que tú habrías reaccionado exactamente igual si nos hubieran dicho que era una niña. La felicidad, Javier, qué bien sabe cuando la tienes al alcance de los dedos.

En casa de Javier, todo fue más sencillo. Pura, su abuela, había visto como su hija se quedaba embarazada siendo aún más joven de lo que yo era en aquel momento y con un historial de adicción a las drogas que no auguraba nada bueno, por no hablar del padre de la criatura, desaparecido en combate. Que nosotros fuéramos una pareja estable desde hacía siete años y hubiéramos decidido tener un bebé no solo no la asustó en absoluto, sino que la llenó de una alegría que la vida le había ido quitando con tanta desgracia.

Encontramos un piso en Barajas pueblo. Era lo que más cerca le quedaba a Javier para ir a trabajar y la zona era barata. Hicimos muchos números en aquellos meses, porque Javier odiaba que mis padres tuvieran que hacernos préstamos y tampoco se olvidaba de que aún le debía a su abuela un dinero que ella no tenía ninguna intención de reclamarle, pero que a él lo atormentaba. Con su sueldo de aquella época nos daba justito para pagar el alquiler, los gastos de la casa y los que vendrían cuando llegara el niño. Sabíamos que, en caso de emergencia, tendríamos a mis padres para ayudarnos, pero queríamos hacer nuestra vida. No era solo porque estuviera embarazada; es que nos habíamos enamorado demasiado jóvenes y llevábamos años y años soñando con esa independencia que al final se había precipitado por sorpresa.

Estaba embarazada de cinco meses cuando el piso empezó ya a tomar forma. Habíamos comprado lo básico y seguíamos viviendo cada uno en nuestras casas, pero ya habíamos pasado allí un par de noches. Un domingo, nos pareció una idea brillante invitar a mis padres, a mi hermano y a la abuela de Javier a comer. *Spoiler*: no era brillante. Mi padre torció el morro en cuanto entró por la puerta, porque, aunque estoy segura de que el primer piso que había

compartido con mi madre después de casarse era bastante más pequeño y cutre, él nos crio a mi hermano y a mí con esa idea tan de su generación de que tuviéramos lo mejor de lo mejor y no pasáramos las penurias que habían tenido que superar ellos. No sé si esperaba que, con veintidós años, un embarazo no planificado y un solo sueldo, nos fuéramos a vivir a La Moraleja, pero desde luego aquel pisito de Barajas no cumplía sus expectativas. Miguel solo le preguntaba a Javier si se iba a comprar una Play 2; o una Dreamcast; o una tele de no sé cuántas pulgadas; o un *home cinema*, que era como lo más de lo más en aquel momento. Mi hermano parecía un anuncio del Media Markt con tanto *gadget* y en la cara de Javier se leía una realidad que cada día se iría haciendo más tangible: que él ya era un hombre, un padre de familia, mientras sus amigos, mi hermano incluido, seguían siendo unos críos. Y mi madre, por su parte, no dejaba de comentar con la abuela de Javier todas las cosas que teníamos que comprar. Si las hubiera ido apuntando, habría tenido que hacer la lista en un rollo de papel de cocina.

Comimos una pasta al horno que era de lo poco que yo sabía cocinar y de la que estaba muy orgullosa, aunque probablemente solo la alabaron por compromiso. Servimos algo de helado en unas tarrinas, aunque hacía un frío de mil demonios en Madrid aquel invierno, y en el café llegó el gilipollas de mi hermano a acabar de completar la jornada.

—Oye... ¿Y la boda para cuándo?

No sé quién alucinó más al escuchar aquello. De verdad. Era imposible dilucidarlo y de nuevo una comida familiar se convertía en un silencio tan espeso que nos consumía.

—¿Perdona? —le pregunté, arqueando una ceja.

—Digo yo que os casaréis, ¿no?

—¡Pues no! —Se me escaparon las carcajadas, mientras los tres mayores de la mesa se miraban con una expresión que decía algo así como «eso mismo llevo yo meses queriendo preguntar, pero no me había atrevido»—. ¿En qué siglo estamos?

—Hostias, Ele, que vais a tener un bebé juntos. —Miguel me miraba como si fuera una idiota que no entendía aquella gran verdad que él me mostraba—. No querrás ser una madre soltera.

—¿Porque me repudiará la sociedad victoriana?

—Bueno, hija, la verdad es que, si a alguno os pasara cualquier cosa, Dios no lo quiera, tendríais muchos más derechos si estuvierais casados —intervino mi madre.

—Pues ya pensaremos cuando nazca el bebé qué hacemos —les dije y le eché una mirada matadora a Javier, que llevaba callado lo que a mí me parecían horas y me estaba dejando sola con todo aquel marrón.

—Ay, la verdad es que yo ya había pensado en llevar a la boda un traje que me compré para la comunión de la nieta de la Chelo. —Perfecto, la abuela de Javier nunca jamás se metía en nada, pero claro... tenía un traje que se había comprado para la comunión de la nieta de la Chelo y, si esa no era razón suficiente para que nos casáramos, no sé qué podría serlo. En fin...

—Creo que voy a ir a echarme un rato. Si el niño sale tarado, culparé a esta comida.

Me levanté y me fui al dormitorio a tirarme en la cama. No teníamos calefacción, así que cogí dos mantas gruesas y me las eché por encima. La conversación me había levantado dolor de cabeza y no podía tomarme nada por el embarazo, así que apreté los dientes —algo que probablemente no ayudara demasiado— y me aguanté el cabreo.

—¿Puedo pasar?

Javier asomó la cabeza por la puerta con algo de miedo, pero yo le sonreí porque creo que en aquel momento era el único ser humano al que toleraba. Vino a tumbarse junto a mí en la cama e hizo aquel gesto que tanto me gustaba y que él repetía a todas horas: posó la palma de su mano sobre mi vientre, que aún estaba muy poco abultado, y lo acarició.

—Vaya bien que se te da escaquearte de las conversaciones complicadas. Me he comido yo todas las preguntas.

—Es tu familia.

—Bueno... tu abuela ha aportado el detallazo de que ya tiene *look* nupcial.

—Mi abuela es lo más. —Se le escapó una carcajada.

Nos quedamos en silencio unos minutos. No había ni un rumor de tráfico en la calle, ni pájaros cantando, ni siquiera se oía el eco de las conversaciones que seguro que se estaban produciendo en nuestro salón. Nada. Solo nosotros, nuestras respiraciones, aquellos sueños de futuro que eran diferentes a los que habíamos planeado hasta poco tiempo antes, pero ni un ápice menos ilusionantes.

—No he estado callado porque quisiera escaquearme —me dijo Javier de repente, cuando a mí casi se me estaban cerrando los ojitos, porque aquellos primeros meses de embarazo me los pasé en un estado de somnolencia casi permanente.

—¿Ah, no? —le pregunté con voz pastosa.

—No. —No sé si fue su tono o qué, pero me incorporé y lo miré a los ojos. Tal vez fue una intuición—. ¿Y si lo hacemos, Lena?

—¿Qué?

—¿Y si nos casamos?

No fue la proposición más romántica del mundo. Pero fue tan nuestra que supe que solo había una respuesta posible. No de manera inmediata, claro; antes de aceptar, dediqué un buen rato a gritarle.

—Pero ¿tú te has vuelto loco o qué? ¡No! ¡Es peor! ¡¡Te has vuelto como ellos!! —Señalé hacia el salón y, por la furia con que lo hice, me extrañó no atravesar el tabique que nos separaba con un rayo láser.

—No, no seas idiota. Sabes que no es eso.

—Javier, somos unos críos. Y no sé en qué momento habéis asumido todos que para ser padres hay que estar casados.

—No te lo pido por eso, joder. —Su tono fue de enfado, pero a mí me provocó risa. Risa que se me cortó en cuanto él me agarró por la cintura y, en un movimiento ágil, me subió a horcajadas sobre su cuerpo—. Somos unos críos, claro que sí. Pero somos unos críos que van a tener un bebé, así que me temo que esa excusa deja de ser válida. Y por supuesto que no pienso que haya que casarse solo porque vayamos a tener un hijo, ¿por quién me tomas?

—¿Entonces...?

—Te pido que te cases conmigo porque ya no se me ocurren más formas de quererte, Lena. Lo quiero todo. Ya he sido tu mejor amigo, tu novio, algo así como tu hermano mayor... aunque claramente no. —Nos dio la risa porque, incluso en medio de aquella conversación tan seria, a Javier se le había puesto dura; y yo estaba a horcajadas sobre él—. Ahora voy a ser el padre de tu hijo. Y quiero ser tu marido también. Quiero serlo todo.

—Pues... —Fingí pensármelo y él metió dos dedos bajo mis bragas; juego sucio, sí, pero qué gustito—. Me temo que vas a tener que pedírmelo en condiciones.

—Eso está hecho.

En otro ademán rápido se la sacó de los pantalones y me penetró. Así, sin anestesia. Con mis padres, mi hermano y su abuela a un par de metros de distancia. Sin un pestillo de por medio. Con una petición de matrimonio en el aire. Y bueno... no había anillo, pero dos orgasmos rapiditos y gloriosos nos parecieron una forma bastante mejor de sellar un compromiso.

—¿Tú tienes dudas? —me preguntó en cuanto nuestra respiración recuperó un ritmo normal

—. No quiero que digas que sí solo porque todos te estemos presionando... ni tampoco porque te hayas corrido como una reina y no pienses con claridad.

—¡Calla! —Le pegué un puñetazo en el hombro y me reí—. Me parece una pasada muy fuerte casarnos antes de los veinticinco, pero también me lo parece tener un bebé, así que... dado que lo único que no dudo es que quiero pasar el resto de mi vida contigo, ¿qué otra cosa iba a contestar?

Me dio un beso de infarto y me urgió a levantarme para que volviéramos al salón.

—Nos casamos.

Fue él quien lo soltó, así, de sopetón, sin darme tiempo a una mínima preparación previa.

—Pero qué alegría más grande, cariño. —Su abuela.

—Como tiene que ser, coño. —Mi padre.

—Huy, tengo que llamar al párroco del pueblo a ver si tiene fecha para antes de que te pongas muy gorda. —Mi madre.

—Joder, el polvo de ahí dentro ha debido de ser de lo más convincente. —Miguel, claro.

Bienvenidos al circo.



Dos semanas después de aquella comida, nos instalamos definitivamente en el piso. Mis padres se empeñaron —y no hubo manera de disuadirlos, por suerte— en comprarnos unos radiadores que harían que la factura de la luz se nos disparase, pero que al menos impedirían que muriéramos congelados. Nos pegamos un par de tardes de infierno en Ikea para convertir aquel lugar en un hogar; quizá un hogar clavado al de la mayoría de parejas jóvenes desde Suecia hasta Madrid, pero un hogar al fin y al cabo. La primera noche que pasamos juntos allí no fuimos capaces de pegar ojo. Todo había llegado de una forma demasiado precipitada, rápida e inesperada, pero por nada del mundo habríamos cambiado aquella nueva vida por volver a ser unos veinteañeros sin responsabilidades. Se nos salía la ilusión por los poros de la piel.

Un mes después, nos casamos, como quería mi madre, en la iglesia del pueblo en el que había pasado mis veranos desde que era niña. No es que Javier y yo fuéramos creyentes, pero tampoco nos importó celebrar la boda de aquella manera, que sabíamos que a mi madre y a su abuela les parecería más «de verdad». Yo llevé un vestido corto y suelto que, según todo el mundo, me disimulaba la tripa, aunque a mí me parecía que Javier dudaría si yo era la novia o una mesa camilla. Mi única exigencia para ese día fue que él llegara al altar vestido de piloto. Sí, era una horterada. Sí, él intentó disuadirme porque le parecía pretencioso. Y sí, incluso llegó a hacerme creer que se había comprado un traje de tres piezas con su abuela y que ya lo descubriría cuando lo viera esperándome al final del pasillo. Pero no era verdad. Y yo lloré como una imbécil, sobre todo teniendo en cuenta que llevaba semanas diciendo que la boda era un trámite más y que no me hacía especial ilusión. Porque estaba guapísimo. Porque aquel traje me ponía tontorrón, claro que sí, pero también significaba que él había cumplido sus sueños. Pero sobre todo lloré porque me estaba casando con el hombre de mi vida y aquello podía ser solo un trámite, un símbolo o una ceremonia, pero... era mi boda, él era Javier y la niña que había estado enamorada de él desde siempre estaba saltando de alegría dentro de mí.

Aquel día solo nos acompañaron mis padres, mi hermano, la abuela de Javier y cuatro o cinco

primos, además de Martina, que era familia, por supuesto. Al salir de la iglesia nos fuimos a comer un cocido, porque los rigores del invierno estaban más para eso que para finuras. Y no hubo viaje de novios, porque ya nos habíamos prometido muchas veces que recorreríamos el mundo de la mano y cada uno de esos viajes sería una pequeña luna de miel. Bueno... por eso y porque no teníamos un duro, para qué engañarnos.



Mateo Olmedo Márquez nació el diecinueve de junio a las dos y cuarto de la tarde, treinta y siete horas después de que yo acabara mi último examen de la carrera. Todos, incluso mis padres, me habían insistido en que dejara las asignaturas del segundo cuatrimestre para otro momento más propicio, pero a mí se me había metido entre ceja y ceja acabar la carrera antes de ser madre y por poco no doy a luz en los pasillos de la facultad de Periodismo.

Lloré en el momento en que dejaron el cuerpo desnudo de mi hijo encima de mi pecho. Tres kilos y cuatrocientos veinticinco gramos de piel calentita, ojos borrosos y vida en estado puro. Mi hijo. Nuestro hijo. El mayor «para siempre» que habría jamás.

Javier se sentó a mi lado en cuanto nos dejaron algo de intimidad. Sabía que mis padres, su abuela, Miguel y Martina estarían deseando entrar a conocer al nuevo miembro de la familia, pero aquellos primeros momentos eran para nosotros, solo para nosotros. Javier estaba callado, con un rictus serio que no era nada habitual en él, alternando la mirada entre mi cara y aquel bebé al que acabábamos de conocer y que parecía tenerlo un poco descolocado. Pero no era eso lo que le pasaba.

—Tengo una familia, Lena, joder.

No me molestó lo que dijo. No le aclaré lo que pensaba: que hacía tiempo que la tenía. Que su abuela y él eran una familia. Que en mi casa tenía una familia que siempre sería la suya. Que él y yo también lo éramos. Que todas esas personas sumadas éramos una familia, de las numerosas y de las buenas. Y no se lo dije porque lo entendí. Porque, aunque Javier no lo tuviera presente en su día a día y no hablara jamás de ello, en aquel momento fue más consciente quizá que en ningún otro de que nunca había tenido una familia al uso. No había tenido unos padres. Y el momento en que conoció a su hijo era el escenario perfecto para que aparecieran las nostalgias por lo perdido y, sobre todo, el orgullo de saber que todo lo que tenía lo había conseguido por sí mismo. Una profesión que adoraba y una familia salida de su sangre. De su amor.

Durante diez minutos, yo había pensado que no podría sentir nunca nada tan intenso como lo que me invadió el pecho la primera vez que sentí a mi hijo sobre la piel. Pero no. Nunca jamás he experimentado un amor tan primario, incomprensible e instintivo como en el momento en que me incorporé un poco en la cama y los vi juntos. Javier, sentado en una silla y muerto de miedo, con Mateo en brazos. Esa es la imagen que en mi diccionario mental aparece al lado de la palabra «amor».

En toda mi vida, solo he visto llorar tres veces a Javier. Esa fue la primera.

Dos días después volvimos a casa, algo asustados y perdidos, pero seguros de que ocho meses antes habíamos tomado la decisión correcta y de que la vida se extendía ante nosotros como un folio en blanco que iríamos pintando con todos los colores de la felicidad.

4

Decadencia

Los días pasan y yo voy aprendiendo el verdadero significado de la palabra «decadencia». Hace muchos años, cuando mis abuelos maternos murieron, mi madre me dijo que el final de la vida se parecía mucho al principio. Que vio ante sus ojos como sus padres desaprendían todo lo que habían ido aprendiendo en su infancia. Dejaron de poder comer solos, dejaron de hablar, dejaron de caminar, dejaron de controlar los esfínteres... y así hasta que se fueron, igual que un día habían llegado. En su día lo comprendí; yo también había comprobado la decadencia de mis abuelos. Pero no me chocó. No tanto, al menos, como ver ese mismo proceso en un hombre de cuarenta y tres años. En *mi* hombre de cuarenta y tres años.

Y ahora es justo a esa película horrible a la que asisto a diario. Hoy he tenido una reunión en la redacción de la revista. Hace unos once años que trabajo allí, por épocas en la redacción y en otras como *freelance*, pero desde el primer diagnóstico de Javier reduje mi jornada al mínimo posible y siempre con la condición de no tener que hacerme cargo de la actualidad, sino solo de reportajes largos y atemporales, que están bastante bien pagados y no impiden que pueda atender a todas las circunstancias que han ido apareciendo en mi cambiante rutina. Solo tengo que pasarme por las oficinas, que están en un polígono industrial en la otra punta de la ciudad, una vez al mes para el reparto de tareas.

Hoy he sido reacia a marcharme. Dani está en el colegio, Mateo tiene unas clases extra en el instituto para preparar la Selectividad y Javier se negó anoche en redondo a que llamara a mis padres para que vinieran a casa mientras yo no estuviera. «No necesito niñera, Lena». Así que me he marchado a primera hora, con un ojo puesto en el dormitorio, pero... lo he hecho. Normalidad. Esa es la receta, aunque cada día sea más difícil.

Cuando regreso casi cuatro horas después y abro la puerta de casa, sé que algo va mal sin necesidad ni de echar un vistazo ni de aguzar el oído. Se me disparan las pulsaciones y lanzo el bolso contra ese mismo punto en el que Mateo siempre abandona su mochila.

—Lena...

Su voz es apenas un susurro. O quizá un aullido. Levanto la vista y lo encuentro, en pijama, sentado en el descansillo de las escaleras que suben a la planta de arriba.

—¡¡Javier!! —Subo en dos saltos y me agacho frente a él. Está serio, con la mirada perdida en el suelo de parqué y un temblor en las manos que hace que me tambalee—. ¿Qué te ha pasado, cariño?

—No he... no he podido bajar.

Levanta la mirada hacia mí y lo único que encuentro es desolación. Bueno... no es lo único. También veo frustración, enfado, incompreensión, pérdida. Pero la desolación gana la partida.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —le pregunto, aunque sé que la respuesta va a llenarme de culpabilidad.

—Un par de horas —suspira. Si dice que son dos, probablemente la realidad es que han sido tres. Y no, la culpabilidad no aparece. No tiene espacio porque lo único que pasa es que se me

rompe el corazón.

—Ven, anda, vamos a sacarte de aquí. —Se apoya con fuerza en mi hombro y consigue incorporarse—. ¿Te has hecho daño al caerte?

—No me he caído. He bajado tambaleándome la mitad de las escaleras, pero me quedé sin fuerzas para seguir, me dio miedo y me senté.

—Vale. ¿A la cama o al sofá?

—Sofá.

Su peso recae en gran parte sobre mi cuerpo e incluso en eso veo que ha cambiado. Hasta hace pocos días, se apoyaba en mí al caminar solo para mantener el equilibrio. Ahora necesita algo más; ahora soy sus piernas.

—No he podido abrirle al médico.

—No te preocupes. Ahora hablaré con ellos para pedirles que llamen por teléfono si algún día no contestamos al timbre. Que no nos hemos ido de vacaciones por sorpresa, joder.

—Por un día más o menos no va a cambiar nada. No te enfades, anda.

—Claro que no.

Se sienta —*lo siento*— en el sofá y me acurruco a su lado. Tengo un millón de notas de la reunión que pasar al portátil, pero esa tarea tendrá que esperar. Esa y todas las demás; todas las que no sean estar tumbada junto a Javier y escuchar como su corazón sigue latiendo, porque el pánico a que el día en que deje de hacerlo esté muy cerca me atenaza el alma.

—¿No duermes? —le pregunto, porque, aunque permanece inmóvil, sus ojos están abiertos.

—He dormido diez horas esta noche. Cabeceé la mayor parte de las dos horas que he estado ahí sentado. Si mi cuerpo no estuviera de coña, no debería volver a tener sueño hasta el sábado.

—¿Quieres que hagamos algo? ¿Una peli?

—No.

Sé que la frustración habla por él. Que lo enfada, lo indigna. Que no comprende cómo le ha podido pasar esto a él, cómo nos ha podido pasar a nosotros. Lo sé porque yo me siento exactamente igual, aunque... a mí me toca además tomar las decisiones difíciles.

—Creo que deberías trasladarte a dormir abajo.

—Pero, Lena, aquí no hay espacio.

—En el *office*...

—No voy a dormir en la mierda del *office*.

Me quedo en silencio porque está insoportable. Y lo entiendo, que conste, pero lo que no voy a permitir es que acabe despeñándose escaleras abajo o que se pase todo el día metido en el dormitorio. El *office* no es la opción más cómoda del mundo, pero es la única posible. Junto a la cocina, hay un pequeño cuarto anexo que nunca hemos usado para su función original —se suponía que era un cuarto para el servicio, cosa que no hemos tenido jamás—, pero que amueblamos con una cama—nido hace unos años, para que los niños tuvieran su pequeño espacio de intimidad en la planta baja y no se pasaran la vida encerrados en sus cuartos. Además, tiene un aseo incorporado que a mí me parece que lo convierte en el lugar ideal para que Javier se instale en este momento. Bueno..., quizá «ideal» no es el adjetivo correcto en absoluto. Es más un... «es lo que hay».

—¿No podemos montar una cama en el salón?

—¡Sí! —Lo miro y me animo un poco. Parece que ha comprendido que ya no puede quedarse más tiempo en el dormitorio de arriba—. Por supuesto que sí.

—Vale. Pues... esa opción me sirve.

—Esta tarde puede ayudarme Mateo a pasar la cama—nido al salón, de hecho.

—No.

—¿No?

—Quiero una cama nueva. Una cama...

—¿Qué pasa, Javier? —Se está mordiendo el labio con timidez y eso sí que no es muy habitual.

—Una cama doble, Lena. No quiero dormir en una mierda de cama—nido y que tú sigas arriba.

—Pero, cielo... —Me acerco más a él y lo abrazo con cuidado—. Pues claro que sí. ¿Por qué no has empezado por ahí?

—Me ha dado vergüenza.

—Qué bobo. —Le doy un beso y, entonces, recuerdo que Javier no ha comido nada desde que se ha levantado—. Ostras, voy a prepararte el desayuno. ¡Soy la peor enfermera del mundo!

—No tengo hambre. En breve llegarán los niños y ya comemos, así que... ven y siéntate aquí conmigo, anda. Es lo único que me apetece ahora mismo.

—Vale.

—Y Lena...

—Dime.

—Tú eres mi mujer. —Clava sus ojos en los míos y se me eriza la piel—. No eres mi enfermera.

Me mortifico por haber metido la pata, porque sé que él ha odiado que dijera eso, pero intento compensarlo con una ronda de besos y mimos, que nos reconfortan a ambos por igual. Alternamos silencios largos con conversaciones rutinarias, tranquilas. Un poco sobre la futura matrícula de Mateo en la universidad, un poco de las últimas locuras *mágicas* de Dani, un poco de una exposición a la que me ha invitado Martina en su museo —a la que, por supuesto, no iré—. Los niños llegarán sobre las dos, así que un rato antes me meto en la cocina para preparar unos filetes de pollo a la plancha y unas patatas hervidas. Separo la ración de Javier —una algo más generosa de la que será capaz de comerse— y el resto las meto en el horno cubiertas por unas lonchas de pavo y queso, para que tengan algo de gracia, porque es complicado esto de elaborar el menú diario con tantas limitaciones y no quiero que Mateo y Dani se quejen.

Cuando al fin entran, la casa se llena de esos sonidos tan cotidianos que parecen llevarse por delante el horror que me supone ver a Javier apagarse más cada día y dudar sobre cuánto aguantaré sin derrumbarme. Solo pido soportarlo hasta el final, aunque luego me convierta en un desecho emocional.

Mateo y Dani vienen discutiendo. Nada nuevo bajo el sol, pero esta vez la pelea tiene el matiz de que están ocultando algo. Vamos, que uno de los dos ha descubierto algo sobre el otro de lo que no quiere que nos enteremos y se está gestando un chantaje. Ya estoy medio convencida de que Dani habrá pillado a Mateo fumando al salir del instituto o se habrá enterado de que se ha saltado alguna clase —porque no sería la primera... ni la décima vez de ninguna de esas opciones—, cuando veo que es Dani el que oculta información. Eso sí que es toda una novedad.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Javier, con una mueca divertida que me lo devuelve un rato.

—Nada —se apresura a responder Dani.

—Muy bien —respondo yo, como si el tema no me interesara lo más mínimo, porque sé que es el camino más corto para acabar averiguándolo.

Sirvo la comida, la bebida —*aguamenti* mediante, claro— y comemos un rato en un silencio

que solo interrumpen los sonidos de las patadas que esos dos están dándose por debajo de la mesa. Oigo a Dani ofrecerle dinero a Mateo, que no sé de dónde piensa sacarse, porque no creo yo que dé para tanto el dinero que le regala mi madre pensando que nosotros no nos enteramos —le pasa los billetes de cinco euros con un gesto de la mano digno del mejor camello callejero—.

—Díselo ya, coño, si lo estás deseando —se rinde Mateo, que no tiene fuerza de voluntad ni para hacer un chantaje en condiciones.

—No —se queja Dani, aunque con la boquita pequeña.

—Venga ya, en serio, chicos... Cantad —ordena Javier, que parece haber mejorado su humor de forma exponencial desde que ellos han llegado.

—Vale, pero... tenéis que prometerme que no me vais a regañar.

—Sí, hombre. —Se me escapa una carcajada—. Lo que me faltaba.

—¿Hay alguna posibilidad de que acabemos todos en la cárcel por lo que sea que has hecho? —añade Javier, que sé que se está partiendo de risa por dentro, pero mantiene el rictus de padre enfadado.

—No he hecho nada ilegal.

—Bueno, eso es... discutible —aporta Mateo, y ya empiezo a temblar, porque, como le dé a Dani por usar sus capacidades para el mal, podría hacer palidecer al mismísimo Voldemort.

—Dani...

—Cuéntaselo tú. —Dani habla bajito y se agarra al brazo de su hermano (miedo). Mateo lo coge y se lo sienta en las rodillas, como si tuviera tres años (mucho más miedo)—. Por favor.

—Vale, el tema es el siguiente. Madre, ponme un café, anda, que estoy reventado y esto va para largo.

—¿Disculpa? Levanta el culo, pedazo de vago.

—Ya voy yo. —Dani se levanta de un salto, mete en la cafetera la cápsula exacta que le gusta a Mateo, le echa dos cucharadas de azúcar, regresa a la mesa y se vuelve a acurrucar en el regazo de su hermano. Puedo afirmar que, a estas alturas, Javier y yo ya estamos aterrorizados—. Empieza.

—Bien, resulta que aquí, el listo... se ha apuntado a un concurso mundial para fans de Harry Potter. Bueno, en realidad eso lo hizo hace unos seis meses, pero no nos hemos enterado hasta hoy. Ha ido pasando diferentes fases, que se celebraban *online*, y, como va a ser verdad que es bastante inteligente y que está completamente obsesionado con este tema...

—¿Sí? —se me escapa con vocécita.

—Ha quedado entre los seis finalistas.

—¿De todo el mundo? —pregunta Javier, al que ya se le ha pintado el orgullo en la cara en solo un minuto.

—En realidad solo había participantes de Europa, Estados Unidos, Canadá, Japón y Latinoamérica. Técnicamente, no es todo el mundo.

—Ah, vale, si solo es eso... —ironizo, porque me fascina que Dani no tenga nunca la capacidad de medir el alcance de su inteligencia. Quizá es lo mejor, en realidad.

—Contadnos la parte difícil de todo esto, por favor. Sin anestesia.

—La fase final del concurso ya no es *online*. Es en Londres, el treinta y uno de julio, coincidiendo con el cumpleaños de Harry Potter —nos dice Mateo.

—La madre que lo parió —se le escapa a Javier.

—Aquí presente. —Y yo levanto la mano.

Poco a poco, van poniéndonos al día de todos los detalles del asunto. Al parecer, el motivo

por el que deberíamos castigar a Dani —y vaya si deberíamos— es que falsificó mi firma en el permiso inicial para participar, en una maniobra que parece haberse convertido ya en un clásico de mis hijos. Tal vez debería currarme una firma un poco más enrevesada, a ver si consigo que dejen de actuar a mis espaldas. Javier y yo le echamos un buen rapapolvo por ello y paramos cuando aparecen las lágrimas, porque sabemos que no son de cocodrilo. Está arrepentido de verdad de haberlo hecho, pero a todos se nos convierte el enfado en ternura cuando nos dice que en aquel momento no quiso molestarnos con ese tema porque «papá estaba bastante malito». Y por las fechas que nos comenta Mateo, es cierto, así que dejamos correr el asunto. Solo faltaría que, llegados hasta aquí, lo descalificaran porque yo misma lo delatara.

Mateo nos comenta que se enteró anoche porque encontró impresa en la mesa de Dani la documentación que debería enviar para confirmar su presencia en esa fase final en Londres. «Un error de principiante, siempre olvido que sabe leer», nos dice Dani mientras se encoge de hombros y a todos nos da la risa. Hasta al insultado.

—Te has olvidado de contar lo mejor —le dice Dani a su hermano con un brillo en los ojos que me dan ganas de comérmelo.

—Haz los honores —le responde Mateo y le revuelve el pelo. Juraría que está más orgulloso de lo que reconocerá jamás.

—El concurso durará dos días, con pruebas de todo tipo que se mantienen en riguroso secreto y algunas visitas, a los estudios de la Warner y otros lugares. Al final, se determinará al ganador y... —suspira con emoción pura en los ojos— se le nombrará Primer Gran Maestro de Hogwarts. El premio consistirá en una primera edición de los libros, un *pack* de lujo con las películas... y una charla de dos horas con J.K. Rowling para comentar cualquier-cosa-que-se-nos-ocurra.

—Joder.

Javier se ríe, Mateo sube a buscar los impresos en los que se explica todo, Dani recibe encantado las felicitaciones de su padre y, mientras tanto, yo me quedo en estado de *shock*. Conozco a mi hijo pequeño y sé que jamás habrá un sueño para él que pueda estar a la altura de ser conocido en el mundo como «Primer Gran Maestro de Hogwarts». De conocer a J.K. Rowling ya ni comento... No me quiero imaginar la cantidad de preguntas que podría llegar a hacerle a la pobre mujer en caso de ganar.

Pero ese concurso es en julio. A finales. Quedan dos meses. Tal vez más de lo que le queda de vida a Javier. En cualquier caso, es imposible anticipar cómo estarán las cosas dentro de dos meses. Solo hay una cosa segura: no mejor que ahora. Y hoy ha estado a punto de haber una desgracia solo porque he estado fuera cuatro horas.

—¿Cómo...? ¿Quién debe acompañarlo? —pregunto, porque no sé si han mencionado eso en los minutos que llevo con la mente distraída en el único tema que lo ocupa todo en mi vida.

—En el caso de los participantes menores de edad...

—Pero ¿cómo? —pregunta Javier—. ¿No es un concurso para niños?

—¡No, papá! —Dani se parte de risa mientras niega con la cabeza, como si no se pudiera creer que a alguien se le haya ocurrido semejante tontería—. De hecho, los nombres de los participantes no son públicos, pero se rumorea que solo hay uno menor de edad. Adivina quién...

—Este niño da puto miedo —dice Mateo, y le doy una colleja por malhablado, que a veces parece que de mí solo ha heredado eso y la miopía.

—Dos semanas antes del concurso —Javier pasa papeles y me va leyendo la información, traduciendo sobre la marcha—, hay que nombrar a un acompañante, solo uno por participante, que debe ser mayor de edad y hablar inglés. Si no es familia directa, los padres deben firmar un permiso, enviar documentación, pasaportes, etcétera.

—¿Y todo esto es gratis? —pregunto, por preguntar, porque ojalá el único problema fuera el dinero.

—Lo financia todo la organización. Billetes, traslados, alojamiento...

—En un hotel temático de Harry Potter en Londres —añade Dani, que está a punto de sufrir una embolia de ilusión.

—Vamos, que le pagan todo. A él y al acompañante —acaba Javier.

—¿Cuándo acaba el plazo para confirmar la asistencia?

—Hay que enviar la preinscripción esta semana y luego se confirma todo a mediados de julio, cuando se informe del acompañante también.

—Vale. —Me armo de valor, dibujo la sonrisa más radiante, y también la más falsa, que he esbozado jamás y miento. Como siempre, miento—. Tu padre y yo nos vamos a dar de bofetadas por ser el elegido para acompañarte.

Todos aplauden y ya ni sé quién se lo ha tragado y quién no. Me levanto a recoger la mesa porque no puedo soportar la situación. Porque puede que no haya padre cuando llegue la fecha del concurso. Porque puede que yo esté tan hundida que no sea capaz ni de llevar a mi hijo de la mano a cumplir el sueño de su vida. Porque puede que para entonces aún estemos en plena agonía. Porque no tengo ni idea —pero sí mucho miedo— a cómo reaccionará Mateo cuando su padre se vaya, y quizá ese sea el hijo que necesite más a su madre al lado cuando ocurra. Porque todo es demasiado complicado, jodidamente complicado y paradójico, como solo puede serlo que la mejor y la peor noticia de tu vida coincidan de esa manera en el tiempo antes siquiera de cumplir los diez años.

Cuando los niños se han retirado ya a sus cuartos y Javier dormita en el sofá, salgo al jardín y me siento en una de las tumbonas. Y la cabeza me vuela, sin que pueda pararla, a aquellos años dulces, fáciles. A la época en la que creíamos tener una larga vida por delante y saboreábamos a diario una bendita rutina.

IV

La bendita rutina

He oído muchas veces que la felicidad completa no existe, que debemos conformarnos con pequeños instantes, con fogonazos de dicha. Los cuatro años que Javier y yo vivimos con Mateo en aquel pequeño piso de Barajas son el argumento que siempre usaré para contradecir esa teoría. Aquello era la felicidad completa. Yo estuve allí y la viví.

Enseguida nos adaptamos a la convivencia. No tuvimos ese famoso primer año en el que todas las parejas dudan si se aman o se odian. La llegada de Mateo lo polarizó todo y nosotros creamos nuestra rutina alrededor de aquella nueva realidad que la vida nos había puesto en el camino.

Javier siguió trabajando, quizá más que nunca. Nos hacía falta cada euro que ganaba y a su sueño de volar se unió desde que nos casamos el de darnos la mejor vida posible. A Mateo, a mí y a sí mismo. Su ambición se multiplicó y pasaba muchas horas fuera de casa, pero nunca lo sentimos ausente. A él le oí por primera vez hablar de «tiempo de calidad», el que anhelaba pasar con Mateo y conmigo cuando no estaba trabajando, mucho antes de que esa expresión se pusiera de moda.

Mateo crecía como un bebé sano, precioso y tranquilo. Era perfecto. Y yo pasaba todo mi tiempo con él, como una especie de mamá canguro. Me lo llevaba a todas partes y tenía que hacer verdaderos esfuerzos para dejarlo de vez en cuando con mis padres para salir con mis amigas o pasar algo de tiempo con Javier, los dos solos.

Decían por entonces que España iba bien y nosotros vivíamos subidos en una especie de nube de euforia. Javier se pasaba las horas muertas buscando chalets en las afueras, aunque los precios quedaban tan lejos de nuestras posibilidades que yo no podía evitar la risa cuando lo veía tan emocionado. Además..., él podía soñar con un futuro a lo grande, pero yo tenía más que suficiente con nuestro piso de Barajas y la vida sin lujos que disfrutábamos.

Después de darle menos vueltas de las que posiblemente merecía la decisión, llegué a la conclusión de que me pondría a trabajar cuando Mateo empezara el colegio. España iría bien, pero los sueldos a los que podía aspirar una recién licenciada en Periodismo sin experiencia laboral daban para poco más que para pagar la guardería o a alguien que cuidara del niño durante las horas eternas que tocaría echar en la redacción. Y para eso... prefería pasar yo esos primeros años con él. En aquel momento, ni se me pasaba por la cabeza cuánto me costaría encontrar mi lugar en el mundo laboral, como a tantas mujeres después de ser madres.

Vivíamos con lo justo, porque estábamos obsesionados con ahorrar para el futuro y porque lo que más felices nos hacía no se pagaba con dinero. Yo aprendí a cocinar, aunque pasé unos cuantos meses perpetrando unos platos que hacía falta mucho amor para comerse sin rechistar. Dedicaba los días que pasaba sola con Mateo a cuidar de él y a hacer algunos cursos a distancia, para ir preparando mi currículum para el momento en que me tocara incorporarme a la vida laboral. Cuando Javier estaba con nosotros, salíamos mucho a pasear por Madrid, nos daba igual que fuera invierno o verano. A veces me daba la sensación de que estábamos jugando a las

casitas. Éramos tan jóvenes que parecía irreal que nuestra rutina estuviera marcada por el hogar, cuando las de nuestros amigos incluían noches de fiesta, escapadas de verano a Ibiza o Interrail por Europa.

Nos queríamos, nos besábamos, no perdíamos oportunidad de tocarnos en cuanto nos quedábamos solos. El proyecto de pintar un sábado la habitación de Mateo se alargó todo el fin de semana porque acabamos haciendo el amor entre botes de pintura, rodillos y cintas de carrocero. Con nuestros cuerpos manchados de azul pastel y nuestros labios fundiéndose en la piel del otro.

—¿Tú sigues queriendo hacerte un tatuaje, como cuando tenías trece años? —me preguntó Javier un domingo, con la punta de su nariz haciendo cosquillas en mi hombro. Se le escapó una pequeña carcajada, como siempre que recordaba aquellos tiempos en que yo era una niña que quería crecer rápido.

—No sé. Creo que no he vuelto a pensar en ello.

—Me gustaría... no sé...

—¿Qué? —Me incorporé y lo miré con una pizca de diversión.

—¿Nos tatuamos juntos algo? Algo relacionado con Mateo...

—No te pega nada. —Me reí ya abiertamente, porque, aunque lo negara, Javier era un aspirante a burgués al que no me imaginaba tatuado, mucho menos en aquella época en que tampoco era algo demasiado habitual—. Pero sería precioso.

Al día siguiente, nos tatuamos su fecha de nacimiento en nuestros tobillos, porque en el corazón y en la memoria ya llevaba unos meses marcada.

Lo vimos dar sus primeros pasos, emocionados y grabando aquellos movimientos tambaleantes con una cámara digital que nos había regalado mi hermano la Navidad anterior.

Nos peleamos por dilucidar si su primera palabra había sido «mamá» o «papá», aunque creo que en realidad fue «galleta».

Nos aprendimos la vida juntos. Teníamos un paraíso particular de cuarenta y siete metros cuadrados que temblaba cada vez que un avión desviaba su ruta y pasaba sobre nuestro tejado. Podíamos atravesar algunas estrecheces económicas, pero la vida era fácil. Era bonita. No necesitábamos nada más para sonreír que despertarnos juntos cada mañana y pasar las horas muertas viendo *Operación Triunfo* o *Compañeros* tirados en un sofá que siempre nos parecía más cómodo de lo que era.

Poco antes de que Mateo empezara el colegio, yo me puse a enviar currículums. No quedó un solo periódico, revista, emisora de radio, canal de televisión ni agencia de noticias en todo Madrid sin recibir aquel documento algo exiguo que solo hablaba de un buen expediente en la carrera, cursos de formación diversos, un nivel alto de inglés y unas prácticas interrumpidas algunos años atrás. Las pocas llamadas que recibí me convocaron a entrevistas en las que las condiciones eran tan abusivas que se acercaban más a la esclavitud que a un puesto de trabajo. Me frustraba y, encima, se me comía la culpabilidad por rechazar aquellos puestos, porque mi generación había crecido con el estigma de ser un poco niños mimados y con esa idea tan maligna de que, si nosotros no estábamos dispuestos a aceptar algo, ya aparecería el siguiente para hacerlo. Por desgracia, eso último era bastante real.

Cuando me había quedado embarazada, Javier y yo, en un primer momento, lo consideramos un golpe duro de la vida. Pero aquello había resultado ser lo mejor que nos había ocurrido y el primer revés real que recibimos llegó cuando Mateo estaba a punto de cumplir tres años. Pura, la abuela de Javier, murió una noche mientras dormía. Era mayor, pero eso no fue consuelo. Javier acababa de perder la única familia de sangre que había estado a su lado desde su nacimiento y no

fue fácil que sus ojos perdieran la sombra triste que se instaló en ellos la mañana en que no conseguía localizarla al teléfono y una visita precipitada a su casa confirmó su peor intuición.

Pero nos curamos el dolor, ¿verdad, Javier? Poco a poco. Juntos. Gracias a un niño de tres años que no daba tregua a la tristeza y a los pequeños planes del día a día. A aquellos vuelos en los que nos colabas de vez en cuando, para poder viajar sin gastarnos el dinero que nos habíamos propuesto ahorrar.

A veces simplemente pasábamos una tarde en Barcelona antes de regresar a casa. O nos escapábamos día y medio a París, y Mateo y yo nos metíamos con disimulo en el hotel que la compañía le pagaba a Javier; cogíamos un autobús, nos besábamos a la sombra de la torre Eiffel, dejábamos que Mateo jugara con los barquitos teledirigidos del Jardín de Luxemburgo y soñábamos en voz alta con el día en que pudiéramos permitirnos viajar sin restricciones, sin saber que las escapadas que nos dejarían el mejor sabor en la memoria serían aquellas improvisadas de los primeros años. Sabíamos que, en cuanto Mateo empezara el colegio o yo encontrara un trabajo, esa posibilidad se acabaría, así que la exprimimos al máximo.

Javier y yo apenas discutíamos. Compartíamos un proyecto común y una visión del mundo muy parecida, así que rara vez surgían discrepancias entre nosotros. Una de las pocas que recuerdo llegó a la hora de elegir colegio para Mateo. Yo prefería que fuera al colegio público del barrio, como habíamos hecho los dos en nuestra infancia, un poco por principios y otro poco porque los recuerdos que conservaba de aquella época eran tan dulces que deseaba lo mismo para nuestro hijo, aunque nada nos garantizara que su experiencia fuera igual. Javier, en cambio, estaba obsesionado con que asistiera a un colegio bilingüe, porque el inglés sería fundamental en su futuro; era la época en la que creíamos que los niños españoles solo encontrarían un trabajo en el futuro si dominaban hasta el chino. Al final cedí, por una circunstancia inesperada que le dio un vuelco a mi vida, más que al futuro educativo de Mateo.

El día que, a regañadientes, acepté ir a visitar aquel colegio bilingüe de las afueras de Madrid que me parecía tan elitista, nos recibió la directora, con la que enseguida hice buenas migas. Mientras nos explicaba los planes pedagógicos que aplicaban con los alumnos de Infantil, le comenté que esperaba ponerme a trabajar en cuanto Mateo empezara las clases. Ella se quedó un momento en silencio, me preguntó a continuación qué había estudiado y, cuando me quise dar cuenta, me había ofrecido la posibilidad de optar a un puesto de profesora de Lengua Española para alumnos del primer ciclo de la ESO. Uno de los cursos de capacitación que yo había hecho durante mis años dedicada a la crianza de Mateo me habilitaban para dar clase y eso, unido al nivel de inglés que tenía desde aquellos veranos en Irlanda de mi infancia y adolescencia, fue razón suficiente para que me hicieran una oferta en firme.

Cuando llegamos a casa, ya teníamos claro que matricularíamos a Mateo en aquel colegio, pero la verdadera decisión estaba por tomar. Javier estaba contentísimo por mí, por que después de tanto envío de currículums y entrevistas frustrantes tuviera al fin en la mano una oferta de empleo con un sueldo decente y una posibilidad de conciliar trabajo y maternidad inmejorable. Y yo... me debatía entre dos sentimientos. El pragmatismo y los sueños. Aceptar una oferta para dar clase en el mismo colegio al que iría Mateo era práctico, cómodo y apetecible, pero... suponía renunciar, al menos temporalmente, a mi viejo sueño de ser periodista, que se había diluido algo entre pañales y biberones, pero me había acompañado desde que era una adolescente. Por aquel entonces, Martina trabajaba como redactora de cultura en un periódico de tirada nacional y yo soñaba con algo así. Pero también la veía trabajar jornadas eternas, hacer guardias los fines de semana y asistir a eventos fuera del horario laboral. Ella no tenía pareja ni hijos; yo tenía una familia. Era imposible comparar nuestras situaciones.

El día de junio en que Mateo cumplió tres años, yo dije que sí. Acepté aquel trabajo como profesora. Con la nueva situación económica, redoblamos esfuerzos en buscar una casa a la que mudarnos. La vida cambiaba y quedaban atrás tres años que habían sido un sueño real. Nunca me habían asustado los cambios, quizá porque a los veintidós años había llegado una sorpresa que lo había puesto todo patas arriba y nos había quitado la capacidad de sobresalto. Pero entonces sí me asusté. Porque todo era para mejor.

Un trabajo, después de tres años siendo solo madre y ama de casa.

Un nuevo escenario económico que haría que nos pudiéramos permitir caprichos que habían estado vetados hasta entonces.

Mateo ya escolarizado, mayor, más independiente.

El sueño de encontrar una casa en la que envejeceríamos juntos.

Nuestro amor, intacto, tan intenso como el primer día y más fuerte que nunca.

Y, sin embargo, el día que cerramos para siempre la puerta del apartamento de Barajas, lloré. Por la nostalgia de lo que dejábamos atrás, de los cuatro años más felices de mi vida. Pero también por miedo a que los cambios se llevaran parte de la felicidad plena, esa que ya me había convencido de que sí existía.

5

La vida sigue (aún)

La mañana en que Mateo se marcha a su primer examen de Selectividad me quedo como una idiota viéndolo subir al coche de la madre de su amigo Sergio, que los va a acercar a Ciudad Universitaria, porque me cuesta creermelo que se haya hecho tan mayor. Hace ya quince años que nos mudamos a esta casa, cuando él apenas acababa de empezar el colegio, y ahora está a punto de cumplir los dieciocho y en pocos meses se marchará a estudiar lejos de Madrid. Demasiado lejos para mi salud mental.

Habría querido estar más pendiente de él estos últimos días, sobre todo porque está más nervioso de lo que ha querido reconocer. Aunque este año ha estudiado mucho y no necesita una nota alta para acceder a Ciencias del Mar, el año pasado aún estaba un poco descontrolado y le preocupa que la media al final no le dé. Pero ha sido difícil estar encima de Mateo cuando Javier está como está.

Porque Javier... está mal. Muy mal. El bajón en las últimas semanas es muy pronunciado y me hace temer que el final esté mucho más próximo de lo que estoy preparada para asimilar. En realidad, no creo que sea capaz de asumir su muerte en ningún momento, pero esperaba tener al menos unos meses para ir haciéndome a la idea.

Ayer conseguí hablar con el médico de paliativos a solas y me tranquilizó... en parte. Me dijo que cada enfermo es un mundo, pero que una tendencia bastante habitual entre pacientes en el estado de Javier es tener un descenso de facultades muy pronunciado, como el que estamos viviendo, antes de estabilizarse durante el periodo final.

La única buena noticia es que, al menos, su cabeza permanece intacta. Quizá para él sería un consuelo perder la consciencia de la decadencia de su cuerpo, pero yo soy egoísta y no puedo evitar alegrarme de que, al menos, cuando está tumbado y el dolor le da tregua, el Javier al que conozco siga ahí. Sigue leyendo, viendo películas, jugando a la Play, hablando e incluso bromeando como si nada estuviera ocurriendo. Si cerrara los ojos cuando lo escucho, podría abstraerme y olvidar que, en realidad, cada día es una despedida.

Esta ha sido la segunda noche que hemos dormido en el salón. Después de algunas conversaciones con el médico de paliativos en las que estuvo de acuerdo con nosotros en que era urgente que Javier se trasladara a la planta baja, su recomendación fue que compráramos una cama articulada. Javier se negó, como a todo la primera vez que lo escucha, porque le parece que cada paso atrás es justamente eso, un paso más lejos de la recuperación. Pero el doctor logró convencerlo de la manera contraria a como lo hago yo: con la verdad por delante. Le dijo que, dentro de poco, le costará levantarse e incluso incorporarse, así que la mejor solución era esa. Cuando el médico se marchó, empezamos a mirar una página que nos recomendó y acabamos comprando la más grande de todas. Javier se empeñó; dijo que quería que estuviéramos cómodos los dos juntos, porque, si yo dormía en el sofá, que parecía la mejor opción, se sentiría como si hubiera vuelto al hospital.

Así que esa es nuestra nueva rutina. Él, yo y una cama de hospital. Unas sábanas conocidas,

pero que no acaban de conseguir su objetivo de restarle aspecto médico a nuestro nuevo salón. Anteayer, cuando nos trajeron la cama, Mateo insistió en ayudarnos a despejar el comedor, aunque yo prefería que viniera mi padre y él se centrara en estudiar. Pero no hubo manera. Entre los dos, conseguimos meter en el *office* la mesa de comedor y las sillas, una lámpara de pie y un par de plantas, mientras Javier nos observaba en silencio, con su peor cara de frustración, en parte por tener que irse a dormir al salón a una cama que es un castigo y en parte por no poder ayudar a mover los muebles.

Pero... nos hemos adaptado ya. Así funciona esto. Viene un cambio, siempre para mal, nos hunde durante unas horas, uno de los dos tira del otro, los niños ayudan y seguimos... hasta que llegue lo siguiente.

—Toma, cielo. Hoy te lo he puesto bien a tope de arándanos. —Le llevo el desayuno a la cama a Javier, que se ha despertado mientras yo me tomaba el café después de despedirme de Mateo.

—¡Oh, qué ilusión tan enorme! —me dice, cargado de ironía, porque ha llegado a odiar los frutos rojos, que siempre le recomiendan para prevenir infecciones de orina; pero a pesar del sarcasmo, sé que está de buen humor—. Ven aquí, que hueles a café.

—Voy. —Me siento a su lado y él posa la punta de su nariz en la piel de mi cuello—. Para, que me pongo tontorrón.

—Cruza los dedos para que este bol de alpiste con frutita me dé fuerzas para hacer algo con ese asunto.

Le sonrío y me quedo sentada a su lado, en la cama, los dos incorporados. Enciendo la tele y nos quedamos un rato viendo uno de esos magazines matinales que en realidad no nos gustan, pero que están bien como sonido de fondo para que el silencio no se llene de cosas por decir. El médico viene, le hace los controles habituales con rapidez y volvemos a quedarnos solos.

—¿Tú crees que Mateo lleva bien preparada la Selectividad? —le pregunto mientras me muerdo una uña.

—Va sobrado. Lo va a clavar —me responde Javier sin mirarme siquiera, porque él tiene fe ciega en sus hijos siempre, incluso a pesar de haberse pasado de confianza alguna vez y que nos la hayan colado. Bueno, no sé por qué uso el plural; el que nos la ha liado siempre ha sido Mateo—. Preocúpate más de la locura del otro con lo del concurso de Harry Potter.

—Ni me hables de eso.

Me echo hacia atrás en la almohada con un suspiro, cruzamos la mirada y nos da la risa. Pero risa de verdad. De la que sube por la boca del estómago y nos hace estallar en carcajadas. Y qué bien sienta.

—¿Cómo hemos llegado a tener un hijo *youtuber* experto en Harry Potter?

—¿A mí me lo preguntas? No fui yo quien le metió por los ojos los libros cuando no tenía ni edad para entenderlos.

—Pues diría que los entendió bastante bien —se defiende Javier—. ¿Quién va a acompañarlo a Londres?

—Tenemos tiempo de sobra para pensar en eso.

—Vale... ¡Oye! ¿Y si nos hacemos un maratón con las pelis en Netflix?

—No sé cómo te pueden quedar ganas de verlas, pero... está bien.

Cojo el mando, busco la primera película y la pongo. No hace ni diez minutos que Harry ha llegado a Hogwarts por primera vez cuando escucho la respiración rítmica y fuerte de Javier, y sé que se ha quedado dormido. Pulso «pausa» y me levanto para resolver esa cuestión que tantas horas de sueño me ha robado desde que supimos lo del concurso. Cojo mi móvil, marco el

número de Martina y cruzo los dedos. Para pillarla con un rato libre y para que a finales de julio pueda hacerme el mayor favor que le pediré en toda mi vida.

—Hola, Ele, ¿qué tal?

—Bueno... Aquí estamos. En la lucha.

—¿Cómo se encuentra Javi?

—Pues... hoy tiene un día bueno, aunque no son ni las once de la mañana y ya está con su primera siesta.

—Me alegro. —Martina hace una pausa—. De que sea un buen día, no de que esté durmiendo, vaya.

—Ya, ya te había entendido. —Me río—. Oye, Marti, ¿andas muy liada de trabajo en estos momentos?

—Estoy hablando contigo y dentro de veinte minutos tengo cita para hacerme las ingles aquí al lado del museo, así que...

—Así que no. —Vuelve a escapárseme la carcajada—. ¿Cómo puedes vivir tan bien?

—La semana pasada cogí siete aviones y trabajé unas setenta horas, domingo incluido. No creo que el mundo del arte vaya a echarme de menos si me cojo una horita una mañana cualquiera. ¿Qué quieres de mí?

—Necesito que mires tu agenda.

—¿Mi agenda?

—¿Cómo tienes el veintinueve, treinta y treinta y uno de julio?

—¿Qué pasa, Ele?

—Dime que estás libre esos días, por Dios...

—No. —Esas dos letras, tan firmes y tajantes, por parte de alguien que suele ofrecerse a cancelar cualquier cosa por mí, me matan—. Nos presta el MoMA tres de los cuadros más relevantes de su colección permanente para una exposición temporal aquí. Es el evento más importante para el museo en años. Tengo que estar en Nueva York el veintiocho y regreso el dos de agosto.

—Mierda...

—Pero a partir de ahí me quedo de vacaciones y ya será toda tuya para...

—No, Marti, es que tenía que ser esos días —le digo, desesperada, porque ella era mi única opción, pero enseguida me doy cuenta de que mis palabras han sonado demasiado egoístas—. Quiero decir... Es igual. Buscaré otra opción.

—¿Qué es lo que pasa?

Le hago un resumen de toda la situación del concurso y aguanto sus risas iniciales, hasta que se da cuenta de que el maldito sueño de la vida de mi hijo pequeño va a quedarse truncado porque nadie podrá acompañarlo. Le explico que mis padres no son una opción porque no hablan inglés y que yo bajo ningún concepto dejaré a Javier solo aunque solo sean tres días. No es hasta ese momento cuando me doy cuenta de que la cruda realidad en estos momentos es que Dani solo podrá ir a ese concurso si su padre se muere antes. Hay ironías de la vida que no tienen ni puta gracia.

—Lo siento muchísimo, Elena... Qué mala suerte de fechas, Dios.

—Encontraré la solución. Se lo pediré a Isabel o algo así, yo qué sé.

—¿A quién?

—La madre de su amigo Luis. Es la que se está encargando de llevarlo y traerlo del cole esta temporada.

—Pensaremos algo, no te preocupes. —Sé que no es verdad, que la solución es casi

imposible y tendré que darle a Dani un gran disgusto, pero escuchar a Martina decir eso consigue tranquilizarme—. ¿Puedo pasarme esta tarde a visitarlos?

—¡Claro! A Mateo le encantará verte. Hoy tenía el primer día de Selectividad.

—Lo sé. He estado wasapeando con él hace un rato. Le ha salido genial Lengua.

—Me flipa que sepas más de la vida de mi hijo que yo.

—Me adora, ya lo sabes.

—Un beso, Marti. Ven cuando quieras.

Me despido de ella y vuelvo al salón. Javier está en un extraño duermevela, pero abre del todo los ojos cuando me ve y acciona el mando que levanta el respaldo de la cama. Me fijo en él y, aunque impecable, va vestido con el pijama. Cuando lo acompañé al baño esta mañana, le pregunté si quería darse una ducha y que le bajara algo de ropa, pero ha preferido asearse un poco y quedarse en pijama. Y yo me he dado cuenta de que, a pesar de lo mucho que me he reído de él por esa rutina de vestirse como para ir a una reunión de negocios, echo de menos cuando aún tenía el ánimo para hacerlo. Echo de menos algo de lo que hace menos de una semana. La vida va demasiado rápido.

—Tu hijo lo ha bordado en el examen de Lengua.

—Obvio. —Me mira y me guiña un ojo—. ¿Has hablado con él?

—Por supuesto que no. El poco tiempo que tiene entre examen y examen, al parecer, prefiere dedicárselo a su madrina.

—Pues vaya novedad.

Javier coge el mando para reanudar la película, pero yo le pongo una mano en el antebrazo y lo paro. Hay un tema que está pendiente desde hace dos días y yo ya estoy harta de tener asuntos pendientes, de ocultar cosas, de fingir. Sobre todo cuando ya nada tiene demasiado sentido. Si hay una persona a la que conozco bien en el mundo, es a Javier. Y si de verdad su cabeza está intacta, y no me cabe duda de que es así, es imposible que no sepa que su tiempo está contado. Tal vez debería sacarme ya esta capa de protección con la que me cubro y hablar con él, llorar con él, gritar nuestros miedos juntos, reconfortarnos. Pero no puedo. Aún no. Necesito la apariencia de normalidad un rato. Y presiento que él también. Aunque el tema que se aproxima no nos apetezca nada a ninguno de los dos.

—¿Qué pasa?

—Quiero... hablar contigo un segundo. —Javier se gira, me mira a los ojos y, por un momento, tengo la sensación de que me va a pedir que no hable, que no lo haga. Mi cara debe de ser un poema, entre el disgusto de la conversación con Martina y el miedo a nombrarle a Javier un tema que lleva días sin querer tocar..., y presiento que él solito ha sacado la conclusión de que voy a hablar de algo más serio. De *lo serio* que está pasando. Y que no quiere que lo haga.

—¿De qué?

—De... eso.

Mi barbilla señala, en un gesto firme, hacia la esquina del salón, junto al mueble de la tele. El día que el médico nos sugirió que compráramos una cama articulada, nos dio también otro consejo. Javier tiene cada vez menos movilidad. Puede levantarse solo de la cama y moverse hasta el sofá, pero... poco más. Para ir hasta el cuarto de baño, que está a apenas diez metros del salón, necesita apoyarse en alguien. Sus piernas parecen haberse rendido antes que el resto de su cuerpo y, junto con la cama articulada, compramos también una silla de ruedas. Con la oposición absoluta de Javier.

—No quiero hablar de eso.

—Y yo no quiero que te pases todo el día en la cama... hasta que te pongas mejor.

Me mira durante unos segundos con una intensidad que está a punto de tirarme al suelo. Estoy convencida de que me lo va a decir. Que no quiere pasarse en una silla de ruedas *el resto de su vida*, que sabe que, en cualquier caso, será poco tiempo. Pero calla. Calla y suspira.

—Me siento un puto inútil, Lena...

—No digas eso, cariño. —Me tumbo a su lado, apoyo la cabeza en su hombro y rodeo con mi brazo su cintura, que se ha reducido a la mínima expresión—. Estás enfermo y está siendo más duro de lo que esperábamos, pero... mejorará. Y hasta entonces, deberíamos hacer todo lo posible por que sea más fácil.

—¿Y con la silla de ruedas va a ser más fácil?

—Podemos salir a dar paseos por la urbanización...

—Si ya me miran como a un bicho raro caminando... me apetece bastante poco darles ese espectáculo.

—Pues al jardín, Javier, yo qué sé.

—Es que... —Se tumba del todo, cierra los ojos y su expresión torturada me consume—. No quiero que los niños me vean así, joder.

—Javier...

—Mateo lo va a pasar fatal y Dani... Dani se va a asustar.

—Confía en tus hijos para algo más que para sus estudios o para que sean los que más saben de Harry Potter, anda. Los niños se acostumbrarán. Y estarán encantados de que salgáis al jardín más a menudo.

—No sé, Lena... Me cuesta.

—Cómo no te va a costar, mi vida. Yo te entiendo, te lo prometo.

—Ya lo sé... Si no me entiendes tú, quién va a hacerlo.

Lo miro, con los ojos algo húmedos, y me quedo allí, abrazada a él. Tengo la sensación de que ha aceptado, que usará la silla, no sé si por complacerme a mí o porque de verdad es la única opción que tiene de volver a sentir el aire libre en su cara. Pero ya lo llevaremos a la práctica. Por la tarde, mañana o cuando sea. Ahora, lo mejor es descansar un rato, acabar de ver la película y prepararnos para el momento en que lleguen los chicos.

Durante la comida, Dani no deja de hablar de lo que supondrá para su canal de YouTube el espaldarazo de convertirse en el Primer Gran Maestro de Hogwarts. Nos hace reír porque habla convencido de que ganará. Mateo siempre le dice que es un prepotente, pero en realidad no es así. Simplemente, no contempla otra opción que ganar, que aprobar sus exámenes y, en general, que triunfar en cualquier prueba en la que tenga que utilizar sus capacidades intelectuales.

Por la tarde, Dani hace los deberes, Javier se echa una siesta y yo termino un reportaje sobre las mejores exposiciones que ver en Madrid este verano. Me ha quedado bastante bien, a pesar de que estoy segura de que yo no visitaré ninguna; es una bendición tener a Martina pasándome información privilegiada del mundo artístico para ahorrarme tiempo en la elaboración de mis artículos. Mateo llega sobre las seis, asegurando que le han ido fenomenal todos los exámenes. Su especialidad durante unos años ha sido decir que iba a sacar un ocho o un nueve y acabar sacando un tres, así que nos tomamos las noticias con prudencia.

Sobre las seis, llega Martina, montada en su Vespa beis. Yo estoy ayudando a Javier a peinarse —porque, aunque Martina sea tan de la familia como todos los presentes, él se niega a recibirla en pijama—, así que le pido a Mateo que le abra la puerta. Antes de que pueda hacer algo por evitarlo, Martina le tira las llaves y le deja su casco, y lo único que veo es como me lanza un beso con la mano y acelera por nuestra calle.

—Martí, te he dicho un millón de veces que no le dejes la moto.

—Venga ya, ese niño monta en bici como un profesional, no creo que vaya a tener demasiados problemas.

—Sí, claro, es exactamente lo mismo. ¿Recuerdas que ni siquiera tiene la edad para conducirla? ¡Ni carnet!

—Tecnicismos. Tampoco es que le haya dejado una Harley.

—Que no se entere Javier, por favor.

—Pero si a él le encantaban...

—Martina. —La miro a los ojos y ella los cierra de forma instintiva, casi como si se hubiera olvidado de todo lo que ocurrió hace trece años—. No le digas nada.

—Lo siento, Ele. Yo...

—Da igual. Ven a ver a los chicos, anda.

Dani sale corriendo del sofá y se abraza a ella. Dedicar unos veinte minutos —si son menos, no lo parecen— a explicarle cada detalle del famoso concurso; ella lo escucha con paciencia, con interés incluso, pero sé que se siente culpable por ese viaje que le impedirá acompañarlo.

—Caray, Javi, qué buen aspecto te veo hoy. —Martina le guiña un ojo—. ¿Tienes una cita o algo?

—Yo no, pero tú deberías pedir una con tu oculista.

—Bah, chorradas. —Se sienta a su lado y enlaza un brazo con el de Javier—. En serio, ¿cómo te encuentras?

—Como la mierda. He comido unos macarrones sin salsa, un yogur natural y, aun así, tengo reflujo desde hace cuatro horas. —Javier esboza una mueca, porque ha pasado una tarde bastante regular de dolor y hemos tenido que recurrir por primera vez a la morfina, aunque en una dosis muy baja.

—Vaya por Dios... ¿Qué comerías si pudieras? —Martina siempre hace las preguntas más inadecuadas, pero, sorprendentemente, Javier suele responderle y abrirse con ella más que conmigo, al menos para lo malo; a ella no siente la necesidad de protegerla de la realidad—. Cualquier cosa. Pago yo.

—Mmmmm... —Javier cierra los ojos y se concentra—. De primero, unos nachos con guacamole. Con un montón de jalapeños cortados por el medio, salsa agria y frijoles. Después, un solomillo de ternera, bien grande, con salsa de roquefort y algo así como una tonelada de patatas fritas. Y de postre, sin ninguna duda, tiramisú. Bueno, o quizá la tarta de queso al horno de la madre de Lena. Y café. Sobre todo, mucho café. Expreso, muy cargado y sin azúcar.

—Suenan bien. El próximo día te lo traigo. Muy mal se te tiene que dar para que con un Almax no soluciones el asunto.

Abro los ojos como platos, porque solo a Martina se le puede ocurrir sugerirle un Almax a un tío con cáncer de estómago. Solo a él se le puede ocurrir responder con unas carcajadas que hacía tiempo que no se escuchaban en este salón. Y solo a mí se me podía contagiar la risa como si nada estuviera ocurriendo.

—Voy a fumar y, dado que eres un nazi del tabaco —quizá esa sea otra frase no muy adecuada para una persona con cáncer, pero Martina a lo suyo—, saldré fuera sin necesidad de que me lo pidas. Ele, ¿me acompañas?

—Qué remedio me queda.

—Largaos, pareja de brujas.

Salimos al porche y Martina se enciende un pitillo apoyada en la jardinera de piedra que separa la entrada al garaje. Yo me quedo a su lado y las dos cerramos los ojos y dejamos que el sol nos caliente un poco la piel. Ella ya ha cogido algo de color en estas primeras semanas del

verano, pero yo parezco transparente.

—¿Cómo lo has visto? —le pregunto, al fin, porque a veces hay cosas que solo se convierten en reales cuando las oigo en la voz de mi mejor amiga.

—¿La verdad o la mentira piadosa?

—La verdad.

—Físicamente, fatal. Pero de mucho mejor humor que otros días.

—Lleva toda la tarde hecho una mierda. Supongo que aprovecha los momentos en que se encuentra bien, que no son demasiados.

Ella asiente y, cuando va a decir algo, escuchamos el rumor del motor de su Vespa acercándose. Mateo para delante de casa, desmonta, la apaga y se saca el casco. Lo guarda en el baúl trasero y se atusa el pelo con un gesto que me recuerda tanto a otra persona que tengo que cerrar los ojos un segundo. Cuando vuelvo a abrirlos, me fijo en que Martina no le ha quitado la mirada de encima y se ha quedado como paralizada.

—Joder, Ele... Es igual a él.

—Eso ya lo sabíamos. Siempre han sido como dos gotas de agua.

—Ya, pero ese gesto al sacarse el casco y peinarse con la mano... ha sido Miguel en estado puro.

Me permito pensar en mi hermano durante un momento y vuelve a mí esa sensación. Ese dolor. El más profundo.

V

El dolor más profundo

Nos compramos una casa que no nos habríamos atrevido ni a soñar. Una casa que probablemente ni nos podíamos permitir, pero así eran las cosas en aquellos tiempos. Javier recibió la herencia de su abuela, hicimos cuentas con el dinero que habíamos ido ahorrando y planteamos la que sería nuestra nueva situación económica, con dos sueldos por primera vez desde que nos habíamos independizado. Y nos lanzamos a la búsqueda de aquel chalet que había comenzado siendo el sueño de Javier y se había convertido ya en el de los dos.

Hacía pocos meses que yo había empezado a trabajar cuando Javier regresó de uno de sus viajes emocionado por un anuncio que había encontrado en la web de una inmobiliaria. Se trataba de una casa en una urbanización de las afueras, en un pueblo que no estaba de moda ni demasiado bien comunicado con el centro de Madrid, pero quedaba cerca del colegio al que íbamos a diario Mateo y yo, y no muy lejos de Barajas. Fuimos a visitarla aquel mismo viernes por la tarde y... nos enamoramos de ella. Era un chalet de dos plantas, además de un sótano enorme. Tres habitaciones, tres cuartos de baño, un salón-comedor enorme, una cocina algo anticuada y un jardín trasero precioso. La casa se había construido en los años setenta y nadie la había tocado desde entonces, pero pensamos que ya habría tiempo de ir haciendo reformas. El precio era muy superior a lo que nos habíamos marcado como límite, pero inferior al mercado disparatado de aquellos tiempos de burbuja inmobiliaria, gracias a que se trataba de una herencia que había que repartir entre varios hijos y les corría prisa vender.

Compramos. Nos metimos en una hipoteca que heredarán Mateo y Dani, pero lo hicimos ilusionados. Javier acababa de entrar a trabajar en una aerolínea española, con un sueldo bastante mejor que el que había tenido hasta entonces, aunque también con muchas más horas dedicadas. Sabíamos que, a partir de aquel momento, con el peso de la hipoteca sobre nuestras cabezas, tocaría redoblar esfuerzos, pero éramos optimistas.

Optimistas patológicos, diría yo. ¿Te acuerdas, Javier? Nos parecía que la vida siempre nos sonreiría, que podríamos con todo. Con una casa, un niño pequeño, dos trabajos, sueños de futuro, la idea loca de no tardar en darle un hermano a Mateo, nuestras escapadas de fin de semana... Éramos nosotros. Todo era posible, ¿verdad?

Nos mudamos después de pasar una última Navidad en el piso de Barajas. Mateo estaba emocionado con eso de que su cuarto estuviera en la segunda planta y se pasaba la vida subiendo y bajando las escaleras con cualquier excusa. Javier estaba mucho tiempo fuera de casa, pero acumulaba días libres que pasábamos en el jardín, o paseando por el monte que quedaba detrás de la urbanización, aunque hiciera frío y volviéramos a casa tiritando.

Los primeros meses se nos fueron deshaciendo cajas, montando muebles, adaptándonos a los nuevos horarios, las nuevas rutinas. Javier se marchaba los lunes en su moto a Barajas y rara era la semana que lo veíamos regresar antes del viernes. Yo vivía pegada a Mateo, encargándome de todo, llevándolo al colegio en mi coche y trayéndolo de vuelta al acabar la jornada. Lo llevaba a fútbol dos días por semana y a casa de mis padres alguna tarde que dedicaba a quedar con

Martina para ponernos al día. Y cuando Javier no estaba los fines de semana en casa, mi hermano Miguel venía a recogerlo para hacer «cosas de chicos», que era la excusa que él ponía para mimar a su ahijado por encima de lo razonable y comprarle todos los caprichos que Javier y yo le negábamos o no podíamos permitirnos. Miguel había acabado por abandonar los estudios en el enésimo fracaso académico, pero la vida le había sonreído —y él había trabajado muchísimo— y tenía una tienda de motos en Getafe que funcionaba muy bien.

Todo iba genial y, al mismo tiempo..., yo no acababa de encontrarme a gusto. Me había acostumbrado a un día a día marcado por un horario perfectamente planificado, a que Mateo llenara los vacíos en los que me negaba a pensar a menudo y a convencerme, cuando despertaba con Javier abrazado a mi cintura los fines de semana, que todas las renunciadas habían merecido la pena.

Pero no siempre es tan fácil vivir en el autoengaño. Tenía veintisiete años y los ideales habían tardado demasiado poco tiempo en verse aplastados por las realidades. No era tonta, sabía que los sueños adolescentes suelen disolverse bajo el peso de las circunstancias que dicta la vida, pero... a mí eso me había ocurrido muy pronto. Veía a Martina protestar por pasarse la vida con la maleta a medio hacer y me costaba entenderla; trabajaba en aquella época como reportera para un canal de televisión y yo me moría de envidia cada vez que me la encontraba en pantalla haciendo realidad unos sueños que un día habían sido también los míos.

Estaba contenta trabajando en el colegio. Los alumnos eran tranquilos, no me daban grandes problemas. Había tardado poquísimo en ponerme al día con el temario y mi primer curso había sido muy satisfactorio. La directiva del centro me respetaba y los compañeros me acogieron con mucho cariño. Además, estaba la cuestión práctica, claro. Mateo y yo teníamos unos horarios muy similares, así que nunca tuve un problema real de conciliación..., salvo que sí lo tenía en algún lugar de mi interior con el que no siempre me apetecía mantener una charla. Porque yo conciliaba, sí, pero ¿y Javier? Yo lo había conocido soñando con ser piloto y me alegraba muchísimo de que hubiera conseguido sus objetivos profesionales; y no era tan tonta como para no saber que la vida con un piloto significaba muchas noches separados. Pero éramos padres, los dos, y Javier solo tenía que coger su último vuelo cada semana, llegar a casa y encontrarse una familia perfecta en la que los deberes ya estaban hechos, la casa limpia y su mujer y su hijo, preparados para pasar unos días de diversión sin responsabilidades. Todo acababa compensándome al verlos jugar juntos, charlar o acurrucarse uno a cada lado de mi cuerpo; al comprobar que Javier no solo no parecía haberse arrepentido ni una sola vez de haber dado el paso de formar una familia tan jóvenes, sino todo lo contrario. Si yo nunca he sido más feliz que en aquellos años ingenuos del apartamento de Barajas, creo que él jamás se sintió tan pleno como el primer año en la casa nueva.

Pero la felicidad es un frágil estado de ánimo. Como una copa del cristal más fino del mundo, tallada al mínimo detalle, pero apoyada en equilibrio inestable junto al borde de una mesa. Un día, tu vida es lo más bonito que has visto jamás y sientes la alegría explotando como fuegos artificiales dentro de ti... y, al siguiente, todo se rompe en mil pedazos sin que puedas hacer nada por evitarlo. Hoy estás preocupada por si algún día te pesará demasiado haber renunciado a tus sueños profesionales y, mañana, ni siquiera puedes pensar en ello porque todo salta por los aires.

Era una tarde de finales de marzo. Javier había conseguido reunir algunos días libres después de muchos vuelos largos y unos cuantos fines de semana fuera, y habíamos pasado horas y horas en el Retiro enseñándole a Mateo a montar en bici, abrigados hasta las cejas, porque la primavera se negaba a llegar a Madrid aquel año. En realidad, hacía ya meses que se manejaba bastante bien sobre dos ruedas, pero no acababa de soltarse a hacerlo sin Javier sujetando el sillín con

mimo. La primera vez que consiguió dar una vuelta completa alrededor del banco en el que estábamos sentados, mirándolo embobados, no sé quién sonreía más, si el niño o su padre.

Llegamos a casa agotados y Mateo se quedó dormido enseguida. Javier y yo nos tiramos en aquel sofá incomodísimo que tardamos años en sustituir y empezamos a hacernos arrumacos, como cada vez que nos quedábamos solos, en realidad. Eran casi las doce de la noche cuando sonó el teléfono fijo. Nos miramos con esa cara a medio camino entre la extrañeza y la preocupación que supongo que todos ponemos cuando un teléfono suena a deshora. Yo me levanté de un salto y cogí el supletorio de la cocina. Era mi padre. Y cuando conseguí entender lo que me decía, comprendí también que la vida tal como la conocíamos acababa de cambiar para siempre.

Llegamos al hospital no sé ni cómo. Nos sentamos en la sala de espera que nos indicaron, con Mateo sobre mis rodillas y mis brazos estrujándolo tanto que parecía difícil de creer que no se despertara. Mis padres aparecieron diez minutos después, aunque a mí se me hicieron eternos y, al mismo tiempo, cortísimos, porque aún mantenía alguna esperanza que se diluyó en cuanto vi sus caras.

Mi hermano Miguel había ido a cenar aquella noche a casa de mis padres, pero se había despedido rápido de ellos porque tenía una cita. Miguel siempre tenía una cita; no le habíamos conocido una sola novia formal, a pesar de que estaba a punto de cumplir treinta años. No hacía ni cuarenta minutos que había salido de la que fue la casa de nuestra infancia cuando mis padres recibieron una llamada de la Policía Local. Las pocas palabras que fui capaz de escuchar en medio de la bruma de llanto y desgarró fueron «mancha de aceite», «exceso de velocidad» y «coche implicado».

Miguel había muerto en el acto, según nos dijeron. Ingresó en el hospital ya cadáver. Tardé horas en asimilar la noticia. No lo hice mientras rellenábamos un papeleo insoportable en el hospital, ni en el coche mientras nos dirigíamos al tanatorio, ni siquiera al llamar a Martina para comunicárselo. No sé cuánto tiempo había pasado cuando nos vimos todos sentados en unas sillas como de oficina en el interior de una sala del tanatorio, pero sí recuerdo que no dejaba de pensar «¿Y Miguel? Hay que llamarlo», antes de darme cuenta de que él ya no iba a volver. No comprendía qué hacíamos allí mis padres, Javier, Mateo y yo, sin él. La familia no estaba completa. También tardé mucho en asumir que nunca volvería a estarlo. Y que de repente era hija única. Que Mateo crecería sin su tío, que lo adoraba. Y que mis padres nunca volverían a sonreír de verdad.

Javier no hablaba. Estuvo horas sin decir una sola palabra. Solo, con Mateo en sus rodillas, preocupándose de sus necesidades cuando despertó, pero sin establecer contacto visual ni con nadie de la familia ni con las personas que, poco a poco, iban llegando al tanatorio al conocer la noticia. Yo había perdido a mi hermano... Él, en cierto modo, también. A su mejor amigo, el que había estado a su lado desde antes incluso que yo, la única constante que le quedaba en una vida llena de demasiadas pérdidas.

—Necesito salir a fumar, Ele. —La voz de Martina no parecía la suya, tan rota por las emociones que se podía palpar la tristeza en cada palabra—. Te vendría bien tomar el aire.

Recuerdo que solo asentí, porque me costaba hablar sin echarme a llorar. Casi echaba de menos las primeras horas, en las que todo me parecía tan irreal que mis esfuerzos se centraban en entenderlo y no había aún lugar para la tristeza. Desde que había asimilado la verdad, me notaba el corazón comprimido en el pecho, estrujado por un dolor que no se parecía a nada que hubiera sentido hasta entonces.

Salimos al aparcamiento del tanatorio y me fijé en los coches. Cada uno de ellos guardaba

una historia y seguro que no era bonita. De algunos coches bajarían personas que solo estarían allí por compromiso, de otros quizá algunos impactados por la noticia de lo que le había ocurrido a mi hermano; de otros, vidas truncadas como la mía o la de mis padres. Aquel no parecía el lugar más animado para tomar el aire, pero Martina tenía razón: no podía quedarme más tiempo en aquella sala en la que hacía demasiado calor y el dolor se podía tocar con los dedos.

—¿Quieres? —Martina me ofreció su paquete de tabaco y yo lo miré intentando encontrar una razón para decir que no. En la universidad fumaba más de la cuenta, a pesar de que Javier lo odiaba, pero lo había dejado al quedarme embarazada y solo recaía muy de vez en cuando si Martina andaba cerca. Aquel día, mi fuerza de voluntad no estaba precisamente de guardia.

—Gracias. —Sentí un hachazo en los pulmones cuando lo encendí, pero el alivio de la ansiedad durante unos segundos hizo que mereciera la pena.

—No sé qué decirte, Ele. —Martina se echó a llorar y yo me derrumbé. Ella siempre había sido mi pilar, la única que siempre conseguía sacarme del pozo, incluso cuando el pozo era solo un vaso de agua, como en aquellas tardes en que nos juntábamos a tomar café y ella me decía que la vida que yo tenía no podía ni compararse con la mierda de trabajos a los que se había tenido que enfrentar ella desde que había acabado la carrera—. Es la primera vez en mi vida en que no tengo ni idea de qué decir.

—Es que no hay nada que decir. —Sorbí por la nariz, pero las lágrimas no me daban tregua—. Ni siquiera parece real.

—Es que no puede ser, joder. ¡No puede ser! —Dio una patada a una jardinera de piedra que separaba dos filas de aparcamientos—. No puede estar muerto, Elena, ¡no puede!

—Marti... —La miré frunciendo el ceño y el silencio nos envolvió. Hasta que ella lo rompió con lo último que esperaba oír.

—Era yo, ¿vale?

—¿Qué dices? —le pregunté, porque sabía que Martina se llevaba muy bien con Miguel, se conocían desde hacía años, pero me costaba entender su reacción. Lo agradecí: la confusión despistó un poco a la pena.

—La chica con la que tenía una cita... era yo.

—Pero, Martina...

—Llevábamos viéndonos un tiempo.

—¿Erais...?

—¿Novios?

—Sí.

—Es una larga historia —me respondió, enigmática. Pero yo la conocía, la conocía muy bien, y supe que necesitaba contársela a alguien. A mí.

—Tengo tiempo.

—No sé cómo ocurrió, de verdad, pero... Todo empezó una noche, poco después de que Antonio me dejara. —Antonio había sido el único novio de verdad de Martina, al menos el único del que yo había tenido noticia, y la ruptura la había dejado bastante hecha polvo.

—Pero de eso hace... ¿un año?

—Algo así. —Martina suspiró y se encendió otro cigarrillo—. El caso es que una noche salí de fiesta para intentar olvidar y me cogí un pedo de colores. Me encontré con tu hermano cuando iba fatal y él me llevó a casa.

—Dime que no...

—No, no, aquella noche ni yo estaba para grandes alegrías ni él habría sido tan cerdo de aprovecharse de la situación. Pero hizo algo que jamás habría esperado de Miguel.

—¿El qué?

—Me llamó al día siguiente. Para preguntarme qué tal estaba. Y sé que no se refería solo a la resaca. —Martina se sentó en el bordillo de la acera y echó la cabeza hacia atrás, supongo que en un fútil intento de mantener las lágrimas a raya—. Empezamos a hablar. Al principio solo por mensaje y muy de vez en cuando. Después... por teléfono y a diario.

—¿Os... os...?

—Dilo, Ele. Dilo porque necesito soltarlo, joder. La única persona que sabía esta historia ya no está y yo necesito hablar de ello o me volveré loca.

—¿Os enamorasteis?

—Yo, como una adolescente. Y creo que él también. No. Sé que él también. Me lo dijo muchas veces y Miguel no mentía.

—No, no lo hacía. —Me senté a su lado y nos mantuvimos un buen rato en silencio; casi podíamos oír el latido de nuestros corazones atronando contra la caja torácica—. ¿Estabais saliendo? —No sabía muy bien cómo sentirme. Además de Javier y Mateo, ellos dos eran las personas a las que más quería en el mundo, y me habían estado ocultando lo suyo durante mucho tiempo.

—¿Tu hermano y yo? —me respondió en un tono que podría haber sido gracioso en otro contexto—. Por Dios, Ele, ni que no nos conocieras. Salíamos, sí, pero para acabar en mi casa o en la suya al poco rato. Pasábamos algunas noches juntos, algunas mañanas preciosas..., pero creo que los dos teníamos demasiado miedo.

—¿Miedo?

—Sí. Él de mí y yo de él. De agobiarnos. A nosotros mismos y al otro. Ya nos conoces, ¿no? Ninguno de los dos hemos sido muy partidarios de las relaciones estables...

—¿Por qué no me lo contaste? —le pregunté, porque quería dejar esa cicatriz en la confianza entre nosotras ahí, en ese tanatorio en el que tantas cosas se iban a quedar también.

—Porque no había nada... y a la vez lo había todo. Supongo que... porque también tenía miedo a contarlo en voz alta y que se hiciera real.

—Comprendo.

Y sí, lo comprendía. Porque nunca en mi vida había conocido a dos personas más libres que Martina y Miguel. Ni en sus relaciones, ni en su concepción del mundo, ni en nada. Martina solo había renunciado a aquello una vez, en su relación con Antonio, y le había salido el tiro por la culata. Y Miguel ni siquiera se había dado aquella oportunidad. Jamás se me había pasado por la cabeza que entre ellos pudiera haber algo, pero, en cuanto fui capaz de visualizarlo, me di cuenta de que no podrían existir dos personas más compatibles en todo el jodido mundo. Juntos, habrían hecho fuego, habrían cambiado la polaridad de los planetas, habrían convertido su cama en el centro gravitacional alrededor del cual giraría el mundo. Vaya mierda más grande ser consciente de ello cuando ya solo eran posibles en el recuerdo.

—Lo siento muchísimo, Marti. —Le eché un brazo por el hombro y la atraje hacia mí. Me la imaginé siendo mi cuñada, criando juntas a nuestros hijos, que serían primos, aunque le había oído decir un millón de veces que ella nunca sería madre. Me eché a llorar en la modalidad de llanto histérico; las había probado ya todas en las dieciocho horas anteriores—. ¿Cómo vamos a superar esto?

—No lo vamos a superar. —Me dedicó una sonrisa triste—. Pero tendremos que aprender a vivir con ello.

—No me digas que un día pensaremos en él con una sonrisa, Martina, porque te juro por mi hijo que te parto la cara.

—Guárdate los puños, Ele, porque será así. Tendremos que conseguir que sea así.

—No puedo hacerme a la idea de no volver a verlo.

—Ni yo. Aún no. Y tengo claro que jamás dejaré de echarlo de menos, pero también que me levantaré un día y asumiré que no va a regresar y que lo único que puedo sentir es orgullo por haberlo conocido. —Mi llanto se incrementó y ella se apoyó en mi hombro; sentí sus lágrimas sobre mi cazadora, pero no las aparté—. ¿Es que no te das cuenta de cómo era tu hermano?

—Marti..., ni siquiera me doy cuenta de que tenemos que empezar a hablar de él en pasado.

—Él lo vivió todo, Elena. Todo. Hizo lo que le salió de los huevos todos y cada uno de los días de su vida. No estudió porque no le daba la gana, pero se centró en su empresa y la sacó adelante a base de horas, esfuerzo e inteligencia. Recorrió media Europa montado en su moto, que, aunque ahora nosotras la odiamos, para él era su vida. Se llevaba a las chicas de calle, adoraba a nuestro ahijado por encima de lo razonable y hasta puede que se enamorara de mí. Ha vivido mil vidas en menos de treinta años.

—Pues yo preferiría que hubiera vivido con menos intensidad y siguiera aquí con nosotras.

—Ya, pero eso no estaba en nuestras manos. Quédate al menos con que vivió intensamente, fue feliz y que esa es la mejor enseñanza que podemos sacar. Que esto se puede acabar en cualquier momento, Ele... Cuanto menos tiempo dediquemos a llorar, mejor.

Estaba un poco enfadada con ella cuando volvimos dentro. Veía a mis padres desgarrados, a Javier inmóvil, a mí misma sintiendo que alguien se había llevado un trozo de mi alma, y me sonaban a psicología barata sus palabras. Pero creo que, de algún modo, las interioricé. Seguía manteniendo —y sigo haciéndolo hoy en día— que habría preferido una vida menos plena y más larga para mi hermano, pero entendí el mensaje de fondo. Me caló hondo. La vida son dos días, aprovéchalos.

Javier malvendió su moto el primer día que pasamos en casa después del tanatorio y el entierro. Ni siquiera me lo comentó; se limitó a decírmelo cuando un desconocido llamó al timbre y lo identificó como el comprador de su moto, el casco, el mono que usaba para las salidas con mi hermano por carretera y algunos accesorios más. Nunca ha vuelto a montarse en una moto. Y es la única prohibición que siempre tuvo claro que aplicaría sobre Mateo y Dani, fuera justa o no.

Con Miguel murió una parte de ti, lo sé. Con él se fue el único amigo al que considerabas un hermano. Y lo paradójico de todo aquello fue que, al mismo tiempo, revivió una nueva Elena. Porque después de su muerte me sentí más viva que nunca, y la mejor prueba de ello era aquel dolor lacerante que algunas mañanas no me permitía ni respirar. En cambio, la evidencia de que algo del Javier al que todos habíamos conocido y amado durante años se había quedado en aquella carretera junto a Miguel fue que tus emociones se anestesiaron.

6

La cruda verdad

El calor es asfixiante y no me deja dormir. Cada día doy gracias en mi interior a Javier por su idea de comprar una cama articulada lo suficientemente grande como para que los dos podamos compartirla, pero él no puede dormir con el aire acondicionado encendido y este junio está siendo muy caluroso en Madrid. Odio el insomnio. Como todo el mundo, supongo, pero es que el mío, en los últimos tiempos, está lleno de ideas funestas, que se convierten en un bucle con el calor y ni siquiera queda claro cuál es la causa por la que no puedo dormir. Pero el caso es que no puedo.

Hoy es sábado y Mateo ya es mayor de edad. Tal vez esa sea la razón por la que por mi mente no dejan de pasar imágenes de aquellos tiempos del piso de Barajas, o de los primeros meses en la casa nueva, de cómo Mateo fue el mejor bálsamo para el dolor que nos produjo la muerte de Miguel, también de los años duros, cuando me aferré a él para seguir cuerda, del primer diagnóstico de Javier, de sus rebeldías, sus escapadas, la madurez con la que asumió la enfermedad cuando regresó... y el hecho de que, dentro de poco más de dos meses, le estaré diciendo adiós para que se vaya a vivir su experiencia universitaria. Y yo a mi hijo mayor lo conozco; lo conozco como conocía a su tío, al que cada día se parece más, en físico y en carácter. Y sé que no regresará cuando acabe los estudios. Puede que sigamos —que *siga*— pasándole un dinero cada mes, pero Mateo volará hacia la independencia sin mirar atrás.

Este mediodía hemos celebrado su cumpleaños comiendo en familia, con mis padres en casa fingiendo —con un éxito moderado— que no saben lo mal que está Javier. Mateo ha estado un poco cohibido, incluso con Martina, que le ha regalado un bono de la autoescuela para sacarse el carnet de conducir... y ni por esas lo hemos visto sonreír. Supongo que tenía la cabeza puesta en esta noche, en la que ha salido a celebrar con sus amigos su fiesta de cumpleaños... y casi prefiero no saber lo que andará haciendo.

Son las dos de la mañana cuando oigo abrirse la puerta de entrada y no puedo reprimir un fruncimiento de ceño. Demasiado temprano para un día tan señalado. Pero lo que me sorprende de verdad es que, tras escuchar algún ruido en la cocina, la puerta de casa vuelve a cerrarse, pero no hay un motor que me indique que alguien lo estuviera esperando o que haya llamado un taxi. Me levanto a intentar averiguar qué ha pasado y ni me molesto en echarme algo por encima del pijama de verano, porque el calor sigue siendo un compañero fiel incluso de madrugada.

Cuando abro la puerta de entrada, lo veo sentado en el bordillo del porche y, al reparar en mi presencia, hace un gesto tan adolescente que casi me da la risa.

—No hace falta que lo escondas, te he pillado de pleno. —Me acerco a él; junto al pitillo que acaba de apagar de forma precipitada, hay un botellín de cerveza a medio beber que explica qué ha entrado a buscar hace un rato—. ¿Puedo sentarme?

—Haz lo que quieras —me responde, insolente, mientras se encoge de hombros, y me recuerda tanto al Mateo de hace un par de años que el calor abandona mi cuerpo y me lo recorre entero un escalofrío.

Mateo tenía catorce años la primera vez que Javier enfermó. Fuimos todo lo sinceros con él que consideramos apropiado para su edad y él pareció asumirlo bien. Siguió siendo un niño tranquilo, simpático, espabilado y tierno. Buen estudiante y deportista. Pero, algunos meses después, algo se rompió dentro de él. Fue cuando ya el cáncer nos empezaba a dar tregua. Yo lo celebraba eufórica, Javier penaba por su carrera perdida y Dani era aún muy niño como para enterarse de nada. Pero Mateo cambió. Empezó a salir mucho, bastante más de lo que le permitíamos, a pesar de que siempre fuimos unos padres laxos. Volvía a casa borracho, apestando a tabaco y un par de veces le pillamos marihuana en la mochila. Se escapaba por la ventana de su cuarto cuando lo castigábamos, nos contestaba fatal—incluso a Dani—, empezó a suspender cada vez más asignaturas y hasta lo echaron una semana del colegio por darle un puñetazo a un compañero.

Lo intentamos todo para que volviera a ser el niño que no necesitaba toda aquella mierda para deshacerse del dolor. Porque, si algo tuvimos claro desde el primer momento, era que aquella actitud, aquella rebeldía impostada, tenía una relación directa con la enfermedad de Javier. Fuimos al psicólogo del colegio, luego a otro externo, hablamos durante horas con él y hasta Martina se lo llevó una semana de vacaciones para hacerle ver la cantidad de cosas bonitas que iba a perderse si seguía por ese camino. Pero nada funcionó, supongo que porque los cambios tienen que salir de nosotros mismos, incluso en esa época tan convulsa que es la adolescencia. Y con el segundo diagnóstico, cuando hablamos con él convencidos de que aquello acabaría de romperlo..., volvió Mateo. El que siempre había sido. Como si aquello lo hubiera hecho madurar diez años en media hora de conversación.

Pero este que tengo delante... este es aquel Mateo que tanto me dolía.

—¿Qué pasa? —le pregunto, porque prefiero pensar que se ha tomado unas copas de más en su cumpleaños y no lo han puesto de buen humor.

—Nada.

Nos quedamos los dos en un silencio que solo interrumpen algunos suspiros que se le escapan entre dientes. Lo conozco demasiado bien; sé que quiere decirme algo, pero no acaba de atreverse. Pero tampoco se marcha a su cuarto. Aguanto un poco más, pero nunca me he caracterizado por mi gran paciencia, así que me levanto, entro en la cocina y vuelvo a salir con una botella de vermú en la mano.

—Como veo que esto no fluye, voy a emborracharme yo también, a ver si hay suerte y consigo sacarte las palabras.

—No estoy borracho —me responde, con los ojos brillando de... ¿cólera?

—Pues bebe si quieres. —Dejo la botella delante de él y la mira con desprecio durante un rato, pero a continuación se encoge de hombros y le da un buen trago.

—Esto sabe a vómitos.

—No tienes ni idea de la vida. —La cojo yo, bebo también y me vuelvo hacia él—. ¿Vas a decirme lo que te ocurre o tengo que seguir emparanoiándome?

—Ya te he dicho que no me pasa nada.

—Y, sin embargo, has llegado a casa tempranísimo el día de la gran celebración de tu mayoría de edad, pero, en vez de irte a la cama, te quedas sentado en la acera.

—No tenía el cuerpo para grandes celebraciones, la verdad —me responde sin mirarme—. Solo quería estar un rato a solas, aunque se ve que no he tenido suerte.

—A mí no me hables así. —Lo cojo de forma delicada pero firme por un brazo—. Estoy intentando ayudarte si es que hay algo que te preocupa, pero no he salido aquí a llevarte tus desprecios.

—¿Y a qué has salido, entonces?

—No lo sé.

Ahora soy yo la que se encoge de hombros, y los dos volvemos a sumirnos en el silencio. Pierdo la mirada entre las copas de los árboles de la calle y espero. Espero a que se lance a hablar, que me diga que tiene miedo, que se le rompió el corazón la primera vez que vio a su padre sentado en la silla de ruedas, aunque lo disimulara bien. Espero a que vuelva a ser mi niño, el que siempre fue, porque a todos los hijos se los quiere por igual, pero entre Mateo y yo siempre hubo una conexión especial, quizá por todo el tiempo que pasamos los dos solos cuando era niño. O quizá porque las personas conectan así, en un chispazo, como Javier y Dani lo hacen cada día. Así éramos Mateo y yo hasta que su padre enfermó; así hemos vuelto a ser durante este año. Él me ayuda cada día, con su simple presencia a mi lado y esas sonrisas que me recuerdan tanto a las de mi hermano que son a la vez un recuerdo doloroso y el bálsamo que lo convierte en dulce. Ahora él necesita algo, no sé si ayuda, apoyo o consuelo, pero sí sé que soy yo quien se lo daré, aunque tenga que sacarle las palabras a bofetones.

—Puedes fumar si quieres —le digo, porque ya es la tercera vez que lo sorprendo echándole miraditas de reojo al paquete de tabaco, y porque no se ha quedado la noche para grandes sermones morales—. Aunque pensé que lo habías dejado.

—Es que lo he dejado. —Se encoge de hombros de nuevo y me dan ganas de zarandearlo para que esa deje de ser su respuesta a todo—. Pero hoy era mi cumpleaños, hemos comprado tabaco y... yo qué coño sé.

—Ojo con lo de fumar solo cuando estás de fiesta, que así empecé yo también y luego fue un infierno dejarlo.

—¿Tú fumabas? —Me mira por primera vez en horas, con el ceño fruncido.

—Bastante. —Me río—. Son esas cosas que no os contamos a los hijos para que no cojáis mal ejemplo, pero a ti ya te doy por perdido. Lo dejé el día que empecé a sospechar que me había quedado embarazada de ti. Desde eso..., solo lo hago cuando tu madrina me lleva por el mal camino.

—Ya... —Me muestra el paquete y hace un gesto con la cabeza—. Puedes coger si quieres.

—No deberíamos fumar, teniendo en cuenta que tu padre...

—¿Que mi padre... *qué*? —Y cuando me mira y me pregunta eso, en ese tono exacto, entiendo lo que le ocurre. Lo sabe. Y la culpabilidad por no haber hablado con él, por no habérselo contado yo, me invade entera.

—Que... tiene cáncer. —Me callo la verdad completa; me la callo porque estoy tan metida en la mentira que ya ni distingo lo que es correcto de lo que no. Ni siquiera me doy cuenta de que la peor verdad duele menos que la mejor mentira.

—Ya. —Suelta una carcajada amarga y yo me enciendo un pitillo porque creo que, por primera vez en años, lo necesito—. Yo no pienso volver a fumar después de esta noche, ya lo tenía claro antes de que lo habláramos.

—Bien, me alegro mucho. Yo... espero poder decir lo mismo.

—Y si no, *mamá* —el tono de su voz me estremece y, aunque nunca creí que ocurriría, odio el sonido de esa palabra—, seguirás fumando a escondidas porque, si algo has demostrado que se te da de puta madre, es ocultar cosas, ¿verdad?

Es difícil masticar el hecho de que tu hijo de dieciocho años, al que le cambiaste los pañales, enseñaste a caminar, a hablar, lo consolaste cuando se hacía daño, con el que estudiaste las tablas de multiplicar y compartiste su ilusión cuando se enamoró por primera vez... te dé una lección de vida cubierta de rencor cuando tienes ya cuarenta años.

—Lo sabes... —le digo, casi sin voz, porque ya es evidente y duele. Joder si duele.

—¿Que papá se está muriendo? —Dolor. Miedo. Angustia—. Lo sé yo y lo sabe cualquiera que lo mire. Menos Dani, supongo, por suerte. Pero cualquier persona en su sano juicio lo ve. Y tú te callas y yo tengo que comerme solo la angustia de no tener ni idea de si llegará a verme ir a la universidad, o si mañana me levantaré de la cama y ya no estará. O si un día me despertarás en mitad de la noche para darme la noticia. Llevo semanas consumido de la puta angustia de no saber si llegaría a verme cumplir los dieciocho, joder.

Las palabras se diluyen en un mar de lágrimas y lo único que puedo hacer es abrazarlo. Con fuerza, con un poco de dureza incluso. Dejar que apoye la cabeza en mi hombro, como cuando era un niño y lloraba porque algún compañero en el colegio le había quitado la pelota. No soy capaz de hacerme la fuerte y lloro yo también, porque con Mateo no tengo que fingir y ni siquiera entiendo por qué lo consideré un bebé y no acudí a él desde el primer momento. Martina ha sido un gran consuelo estas semanas, mis padres también, pero Mateo... Mateo es un trozo de mí y no soporto pensar que los dos estábamos sufriendo por separado cuando podríamos haber pasado este infierno juntos.

—Lo siento, Mateo, lo siento muchísimo... —sollozo—. No supe decírtelo, quise protegerte... *protegeros* del dolor. Quise... No sé lo que quise.

—¿Él lo sabe? —me pregunta, con la boca aún enterrada en mi camiseta, pero yo lo entiendo incluso antes de que pronuncie las palabras.

—No. Yo no se lo he dicho, vaya.

—¿Los abuelos? ¿Madrina?

—Sí, ellos sí. A Martina se lo conté y tus abuelos lo dedujeron.

—Ya. Creo... —Coge la botella de vermú y me dirige una sonrisa llena de tristeza—. Creo que le voy a dar una oportunidad a esta cosa que sabe a vómitos.

—Y yo creo que me voy a acabar esa mierda de paquete de tabaco para evitar futuras tentaciones.

No creo que mi plan para celebrar la mayoría de edad de mi hijo fuera emborracharme con él y fumarnos un paquete de tabaco mano a mano, pero tiene pinta de que esa es la perspectiva para esta noche. Tengo que aprovechar que los servicios sociales ya no pueden quitarme su custodia. Y también que Javier y Dani duermen, y nosotros podemos al fin abrirnos en canal como supongo que llevamos tiempo necesitando.

—¿Cuánto le queda? —La pregunta más difícil llega al fin. Y sé la respuesta, más o menos, pero se me hace bola en la garganta antes de que sea capaz de soltarla.

—El médico de paliativos dice que es difícil calcularlo, pero... un mes. Puede que dos. No más que eso.

—Mierda. —Mateo cierra los ojos y su cara es la viva imagen de la pena—. Pensé que...

—¿Qué?

—Pensé que sería algo más.

—Ya.

Nos quedamos un rato más en silencio. Bebiendo, fumando, mirándonos. No me dice nada, pero conozco su mirada, cada uno de sus gestos, y sé que me ha perdonado. Que quizá ni siquiera llegó a estar nunca realmente enfadado conmigo, sino sumido en un fango de angustia que estalló esta noche.

Cuando el alcohol empieza a hacer efecto, hablamos de otras cosas. Él me cuenta que está nervioso por las notas de Selectividad, que saldrán la semana que viene; me habla de Noa, una chica de su instituto que le encanta, pero a la que no cree que vea mucho más ahora que sus

caminos se van a separar; nos reímos juntos de las últimas locuras de Dani; y me pide, con los ojos inyectados en lágrimas, que no vuelva a dejarlo al margen de cada novedad médica de Javier. Yo se lo prometo y le cuento muchas otras cosas que no sabía, porque creo que esta noche es la primera vez que siento que mi hijo es ya un adulto, aunque esa percepción no tiene nada que ver con que haya cumplido los dieciocho. Le hablo de su tío, al que él no consigue recordar, pero que siempre ha estado muy presente en nuestras conversaciones y en las mil fotos que tienen juntos; le cuento lo que sé de la historia de amor de Miguel y Martina; y le explico, por enésima vez en mi vida, cuánto me recuerda a él, en sus gestos, en su forma de ser, en todo.

—Te adoraba —le digo, con el nudo de emoción en la garganta, pero con una sonrisa en los labios. Esa sonrisa que Martina me prometió hace años que algún día aparecería al recordar a mi hermano, aunque yo fuera incapaz de creérmelo.

—No sabes cómo me jode no acordarme de él.

—Se llevó a la tumba el secreto de lo que hacíais juntos en vuestras «tardes de chicos», pero, conociéndolo, seguro que nada que tu padre y yo aprobaríamos.

—Así salí. —Agacha la mirada en un gesto tímido, porque el recuerdo de los tormentos que nos dio cuando acababa de entrar en la adolescencia es un tema que odia.

—Saliste de puta madre, Mateo. —Es el alcohol el que elige las palabras, pero no el pensamiento, que podría afirmar en cualquier momento de mi vida. Mateo no es el hijo perfecto, si es que eso existe, pero es el mejor que yo podría soñar—. Saliste increíble.

—¿Me has perdonado ya todas las veces que me escapé de casa y las mierdas que hacía? —me pregunta, en tono burlón, pero sé que hay mucha verdad en sus palabras. Y mucha necesidad de que yo le confirme algo que espero que ya sepa.

—Claro. Porque te entendía. —Suspiro y le devuelvo la pelota—. ¿Me has perdonado tú que te ocultara... esto?

—Claro. —Me pasa por los hombros uno de esos brazos suyos largos como la rama de un árbol y me da un beso en la mejilla—. Porque también te entendía.

Nos sonreímos y recogemos en silencio los restos de nuestra pequeña borrachera madre-hijo. Está casi amaneciendo cuando hacemos un pacto de silencio sobre el vermú, el tabaco y las conversaciones confidenciales. Al entrar en casa, él pone un pie en el primer peldaño de las escaleras que llevan a su cuarto, pero, antes de darme las buenas noches, me agarra por la muñeca y me hace situarme frente a él.

—Mamá, solo una cosa más —me dice, entre susurros sordos—. Si yo, que soy con diferencia el más cazurro de esta casa, me he dado cuenta... ¿Cómo puedes creer que papá no sabe que se muere?

No le respondo. Creo que asiento con la cabeza, pero ni siquiera estoy segura. Mateo se va a su habitación sin decir nada más y yo me meto en el baño a cepillarme los dientes antes de volver a la cama, aunque sé que el insomnio seguirá acompañándome un buen rato, con el eco de todo lo que ha ocurrido en las últimas horas resonando en mi cabeza.

Un día, una tarde aciaga de marzo, me convertí en hija única. Sin que nada hiciera presagiarlo, sin más aviso que una llamada que me rompió el corazón en mil pedazos. Pasé de «hermana pequeña» a «hija única».

Lo que está por venir no será algo que me coja por sorpresa. Llevo cuatro años preparándome para esto, conviviendo con sentimientos contradictorios, con mañanas en las que me levanto con un nubarrón instalado en la cabeza que me dice que pronto lo perderé y otras en las que estoy convencida de que se va a curar porque, qué diablos, estas cosas les pasan a los demás, no a mí. Ya se murió mi hermano cuando estaba en lo mejor de su vida, ¿cómo voy a perder trece años

después también a mi marido?

Pero va a ocurrir. Ahora ya no es una sospecha o una posibilidad para la que deba prepararme. Ahora es una certeza. E igual que un día el concepto «hija única» me estremeció, pronto seré también «viuda», otra palabra asociada a un horror, a un desgarró, a la pérdida más absoluta.

A los veinte años aprendí que de poco sirve hacer planes para el resto de la vida, porque no hay muchas posibilidades de que se cumplan. Pero, si algo no pensé nunca en aquellos años dorados en que recorría las calles de Madrid con mi hermano colgado de un brazo y Javier del otro, es que llegaría un día en que no tendría a ninguno de los dos para sostenerme. Un día en que estaría rodeada de gente a la que adoro pero profundamente sola. Un día para el que quedan semanas, quizá días, quizá un par de meses. Tendré que volver a sobrevivir al infierno, pero dudo mucho que esta vez me sirva la misma receta que en la anterior.

VI

Sobrevivir al infierno

Volver a aterrizar en la vida real después de la muerte de Miguel fue la experiencia más surrealista de mi vida. Dura, sí; dolorosa, también; pero, por encima de cualquier otro adjetivo..., fue surrealista. Porque lo enterramos un martes y el miércoles volvió a salir el sol. Y eso no tenía ningún sentido. Porque el cartero pasó como cualquier otro día, Mateo quiso jugar un rato después de comer, en la tele ponían los mismos programas de siempre y el libro que había en mi mesilla antes de que la pesadilla empezara seguía con el marcapáginas señalando el lugar donde lo había dejado. ¿Cómo era posible? Si mi hermano ya no estaba, por Dios, ¿cómo era posible que el mundo siguiera girando?

Pero lo hacía. Y nosotros teníamos un niño de cuatro años que no podía permitirse ver a sus padres hundidos. Un niño al que había que prepararle la comida, bañarlo, contarle un cuento... La vida en movimiento, aunque a mí me apeteciera meterme en la cama, taparme la cabeza con el edredón y no volver a salir hasta que alguien me dijera que aquello había sido un mal sueño.

En el colegio me pusieron todas las facilidades para reincorporarme cuando estuviera preparada para ello, pero, el lunes siguiente a todo el horror, decidimos que Mateo volviera a clase y yo... me quedé en la sala de profesores. Si iba a tener que ir allí cada día a llevar y a recoger al niño, qué sentido tenía volver a casa a rumiar mi dolor si podía estar distraída dando clase. Así que mi incorporación al trabajo fue casi inmediata, y la de Javier también, porque él no podía permitirse más que los días que le tocaban por ley.

Y la vida siguió. Con sus rutinas, sus horarios marcados, sus oleadas de cotidianidad. Casi como si no hubiera pasado nada. Aunque lo que había pasado nos había desgarrado el alma.

Yo tardé poco en interiorizar aquello que Martina me había dicho en el tanatorio. Que la vida son dos días. Que hay que aprovecharla. Que en cualquier momento todo se puede ir a la mierda y el mejor pacto que podemos hacer con nosotros mismos es no desaprovechar ni un segundo. Y digo que lo interioricé porque, si alguien me hubiera intentado meter ese *carpe diem* con calzador, lo habría mandado a la mierda. Pero surgió por sí mismo. Y me cargué de energía de una forma casi hiperactiva. Fue como si, de una manera difícil de entender, yo hubiera absorbido toda la vida que Miguel había perdido.

Me convertí en una persona pragmática, si es que no lo había sido siempre. Aprendí lo que me funcionaba para sentirme más o menos bien. Y lo aplicaba. En todo momento y sin dejar un resquicio a la debilidad. Me di cuenta de que quedarme en casa llorando y pensando en lo que había perdido no iba a ayudarme a salir del pozo. Y de que, cuando quedaba con amigas, iba a cenar con Javier o hacía deporte, mi mente se desconectaba del dolor. Así que eso fue lo que hice.

Entre semana, trabajaba por las mañanas, comía en el colegio y volvía a casa sobre las cuatro. Me acostumbé a pasar casi todas las tardes por el piso de mis padres, porque era muy consciente de que el único rayo de alegría que atravesaba sus vidas eran mis visitas con su nieto. A veces, se lo dejaba a ellos y yo salía con Martina, con alguna compañera del colegio o sola, a hacer

deporte o a algún plan de los muchos que iba apuntando religiosamente en mi agenda de tareas. No hubo en todo el año 2006 una exposición, estreno, inauguración, recital o concierto que me perdiera. Daba igual si alguien se apuntaba a venir conmigo, si a Javier le apetecía o si tenía que ir sola. Mientras bailaba, cantaba o disfrutaba de una buena obra de cualquier arte... no dolía.

Intenté tirar de todos. Era una de las metas de esa nueva Elena pragmática que la vida había decidido que fuera. Trataba de sacar a mis padres de casa, llevarlos a lugares que supusieran nuevas experiencias, que no estuvieran asociados al dolor. Pasaba todo el tiempo que podía con Mateo, jugaba con él, lo llevaba conmigo a muchos de esos sitios en que encontraba una tregua a la pena.

Y contigo... contigo sentía que tiraba permanentemente de una cuerda, de tu línea de vida, que te mantenía colgando en el abismo. Yo sabía que la muerte de mi hermano te había roto el corazón como nunca nada antes lo había hecho. Y también sabía que la única persona que te podía sacar del pozo era yo. Así que insistí e insistí hasta que conseguí que me siguieras en aquella carrera loca de ocio en que convertí el duelo por mi hermano.

Aquel verano no salimos de Madrid. Ni nosotros ni mis padres. Así que Mateo se pasó sus vacaciones escolares entre una casa y la otra. Yo también contaba con casi dos meses libres, así que mi agenda echaba humo. Aproveché el mes de julio, en el que Javier tuvo mucho trabajo, para hacer una escapada a Ibiza con Martina, en la que hasta ella acabó pidiéndome calma. Nos habíamos prometido pasar más días de playa que de discoteca, pero... cómo se calmaban las voces de mi cabeza cuando sonaban September o David Guetta.

Nos pasamos ese julio de concierto en concierto. Lo dimos todo bailando Estopa, nos peleamos por el amor de Dani Martín en el de El canto del loco y hasta nos escapamos a Torrevecilla a vibrar con Depeche Mode. Leí veintiséis libros aquel verano. Fui al cine diecisiete veces, tres de ellas a ver la segunda de *Piratas del Caribe*. Nueve conciertos. Trece exposiciones en museos y galerías de arte. Conseguí correr diez kilómetros con fluidez y me planteé preparar una media maratón. No paraba. No pensaba. Estaba bien, a pesar de lo que había perdido.

Cuando Javier se quedó de vacaciones, me di cuenta de que, en algún punto del camino, del durísimo camino que habían sido los meses anteriores, nos habíamos alejado. Aún circulábamos por la misma carretera, que partía de un mismo origen y llegaba a un mismo destino, pero ya no íbamos en paralelo. Tal vez yo había acelerado demasiado; y él, sin duda, conducía con el freno de mano echado.

Si yo quería salir a cenar, él prefería preparar unos bocadillos y que nos los comiéramos delante de la tele. Si yo proponía una escapada de fin de semana, con o sin Mateo, él me recordaba el importe de la hipoteca y que teníamos una casa con jardín y una piscina portátil, perfecta para pasar el verano. Si a mí me apetecía ir a un concierto, él me decía que la música tan alta lo molestaba. Si le insistía para que fuéramos al cine, me respondía que no entendía por qué no podíamos ver una de las mil pelis que teníamos en DVD sin estrenar.

También hubo días buenos, claro. Tardes en que ver chapotear a Mateo en la piscina que Javier había comprado el verano anterior era lo único que necesitábamos para recuperar algo de la paz perdida. Paseos por el centro de ese Madrid que parece una ciudad diferente en agosto. Noches en que nuestros cuerpos se encontraban en alguna vía muerta de aquel camino por el que circulábamos a velocidades diferentes, pero que se acompañaban entre jadeos y el roce de nuestras pieles, que se reconocían por instinto.

Pero no puedo mentir. Cuando tuvo que incorporarse al trabajo la última semana de agosto, casi respiré aliviada. Yo había encontrado mi manera de atravesar el duro desierto del duelo, y ver a Javier pasarse una tarde entera en el jardín trasplantando un rosal no ayudaba. Pasar horas

sumidos en el silencio, mientras su mirada se perdía a través de los ventanales, fija en ninguna parte... no ayudaba. La música melancólica de Travis o Keane, que llegué a odiar, no ayudaba. Necesitaba volver a mi rutina alocada, a mis mañanas dedicada a Mateo, mis tardes haciendo planes con mis padres, mis noches con Martina. En realidad, lo que más deseaba era que él se incorporara a esa vida en la que la pena dolía menos, pero, si no estaba dispuesto, yo no podía dejar que me arrastrara con él. Había perdido a mi hermano y estaba sobreviviendo. La cuerda sobre la que me sostenía no se podía tambalear, ni aunque fuera Javier quien la moviera.

Tardé mucho tiempo en entender que había sido él mismo el que había pedido adelantar su incorporación tras las vacaciones.

Llegó septiembre, volvimos al colegio, Javier ascendió en el trabajo, mis padres decidieron mudarse a un piso menos lleno de recuerdos, Mateo pasó la varicela, Martina entró a trabajar en el museo y yo sobreviví al dolor. Sabía que mi misión era seguir tirando de todos y, después de muchos meses sin atreverme siquiera a mencionar el nombre de mi hermano, aprendí a introducirlo en mi día a día porque, por mucho que yo quisiera anestesiarme los recuerdos, tenía muy claro que no quería que Mateo creciera sin saber que un día había tenido un tío que lo adoraba.

Me levantaba cada mañana con un único objetivo en mente: hacer felices a las personas que me rodeaban. A mis padres, a mi hijo, a Martina, a Javier. A veces flaqueaba, pero entonces me repetía que eso sería lo que Miguel habría querido. Él se había pasado la vida repartiendo sonrisas y provocando carcajadas en casa; alguien tenía que llenar ese vacío.

Una mañana de sábado, mientras corría por los alrededores de la urbanización, me di cuenta de que me sentía bien. No podía decir que era feliz, porque aquella felicidad plena de la que presumía en los primeros años de Mateo ya nunca volvería; la pena de haber perdido a mi hermano no desaparecería jamás e impediría esa plenitud. Pero sí me sentía bien conmigo misma. Después de un tiempo con la sombra de la frustración profesional sobre mí, me di cuenta de que mi verdadera vocación no tenía nada que ver ni con la redacción de un periódico ni con el aula de lenguas de un colegio. Mi objetivo en la vida había aparecido sin que yo lo esperara. Tal vez ya nunca recorrería el mundo escribiendo crónicas de grandes sucesos, pero podía ayudar a que mi familia sobreviviera al dolor más profundo. Y... ¿qué hay más grande que eso?

La Navidad llegó, a pesar de que todos habríamos deseado saltarnos esas tres semanas del calendario. Pasamos todas las fiestas con mis padres y fueron tristes, a pesar de que la presencia de Mateo siempre aliviaba las cosas. Yo había intentado que nos fuéramos todos a un viaje, a algún lugar lejos de España en el que poder pasar una Navidad al sol que alejara esos sentimientos melancólicos tan malignos de las fiestas. Pero nadie me hizo caso, así que lloramos con las uvas, con la cabalgata y hasta con el discurso de Nochebuena del rey.

La vuelta a la rutina fue una bendición y preferí no pensar demasiado en que llevaba ya casi un año siendo más feliz en los días laborables que cuando llegaban los fines de semana y las vacaciones, en los que me sentía un poco fuera de lugar.

El bofetón en la cara que me tiró definitivamente de aquella cuerda floja que yo pensaba que era un suelo muy firme llegó un viernes de finales de enero. Martina tenía su primera inauguración importante en el museo y me había invitado, no tanto porque fuera a ser un evento muy divertido como porque necesitaba una cara conocida que la ayudara a soportar los nervios. Como era de esperar, la inauguración fue un auténtico aburrimiento y solo conseguimos relajarnos cuando salimos del museo y nos fuimos a tomar algo a un local que nos encantaba cerca de la plaza de Chueca. Una copa llevó a la otra y acabé volviendo a casa en taxi cerca de las cuatro de la mañana. Javier tenía una ruta transoceánica esa noche y Mateo estaba en casa de

mis padres.

Solo que... al llegar a casa, vi luz en el salón.

—¿Hola? —Dejé el bolso en el mueble de la entrada y me di cuenta de que me tambaleaba sobre los tacones—. ¿Javier?

No me respondió, pero sabía que era él. Su maletín estaba junto a la puerta de la cocina.

—Hola, ¿qué haces aquí? —Compuse una sonrisa enorme al verlo, porque su presencia, mucho más si era por sorpresa, seguía consiguiendo calentarme el pecho, el alma... todo.

—Vivo aquí. A veces.

Me quedé parada en mitad del salón, por donde avanzaba hacia él para darle un beso. Me fijé en el decorado de aquella escena y se me torció el gesto. La única luz era la de una pequeña lámpara de pie que tenía el regulador de intensidad al mínimo. Sobre la mesa había una copa de vino y, a su lado, una botella casi vacía. Javier no se había quitado siquiera el traje; solo se había aflojado la corbata y desabrochado un par de botones de la camisa.

—¿Estás bien? —Su única respuesta fue una carcajada amarga que se me clavó dentro—. ¿Qué pasa, Javier?

—¿Qué pasa cuándo, Lena? —me preguntó, después de un silencio espeso y un trago a su copa de vino demasiado largo—. ¿Esta noche? ¿Este mes? ¿El último año?

—No sé, lo que tú prefieras.

—Vamos a quedarnos con lo de esta noche. Me pasa que he conseguido cambiar vuelos con un compañero porque me moría de ganas de ver a mi mujer y a mi hijo, pero he llegado a casa y no había nadie.

—Tenía la inauguración de...

—De la exposición de Martina, ya lo sé.

—Mateo está en casa de mis padres.

—No, no está allí. Está durmiendo arriba, en su cuarto.

—¿Qué?

—He estado con tus padres hasta hace un par de horas y luego me he traído al niño.

—¿Y... por qué no me has llamado?

—¿Para qué, Lena?

—Pues no sé... —El alcohol parecía haberse evaporado ya de mi sangre, pero supongo que en aquel momento me envalentonó—. Para que supiera que habías vuelto, para que supiera que estabas con mis padres, para que supiera que habías traído a Mateo a casa... Para todo eso, supongo.

—¿Y hacer que te perdieras una noche de fiesta? —Otra carcajada sorda. Más amarga que la anterior—. Dios me libre...

—¿Hay algo concreto que quieras decirme o vas a limitarte a soltar comentarios insultantes?

En esa respuesta, me di cuenta de algo terrible. Estábamos discutiendo. No era la primera vez, por supuesto. Llevábamos trece años y medio juntos, estaríamos locos si no nos hubiéramos peleado jamás. Pero eran estallidos, chispazos, más serios o más banales, que solían solucionarse rápido, con un poco de cesión por cada parte, una mirada de cariño y algo de sexo de reconciliación. Pero ese día no era así. Ese día había rencor en el aire. Estábamos enquistados. Yo, respondiendo a un reproche que escuchaba en la voz de Javier, pero que de vez en cuando me hacía a mí misma. Él, escupiendo lo que había callado durante diez meses de silencios y miradas perdidas. Tal vez llevaba mucho tiempo equivocándome en eso de que estábamos en el mismo camino, aunque a diferentes velocidades. La última frase que Javier dijo en aquella conversación me demostró que puede que lleváramos meses en galaxias distintas, teniendo en

cuenta que nunca, jamás, podría haber imaginado que uno de los dos pronunciaría aquellas palabras.

—Sí hay algo que quiero decirte. —Levantó la cabeza. Me miró. Me rompió el corazón incluso antes de hablar—. Lena, yo ya no soy feliz aquí.

Me contaste un cuento precioso

Cuando me meto en la cama de nuevo, ya está amaneciendo. Javier duerme, pero, al sentir mis movimientos al otro lado de la cama, me habla con voz pastosa:

—Mmmmm... ¿Dónde estabas?

—Celebrando la mayoría de edad con tu hijo —le digo y se me escapa una risita al final.

—Lo has hecho bastante bien con la colonia, pero sigues oliendo a tabaco.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

Javier se ríe, aunque no lo oigo; solo siento la vibración de su cuerpo a mi espalda. Me abraza la cintura con los brazos y me dejo mecer por el sueño.

No sé qué hora es cuando despierto, pero sí que algo va mal.

—Lena... —La voz de Javier es la expresión pura del dolor. Me incorporo de forma instintiva y veo que todo su cuerpo tiembla y su cara está contraída en una expresión que hace difícil incluso reconocerlo. Salgo de la cama de un salto.

—¿Qué pasa, Javier? —Intento mantener la calma, pero la voz me traiciona.

—Dolor... Tengo... tengo mucho dolor.

—¿Qué te duele? Dime qué te duele. —Sé que tengo que tratar de infundirle tranquilidad, pero a estas alturas ya estoy temblando yo más que él—. ¿Qué puedo hacer?

—No sé... Es un dolor... es diferente... Nunca había... nunca algo así —me dice, de forma desmadejada, mientras se retuerce en la cama y suda.

—Vamos... vamos a probar el medicamento nuevo... Ve-vengo enseguida.

Corro por el salón hasta la mesita esquinera que en sus buenos tiempos daba cobijo a una planta y una radio antigua que había pertenecido a la abuela de Javier, y que ahora está llena de medicinas, prospectos, recetas e instrucciones de los diferentes doctores que lo tratan.

Supongo que lo que le acaba de ocurrir es el primer ejemplo de dolor irruptivo, algo que el médico de paliativos me explicó hace días que podría convertirse en frecuente. Un episodio de dolor fortísimo pero corto, resistente a los medicamentos habituales y que se puede aliviar con unos bastoncillos que se frotan en las encías, para que penetre el medicamento al cuerpo a través de las mucosas. Desenvuelvo uno con manos temblorosas y enseguida lo introduzco en la boca de Javier y lo repaso por varias zonas, mientras con la otra mano le acaricio el pelo. Sus ojos se cierran, su boca se tuerce, su cuerpo convulsiona.

Me muero de miedo. Y él se está muriendo de verdad.

La crisis va remitiendo poco a poco. La medicina dirá que este tipo de dolor provoca ataques de corta duración, pero a mí me ha parecido eterno. Cuando su cuerpo se detiene al fin y su respiración se normaliza, sé que se ha quedado dormido. Decido llamar al médico de paliativos, de quien tenemos un número de móvil para emergencias, aunque preferimos no molestarlo si no es imprescindible. Pero hoy para mí lo es y, tras unos breves momentos de conversación, me confirma que he acertado al detectar el episodio de dolor irruptivo y al darle la medicación. Me dice también que ahora dormirá un rato, por el agotamiento y el efecto del fentanilo, y que

debemos estar tranquilos porque estos ataques serán cada vez más frecuentes. Es muy tranquilizador eso, sí.

Compruebo en el reloj que son más de las nueve, pero, a pesar de que he dormido muy poco, sé que ahora mismo sería incapaz de conciliar el sueño, así que subo a comprobar si alguno de los chicos ha despertado.

Me encuentro a Dani sentado al ordenador, concentrado en editar el vídeo de la próxima semana, y ni siquiera repara en mi presencia.

—¿Qué quieres desayunar? —Se sobresalta un poco con mis palabras y se me queda mirando fijamente.

—No sé si podré probar bocado, mamá —me dice, con un gesto de preocupación que me asustaría en otro contexto, pero, como de sustos ya voy sobrada y Dani vive en su propio planeta, me limito a elevar las cejas para que se explique—. Estoy leyendo los foros del concurso y muchos rumores apuntan a que las preguntas irán más encaminadas a fans de las películas que de los libros. Por eso de que lo patrocina Warner y demás...

—Pero, Dani... —reprimó la risa que casi se me escapa—, tú te sabes esas películas de memoria. ¿Qué problema hay?

—Pues que no es justo. Las películas son un mal sustitutivo de los libros. Si quieres dedicarle dos horas de tu vida a la Cámara de los Secretos, ves la película y te haces una idea general, pero no tiene nada que ver con leer el libro. Supongo que estarás de acuerdo.

—Supongo que sí.

—Darle prioridad a las películas sobre los libros hará el concurso más accesible a cualquiera.

—¿A cualquiera de los seis genios que habéis conseguido clasificaros?

—Bueno... De momento solo hay constancia de que uno sea un genio. —Se señala el pecho—. O sea, yo.

Estalla en carcajadas y casi consigo olvidar lo que ha ocurrido hace unos minutos. Cuando estoy haciéndole cosquillas para que me diga qué quiere desayunar —porque, si de él dependiera, no se alimentaría hasta estar a punto de caer desmayado—, aparece su hermano por el pasillo.

—¿Creéis que podéis hablar un poco más alto? —protesta en medio de un bostezo y yo tengo que taparme la boca para no partirme de risa por su aspecto. Tiene el pelo disparado en tantas direcciones diferentes que no se le ve ni media cara, restos de babilla reseca junto a la boca, los ojos rojizos y solo viste un calzoncillo... bastante mal colocado—. Es imposible dormir en esta casa.

—Son casi las diez de la mañana...

—¡De un domingo!

—... y llevas el pito fuera de los calzoncillos —apuntilla Dani y entonces sí que las carcajadas resuenan en todo el pasillo.

—¡Joder!

Mateo se adecuenta —o algo así— y decidimos bajar a desayunar. Dani quiere tortitas, como siempre, porque es de las pocas comidas que realmente lo apasionan. Y como no tengo nada mejor que hacer y cocinar me impide pensar, decido prepararlas. Mateo se tira en una silla de la cocina con una cara de resaca que asusta, mientras Dani no deja de parlotear sobre los rumores que corren acerca del concurso.

—¿Puedo ir a despertar a papá? ¡Vosotros no me hacéis ni caso!

—¡No, Dani! —Mi grito sobresalta a Mateo, que me clava la mirada con preocupación; nos comunicamos sin palabras durante un momento—. Papá se encuentra regular y tiene que dormir

un poco más.

—Mmmmm... vale.

—A las tortitas aún les falta un rato. ¿Por qué no aprovechas y subes a ducharte?

—Vale.

Se marcha escaleras arriba y yo agradezco que la palabra favorita de Dani sea ese «vale» con el que suele aceptar de buen grado lo que se le propone. Cuando me doy la vuelta, Mateo me está atravesando con la mirada. No hace falta ni que pregunte.

—Ha tenido un acceso de dolor muy fuerte hace un rato.

—¿Se le ha pasado ya? —La voz de Mateo es firme, pero sé que está muerto de miedo. Como yo.

—Sí. Le he dado un medicamento y dormirá un buen rato.

—Bien.

—Sí, bueno... Bien.

—¿Hay Nutella? —Cambia de tema porque los ojos se le van a la bandeja donde estoy apilando las tortitas.

—Hay Nutella, pero no estaría de más que comieras fruta... no sé, una o dos veces al año.

—Me parece fenomenal esa idea, pero la pondré en práctica el día que no haya tortitas. Bien pensado, tortitas con plátano y Nutella suena bastante delicioso. —Se queda un segundo en silencio—. ¿Hay algo que pueda hacer, mamá?

—Vete cortando algo de fruta, anda, a ver si lío a tu hermano para que él sí se alimente bien.

—Vale, pero... —se levanta al frigorífico y coge unos plátanos y kiwis— no me refería al desayuno. ¿Puedo ayudarte en algo con papá?

—Mateo... —Dejo la última tanda de tortitas sobre la plancha y me acerco a él; le acaricio la cara con ternura porque, mientras que Dani y Javier son algo más fríos, Mateo y yo siempre hemos sido mimosos, y sé que lo agradece—. Ya me ayudas. Solo sabiendo que puedo pedirte cualquier cosa, ya es ayuda.

—¿Está el desayuno?

Dani aparece de repente y nos interrumpe. Sirvo las tortitas en sus platos y consigo que se las coman con algo de fruta. También con Nutella, claro, a ver quién se resiste con el bote grande abierto sobre la mesa. Me acerco a la cafetera y me preparo uno bien cargado, porque tengo la cabeza algo embotada entre los excesos de anoche, la falta de sueño, el susto de antes y la llegada de la rutina de un domingo cualquiera. Vuelvo a la mesa bebiéndomelo poco a poco, porque está hirviendo, cuando Mateo me pone un plátano delante.

—Toma.

—Gracias, Mateo, pero no tengo ham...

Pela el plátano y lo mete hasta la mitad en el bote de Nutella. Se pringa toda la mano de chocolate y Dani se parte de risa.

—Come.

Me quedo mirándolo a los ojos y asiento en silencio. Él me sonríe y le agradezco con un gesto que cuide de mí. Y le prometo que yo también cuidaré de él. Todo eso en una mirada.

—¿Puedo llevarme a Dani a la piscina de la urbanización? —me pregunta, a continuación, supongo que para sacar a su hermano del ambiente algo lúgubre de casa, porque me apuesto la cabeza a que lo único que realmente le apetece a Mateo es dormir hasta mañana.

—Claro. ¿Os acerco? Papá aún tardará un rato en despertar...

—Nos vamos en bici. —Le revuelve el pelo a Dani y le pregunta—. ¿Te apetece, enano?

—¡Vale!

Los dejo que se preparen mientras recojo los restos del desayuno y, al despedirme de ellos, los achucho un poco más de lo habitual. Creo que se aproximan tiempos en que cualquier muestra de cariño es una dosis de oxígeno que nos insufla ánimo.

Vuelvo al salón y veo que Javier está en ese duermevela en el que lo dejan la fatiga y la medicación. No está dormido, pero tampoco acaba de estar del todo despierto. Me acerco a él, dejo un beso suave sobre su frente y me acerco al que ya es mi lado de la cama. Abro el edredón, me cuelo dentro y el sueño me vence durante un rato, aunque es un descanso intranquilo, interrumpido por cualquier mínimo movimiento por su parte. Creo que ya nunca volveré a dormir sin sentir terror a que el dolor venga a visitarlo.

—Esto se acaba, Lena —me dice de repente y sé que este mes largo de mentiras se ha terminado. Habla con la voz rota que le dejan los medicamentos, que le resecan tanto la garganta que no hay agua suficiente en el mundo para rehidratársela. Y yo siento alivio. Por extraño y horrible que parezca, el primer sentimiento que me invade es el sosiego por no tener que volver a engañarlo. O a intentarlo.

Pero enseguida llega la pena, claro.

Subo las rodillas casi hasta la altura de mi pecho y quedo en una posición fetal exagerada. No hace falta ser un experto en lenguaje corporal para darse cuenta de que pocas veces en mi vida me he sentido tan vulnerable como ahora mismo.

No es la primera vez que Javier me dice esas palabras; fueron como un mantra al principio de su recaída, hace un año ya. La primera vez que enfermó fue optimista, a pesar de que la sorpresa había sido mayúscula tras el diagnóstico y que las operaciones y tratamientos fueron durísimos. Pero él mantuvo siempre la esperanza. Incluso bromeaba diciendo que no tenía intención de dejarme soltera cuando aún estaba de tan buen ver —maldita la gracia que me hacía a mí la broma, pero en fin...—. Sin embargo, cuando recayó, pasó muchas semanas convencido de que aquello era el final. De que la recuperación había sido la moneda que había caído de cara y la recaída era la cruz.

La diferencia con aquellas veces la marca ahora mi silencio. Ya no tengo fuerzas para un «pero qué dices» de falso sobresalto ni para un «no te vas a librar de mí tan fácilmente» de supuesta diversión ni para un «por supuesto que no, Javi, quedan mil opciones» con mi mejor tono de persona seria que conoce los vericuetos de la medicina. Ni a mí me quedan ganas ni él merece más mentiras. Tal vez siempre lo he sabido, que me estaba equivocando al ocultárselo, pero no ha sido hasta la conversación con Mateo de anoche que lo he visto claro.

—¿No dices nada, niña? —insiste. Y percibo el miedo en su voz, el pánico, porque tal vez él también se haya estado aferrando a mi mentira para conservar alguna esperanza.

Las palabras se agolpan en mi garganta, pero se niegan a salir, así que me limito a negar con la cabeza mientras todo lo que me queda por decir se licúa y se me escapa por los ojos en forma de lágrimas. Javier alarga los brazos para abrazarme y, a pesar de que actualmente peso yo más que él, por un momento vuelve a parecerme aquel chico de hombros anchos que siempre me mecía en sus brazos fuertes.

—Lo siento —soy capaz de balbucear después de unos minutos eternos de silencio rasgado por las lágrimas.

—Ssssh... ¿Qué sientes, Lena? No has hecho nada malo.

—Te he mentado. —Al fin reúno valor para mirarlo a los ojos y encuentro en ellos todo el amor, todos los recuerdos. Mi vida entera.

—Me has contado un cuento precioso en el que el puto cáncer se iba y nosotros envejecíamos juntos. No me parece algo que reprocharte.

—¿Qué vamos a hacer, Javier? ¿Qué coño vamos a hacer? —le pregunto, a la desesperada, con la punzada de culpabilidad que me ataca por rendirme, por dejar de ser fuerte, por primera vez en semanas. Por primera vez en cuatro años.

—No lo sé... —Se le rompe a él también la voz y lloramos juntos. Aunque Javier no llora nunca. No creo que jamás nos hayamos amado más que en este instante que me encantaría congelar y que nos quedáramos en él para siempre. Incluso empiezo a sentirme en paz de una manera algo mística, y sé que a Javier le han remitido los dolores, porque su cara está menos crispada y sus músculos más relajados—. ¿Lo saben los niños?

—Mateo, sí. Él... él me ha hecho ver que era ridículo que siguiera ocultándotelo.

—¿Quieres que hable con él?

—No lo sé. Haz lo que a ti te nazca, Javier. Está triste pero bastante entero. Es un chico increíble.

—Eso ya lo sé. —Resopla y lo conozco tan bien que leo en ese sonido la pena que siente por no poder disfrutar de ellos más tiempo—. ¿Y Dani?

—Dani no tiene ni idea. Dani no piensa en ninguna otra cosa que en el concurso.

Javier se ríe y parece increíble escuchar ese sonido en el contexto en el que estamos. En el momento en que nos hemos desnudado el alma para reconocer que nos queda poco tiempo juntos. Muy poco. Sobre todo para nosotros, a los que se nos haría corta la puta eternidad.

—Lena...

—Dime.

—En realidad..., nunca me lo ocultaste. La primera vez que enfermé estaba convencido de que me iba a curar y esos dos años intermedios fueron una buena prueba de que tenía razón. Pero desde la recaída... no sé, cariño. Creo que los seres humanos tenemos un sexto sentido que nos avisa cuando estamos en la cuenta atrás final.

—Haremos... —Tengo que carraspear para deshacerme del último brote de llanto que amenaza con dejarme fuera de juego—. Haremos que sea lo más dulce posible.

—Pues dame un beso, que eso siempre es un buen comienzo.

Le sonrío y le hago caso. Nos quedamos así, con nuestras pieles unidas, durante mucho rato. Lo sé porque el sol se nubla y vuelve a brillar varias veces, aunque a mí el tiempo se me hace demasiado corto siempre.

—Tienes que comer algo, cielo.

—Tengo hambre. ¿Tú te puedes creer que tenga hambre? —Se ríe, aunque está de un humor raro—. Estoy podrido por dentro y todo lo que como me sienta mal... y aun así tengo hambre siempre.

—Y ya sabemos qué gen heredó tu primogénito.

Nos reímos y yo me levanto para ir a hacer la comida. Le prometo que echaré algunas especias al pescado hervido que pensaba preparar, a ver si así engañamos un poco a las pupilas gustativas.

—Lena, ¿me... me ayudas? —me pregunta, con cara de fastidio y señala con la cabeza hacia la silla de ruedas.

—Pero no tardo nada, si necesitas descansar...

—No quiero... No quiero comer en la cama. Ni quiero estar separado de ti mientras cocinas.

Mientras lo dice mira al suelo, porque sé que odia sentirse débil. Yo me acerco a él, lo ayudo a sentarse en la silla y lo conduzco a la cocina. Empiezo a preparar las cosas para cocinar y él coge el *Marca* que dejó ayer Mateo abandonado sobre la encimera.

—¿Dónde están Harry y Ron? —me pregunta en tono burlón.

—Se han ido a la piscina.

—¿En bici?

—Sí.

—¿Vas a hablarme ya siempre con monosílabos? —Me giro hacia él cuando me hace la pregunta y no puedo evitar que se me dibuje una sonrisa.

—No sé, Javier... Estoy un poco...

—¿Impactada?

—Sí. Triste. Y rara.

—¿Desde cuándo lo sabes? ¿La consulta de principios del mes pasado?

—Sí.

—Y el médico que viene... es de paliativos, ¿no?

—Sí.

—Los monosílabos, Lena... —me dice con un tono bromista de advertencia y yo me río—. ¿Voy a tener que ingresar en el hospital?

Me vuelvo hacia él y veo el miedo en sus ojos, aunque intente ocultarlo. A lo largo de cuatro años de enfermedad, revisiones, curación, recaída..., hemos pasado por muchas fases. Pero ninguna fue peor para Javier que el hospital. Odió cada minuto de su estancia allí, en los que se encontraba mal y en los que estaba bien. Antes de las operaciones y después. Durante la quimio, cuando llegó a estar tan mal que tenía que quedar ingresado. No hubo uno solo de aquellos días en que no preguntara cuándo le darían el alta.

—Eso depende de ti, cariño.

—¿Por qué?

—Javier... Espera. —Echo el pescado dentro de una olla, las patatas en otra y regulo el fuego para no tener que estar pendiente mientras hablo con él de algo importante—. A ver, hay gente que prefiere que esto... que esto ocurra... en un hospital.

—Vamos a dejar los tabús fuera de esto, Lena. ¿Me estás preguntando si prefiero morirme en casa o en un hospital?

—Sí. Supongo que sí.

—¿Tú qué opinas?

—No importa lo que opine yo, Javier. Lo único...

—Ya, lo único importante es lo que decida yo, pero quiero saber tu opinión.

—No tengo ni idea. Hay quien dice que en un hospital es más aséptico, más... no sé, fácil, quizá. Y otros opinan que no hay un lugar mejor para pasar por ello que la casa de uno. Yo no puedo ni plantearme qué preferiría.

—Yo prefiero en casa —dice Javier, muy firme, con un tono que casi parece que esté decidiendo el color para las cortinas del salón—. Pero si a vosotros va a haceros daño... Si preferís que esté ingresado para que sea más sencillo...

—Todos queremos tenerte en casa. De eso estoy segura.

—Pues que así sea. —Resopla—. Y ahora, si no te importa, ¿podemos hablar de algo un poco más ameno?

Se me escapa una risita y él me abraza por las caderas con tanta fuerza que caigo en su regazo. Me levanto de un salto, temiendo haberle hecho daño, pero él me retiene ahí, apretándome con más fuerza de la que tiene. Sus labios se pegan al lóbulo de mi oreja y me susurra que me quiere. Y es magia. Porque me hace feliz en uno de los días más tristes de mi vida.

—Voy a acabar de preparar la merluza antes de que lleguen los bárbaros de tus hijos.

—Yo voy a seguir culturizándome con estas lecturas tan sesudas de tu hijo mayor. —Coge el diario deportivo y se pone a hojearlo, manteniéndolo a una prudencial distancia de la cara.

—¿Quieres que te traiga las gafas de cerca? Están en el dormitorio de arriba, creo.

—Por Dios, Lena. Tengo vista de águila. Soy piloto, ¿recuerdas? —bromea y me recuerda tanto al Javier presumido que siempre ha sido que me vuelve a latir el corazón como si los años no hubieran pasado.

Aunque ya nada sea igual.

VII

Ya nada es igual

Yo era pragmática, Javier, ¿recuerdas? Y tú me habías puesto un objetivo delante por el que luchar. Yo iba a conseguirlo. Volvería a hacerte feliz. Volveríamos a ser felices juntos. Siempre lo habíamos sido, ¿no? No podía ser tan difícil.

Javier estuvo cinco días fuera después de aquella lapidaria frase. «Yo ya no soy feliz aquí». Nunca pensé que seis palabras tuvieran el poder de retumbar en mi mente de la manera en que aquellas lo hacían. Era habitual para nosotros pasar cinco días separados, pero no hacerlo sin hablar. Él me lo había pedido, unos días de desconexión para pensar, para centrarse en el mundo, para entender lo que le estaba ocurriendo. Se los di, en parte porque soñaba con que esos días lejos le sirvieran para darse cuenta de que estaba equivocado, de que lo que teníamos era algo por lo que merecía la pena luchar, algo que merecía la pena vivir; y también en parte porque estaba cabreadísima con él, por ponernos en duda. Esos dos sentimientos contradictorios estuvieron a punto de hacerme enloquecer en aquella semana en la que no sé ni cómo fui capaz de trabajar, ni de cuidar a Mateo ni de hablar de forma mínimamente coherente con mis padres, a los que quise mantener al margen de lo que estaba pasando. Bastante habían sufrido ya. Aunque supongo que también había un cierto pavor por mi parte a reconocerlo, porque ni a Martina fui capaz de contárselo.

Pero todo compensó el jueves, cuando Javier regresó y solo con ver la expresión de su cara sentí que todo estaba bien. Que había vuelto a casa. No de su semana de trabajo, sino de algo más, de aquel lugar oscuro al que lo había mandado el último año horrible y que estaba tan lejos de mí.

—Joder, Lena... —Me abrazó como hacía mucho tiempo que no lo hacía y me susurró al oído las palabras que yo llevaba deseando oír cinco días... o quizá muchos meses—. Te quiero. Te quiero y no tengo ni idea de lo que me ha pasado, pero esto es lo que quiero. Esto es...

—¡¡Papá!! —Mateo corrió a su lado y él se agachó para alzarlo en brazos, pero enseguida volvió a atraerme hacia su cuerpo.

—Tú, Mateo... Vosotros... No sé cómo pude pensar que no era esto lo que quería.

Así que nos propusimos arreglar lo que se había roto, aunque no teníamos muy claro qué era. Tal vez aquel fue nuestro primer error.

Javier empezó a proponerme con más frecuencia planes fuera de casa, planes de pareja, porque los dos quisimos ser algo más que los padres de Mateo. Yo, en el fondo, no sentía que ese hubiera sido nuestro error. Sí, habíamos sido padres muy pronto y de forma inesperada, pero ni una sola vez en seis años había pensado en Javier como *solo* el padre de Mateo ni sentía que hubiéramos dejado de estar tan enamorados como si no hubiéramos sido padres. Aunque, si había alguna posibilidad de que aquel fuera el problema..., había que solucionarlo.

Pero las cosas no fluían. Yo siempre había sentido a Javier como una parte de mí, como alguien con quien me comunicaba solo con una mirada y con el que todo era fácil. Solían apetecernos las mismas cosas y, cuando no era así, no tardábamos ni un minuto en encontrar un

punto intermedio que nos hiciera felices a ambos sin que ninguno tuviera que ceder demasiado. Y, de repente, nos encontrábamos incómodos juntos. Él me proponía ir al cine y yo, en vez de mirar qué había en la cartelera, me preguntaba si solo lo decía para complacerme o realmente le apetecía, así que no sabía si contestarle que sí o que no. Ya no era una cuestión de si a mí me apetecía ver una película —porque lo único que me apetecía de verdad en aquel momento era estar bien con él—; era miedo puro a responder algo que a él volviera a alejarlo. Y sé que él sentía lo mismo. Lo notaba en sus reacciones, en cómo medía las palabras, en la prudencia en nuestras conversaciones cada vez que volvía de viaje y teníamos por delante cuarenta y ocho horas de un folio en blanco que ya no sabíamos con qué llenar.

Ni siquiera parecíamos nosotros.

El día a día era extraño, pero más lo era el global del asunto. Estábamos en crisis. Ninguno de los dos se atrevió a decir esa palabra en alto, pero nos sobrevolaba todo el tiempo. Y yo seguía sin hablar con nadie de lo que ocurría porque contarlo lo haría real, tangible... y también porque me negaba a que ese halo de pareja perfecta que nos había sobrevolado desde que éramos unos críos se evaporara.

Javier y yo habíamos sido infalibles en la adolescencia, cuando las parejas iban y venían al ritmo de la música que sonaba los sábados por la noche. Habíamos convertido en una experiencia preciosa un embarazo que podría haber hecho volar por los aires los cimientos de otras parejas. Y nos veíamos en esas cuando todo debería empezar a ser fácil, cuando ya llevábamos casi catorce años juntos y hasta habíamos hablado alguna vez de darle un hermanito a Mateo.

Fue duro asumir lo que de verdad nos había pasado: que habíamos sido una roca cuando todo iba bien a nuestro alrededor, pero nos habíamos desgarrado cuando las cosas vinieron mal dadas. Porque el embarazo o los problemas económicos del principio podían haber parecido un obstáculo, pero en realidad estábamos tan llenos de ilusión que no lo fueron. Fue la muerte de Miguel la que nos rompió. Y yo solo podía cruzar los dedos cada noche, cuando tanto me costaba dormir, para que fuéramos capaces de juntar nuestros pedazos, porque sentía que, en el esfuerzo por arreglar las cosas, me iba vaciando y temía que, si el final no era bueno, no quedara nada de mí.

En aquellos meses conocí el verdadero alcance de la palabra «miedo». Me aterrorizaba perder a Javier, que nuestro matrimonio no pudiera rehacerse. Una parte de mí se repetía a diario que todo iba a salir bien, porque... joder, éramos nosotros, teníamos un hijo y una historia preciosa a las espaldas. Nos queríamos. *Teníamos* que querernos. Pero seguía sintiéndolo lejos y el miedo a una ruptura era tan punzante que me convertí en un nudo de ansiedad que no ayudaba en nada a que las cosas fueran bien. Supongo que nuestro segundo error fue no ser conscientes de que, para que una pareja esté bien, tienen que estarlo antes por separado las dos personas que la componen.

Pero seguíamos intentándolo. Nos propusimos dejar de posponer algunas reformas en la casa que llevaban pendientes desde que nos habíamos mudado. ¿Es una buena idea meterse en obras en un momento en que las emociones están especialmente susceptibles? No, no lo fue. Acabamos desesperados con la instalación de la nueva cocina, en la que ningún electrodoméstico parecía funcionar a la primera, con el polvo que lo invadía todo y con tener la casa llena de obreros a todas horas, algo *ideal* para intentar recuperar la chispa en pareja. Hasta las nuevas ideas que teníamos para el jardín provocaban roces; a Javier se le había metido en la cabeza que sacrificaríamos un buen pedazo del terreno para montar un huerto, y yo no entendía por qué teníamos que dedicar tanto esfuerzo a cultivar algo que se podía comprar en el supermercado. Esa batalla la ganó yo, pero cada día tenía más perdida la guerra.

Cuando al fin los obreros se marcharon, ya solo nos quedaba pintar nuestro dormitorio. Por

primera vez en lo que parecía una vida, habíamos coincidido sin necesidad de una asamblea previa en lo que queríamos: pintar la pared del cabecero de marrón oscuro y el resto, en un beis más clarito. Nos pusimos manos a la obra, en un fin de semana que había empezado muy bien y no se había torcido. Caminábamos sobre aquel sábado por la tarde casi de puntillas, porque hacía muchas semanas que no conseguíamos no estropearlo todo con una discusión de la que minutos después ni recordábamos la causa. Mateo estaba en casa de mis padres, que se lo habían llevado con la excusa de que tuviéramos más libertad para pintar y montar algunos muebles nuevos que habíamos comprado sin que el niño estuviera por el medio, pero todos sabíamos que, en realidad, se habían vuelto un poco dependientes de esas horas que pasaban con Mateo y que eran su descanso de un duelo que no acababan de superar. Ni lo harían nunca del todo. Y puede que también quisieran dejarnos un rato a solas, porque a esas alturas de la película sospecho que nuestra crisis era ya un secreto a voces.

—Sigues estando bastante bueno sin camiseta —le dije, mientras hacíamos un descanso después de pintar el techo. El verano aún no había llegado, pero ya hacía calor en Madrid. Habíamos estado trabajando entre conversaciones superficiales y bromas que suponían un respiro, y me sentí segura para entrar en ese terreno. Ni siquiera recordaba la última vez que nos habíamos visto desnudos.

Él me respondió con una sonrisa que me costó interpretar. Era algo burlona, como habría sido en cualquier otro momento de nuestras vidas en que le hubiera hecho ese comentario. Pero también tenía un punto de incomodidad, casi como si hubiera sido un piropo de una desconocida en plena calle. Pero yo era pragmática, recordemos, y tenía muy claro que lo nuestro no iba a acabar de arreglarse si no solucionábamos aquella sequía sexual que ni sabía a qué se debía.

—¿Te acuerdas de cuando vivíamos en Barajas y pintamos la habitación de Mateo? —Me acerqué a él y puse mi mano sobre su pecho. Dejé que las yemas de mis dedos se enredaran entre el escaso vello que lo cubría y lo miré a los ojos—. Acabamos con pintura en partes del cuerpo que nunca deberían tenerla.

—Ya.

«Ya». Esa fue toda su respuesta y, de inmediato, se agachó a recoger el rodillo que había dejado en el suelo y volvió a la tarea de pintar su trozo de pared.

Javier, con lo que tú habías sido...

En otros tiempos, solo con mi primera frase, ya estaría con la espalda empotrada contra la pared, pintada o no, y sus dedos estarían perdidos más allá de la cintura de mis pantalones. Aquel día oí un *crac* más fuerte de lo habitual.

—¿Eso es todo lo que vas a decir?

—Lena, joder, tenemos que acabar esto hoy y luego quiero ir a recoger a Mateo a casa de tus padres. No creo que haga falta follar en el suelo entre botes de pintura. Tenemos una cama.

—Pues a ver si lo recuerdas alguna vez.

Me miró con esa cara que yo sabía que iba a provocar una bronca, pero, en el último momento, guardó silencio y siguió pintando. Esa fue la primera vez en que me di cuenta de que hay algo peor para una pareja que discutir a todas horas: que ya ni te apetezca hacerlo porque no merece la pena.

Los días eran cada vez más largos, pero yo lo veía todo oscuro. Javier empezó a viajar más. A enlazar un vuelo transoceánico con otro, sin hacer equilibrios con las escalas para pasar más tiempo en casa, como era su costumbre. En el poco tiempo que pasó en Madrid en aquel mes de junio que se me hizo eterno, solo tenía ojos para Mateo. No había ningún plan que no lo incluyera. Íbamos también mucho a casa de mis padres. Parecía que su único objetivo en la vida

era no quedarse a solas conmigo.

Yo no sé ni cómo estaba. Me centré en el final de curso, los exámenes, la fiesta escolar, el sexto cumpleaños de Mateo. Sentía que mi matrimonio estaba acabado, pero, al mismo tiempo, que no podía ser, que sabríamos empezar de cero y los sueños que teníamos poco más de un año atrás volverían con fuerza. No sé cuándo me autoengañaba más: si cuando pensaba que todo se iba a solucionar o cuando me convencía de que ya no había nada que hacer. Había dejado aquella vida frenética de salir mucho que había seguido a la muerte de mi hermano y me limitaba a pasar las horas en casa, sola, incluso cuando estaba rodeada de gente.

El último sábado de junio, Javier se quedó sin excusas para estar a solas conmigo. Era la fiesta de fin de curso del colegio, así que él estuvo en Madrid, viendo a su hijo actuar en el escenario del salón de actos. Pero aquel no era un día especial para Mateo solo por eso; era también la primera noche que iba a dormir en casa de un amigo. Me encantaría decir que disfruté de la función escolar sin pensar en nada más, pero lo cierto es que, al igual que durante toda la semana, me pasé las horas intrigada por qué ocurriría cuando dejáramos al niño en la casa en la que iba a pasar la noche. Javier no podría poner ninguna excusa de trabajo para rehuirme. Mateo no estaría en casa. Estaríamos solos, enfrentados a nosotros mismos, a lo que sería el resto de nuestras vidas, tal vez. Hacía cinco meses y diecisiete días que no nos acostábamos. Sí, lo había calculado.

Cenamos en medio de un silencio tenso, aunque, al final, acabamos relajándonos mientras veíamos algunos capítulos de *Friends* que encontramos en la tele por cable. Supongo que fue nuestra manera de buscar un puerto seguro, un recuerdo de los años en que nuestra mayor preocupación en la vida era si Ross diría el nombre de Rachel en el altar. Serví unas copas de vino, porque necesitaba algo que me diera valor, y me senté muy pegada a él. Lo noté tenso, pero lo ignoré.

—¿Por qué no nos vamos a la cama? —dije en un tono insinuante que por un momento me sonó ridículo.

—Sí. La verdad... estoy reventado.

No era la respuesta que esperaba, pero no me rendí. Visto con la perspectiva del tiempo, es increíble lo ciega que estaba. Me desnudé frente a él en nuestra flamante habitación nueva y no quise fijarme en que me rehuía la mirada. Nos metimos en la cama y empecé a tocarlo. No sé si él estaba allí o muy lejos, pero su entrepierna respondió. La oscuridad me impidió ver su gesto al situarse encima de mí, detectar qué podía haber provocado su cambio de idea, pero no me importó cuando sentí su cuerpo sobre el mío y sus dedos abriéndose paso bajo mis bragas.

Yo estaba preparada, claro que sí. En aquel instante exacto, me daban igual las penas; solo quería sentirlo dentro de mí y que los problemas se esfumasen al menos durante el tiempo que dura un orgasmo. Javier lo intentó. Y digo «lo intentó»... porque no lo consiguió. Fue incómodo. Y desagradable.

—Déjalo, por favor —le dije, con la voz impregnada de decepción, de pena, de la confirmación de que de nosotros ya no quedaba nada.

—No, Lena... Esto... Si me toco un poco...

—Javier, joder. —Suspiré, por no hablar de más—. Vamos a dormir de una vez.

Esa noche dormí del tirón, quizá porque mi cuerpo ya estaba tan harto de insomnio que se rindió. Quizá porque ya no había una guerra. No lo sé. Solo sé que desperté en una cama vacía y con el sol que entraba por la ventana anunciándome que era tarde.

—Javier... —dije en voz alta, pero nadie me respondió. Me levanté, abrí la puerta del dormitorio y lo llamé de nuevo—. ¡Javier!

—Buenos días.

Tal vez su cara debería haberme anunciado lo que estaba por venir. No porque estuviera crispada, como casi siempre en los meses anteriores, sino por todo lo contrario. Parecía haberlo invadido una extraña serenidad. Justo lo contrario de lo que sentí yo al mirarlo.

—¿Qué pasa?

—Lena... —Se pasó la mano por la cara y suspiró—. ¿Podemos hablar?

—No. —Me eché a llorar de inmediato, porque sabía lo que iba a decirme—. No quiero oírlo. No estamos pasando un buen momento, pero...

—Lena, vamos al salón, por favor.

Lo seguí casi por inercia. Él pasó por la cocina y rellenó dos tazas de café hasta arriba, el mío con azúcar, el suyo solo. Amargo.

—Tenemos que ir a recoger a Mateo —le dije, cuando reparé en que pasaba de las once de la mañana. Y también por agarrarme a lo que fuera para posponer aquella conversación.

—He hablado con tus padres. Ellos irán a por él y se quedará en su casa hasta... hasta que vayamos a recogerlo.

—¿Les has dicho a mis padres que te vas a largar antes de que yo lo sepa? —le escupí, porque ya no sabía si estaba triste, cabreada o una dañina mezcla de todo eso.

—Les he dicho a tus padres que necesitamos hablar con calma y que ya los llamaríamos.

—Genial.

Javier se quedó un rato en silencio, como reordenando lo que quería decir, y yo lo miré sin entender qué me pasaba. Porque una parte de mí quería perderlo de vista, pero otra deseaba más que nada en el mundo que se quedara a mi lado. Porque una Lena lo odiaba, pero la que lo amaba era más fuerte.

—Lena, no podemos seguir así. Creo que los dos sabemos que hace ya demasiado tiempo que las cosas están fatal.

—Sí —dije, con un hilo de voz.

—Lo he intentado todo, Lena, pero...

—¡No has intentado una mierda!

—No me jodas... Me fui a principios de año y volví con todas las ganas, pero es como... como si viviéramos en planetas diferentes. Ni siquiera nos soportamos, hostias.

—¡No intentes repartir las culpas! Si tú no me soportas...

—¡Lena, deja de mentirte! Odias la mitad de lo que hago. Las manías que antes te parecían muy monas ahora te hacen subir la bilis a la garganta.

—¿Lo sabes porque a ti también te pasa conmigo?

—Sí —reconoció—. Y ódame si quieres por decírtelo, pero creo que la única forma de sacar algo bueno de esto es que hagamos borrón y cuenta nueva sin mentiras.

—¿«Borrón y cuenta nueva»... qué significa?

—Creo que ya lo sabes.

Subí las piernas al sofá y me abracé a ellas. De repente, estaba helada. Hasta tuve que echarme la manta del sofá sobre los hombros porque empecé a temblar. Javier apoyó los codos en sus rodillas y bajó la cabeza. No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero sí recuerdo que, cuando volvió a levantar la mirada, sus ojos estaban llenos de lágrimas, y algunas ya habían empezado a caer por sus mejillas.

Aquella fue la segunda vez que vi llorar a Javier. No lo hizo cuando murió su abuela; tampoco cuando mi hermano tuvo el accidente. Solo lo había hecho cuando nació Mateo, así que eso no podía significar otra cosa diferente a que aquel día de junio estaba a punto de ocurrir algo

tan trascendental como eso. Aunque fuera en un sentido completamente opuesto.

—He alquilado un piso en Barcelona.

Ni un martillazo en plena cara podría haberme dejado más en *shock*. No soy imbécil; a esas alturas de la conversación ya imaginaba que iba a decirme que se iba de casa, pero esperaba que fuera una separación temporal, una más *en serio* que aquella de cinco días algunos meses atrás. Que se iría a un hotel cerca de la urbanización, para seguir pasando tiempo con Mateo, o quizá al antiguo piso de su abuela, que acababa de quedarse sin inquilinos y estaba vacío a la espera de que tomáramos una decisión con él.

Lo que más me dolió fue saber que Javier había seguido con su vida ajeno a mí. En los anteriores catorce años, no habíamos tomado ni una sola decisión sin contar con el otro. Ni en los grandes acontecimientos de nuestras vidas ni en las pequeñas tonterías; ¡si hasta nos avisábamos cuando íbamos a cortarnos el pelo! Y ahora, de repente, Javier tenía un nuevo piso, en otra ciudad, uno que habría tenido que buscar, visitar, negociar, alquilar, amueblar..., en unas semanas en las que yo seguía en mi casa pensando en cómo podríamos arreglar aquello que nos pasaba.

—¿En... Barcelona?

—Necesito salir de aquí. Necesito... No puedo empezar de cero teniéndote a dos kilómetros de mí, Lena.

—¿Empezar de cero? ¿Eso es lo que quieres?

—Eso es... —Se secó las lágrimas con el dorso de la mano y miró al techo del salón—. Sí, es lo que quiero.

—¿Y Mateo? ¿Tiene un lugar en esa nueva vida?

—Joder, ¡por supuesto!

—No pensarás llevártelo a Barcelona, ¿no? —No sé si me invadió más el pánico o la ira—. Porque te puedo asegurar que vamos a pasar mucho tiempo en los juzgados si esa es tu idea.

—No te separaría jamás de tu hijo, Lena.

—Claro. Qué tonta. La vida de piloto separado sería muy jodida con un niño de seis años rondando por tu nueva casa.

—¿Quieres hacer el favor de aclararte?! ¡No dejas de decir cosas contradictorias!

Me quedé callada porque era verdad. Porque me moriría si Javier se llevara a Mateo a seiscientos kilómetros de mí, pero tampoco soportaba que fuera a convertirse en uno de esos padres de fin de semana mientras yo seguía cargando con todas las responsabilidades. Porque, a quién quería engañar, el verdadero problema era que quería que se quedara y ninguna solución diferente iba a parecerme buena. Quizá porque ninguna lo era. La idea de un «nosotros» convertido en «tú» y «yo» por separado me desgarraba entera.

—Vamos a intentar calmarnos. Hacerlo bien, dentro... de todo lo mal —me propuso, y yo solo asentí. En realidad, era la parte pasiva de aquella conversación; él ya había decidido todo, ya había iniciado su nuevo camino lejos de mí. Era él quien debía hablar—. He contratado a un abogado y, si tú estás conforme, podemos hacerlo todo de mutuo acuerdo. Yo... yo no quiero nada, Lena. Me llevo mi coche y ya está. Y decide tú cuánto es justo que te pase al mes para Mateo.

—No, no, decídelo tú, que lo tienes todo mucho más pensado que yo —le respondí, cansada yo misma de mi propio sarcasmo, pero incapaz de contenerlo porque cada nueva información me hacía más daño. Ya no solo tenía un piso; también había hablado de nuestro divorcio con un abogado, mientras yo seguía en la inopia.

—Hasta que firmemos, si te parece bien, podemos seguir teniendo la cuenta en común y

después ya arreglaremos la pensión y eso... —Puso una mueca a medio camino entre la vergüenza y el dolor. Yo solo lo miraba, incrédula, porque no era posible que él y yo, que Javier y Lena, estuviéramos hablando de firmar un divorcio y pactar una pensión para Mateo.

—¿Qué quieres hacer con tu vida? —le pregunté, no sé por qué. Quizá porque quería tenerlo allí un rato más. Porque nada me daba más miedo que verlo cerrar para siempre la puerta de nuestra casa, de nuestra relación.

—Quiero... de entrada, sobrevivir a esto.

Suspiró, se echó hacia atrás en el sofá y empezó a llorar de nuevo; más sordo, en silencio. Yo no había dejado de hacerlo en ningún momento. Me acerqué a él con cautela, porque si me rechazaba en ese momento es posible que se me parara el corazón. Pero no lo hizo. Me acogió en su abrazo y nos quedamos así, sintiendo nuestros cuerpos, quizá por última vez. Y entonces entendí que aquello no iba de que él me estuviera dejando, de que yo fuera la víctima y él el vencedor ni tampoco de buscar culpables. Ni siquiera de repartir las culpas. Éramos dos personas que se habían querido más de lo humanamente posible, pero no habían sabido hacerlo bien al final.

Me dolía mi dolor. Pero también me dolía el de él. Porque Javier no fingía y yo sabía que estaba destrozado. Que romperme el corazón era una situación por la que no habría querido pasar nunca. Que todos aquellos planes previos, el buscarse un piso y un abogado, tenían que haber sido un trance horrible que pasó solo porque no encontró otra opción para dejar de hacerme daño y de hacérselo a sí mismo. Y supe que lo que teníamos era amor de verdad, aún lo era, porque los dos sentíamos tanta pena por nosotros mismos como por el otro. Por aquel «nosotros» que aún no se había diluido del todo.

—Me he planteado preparar las oposiciones a controlador para asentarme de una vez en un lugar —me confesó en cuanto nos repusimos un poco y yo lo miré sorprendida, porque no me imaginaba ya a un Javier con los pies en tierra—. Estoy cansado de tantos vuelos, tantas millas... No sé, Lena. La verdad es que en este momento no tengo ni idea de lo que quiero.

—Excepto marcharte —le dije, ya sin sarcasmo. Solo como la constatación de la realidad más triste.

—Lo siento. Sí.

Asentí y volvió el silencio. Él se levantó a la cocina y rellenó las tazas de café. Yo seguí llorando en silencio. Me fijaba en cada detalle, en cada gesto de aquellas rutinas que no se repetirían. Quizá Javier no volviera a entrar en esa cocina, no volviera a beber de su taza roja con el mensaje «Remove before flight», no volviera a sentarse a mi lado en un sofá.

—Dame unos meses, por favor —le supliqué, porque era la única carta que me quedaba por jugar y, cuando la puse sobre la mesa, me di cuenta de que aún creía que era posible. Que tardaría mucho tiempo en dejar de pensar que, en algún lugar del universo, había una solución para nosotros.

—¿Unos meses? —Frunció el ceño.

—No me obligues a firmar el divorcio todavía. Arreglamos lo económico entre nosotros, no va a haber ningún problema, pero... no estoy preparada para eso, Javier.

—Pero, Lena, ¿no es mejor cerrar cuanto antes? ¿No es posponerlo... agarrarse a un clavo ardiendo?

—Te lo ruego, Javier. —Me rompí en un llanto histérico porque sí, aquello era un clavo ardiendo, pero era *mi* clavo ardiendo—. No sé lo que es, no sé si es bueno o malo, pero dame unos meses. Te juro que no te voy a pedir nada más que eso.

—Está bien. —Asintió—. No creo que sea lo mejor, pero firmaremos cuando tú te sientas

preparada. Solo faltaría que no te concediera eso.

Vi que sentía compasión por mí y odié ese sentimiento en sus ojos. Yo había visto en su mirada deseo, lujuria, amor, amistad, complicidad, confianza... hasta ira, a ratos, en los últimos meses. No quería que me quedara grabada en la retina su mirada de compasión.

—Bueno, yo... —dijo, y yo me estremecí.

—¿Te vas ya hoy?

—Mi idea es llegar a Barcelona esta noche y ya... instalarme y eso.

—Dios mío... —Me dio una especie de tiritona porque aún me movía en las tinieblas entre la realidad y una especie de nebulosa que me hacía creer que todo aquello era una broma sin puñetera gracia—. Te vas...

—Sí. —Bajó la mirada al suelo y tardó una eternidad en levantarla—. Lo siento. No sé ya cómo pedirte perdón. Cómo... *pedirnos* perdón.

—¿Y Mateo?

—Pasaré a verlo por casa de tus padres. Mi idea es decirle que me tengo que ir a trabajar a Barcelona una temporada, pero que seguiré viniendo a verlo cada fin de semana o que podrá venir él en avión. Eso le gustará.

—Y contarle que nos separamos... Yo... Yo no sé si voy a ser capaz de decírselo sin derrumbarme, Javier.

—Vamos a dejar que se acostumbre a que yo esté fuera, a venir a verme a Barcelona y que yo venga y no duerma en casa. Y cuando firmemos... pues se lo diremos, suponiendo que no lo haya deducido solo.

—No sé si será lo mejor, pero... tampoco puedo ahora mismo pensar con claridad.

—Ya... Lo iremos hablando.

—Bueno...

—Bueno...

No supimos cómo despedirnos, porque no creo que haya un protocolo para una situación así. Yo lo acompañé a la puerta, porque quería estirar hasta el último segundo de nuestro matrimonio, que moriría con aquel portazo. Y él me dijo adiós con un beso en la frente que expresó más que cualquier palabra que hubiera podido salir de su boca.

Cerró la puerta. Se fue. Y mi vida se pintó de negro.

8

Casa

Junio se acaba y Madrid nos concede una tregua de calor. De paz. Esa paz que ha traído a casa el final del engaño. Es casi como si el clima acompañara la sensación que me invade desde hace una semana y que creo que Javier y Mateo comparten. Sí, todos seguimos ocultándole la realidad a Dani, pero esa es una cuestión que abordaremos en familia, no combatiendo cada uno nuestra propia batalla contra la mentira y la verdad, como hemos estado casi dos meses.

Javier ha vuelto a tener algunos episodios duros de dolor en los últimos días, pero su estado general es *bueno*. Todo lo bueno que puede ser en esta situación. El médico de paliativos no ve grandes cambios en su estado, lo cual es una noticia positiva ahora mismo. Significa que sigue resistiendo y sabemos que no podemos aspirar a mucho más.

El mayor problema al que se enfrenta ahora Javier es que su cuerpo empieza a rechazar casi toda la comida. El oncólogo nos comentó hace tiempo que existía la posibilidad de instalarle una sonda de alimentación mediante una pequeña cirugía, pero el médico de paliativos nos ha dicho que en estos momentos ya se encuentra demasiado débil como para arriesgarnos. El sufrimiento y el riesgo serían mucho mayores que el beneficio. La única pobre solución que hay es que coma las pocas cosas que le sientan bien —o no muy mal— en los momentos en que se encuentre con fuerzas para digerirlas, que nunca se sabe muy bien cuáles serán.

La pérdida de peso es aterradora. Se puede percibir día a día. Hace tiempo que Javier no pasa por la báscula, porque de poco serviría tener una confirmación numérica de lo que ya es obvio, pero el médico ha calculado que rondará los cincuenta kilos. Vamos... lo que pesaba yo cuando tenía quince o dieciséis años, solo que en un cuerpo de un metro ochenta y siete centímetros.

También ha habido otros síntomas de empeoramiento. Cada día los hay. La piel del pecho y los brazos se le ha cubierto de pequeñas manchas. Cuando va al cuarto de baño, casi siempre hay sangre en la orina y en las heces. Los temblores, porque siempre tiene frío, da igual cuál sea la temperatura interior o exterior. Lo único que todavía parece funcionarle bien son los pulmones, y según el médico ese es el clavo al que agarrarnos para tener la esperanza de que aún le queden algunas semanas con nosotros.

Y a pesar de toda esta perspectiva, convertida ya en rutina, ha sido una buena semana. Excepto un par de reportajes que tengo que ir preparando, pero que no debo entregar hasta dentro de dos semanas, todos estamos de vacaciones. Dani ya ha acabado el colegio y Mateo incluso ha recibido las notas de Selectividad, que le han ido bastante bien. Ha sacado un 8,22 —lo ha repetido tanto que creo que no se me olvidará nunca la cifra—, pero tampoco nos emocionemos, que ahora la Selectividad puntúa sobre catorce, aunque eso sus abuelos no lo saben y solo les falta hacerle un altar por ser tan listo. Lo importante es que, con esa nota, no tendrá problema para elegir la universidad que quiera de entre sus favoritas. Tiene aún unas cuentas semanas por delante para decidir si se nos va a Galicia o a Canarias.

Y este sábado justo parece lo que es: un día de principios de verano, de esos que son tan largos que es de día casi a la hora a la que deberíamos irnos a la cama, de una familia de

vacaciones. Todo lo demás... ya ocupa demasiadas horas de nuestro tiempo cada día. Javier ha dormido hasta tarde, se ha pasado un buen rato viendo documentales mientras picoteaba de un paquete de jamón cocido y se ha echado una siesta larga en el sofá. Yo me he puesto al día con las cosas de la casa, de los niños, he charlado un buen rato con Martina y con mis padres. Y los chicos se han ido a casa de un amigo de Mateo que tiene piscina.

Al atardecer, saco del frigorífico la ensaladilla que preparé por la mañana y del congelador un par de tarrinas de helado. Las llevo al jardín y extendiendo una manta de rayas de colores que tiene mil años, pero que me encanta, quizá porque me recuerda a tiempos de pícnicos improvisados y de hacer el amor bajo las estrellas. Javier me ha dicho que estará cómodo recostado en el suelo sobre uno de los cojines de las tumbonas, así que les pego un grito a los chicos para que se reúnan con nosotros abajo.

Tardamos un poco más de la cuenta en instalarnos en el jardín y, por un momento, llego a pensar que no ha sido muy buena idea. Javier apenas tiene ya movilidad, pero Mateo se ha hecho cargo y lo ha trasladado sin demasiada ceremonia. Yo he tenido que apartar la vista porque, por muy acostumbrada que esté ya a este tipo de escenas, sigue doliendo ver a quien para mí es aún un niño haciéndose cargo de responsabilidades que ojalá nunca hubiera tenido. Ojalá su máxima preocupación hoy fuera salir a emborracharse con sus amigos para celebrar las notas de Selectividad.

—¿Qué tal en la piscina, chicos? —les pregunta Javier.

—Bien —responde Dani con la boca llena de mayonesa y atún, que es lo único que le gusta de la ensaladilla y tiene un puñetero don para separar los ingredientes sin que se note—. Estaban todos los amigos de Mateo, muy contentos por unas notas de Selectividad que, en realidad, son francamente mejorables.

—No les habrás dicho eso, ¿no? —me sobresalto, porque yo lo adoro, pero tengo verdadero miedo a que alguien acabe asesinandolo algún día por impertinente.

—¿Tú qué crees, mamá? —Mateo pone los ojos en blanco y a todos nos da la risa—. Ya le he dicho que no vuelve a venir con mis amigos.

—Pero luego me ha llevado a comer tortitas al VIPS de Serrano y se me ha pasado el disgusto —confiesa Dani, y Mateo le pega una patada que casi lo lanza al final del jardín—. ¡Auch! No he dicho nada sobre el regalo, imbécil, no me pegues.

—¿Habéis estado en el centro? —les pregunta Javier, frunciendo el ceño.

—Sí. —Mateo resopla—. Se aproxima un cumpleaños, no sé si lo recordáis.

Y no, yo no lo recordaba. Dentro de una semana cumpliré cuarenta y un años, pero ni siquiera he tenido tiempo para pensar en ello. Quizá por eso me emociona más de la cuenta que los niños sí lo hayan hecho. El año pasado, cuando cumplí cuarenta, nos pasamos un mes organizando una gran fiesta. Alquilamos un local del centro que nos recomendó Martina, invité a unas ochenta personas —desde viejos amigos del colegio a antiguos compañeros de trabajo, pasando por la gente que ha estado siempre presente en mi día a día—, me tiré semanas ilusionada y hasta contratamos algunas horteradas molonas, como un *photo call* y un bar de golosinas. Tres días antes de la fiesta, nos encontrábamos en la consulta del oncólogo de Javier recibiendo la noticia de que el cáncer había vuelto. La fiesta se canceló. Y yo cumplí cuarenta años envuelta en lágrimas de terror, sin querer ni pensar en que aquel podía ser el último cumpleaños que celebraría junto a mi marido. Y aún hoy, a una semana para los cuarenta y uno..., no sé si será así.

—Habrás que organizar un fiestón, ¿no? —propone Javier.

—No sé yo si...

—Lo hablaremos, ¿vale? —me interrumpe, supongo que porque prefiere que lo decidamos a solas que con Dani delante—. Me estoy... —Esboza una mueca de fastidio. O quizá de dolor—. ¿Podéis echarme una mano para volver a la silla?

Nos mira alternativamente a Mateo y a mí, y sé que prefiere que decidamos nosotros quién lo alza en volandas, porque a él lo frustra lo mismo que sea uno u otro. A los dos quiere protegernos del dolor; delante de los dos odia sentirse débil. Al final, lo hacemos un poco a medias y yo empujo la silla hacia el salón.

—No, no, quiero quedarme aquí. —Javier me mira desde abajo y yo me agacho para darle un beso, que Mateo jalea con silbidos y otras tontadas—. Me estaba doliendo la cadera tumbado en el suelo, pero creo que en la silla aún aguantaré un rato más.

—¿Puedo? ¿Puedo? —Dani viene corriendo y me pide que le deje llevarlo. Quizá en los primeros días de Javier en su nueva situación Dani se asustó un poco, pero ahora lo ha asimilado como algo guay, algo divertido incluso, y le encanta llevar la silla a un lado y a otro. Es un detalle que hace el día a día más fácil, pero... el trasfondo de lo que significa, de lo muchísimo que sorprenderán a Dani los acontecimientos que están por venir, me rompe el corazón.

—Puedes. Pero con cuidadito.

—Vamos, Dani —le dice su padre—, como si estuviéramos en la final de *quidditch* contra Slytherin.

Me río y vuelvo a sentarme en el suelo al lado de Mateo.

—Felicidades, ¿eh? —le digo—. Que creo que, con todos los gritos y lo chulito que te pusiste cuando salieron las notas, se me olvidó decírtelo.

—Gracias, gracias. —Sonríe, tímido—. Si no la hubiera liado tanto el año pasado, podría haber tenido mejor media, pero bueno... ahora ya está.

—Eso es. Ya está.

Nos quedamos un rato en un silencio que solo interrumpen las risas escandalosas de Dani y los comentarios que le hace su padre animándolo a correr más. El mejor sonido del mundo. Alcanzo la botella de vino y me sirvo una copa. Mateo hunde la cuchara en la tarrina de helado de capuchino, que ya está medio derretido después de un buen rato aquí fuera. Y sí, me siento en paz. Profundamente triste, porque nunca dejo de estarlo, pero con la convicción de que pasar por esto en casa, en familia, sin más mentiras que las que aún le contamos a Dani, ha sido una buena decisión.

—El enano está a tres, dos, uno de quedarse sopas. —Mateo señala hacia su hermano, que cada vez corre menos y bosteza más—. Eso sí, mañana a las siete estará dando por culo en el baño. No hay nadie que haga tanto ruido al mear, te lo juro.

—Si no os hubiera parido, creería que venís de planetas diferentes.

—Es que venimos. Yo del tuyo, el de quedarse toda la noche viendo pelis y luego dormir hasta la hora de comer, y él del de papá, el de acostarse con las gallinas y levantarse al alba.

—Pues sí, algo así. —Me río—. ¡Dani! Trae a tu padre aquí y sube a la cama, anda, que te vas a desmayar en el césped.

Dani me hace caso, nos da un beso a cada uno y se marcha a su cuarto. Mateo y yo cogemos dos sillas, para quedar a la misma altura que Javier. Creo que es la primera vez que estamos los tres solos, sin tareas pendientes ni conversaciones de rutina. Solos y conscientes de lo que todos sabemos. Nos hemos quedado un poco incómodos, supongo que porque ellos también han pensado lo mismo que yo, pero Javier rompe el hielo señalando hacia la botella de vino y poniéndome ojos de corderito. Mateo lo ve, se levanta a por la botella y las copas e imita la cara de su padre.

—Ni que fuera yo la jefa aquí... —Me río—. Sois los dos mayores de edad, así que servíos libremente.

—Pues... —Mateo da un sorbo a su copa de vino y pone una mueca rara, supongo que porque su gusto adolescente no está muy acostumbrado a la calidad de los vinos que guarda su padre en la bodega— yo quería hablar con vosotros de una cosa.

—Ay, Dios mío. —Javier se lleva la mano a la frente en un gesto teatral—. Se nos hace *okupa*, Lena. Te advertí que pasaría esto cuando me prohibiste arrancarle el *piercing* ese de cuajo.

—Joder... —Mateo me da un golpe en el brazo cuando no dejo de reírme—. Es imposible hablar en serio en esta casa.

—A ver, canta —lo apremia su padre.

—Yo... Bueno, sabéis que llevo semanas mirando los planes de estudio de las facultades de Ciencias del Mar y... ya he tomado una decisión.

—¿Sí?! —Me emociono porque, aunque me duele el alma si pienso en el día en que se marche lejos, que Mateo cumpla sus sueños no puede dejar de alegrarme—. ¿Y bien? ¿Compramos chubasqueros o bañadores?

—Ni una cosa ni la otra.

—Mateo, no nos marees. ¿Vigo o Las Palmas? ¿O te da la nota para alguna otra ciudad? —le pregunta su padre, frunciendo el ceño, porque antes de que la decisión se quedara entre esas dos universidades se habían planteado otras opciones.

—Me quedo en Madrid —dice al fin, después de un resoplido que, sin embargo, no le ha quitado ni un ápice de seguridad a sus palabras.

—¿Qué?

—He decidido matricularme en Ciencias Ambientales aquí, en la Autónoma.

—Mateo, ¿y ese cambio? —le pregunto, cogiéndole la mano, porque imagino por dónde van los tiros y por nada del mundo quiero que renuncie a algo por lo que ha trabajado tanto.

—No me parece normal marcharme... en este momento.

—Vaya mierda —dice Javier entre dientes—. Mateo...

—Papá, tú quieres que me quede.

Se miran durante un momento que ojalá pudiera hacer eterno. Ojalá pudiera congelarlo y unirlo a todas las imágenes que tengo de ellos, cuando Mateo era niño, jugando, montando en bici, durmiendo la siesta juntos, las carreras de Mateo hacia la puerta los viernes por la tarde cuando su padre llegaba después de una larga semana fuera, su curiosidad por saberlo todo de los aviones que pilotaba, los besos, los mimos. Y aquella primera imagen de los dos, hace dieciocho años. Y es que en esa mirada hay mil palabras que no es necesario pronunciar y todas hablan de amor. De amor por mí.

No quiero ni pensar en el dilema que tendrá Javier desde hace semanas. Desde que fue consciente de su propia decadencia. Él siempre ha sido un tío ambicioso; de hecho, llevó realmente mal que Mateo dejara de lado sus estudios en aquellos años rebeldes. Sé que se alegró muchísimo cuando lo vio decidido a estudiar Ciencias del Mar, igual que si hubiera sido otra carrera o cualquier formación para la profesión que hubiera elegido. Pero Javier también sabe que le queda poco tiempo con nosotros. Y que la marcha de Mateo fuera de Madrid a Dani y a mí nos dejaría muy solos. ¿Los sueños de su hijo mayor o un alivio para la pena de su mujer y del pequeño? No me habría gustado estar en su pellejo para desear que ocurriera una cosa o la contraria.

—Será solo un año. Quizá dos —sigue explicando Mateo, cuando ve que nos hemos quedado

en silencio—. Después, según como vayan las cosas, pediré convalidaciones a Ciencias del Mar. Hasta puede que acabe graduándome en las dos, no sé, depende de cuánto me guste lo que estudie en Ambientales.

—Pero, Mateo...

—No, escucha, papá... Quiero quedarme aquí. No es el momento de irme a ninguna parte lejos de casa. La vida... la vida es así.

—No quiero que hagas eso por mí.

—Mamá... ¿es que no lo entiendes? No lo hago por ti. Ni por Dani siquiera. No puedo ni plantearme estar solo en la habitación de una residencia universitaria después de...

—Ya —lo interrumpo, porque la mente me ha dibujado esa imagen mental y se me ha clavado dentro.

—Tienes dieciocho años y la cabeza muy bien amueblada —le dice Javier y conozco lo suficiente a Mateo para saber cuánto significan para él esas palabras—. Si has tomado esa decisión, sé que la habrás meditado y que será lo mejor. Para ti y para ellos... para nosotros.

—Gracias, papá.

Mateo se levanta y se va dentro con la excusa de ir al baño, aunque creo que las emociones se le estaban atravesando un poco. Javier también me pide que lo ayude a acostarse, después de dirigirme una sonrisa de orgullo. Yo se la devuelvo, le acaricio el pelo y lo tumbo en su lado de la cama sin apenas esfuerzo.

—Ah, ya estáis así... —nos dice Mateo al regresar y ver a Javier tumbado y a mí con el pijama puesto—. Recojo yo lo de ahí fuera. Tengo cero sueño.

—Qué me vas a contar... —le digo, riéndome, porque somos los dos trasnochadores oficiales de la familia... y aún no son ni las once.

—Anda, salid los dos fuera y acabaos mi botella de vino —nos dice Javier, con la voz ya algo espesa por el sueño, pero con una sonrisa en los labios—. Y como se os ocurra bajar a por más, me las pagaréis. Literalmente. En euros.

—¿Vamos? —Mateo me sigue después de que le haga un gesto con la cabeza y nos sentamos en la manta sobre el césped, mientras vamos apilando platos y vasos para que sea más fácil recoger después.

—¿Cuál es tu copa? —Se la señalo y él sirve vino en ella y en otra, que creo que era la de su padre, pero qué más da. Me pasa la mía, le da un sorbo a la suya y se ríe—. Creo que podría acostumbrarme a esto.

—Más te vale no hacerlo.

—Tengo dieciocho años.

—Y ningún sueldo. Y esa botella cuesta unos cincuenta pavos.

—¡Joder! Con eso...

—Sí. Te haces diez botellones en la plaza del Dos de Mayo.

—Más o menos. —Nos quedamos callados, hasta que Mateo suspira y empieza a susurrar—. Qué bien ha estado hoy, ¿no?

—Sí. Una bendición. —Un silencio cómodo—. Mateo... ahora que estamos tú y yo solos, ¿estás seguro de lo de quedarte a estudiar en Madrid?

—Es la única opción. Punto.

—Pero tu sueño...

—Mamá, ¿qué sueños? Mi sueño era estudiar Ciencias del Mar cuando mi vida era tan sencilla como levantarme por la mañana y dar por sentado que mis dos padres y mi hermano iban a estar ahí siempre. Si eso cambia..., cambian los sueños también. No pasa nada. No estoy

jodido, en serio. Ambientales suena muy bien y me abre más campos que Ciencias del Mar.

—¿Cuándo te has vuelto tan sabio?

—No hay mayor prueba de inteligencia que dejar que todos piensen que eres un idiota —me dice, muy serio, pero le da la risa mientras vuelve a rellenar las copas de vino—. Es broma. El listo sigue siendo Dani. Yo solo voy lidiando como puedo con las cosas.

—Siempre te subestimas demasiado. —No sé si es efecto del vino o que la sinceridad me ha invadido estos días, pero siento que tengo algo más que decirle—. Eres un chico increíble, Mateo. Mejor de lo que probablemente me merezco.

—¡Calla! —Se encoge de hombros y se pone colorado. Me mira, se baja la última copa de vino de un trago y habla—. Claro que te lo mereces.

—¿Sabes? Hubo un tiempo en que no fui la madre del año.

—¿Te refieres a...? —Parece pensarse un momento lo que va a decir, pero al final se decide. El vino, supongo; o quizá es que se ha hecho mayor—. ¿... a cuando estuvisteis separados?

—Tú... Nosotros... Yo...

—Bien, mamá. Aprobado en pronombres. —Me río, pero más por los nervios que por su broma—. Pero sí, sé que estuvisteis separados. Tardé años en darme cuenta, pero... eso. Que me di cuenta.

—Dios, Mateo, ¿voy a tener que pedirte perdón cada vez que tomemos dos copas por haberte ocultado algo?

—No. —Se le escapa una carcajada—. Espero que no haya nada más.

—No lo hay. Solo aquello. Algún día te lo contaré, ¿vale?

—Me encantaría. Pero no te olvides de una cosa, mamá... Te lo voy a decir ahora porque estoy un poco borracho, pero te juro que es verdad. —Se queda en silencio y me mira de una manera que me traspasa—. Has sido la mejor madre del mundo, ¿OK? Que no se te vaya a ocurrir dudarlo ni una vez.

Y es en ese momento, con ese chico tan adulto y del que estoy tan orgullosa delante de mí, cuando sé que llegará el día en que, tal vez con un par de botellas de vino delante, le cuente cómo fue aquello. Cómo caí al abismo.

VIII

Mi abismo

Los meses posteriores a la marcha de Javier me los pasé colgando del abismo. Lo hice todo mal. Hacia los demás y hacia mí misma. Aproveché mis largas vacaciones para llorar. A eso las dediqué. No celebré mi cumpleaños. No fui un solo día a la piscina. Dije que no a todos los planes que Martina me proponía. Rehuí a mi madre cuando intentaba sacarme del pozo, a pesar de que me llenaba de culpabilidad y ternura a partes iguales comprobar que ella había salido de su propio infierno cuando la hija que le quedaba la había necesitado. Y lo peor de todo... ni siquiera fui capaz de cuidar de Mateo.

Javier y yo pactamos rápido las cuestiones prácticas. Aún nos queríamos mucho más de lo que nos odiábamos, así que no fue difícil. Abrimos una cuenta solo para los gastos de Mateo en la que cada uno ingresábamos un dinero en función de nuestros sueldos. Yo me quedé en la casa de Madrid y él inició una nueva vida en Barcelona. Cuando, a principios de julio, fue muy evidente que yo no era capaz de hacerme cargo de mi hijo en aquel momento —porque ni era capaz de jugar con él sin echarme a llorar—, Javier se pidió unas semanas de vacaciones que le debían y se lo llevó a Barcelona con él. El niño se enamoró de tal manera de la ciudad y de la idea de viajar solo en avión que decidimos que fuera él quien se desplazara allí en lo sucesivo. Nos ahorrábamos así tener que darle explicaciones, por el momento, de por qué su padre dormía en un hotel en vez de en casa cuando estaba en Madrid.

Cuando habían pasado pocas semanas de aquel día horrible que se reproducía en bucle en mi cabeza, Martina y mi madre se presentaron en mi casa y me hicieron una intervención. Mateo regresaría pronto de Barcelona y necesitaría a su madre. Yo lo sabía, claro que sí, y la culpabilidad era un ingrediente principal del cóctel de podredumbre en el que nadaba desde que Javier se había ido. Pero era incapaz de encontrar el camino de regreso a la persona que tenía que ser, quizá porque yo nunca había sido Elena. Desde que tenía quince años, solo había sido la Lena de Javier.

Ellas hicieron su propuesta: tenía que buscar ayuda profesional. Y yo acepté. Empecé a ir a terapia dos veces por semana, a ver si así era capaz de entender qué le pasaba a mi cerebro para no avanzar ni un solo paso en la recuperación. Es más, hasta juraría que había retrocedido unos cuantos. Durante aquel verano, lo único que realmente me apetecía era que Javier volviera, incluso aunque nos pasáramos el resto de nuestras vidas odiándonos y haciéndonos daño. Queda claro que algo no funcionaba en mi cabeza, ¿no?

Contigo hablaba poco, claro. Lo justo para mantenernos al día de cuestiones relacionadas con el niño. Siempre por SMS; qué mal se nos daba el teléfono, ¿verdad? Yo lloraba, tú te frustrabas y acabábamos colgando el móvil con un regusto amargo a bilis en la garganta.

Yo sabía que Javier estaba haciéndolo bien en su propósito de empezar una nueva vida de cero. Nunca jamás lo escuché flaquear sobre su decisión, a pesar de que a mí, en un par de conversaciones, se me escapaban sueños de reconciliación a los que él respondía con unos silencios que se me clavaban en el alma. Nunca me dio una esperanza y las cosas que Mateo me

contaba cuando regresaba emocionado de estar con él me hacían feliz, porque por nada del mundo querría que perdieran aquel vínculo tan especial que tenían, pero también me recordaban que Javier lo estaba superando y yo no. Yo no era capaz ni de llevar a Mateo a la piscina; Javier incluso se lo llevó a una escapada en coche por el sur de Francia. Yo no me sacaba el pijama salvo en caso de extrema necesidad; a Mateo se le escapaban detalles sobre la vida de Javier que me demostraban que en su caso no era así.

Sentía que las sesiones con el psicólogo no me servían de nada. Hablaba de nosotros, de lo que habíamos sido y de cómo quería ser yo a partir de entonces, y salía de la consulta con la sensación de estar más triste que al haber entrado. Un día me pidió que hiciera una lista de las cosas en que mejoraría mi vida a partir del divorcio. Tuve una semana para completar la tarea y la única frase que fui capaz de escribir fue «podré elegir siempre lo que quiera en la tele». Y ni siquiera era cierto del todo. Javier y yo no nos habíamos peleado por el mando a distancia ni una sola vez en todos los años que habíamos vivido juntos.

Lloraba a todas horas. Me despertaba llorando a veces, como si ni en sueños fuera capaz de encontrar la paz. Una noche me desperté y *lo abracé*. O eso pensaba en la nebulosa entre la vigilia y el sueño que estaba haciendo, porque a lo que estaba abrazada en realidad era a los cojines de su lado de la cama, que en algún momento de la noche mi mente había decidido convertir en aquel cuerpo que tanto echaba de menos cada noche. Lancé los cojines con tanta fuerza que uno de ellos rompió dos argollas de las cortinas y las dejó medio descolgadas. Se quedaron así durante meses. Y yo no volví a dormir con los cojines sobre la cama.

El psicólogo decidió hacia finales de agosto remitirme a un psiquiatra que me diera medicación y la baja. Yo llevaba todo el verano agobiada con la idea de incorporarme a las clases, pero él concluyó que era algo más que agobio. El psiquiatra me diagnosticó depresión en grado moderado y decidió que me vería una vez al mes para regularme la dosis de antidepresivos y ansiolíticos. Mis padres tomaron la decisión de mudarse unas semanas a vivir conmigo, porque, por más que lo intentaba, yo sola no podía hacerme cargo de todo lo relacionado con Mateo. Ni conmigo misma, en realidad.

Cuando estaba gestionando los papeles de la baja, tuve que cubrir un impreso que incluía una casilla dedicada al estado civil. Me empezaron a temblar tanto las manos que el boli acabó en el suelo. Supe que en breve, en cuanto Javier se cansara de esperar a que estuviera preparada, tendría que seleccionar «divorciada», e inmediatamente desarrollé un odio instintivo por esa palabra.

Y, además de todos esos detalles dañinos del día a día, ahí estaba la culpabilidad. La de trastocar la vida de mis padres después de lo que habían tenido que pasar. La de sentirme más hundida que cuando había perdido a mi hermano, un sentimiento incoherente que el psicólogo intentaba que le explicara, aunque yo me sentía racional dentro de mi irracionalidad, conocía mis motivos y no me apetecía compartirlos. Yo había decidido mirar la vida de frente cuando Miguel había muerto porque sabía que era algo sin solución; que la única salida era intentar vivir al máximo el tiempo que tuviéramos en este mundo. Ahora, estaba perdida porque, aunque todas las señales me indicaban lo contrario, yo mantenía la esperanza. Sentía que Javier y yo teníamos algo demasiado especial como para que se pudiera acabar así, de una forma tan odiosamente común. Ese rumbo de pensamientos estaba consiguiendo su objetivo de volverme loca del todo.

En septiembre, empecé a ver la luz. Bueno, en realidad..., no. Pero empecé a llevar algunos días a Mateo al colegio y a permitir que Martina me sacara de casa de vez en cuando. Una tarde, tomando una cerveza con ella y dos compañeras suyas del museo, salió el tema de los divorcios. Aquellas dos mujeres habían pasado por la experiencia hacía poco tiempo —no habría que

descartar que Martina fuera una gafe matrimonial, dadas las circunstancias— y comentaban lo que más echaban de menos de su vida anterior. La sensación de seguridad, el no estar sola en casa en las noches de invierno, tener a alguien con quien hacer cualquier plan aunque a ninguna de sus amigas les apeteciera, la idea de formar parte de un proyecto compartido, verlo jugar con los niños... Y sí, supongo que yo también añoraba todo eso, pero... en realidad, no. Yo lo echaba de menos a él. A ÉL. A Javier. No al Javier padre de Mateo, ni al Javier compañero de vida, ni al Javier amante, ni al Javier amigo. Lo echaba de menos sin apellidos.

Ese día llegué a casa y le mandé el primer mensaje en mucho tiempo que no tenía nada que ver con Mateo. Solo le pregunté qué tal estaba y le dije que tenía algunas novedades. Era verdad. En uno de los pocos momentos de lucidez de aquellas primeras semanas, me había agobiado mucho con el dinero. Sabía que Javier no me dejaría en la estacada, pero tenía muy claro que quería que cada euro que saliera de él fuera para la manutención de Mateo, no para mí. Así que me había decidido a preparar las oposiciones para dar clase en la enseñanza pública. El sueldo sería mejor que en mi colegio privado y, sobre todo, sería un puesto fijo. Reconozco que estaba un poco obsesionada con aferrarme a algo permanente en aquel momento. En otro destello de lucidez había comprado un temario y me había hecho un plan de estudio que me permitiera presentarme el siguiente junio a los exámenes... y en ese instante, que quizá no era muy apropiado, había sentido la necesidad de contárselo a Javier.

***Javier:** Yo bien, ¿y tú? ¿Alguna novedad con Mateo?*

***Yo:** No. Con Mateo, no. Es que... quería decirte que he decidido presentarme a las oposiciones de Secundaria. Pensé... no sé... que te alegraría saberlo.*

***Javier:** ¡Pues claro! Me alegra cualquier cosa que a ti te haga feliz, Lena.*

***Yo:** Gracias. Bueno, te dejo tranquilo. Un beso, Javier.*

***Javier:** Un beso.*

Parece una conversación de pura cortesía por su parte, ¿verdad? Pues a mí no me lo pareció. Fue leer la palabra «Lena» y sentir que algo seguía vivo entre nosotros. Fue leer el cariño en sus mensajes y tomar una decisión que tuve la buena fortuna de comentar con Martina.

—Me voy a Barcelona, Martí.

—¿Qué? —Su voz pastosa me recordó que eran las once y media de la noche y que no todo el mundo pasaba las madrugadas insomne.

—Que me voy a Barcelona a ver a Javier. —Hablaba acelerada y supongo que solo una persona que era amiga mía desde hacía más de una década podía entenderme—. No tiene ningún sentido que estemos así, cuando es evidente que aún nos queremos y...

—¿Estás en casa? —me interrumpió.

—Sí, ¿por?

—Voy para allá.

—No hace falta, yo...

—Llego en un cuarto de hora.

Me colgó sin que yo pudiera oponer resistencia. Y menos de ese cuarto de hora prometido después, oí el rugido del motor de su Vespa aproximándose a casa. Le abrí la puerta en pijama, que había confianza, y ella entró sin saludar, abrió la nevera, cogió una cerveza y se tiró en el sofá del salón.

—Eres toda una especialista en apariciones estelares —le dije, en lo que puede que fuera mi primer amago de broma en más de un año.

—Siéntate, anda.

—¿Qué pasa, Marti? Doy por hecho que mis padres van a decirme que me he vuelto loca, pero esperaba tu apoyo en esta...

—No vayas a Barcelona, Elena. —Desvió la mirada y fue a posarse sobre mi maleta de cabina, que había subido del sótano mientras la esperaba—. No vayas.

—Pero... ¿por qué? —Estaba tan convencida de mi plan que me parecía increíble que Martina no me estuviera ayudando a meter ropa en la maleta en vez de comportarse con una prudencia que nunca ha sido su principal característica—. ¿Qué pasa?!

—Está con alguien, Ele.

—¿Qué? —Supongo que palidecí, aunque ni siquiera había acabado de asimilar aquellas palabras.

—Que Javier... está con alguien.

—¿Con... alguien? ¿Con una... con otra mujer?

—Sí.

—¿Y tú cómo lo sabes? —le pregunté, porque matar al mensajero sonaba bastante bien en aquel momento.

—Él... me lo contó. Supongo que no ha tenido el valor suficiente para decírtelo a ti. Bueno..., no lo supongo. Lo sé.

—¿Desde cuándo? —dije, en un tono tan sombrío que, si yo hubiera sido Martina, habría tenido miedo.

—Sabes que hablo con él de vez en cuando. Me lo contó... hará un mes más o menos.

—No, no... ¿Que desde cuándo está con ella?

—Qué más da eso, Ele, lo importante es que tú tienes que seguir adelante y...

—¡¡No!! No quiero hablar de seguir adelante ni de ninguna mierda de esas. Estoy harta de escucharos. A ti, a mis padres, al psicólogo, ¡hasta al puto Javier! Que mira por qué tenía tanto interés en verme recuperada. —Entendí demasiadas cosas en pocos minutos. Y sabía que aquella incredulidad se convertiría en odio en algún momento, pero aún era más fuerte mi obsesión por volver con él. Parecía como si no me llegara la sangre al cerebro—. Quiero saber lo que todos me habéis estado ocultando. Quién. Por qué. Y desde cuándo.

—Creo que esto deberías hablarlo con él. —Martina se levantó a por otra cerveza y suspiró.

—Por supuesto. Yo también lo creo. Pero fue él el que decidió no decírmelo, el que decidió usarte de intermediaria, así que... deduzco que todo lo que te haya contado lo habrá hecho con la intención de que me llegue. Por lo tanto... dispara.

—Ele, yo... siento mucho no habértelo contado. He intentado convencer a Javier de que debería ser él quien te hablara de esto y estaba dejándole tiempo porque sabía que para ti sería más sencillo...

—Corta el rollo, Marti. ¿Quién es?

—Se llama Tamara —me dijo, exhalando un suspiro que sonaba a rendición—. Es sobrecargo en su misma compañía.

—La conozco. —Me eché hacia atrás en el sofá y cerré los ojos, creo que para evitar que llegaran las lágrimas; hasta ese momento, el *shock* las había mantenido a raya—. Me cago en todo, Martina, ¡la conozco! Coincidí con ella en la última cena de Navidad de la compañía. Y hasta Javier me trajo a firmar una petición que ella había iniciado para pedir que el personal femenino pudiera usar calzado plano. ¡Pero qué locura! No me lo puedo creer...

—Lo siento, Ele. Lo siento muchísimo.

—¿Desde cuándo?

—¿Qué más da eso?

—¡¡¿Desde cuándo, Martina?!!

—Desde principios de año. —Bajó la mirada y supe que se avergonzaba de habérmelo ocultado, aunque yo no tenía el cuerpo en aquel momento para reprocharle nada; ya llegaría el momento, si es que conseguía dejar de pensar en la idea de Javier y Tamara juntos en un mismo plano espacio-temporal.

—¿Desde principios de este año?

—Sí.

—Todo este tiempo que hemos estado en crisis... ¿Él estaba con otra persona?

—Sigo pensando que todos estos detalles, en caso de que quieras conocerlos, debería contártelos él.

—¿Qué sabes?

—Que no pasó nada entre ellos, nada... sexual o romántico o lo que sea... hasta que se marchó de casa. Pero...

—Pero me dejó por ella —afirmé, porque en aquel momento todas las piezas del rompecabezas se unieron y entendí. Al fin, entendí.

—Sí. Bueno, a ver... Ahora que están todas las cartas sobre la mesa, voy a ser muy sincera contigo. Él mantiene que lo vuestro estaba roto de todos modos, que el hecho de que Tamara apareciera solo precipitó las cosas, pero... —Suspiró—. ¿No es eso lo que siempre dicen? La historia él la cuenta más larga, pero yo soy tu mejor amiga y mi resumen es que sí, te dejó por ella.

—¿Qué le has dicho?

—¿Qué no le he dicho, Elena? —Se acercó a mí y me rodeó con su brazo—. Ahora mismo me siento una amiga de mierda, pero te aseguro que le grité tanto que no sé ni cómo me sigue hablando.

—Necesito estar sola.

—No, Ele... Eso es justo lo último que necesitas.

—Me voy a la cama. Lárgate cuando te acabes la cerveza. O quédate a dormir, me da igual. Pero no quiero hablar.

Subí a mi habitación y lloré. Lloré tanto que ni siquiera me di cuenta de que me había quedado dormida, aunque sí de que cuando desperté no había descansado lo suficiente. Bajé y me encontré una nota de Martina que me decía que había tenido que irse a trabajar, pero que la llamara en cualquier momento, en cuanto necesitara algo. La conocía tan bien que sabía que le duraría tiempo la culpabilidad por no habérmelo contado, aunque entendía sus razones. Ni era a ella a quien le correspondía hacerlo ni mi estado de los últimos meses parecía el más adecuado para que tuviera que encajar aquella información.

Me senté en el sofá, con un café en las manos, e intenté tranquilizarme. No lo conseguí. Salí a dar un paseo por el jardín. Tampoco funcionó. Mateo seguía en casa de mis padres, a donde lo había llevado el día anterior para ir a tomar aquella cerveza con Martina y sus amigas, algo que me parecía que había pasado en la era paleozoica, no apenas doce horas antes.

Me picaba una llamada en los dedos y tenía que hacerla. Era una idea nefasta, no había perdido tanto el juicio como para no saberlo. Pero dentro de mí Javier seguía siendo al mismo tiempo el mejor amigo que había tenido jamás, el jodido amor de mi vida y el marido que me había traicionado con otra mujer. No era capaz de disociarlos. No sabía con cuál quería hablar.

Pero era con uno de ellos y todos estaban al otro lado de un teléfono que aún tenía en la marcación directa de mi móvil porque me faltaba valor para borrarlo. Respondió al tercer tono.

—Hola, Lena. ¿Pasa algo?

—¿Te pillo ocupado?

—No. Estoy en Bruselas, en una escala demasiado larga. ¿Qué ocurre?

—¿Estás solo?

—Sí... —titubeó un poco al decírmelo, supongo que porque ya había notado mi tono de voz o porque esperaba que algún día llegara esa llamada—. Sí, estoy solo.

—¿No está Tamara contigo?

—Lena...

—Lena... ¿qué? ¿Cuándo pensabas decírmelo, Javier? Y, sobre todo, ¿cómo puedes ser tan cobarde de mierda para cargar con esa responsabilidad a Martina?

—Yo... lo he hecho todo mal.

—Sí, de eso ya me he dado cuenta. —Mi tono era calmado, pero la furia que me ardía dentro era un sentimiento al que nunca había tenido que enfrentarme... y no me gustaba—. ¿Lo sabe Mateo?

—¡No, Lena, por Dios! Él ni siquiera sospecha que estemos separados.

—Ya. —En eso tenía razón, así que no supe qué rebatirle—. Ahora entiendo por qué querías un divorcio rápido. Supongo que te estaban presionando por otro lado.

—Eso no...

—No he acabado. Solo quiero decirte dos cosas. La primera..., que no me puedo creer que acabaras con una relación de casi quince años porque una tía más guapa y más joven se te cruzara en el camino. Me das asco. Eres exactamente el prototipo de tío que siempre odiaste, que siempre *odiamos*.

—Las cosas no fueron...

—¡Te he dicho que no había terminado!

—Está bien, sigue.

—Y la segunda cosa... Desde este momento y en adelante, no quiero volver a saber nada de ti. —Solo decirlo, me rompió al medio. Eso sí era el fin de una era. Hasta ese momento, hablar con él de vez en cuando, aunque solo fuera de temas relacionados con Mateo, era el triste premio de consolación a todo lo que había perdido. Cortar el contacto por completo después de toda una vida teniéndolo presente en mi día a día... era como morirme y tener que buscar el modo de renacer—. Todo lo que tengamos que hablar lo haremos a través de Martina. Si ha podido ser tu confidente para hablar de tu maravillosa nueva vida, supongo que también podrá serlo para las cosas relacionadas con Mateo. En las próximas semanas buscaré un abogado y firmaremos el divorcio cuanto antes. No quiero tener nada que ver contigo.

—Lena, por favor... Yo...

—¿Qué? —Hubo un silencio. Larguísimo—. ¿Ves? Ni siquiera tienes nada que decir.

—No cortes el contacto conmigo, por favor —dijo, apresurado, cuando yo ya tenía el dedo en el botón de colgar—. No dejes de hablarme, te lo ruego.

—¿Y eso por qué?

—Lena, tenemos un hijo...

—Mateo no tiene por qué enterarse de nada. Y si en algún momento tenemos que coincidir por él, ya nos encargaremos de fingir.

—No es por Mateo. Es por ti, joder. No quiero perderte, no...

—Habértelo pensado antes de follar con tu sobrecargo. Un poco tópico, ¿no crees?

—No fue así, Lena. No...

—No me interesa una mierda nada de lo que tengas que decirme.

Y colgué. Colgué y no me sentí mejor. Y, efectivamente, aquel impacto inicial que me había provocado la noticia se fue convirtiendo en odio. En odio y en malas decisiones. Aquella misma noche, convencí a Martina para que me consiguiera un pase para una fiesta muy pija a la que estaba invitada por su trabajo, y lo siguiente que recuerdo es que estaba borracha como una cuba y con la cabeza de un marchante de arte enterrada entre mis piernas. No me corrí. Pero sí lloré.

Me pasaba las semanas estudiando aquel temario que acabé odiando. No hace falta saber mucho de la vida para entender que la rutina de opositora a tiempo completo no es el mejor caldo de cultivo para recuperarse de una depresión. Fui estabilizando mi relación con Mateo como pude y agradecí con toda mi alma esa capacidad de los niños para vivir el presente, para no darse cuenta de que su madre había sido un desastre durante meses. No volví a hablar con Javier, y los fines de semana que Mateo se iba a Barcelona con él yo los pasaba de fiesta con Martina y sus amigos. O con sus amigos sin Martina, cuando se cabreaba conmigo por lo que ella llamaba mis «polvos de venganza». Tardé años en darme cuenta de que solo quería evitar que me destruyera más de lo que ya estaba; en aquel momento, me limitaba a estar muy enfadada con ella.

Sentía que tenía que empezar una vida de cero y me faltaban las fuerzas. No ya una vida después de un divorcio, como les pasaba a tantas mujeres cada día; una vida sin una persona que había estado presente en cada uno de los momentos de mi existencia. Que había estado invitado a mi Primera Comuni3n, me había enseñado a tirar un penalti a lo Panenka y hasta rondaba por mi casa el día que me vino la primera regla. Que se había convertido en mi novio cuando no teníamos edad ni para tomarnos en serio esa palabra y en el padre de mi hijo cuando nos atrevimos a soñar que todo era posible. No es que sintiera que había perdido casi quince años, más de la mitad de los que tenía; es que los había perdido todos, una vida entera.

Soñaba con volver con él, aún lo hacía, aunque me avergonzara siquiera pensarlo. Porque al mismo tiempo lo odiaba. Y odiaba los pensamientos que me rondaban la cabeza, que centraban las culpas en una mujer que objetivamente sabía que no la tenía en absoluto. Se me metía en la cabeza que ella se había aprovechado de que Javier estaba vulnerable después de perder a su mejor amigo; que su cuerpo no había parido a los veintidós años y por eso aún podía seducir a quien quisiera; que se lo había llevado a Barcelona, lejos de su hijo, lejos de mí. La odiaba y me odiaba a mí misma por hacerlo.

Lo peor de todo era que esos pensamientos funestos no siempre me los quedaba para mí. Algunos días... caía. Cogía el teléfono, escribía los mensajes más desagradables, los más duros, los que contenían todo ese odio condensado en palabras y se los enviaba a Javier. Él al principio me llamaba, intentaba convencerme de que las cosas parecían peores en mi cabeza de como habían sido en la realidad, pero a mí eso me importaba una mierda. Después, empezó a responderme también por mensaje, pidiéndome que me tranquilizara, que llamara a Martina o a mi madre e intentara estar bien. Supe más tarde que también había hablado con ellas. Y al final... solo me ignoraba.

Fueron tres meses eternos, tanto que hoy me parece que tuvo que haber sido mucho más tiempo. Tres meses de reproches en mensajes de madrugada y ningún otro contacto. Con Martina de intermediaria en todo lo que tenía que ver con Mateo. Con actuaciones dignas de Oscar cuando el niño me hablaba de su padre. Con mis padres, cada vez más preocupados. Y yo, cada vez más hundida.

A principios de diciembre, aprovechando el puente, Martina se presentó en mi casa con una cara que le llegaba al suelo. Me dijo que lo sentía muchísimo, pero que se negaba a seguir

estando en medio de Javier y de mí. Le grité, le reproché cosas que nunca debería haber dicho en voz alta y acabé llorando sentada en el suelo del salón. Ella se quedó allí, a mi lado, acariciándome el pelo y esperando que se me pasara algo que ya no sabíamos si me duraba un par de horas o un par de años. Y, cuando mi respiración se reguló un mínimo, me habló más claro de lo que nadie lo había hecho jamás.

—Ele, sabes que te quiero más que a nadie en este mundo, con una única excepción.

—¿Quién? —Fruncí el ceño y la miré. Y no pude evitar esbozar una sonrisa al darme cuenta de lo prepotente que sonaba creermela *number one* en la vida de mi mejor amiga, aunque ella no me lo tuvo en cuenta.

—Ese hijo tuyo, Mateo, ¿lo recuerdas? —La insinuación me dolió más que si me hubiera cruzado la cara de un bofetón—. Porque el miedo más grande que tengo es que él no te recuerde a ti.

—Martina, psicología inversa y agresiva, no, ¿vale? Sé que estoy haciendo las cosas como el culo, pero...

—He venido aquí a decirte varias cosas y, ahora que ya has llorado, me has gritado y has sido desagradable, te vas a sentar en el sofá, que el suelo está helado, y me vas a escuchar.

—Está bien. —Su tono no admitía discusión, así que la obedecí y me quedé allí, esperando que me rompiera el corazón.

—Lo que te ha pasado es una gran putada. Lo es. Tienes todo el derecho del mundo a estar destrozada e incluso a echar de menos a Javier el resto de tu vida, si quieres. O a odiarlo. O a las dos cosas a la vez, que sospecho que es lo que realmente te pasa. Pero tu vida tiene que continuar. Ya hace más de cinco meses y todavía no has levantado cabeza. Estás de baja, no estudias el temario de la oposición, Mateo pasa más tiempo conmigo o con tus padres que en su casa y, encima, le envías mensajes a Javier que... qué quieres que te diga, me la suda que a él le hagan daño, ¿sabes? Pero te provocan mucho más dolor a ti que a él.

—¿Eso es todo?

—No seas cínica conmigo, que te parto la cara, Elena. Si quieres sigo, eh. —Se puso chulita... y yo más. Parecíamos dos quinceañeras descerebradas.

—Dale. No te cortes.

—Tienes que dejar de odiar a Javier, tienes que dejar de odiar a Tamara...

—¿Tamara? ¿Ya la llamas por el nombre? ¿Sois amiguitas?

—¡Es que no ves que esta actitud va a hacer que te vuelvas loca! Por supuesto que no somos amigas. Por supuesto que yo juego en tu equipo incluso cuando no tienes razón. Pero lo que no voy a permitir es que sigas destruyéndote. No me lo perdonaría nunca, ni por ti ni por Mateo. Ni por tus padres, ya que estamos, que si quieres te explico cómo lo están pasando.

—¡Pues claro! Explícame todo lo que estoy haciendo mal, por favor. Eso va a ayudarme mucho.

—No, no voy a hacerlo. Presiento que eso ya lo sabes tú, porque eres bastante lista, aunque te estés esforzando últimamente por disimularlo. Solo te voy a pedir una cosa.

—¿Qué?

—Habla con Javier. Tomaos un café. Llegad a algún acuerdo sobre cómo hacer las cosas lo mejor posible para Mateo. Y divorciaos de una puta vez. Pero como personas civilizadas.

—No sé, Martina.

—Hazlo, por favor. El viernes que viene estará en Madrid, ¿no?

—Sí.

—Pues nada de que venga a mi casa a recoger a Mateo. Mándale un mensaje, dile que venga

aquí y aclárale que lo pides en son de paz.

—Me lo pensaré.

—Hazlo. Y Elena...

—¿Qué? —La observé mientras se levantaba y se dirigía a la puerta. Qué cabrona. Estaba deseando dejarme sola, para que rumiara su consejo con calma.

—Me había jurado no decirte nada, pero... que no me vuelva a enterar de que usas a tu hermano para hacerle daño a Javier.

—¡¡No te atrevas!! —le grité. Salí corriendo detrás de ella con el dedo índice en alto y tal furia que creo que hubo un momento en que pensó que le iba a pegar. Preferí no plantearme cómo de desequilibrada me verían los demás para que esa fuera una opción—. Era mi hermano, ¿me oyes? ¡¡Mi hermano!! Ni tu novio ni el mejor amigo de Javier... ¡Mi hermano y el hijo de mis padres! No tenéis ningún derecho...

—No tienes ni puta idea de cómo estaba Javier el día que le dijiste que Miguel se avergonzaría de haber sido su amigo.

—Bueno, no pasa nada, ya tendría a su novia para consolarlo.

—Exacto, Elena. —Martina me miró y vi una pena inmensa en sus ojos. Por ella, por mí y por el daño que iban a hacerme sus palabras—. Al fin lo has entendido.

Se subió a su moto y se fue. Si hubiera sido una película, y yo un poco más macarra, le habría tirado una piedra o algo así, para hacer más dramático el efecto. Pero lo único que quedó flotando en el aire fueron sus últimas palabras. Y mi vergüenza.

Porque había hecho muchas cosas mal desde que Javier me había dejado, pero ninguna era peor que aquellos mensajes que se me habían ido completamente de las manos, en los que le decía cosas horribles y metía a mi hermano por medio. El primero lo había mandado borracha; en los siguientes la única excusa era el dolor. Y no era una excusa válida.

Me pasé unas horas rumiando las palabras de Martina y, aunque seguía cabreadísima con ella, su discurso empezó a filtrarse dentro de mí. Fui a recoger a Mateo a casa de mis padres, porque al día siguiente tenía cita con el dentista por la mañana y ya iba siendo hora de que fuera yo la que se hiciera cargo de llevarlo a esas cosas. Y fue precisamente esa visita al dentista la que me puso la excusa en bandeja para hacerle caso a Martina. Para empezar, porque si su negativa de mediar entre Javier y yo por Mateo era firme —y la conocía lo suficiente como para saber que lo sería—, algo había que hacer; y también porque mis métodos solo habían conseguido convertirme en una persona triste y peor, así que no estaría mal probar a seguir algún consejo externo, para variar.

Le envié un mensaje que me costó mucho elaborar. El historial de mi móvil era la mejor prueba de que los últimos habían sido todo odio y pérdida de dignidad. En ese creo que conseguí hacerlo bastante mejor.

Yo: Hola, Javier. Acabo de salir con Mateo de la consulta del dentista. Malas noticias (para él y para nuestra economía): le están saliendo los dientes fatal y le ponen aparato la semana que viene. Sí, a esta edad. Acabaremos arruinados. Si te parece bien, cuando vengas la semana que viene, puedes recogerlo aquí, en vez de en casa de Martina, y lo hablamos. Juro que será en son de paz. Un beso.

Javier: Vaya por Dios. Luego lo llamo y le doy mimos. Me encantará que nos veamos en son de paz. Te llamo en cuanto aterrice. Gracias, Lena. Un beso.

El martes siguiente llegó y, con él, unos nervios que provocaron que a las once de la mañana ya hubiera ido al baño tres veces. Así soy yo y así es mi estómago. Hacía casi seis meses que no

veía a quien aún era mi marido. En ese tiempo, él había construido una relación con otra persona en la otra punta de España. Yo solo había llorado y me había autodestruido. Debería haber dedicado la mañana a pensar en la conversación que se avecinaba, pero ese había sido el runrún de mi cabeza durante días. Y en aquel momento me preocupaba casi más cómo me vería Javier cuando llamara al timbre. Que seguía enamorada de él no pensaba negarlo —tampoco habría engañado a nadie—. Que mi vida tenía que continuar a pesar de ello... era una necesidad. Y que toda mujer prefiere que su ex, que ha rehecho su vida con otra persona, la encuentre guapa en un reencuentro... es una verdad universalmente conocida. Creo.

Me cambié de ropa tres veces, hasta que decidí quedarme con lo que llevaba al principio, unos vaqueros no demasiado nuevos y una sudadera con capucha. La cara lavada... o sea, con un *mix* de esas cosas que tapan los defectos, pero no resaltan nada. ¿Lo peor de todo? Que no le había contado a Javier toda la verdad sobre la visita al dentista y no era Mateo el único que había salido de la consulta con una ortodoncia puesta. Yo siempre había tenido las dos paletas superiores separadas —*muy* separadas—, pero en la adolescencia me había emperado en no ponerme aparato y, después, nunca había tenido suficiente dinero ni ganas. Pero el ortodontista de Mateo me había liado, yo me había sentido en la obligación moral de dar buen ejemplo al niño... y allí estaba, esperando que mi exmarido apareciera en la que había sido nuestra casa, con la boca llena de *brackets* y un complejito que ni en el instituto, vamos.

El sonido del timbre me pilló por sorpresa, a pesar de que Javier me había enviado un mensaje anunciando que acababa de aterrizar y que yo aún recordaba el tiempo exacto que se tardaba en llegar desde el aeropuerto a nuestra casa. Tuve que respirar hondo dos veces antes de abrir la puerta.

—Hola, Lena. —*Bum bum*.

—Javier... Pasa.

Caminé delante de él porque solo verlo ya me había puesto histérica. Estaba estupendo, claro, para qué extenderme en ello. Guapo, incluso un poco moreno y con una pinta de estar totalmente seguro de sí mismo que, o ya no lo conocía en absoluto, o era más apariencia que realidad. Entré en la cocina y me apoyé en la encimera. Él se sentó en una silla y a mí se me escapó un gesto nervioso que dejó a la vista mi nueva sonrisa.

—Vaya... Y a mí que me encantaba el espacio entre tus dientes.

Me sobresaltó que esas fueran sus primeras palabras. Tanto que me puse más nerviosa aún de lo que ya estaba y la respuesta me salió en forma de ataque. ¿Por qué? Porque me había sonrojado de pies a cabeza que dijera que algo de mí le encantaba. Podía haber dado el primer paso para que en mi vida hubiera algo de normalidad, pero aún no estaba ni medio bien de la cabeza.

—Para tu información, se llama diastema simétrico de tres milímetros y es una malformación que se corrige con ortodoncia, no algo con lo que hacer un chiste.

—Joder... Disculpa. —Resopló de forma sonora—. No tenía que haber dicho nada.

—No... Perdona tú, Javier... Soy yo la que no tenía que haberte contestado así, pero...

—Pero te has acostumbrado a odiarme. —Esbozó una sonrisa triste—. Lo entiendo.

—Justo te he llamado para todo lo contrario.

—Creí que me habías llamado para discutir la cuestión económica.

—También, pero... eso siempre lo solucionamos rápido. Hay algunas cosas más importantes que quería hablar contigo.

—Tú dirás. —Se recostó hacia atrás en la silla de la cocina y tuve que parpadear varias veces para recordar que esa imagen ya no formaba parte de nuestro día a día. Se veía tan natural en

aquel lugar que parecía imposible que se hubiera marchado hacía ya casi medio año.

—En primer lugar, quiero pedirte perdón por todas y cada una de las veces que he mencionado a Miguel para reprocharte algo. En realidad, la disculpa es triple. A ti, pero también a mí y... a él.

—Disculpas aceptadas. He llegado a entender bastante bien los mecanismos del dolor y sé que hablaba por ti. Aunque no voy a negarte que me hiciste muchísimo daño.

—Pues eso es lo que se tiene que acabar, Javier. El dolor. —Me desplomé en la silla como si acabara de correr un maratón—. El maldito dolor.

—Lena, yo... Yo nunca quise hacerte daño. No digas nada —me interrumpió cuando yo iba a meter mi pullita; una cosa era tener claras mis buenas intenciones y otra, que los instintos no se me escaparan a las malas costumbres de los últimos meses—. Ya sé que alguien tenía que salir dañado de toda la situación y que fue responsabilidad mía que fueras tú. Créeme, lo tengo muy presente. Pero si puedo hacer algo por aliviar tu dolor... te parecerá muy cínico, pero me encantaría poder ayudar.

—Esto se ha prolongado demasiado tiempo. Hace seis meses que te marchaste y me he cansado de estar siempre mal. Siempre. Voy a hablar muy claro, porque, aunque ha habido cosas de ti en este año que hacen que no te reconozca, quiero pensar que queda algo del Javier con el que podía hablar de cualquier cosa.

—Sé que no me crees, pero... sigo siendo el mismo Javier de siempre. —Su sonrisa volvió a ser triste y me pregunté si algún día volvería a verlo sonreír de verdad.

—Pues al Javier de siempre tengo que hacerle una confesión: necesito entenderlo. He intentado odiarte durante medio año por ser un cabrón infiel que me destrozó la vida, pero lo único que he conseguido ha sido vivir en el fango del rencor. Y no quiero eso. Quizá si logro entender qué es lo que nos pasó, ahora que todas las cartas están sobre la mesa... Tal vez así pueda retomar mi vida.

—¿Qué es lo que pretendes averiguar?

—Tu verdad, Javier. La cruda verdad. Aunque duela. Te aseguro que nada es peor que vivir especulando sobre cómo me engañabas, desde cuándo y por qué. Dime la verdad, Javier, y así podré continuar con mi vida. Si llevas años mirándoles el culo a tus compañeras de trabajo y te enrollaste con la primera que estuvo dispuesta, me quedará claro que eres una persona diferente a lo que pensaba y ya está. Si hay algo que se me escape y las cosas no son así, no sé..., quizá me ayude a ver la luz.

—¿Por dónde quieres que empiece? —me preguntó, con la voz algo titubeante.

—Por Tamara. Creo que tu relación con ella es el principio y el fin de todo esto. Y... llámame prepotente, pero creo que necesito entender qué tiene ella tan increíble para que lo que sentías por mí desapareciera.

—Bien... —Suspiró, guardó silencio y me pidió permiso sin palabras para servirse una copa de vino. Yo asentí y el proceso fue eterno porque, llegados a ese punto, yo ya solo quería que empezara a hablar—. Es todo bastante más complejo que eso. Ni ella tiene nada sobrenatural ni lo que sentía por ti desapareció.

—Explícamelo.

—Supongo que... ella estuvo en el momento adecuado en el lugar oportuno.

—Un poco típico eso, ¿no?

—Sé que no te gusta que lo nombre, pero... Lena, yo me quedé destrozado cuando Miguel murió. Más que destrozado. Me sentí perdido como nunca pensé que pudiera estarlo. Y tú...

—¿Yo...?

—Tú asumiste el duelo de una manera muy diferente. Yo necesitaba... otras cosas. De verdad que respeto mucho tu forma de afrontar aquello, aquel *carpe diem* al que te entregaste..., pero yo no podía. Yo no tenía fuerzas para levantarme de la cama, joder. Y ni siquiera sentía que tuviera derecho a estar más destrozado que tú.

—¿Y por eso dejaste de quererme? —Se me atravesaron las lágrimas en la garganta, a pesar de que me había jurado no llorar.

—No. Yo no dejé de quererte. No he dejado de quererte ni después de toda la mierda de estos meses. Ni creo que llegue a hacerlo nunca. Pero llegaba después de una semana de trabajo infernal en la que había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para levantarme de la cama y ponerme a los mandos de un avión... y te encontraba con el ojo pintado para ir a un concierto. Estaba triste y me quedaba mirando al infinito, haciendo un esfuerzo que ni te imaginas por no echarme a llorar..., y tú me insistías en que saliéramos, en que no podía estar así... No entendías mi tristeza, Lena. Casi diría que ni la respetabas. Así que no, no dejé de quererte, pero hubo momentos en que tuve miedo de llegar a odiarte.

—Y entonces apareció ella...

—Apareció ella como podía haber aparecido cualquiera. Cualquiera dispuesto a escucharme y respetar mis tiempos. Y siento mucho que suene a reproche porque yo, ahora mismo, lo único que quiero es que tú estés bien y no tengo muy claro que esto vaya a ayudarte.

—Prefiero la verdad, aunque duela... Ya te he dicho que lo único que quiero es entenderlo.

—Llevábamos tiempo coincidiendo en muchos vuelos, tuvimos una escala larga un día en que yo estaba fatal y... hablamos. No tienes por qué creerme, pero hasta que me fui de casa nunca hicimos otra cosa que hablar. Jamás la toqué, ni la besé, hasta que dejé de sentirme tu marido. Y eso no pasó hasta el día en que me fui.

—No sé por qué, pero... te creo.

—El asunto es que al principio solo hablábamos de lo mal que yo me encontraba; después, de lo alejado que me sentía de ti; y, al final..., de un «nosotros» que ni siquiera me había dado cuenta de que habíamos ido creando.

—Se me hace muy cuesta arriba la idea de que hablaras de mí y de mi hermano con una persona que ha acabado siendo tu novia.

—Le hablaba de mí. Y Miguel y tú sois parte de mí. Te puedo asegurar que siempre, incluso cuando estaba muy enfadado contigo, lo hice con todo el respeto.

—Ya... —Sentía el dolor en el pecho, agudo... Había un «nosotros» del que Javier formaba parte, pero yo no. Puede que aquel dolor acabara siendo curativo, pero en aquel momento era lacerante—. Y te enamoraste.

—Supongo. —Se encogió de hombros y miró al suelo—. Sí, me enamoré.

Nos quedamos en silencio y lo fui asimilando. Había aprendido de mis sesiones de terapia que lo peor que se podía hacer en una separación era insistir en la búsqueda de culpables, pero... yo no había dejado de hacerlo en seis meses. Y el culpable era Javier. Javier y Tamara. Javier y su traición. En ningún momento me había planteado que yo hubiera hecho algo mal. Y aunque lo de no buscar culpables también era válido para mí misma, aquella conversación sí había conseguido que empatizara un poco con lo que le había ocurrido a Javier. Habíamos pasado un duelo y no habíamos sabido hacerlo de la mano. Quizá esa era la única explicación y todo lo demás, pensamientos que solo servían para torturarme, para hacerme más daño, para odiar.

Aquel día tuve la sensación de que al fin estaba cerrando un capítulo. No sé si el de nuestro matrimonio, porque enamorada seguía, pero sí el de nuestra separación.

—Lena, hay algo... algo que quería comentarte.

—Dime. —Me repuse y volví a la conversación con él. Estábamos logrando ser civilizados y eso ya era todo un logro.

—Se acerca la Navidad y...

—¡Dios mío! —Me llevé las manos a la boca y los ojos se me llenaron de lágrimas. Ni siquiera había pensado en la Navidad.

—¿Qué?

—¿Queréis llevaros a Mateo parte de las fiestas?

—No, no, Lena... —A Javier le dio algo parecido a la risa—. Dios, deja que te explique, que me parece que has adelantado demasiados acontecimientos.

—Está bien.

—Tamara no conoce a Mateo. Eso, en primer lugar.

—¿Por qué?

—Pues porque Mateo no sabe que estamos separados y, el día que se la presente, quiero explicarle que es mi novia, no contarle una mentira sobre una «amiga de papá», porque eso me pone enfermo.

—Vale.

—Y en ningún caso me llevaría al niño durante las fiestas. Para empezar, él no es tonto. Lo del trabajo cuela de momento, pero si pasáramos las fiestas separados...

—Ya. ¿Qué propones, entonces?

—Quiero que Mateo esté contigo y con tus padres. Sé que son fechas difíciles y... —Suspiró. El fantasma de Miguel atravesó la habitación. Era tangible—. Pero yo también quiero estar con él.

—¿Estoy entendiendo...?

—Que si a vosotros no os importa, me gustaría pasar las fiestas en casa de tus padres. Ya habrá tiempo para decidir qué hacemos el año que viene, pero este... creo que es lo mejor.

—Sí. —Me lo pensé un momento, pero la parte de mí que seguía loca por él se alegró al pensar en la perspectiva de tenerlo a mi lado durante días tan especiales; y necesitaba una última Navidad los tres juntos, los cinco juntos—. Creo que será lo mejor.

—Por cierto, yo venía aquí a ver a mi hijo —bromeó—. ¿Dónde lo tienes amordazado para que esté tan callado?

—¡Qué bobo! —Me reí. Y fue sincero. Y me sentó de maravilla—. Está en casa de los vecinos, se ha hecho muy amigo de la hija.

—¿Belén?

—¿Te ha hablado de ella?

—A todas horas.

Cuando se fueron..., me quedé con una sensación dulce. Me senté en el sofá y sentí que las comisuras de mis labios tiraban hacia arriba. Tuve miedo de acabar con agujetas en la cara, del tiempo que llevaba sin ejercitar esos músculos. Preferí pensar que era porque, al fin, habíamos logrado comportarnos como lo que éramos por encima de cualquier otra cosa: los padres responsables de un niño que no tenía por qué sufrir las consecuencias de nuestros errores. Pero también sabía que el simple hecho de verlo... me había provocado parte de esa felicidad.

Las Navidades llegaron, todos fingimos que eran unas fiestas felices y mi relación con Javier se normalizó. Estábamos lejos de ser amigos, pero al menos podíamos dejar de usar a Martina, y a veces a mis padres, como intermediarios de una relación hecha aguas. Teníamos que dejar atrás las discusiones, pero no solo por Mateo, sino por nosotros. Porque los dos teníamos una capacidad infinita para llegar muy dentro del otro, para hacerle daño, y ninguno queríamos

provocarnos ese dolor. Ni al otro ni a nosotros mismos.

Mientras las campanadas sonaban en la Puerta del Sol y todos nos atragantábamos con las uvas, yo tomé una decisión: 2008 sería el año en el que saldría de la telenovela en que se había convertido mi vida. Dejaría los llantos exagerados, los mensajes a medianoche con dos copas de más y los errores en los baños de las discotecas. Cambiaría mi vida y haría que me gustara lo suficiente como para que Javier doliera menos. Dejaría de torturarme con que *aquello* no me podía haber pasado a mí y asumiría la realidad. Y sobre todo, olvidaría el odio. Porque ya había tenido tiempo suficiente para descubrir que no hay un sentimiento peor que odiar a quien un día amaste, sobre todo cuando aún recuerdas lo bonito que fue quererlo... y lo feo que fue todo después.

Cuarenta y uno

Al final Javier ha conseguido liarme para hacer una fiesta por mi cumpleaños. No voy a decir que a mí no me apeteciera, porque, si me fío de eso, no saldría de la cama en todo el día. Mis reticencias se han debido más al follón de meter a mucha gente en casa, a cómo afectaría a la fatiga de Javier, a los niños... No sé. Una parte de mí quería esta fiesta; otra no se atreve ya a desear nada por miedo a que se me esfume entre los dedos.

Pero, cuando aún estábamos acabando de comer, Martina ha aparecido por casa y ha empezado a ladrar órdenes que yo he estado encantada de cumplir. Javier ya me había dicho que pretendía dormir toda la tarde, para estar lo más descansado posible cuando empezaran a llegar los invitados, y Mateo me ha asegurado que entre Martina y él atenderían cualquier imprevisto que surgiera y, lo más importante, que me llamarían si se complicaban las cosas. Martina, además, venía cargada de argumentos; bueno, de una cita en un centro estético para peluquería, *manipedi*, masaje y maquillaje. Podría decir que no estaba el horno para esos bollos, pero... cuando la masajista me tenía entre manos, me di cuenta de hasta qué punto llevo meses convertida en mil nudos de tensión. Y qué bien me ha sentado deshacer algunos.

Cuando he vuelto a casa, apenas he tenido tiempo de darme una ducha rápida y ponerme el vestido que Martina me regaló ayer, que fue el verdadero día de mi cumpleaños, aunque lo celebráramos solo con los niños y ella en casa. A mi mejor amiga se le va la olla. No quiero ni pensar en el dineral que se habrá gastado, pero no ha tenido mejor idea que regalarme un *little black dress* de Isabel Marant, de corte romántico, un poco transparente y ceñido con un cinturón blanco precioso. Ayer le grité, le dije que iba a obligarla a devolverlo, la llamé loca..., pero, como no me hizo ni puñetero caso, tampoco voy a tirarlo, ¿no?

En cuanto me lo pongo y me planto delante del espejo, me doy cuenta de que hacía mucho tiempo que no me veía guapa. Guapa de verdad. No es que esa haya sido una preocupación de los últimos meses, obviamente; ni siquiera de los últimos años. Pero cuando me veo maquillada, peinada, con el vestidazo y unos tacones... caray, qué bien siento.

Bajo cuando suena el timbre por primera vez y me llevo la sorpresa al mismo tiempo que mis padres, que han sido los primeros en aparecer. Martina y Mateo, con la ayuda de Dani, han llenado el jardín de bombillas de colores, de farolillos, de banderitas... Han debido de sacar todas las mesas de la casa al jardín y las han cubierto con manteles de papel muy coloridos. Hay flores por todas partes y hasta en una esquina han montado una máquina de palomitas y otra para hacer perritos calientes. Es como una miniverbena de pueblo, tan bonita y cuidada que casi se me saltan las lágrimas antes de poder darles las gracias por habérselo currado tanto para convertir este cumpleaños en algo especial. Ya va a serlo por razones muy tristes; ellos han querido que lo sea también porque me pase la noche entera sonriendo.

La lista de invitados no fue difícil de elaborar. Además de mis padres y Martina, vendrán tres parejas de amigos que han sido siempre muy cercanos y que nos llaman o envían mensajes a menudo para saber cómo sigue Javier. También vendrá Luis, el mejor amigo de Dani, y sus

padres, que han estado muy pendientes de él estos meses. Y a Mateo le hemos dicho que podía traerse a un par de amigos, para que no se pase la vida rodeado de adultos, como le está ocurriendo últimamente. En total, unas veinte personas, cercanas, de esas delante de las cuales no tiene sentido fingir y que serán comprensivas si algo se tuerce.

A las diez de la noche, la fiesta está en su apogeo. Martina y mi madre no dejan de traer y llevar comida y bebida a la mesa principal, porque hemos preferido estar todos sentados por deferencia a Javier, que está en su silla y de muy buen humor, después de unos días que han sido bastante malos por culpa del dolor.

—Confiesa, Marti —le digo mientras la ayudo a recoger la primera ronda de copas y servir la segunda—. ¿Qué le has contado a esta gente para que hayan estado tan naturales al ver a Javier?

—Mmmm... —Me mira y sé que se debate entre decir la verdad o contarme una mentira dulce, pero Martina es demasiado auténtica como para pensárselo mucho—. Que estaba fatal, fatal, fatal... y que tú te morirías si se les notara en la cara al llegar.

—Ya decía yo que a Itziar se le ven las muelas del juicio de tanto sonreír.

—Ah, no, eso es que se ha pasado con el bótox.

Se me escapa una carcajada y ella me abraza y aprovecha para tocarme el culo, que es una cosa de la que es fan cuando lleva dos copas encima. Cuando volvemos a la mesa, Javier me llama con un dedo y me acerco a él. Me hace un gesto para que me siente en sus rodillas, a pesar de que siempre me da mucho reparo hacerle daño.

—¿Qué pasa? —le digo, con el tono de diversión que me deja una fiesta que ahora me doy cuenta de que fue una idea maravillosa.

—Que a ver si va a ser Martina la única que puede tocar. —Mete la mano por debajo de la falda del vestido y me agarra con fuerza una nalga—. ¿Te he dicho ya que le estoy muy agradecido por este vestido?

—Unas doce veces.

—Pues ahí va la trece. —Le tira un trozo de pan a Martina, que le acierta en plena cara, y le grita—. ¡Marti! Qué gusto tienes para la ropa, hija mía.

—A tu salud. —Ella alza su copa en dirección a nosotros y las risas se extienden por la mesa.

Hacia la medianoche, los padres de Luis se despiden. Su hijo y el nuestro se han pasado toda la tarde jugando a algo parecido al *quidditch* por todo el jardín y el pinar posterior y llevan media hora dormitando en las tumbonas. Dani dormirá hoy en su casa, para que mañana nosotros podamos recoger con calma los restos de la fiesta; bueno, esa es la excusa, porque en realidad lo que esperamos es poder dormir hasta tarde, sin que Dani ponga la casa en marcha poco después del amanecer.

Mis padres aprovechan la primera deserción para despedirse también, y tras ellos se van Sara y Carlos, una pareja de amigos que trabajan en la misma compañía aérea que Javier y que tienen vuelo mañana por la tarde, así que deben retirarse temprano. Mateo se marcha con sus amigos a tomar algo por ahí, pero promete volver pronto, algo que ninguno nos acabamos de creer. Y Javier me dice que empieza a estar muy cansado, pero que quiere darme mi regalo en privado.

Entre las muchas ideas brillantes que tuvo Martina al empezar a preparar todo esto, estuvo recuperar un biombo que teníamos abandonado en el sótano y ponerlo en el salón, separando la cama del resto del espacio, para que los invitados puedan moverse libremente por la casa sin incomodar a Javier cuando se acostara. Aprovechando la intimidad que nos dejan los paneles de madera, lo ayudo a acostarse y él me pide que le acerque un paquete plano y grande que está escondido detrás del sofá.

—Mucho habéis conspirado a mis espaldas esta semana —le digo, con un guiño burlón.

—Se hace lo que se puede.

—¿Qué es esto?

—Ábrelo.

Rasgo el papel con dedos nerviosos, casi como cuando era una niña la mañana de Reyes, porque Javier siempre ha sido muy bueno haciendo regalos y sé que este será especial. Acabo de deshacerme del papel sobrante y me siento a los pies de la cama con el cuadro entre las manos. Tardo un rato en entender qué es y, cuando lo hago, ya sí que no me aguanto más sin llorar. Bastante ejercicio de contención he hecho toda la noche.

—No sé si me he olvidado de alguno, pero...

—Es perfecto, Javier.

El cuadro es un mapa de radar, como los que se pueden ver en las pantallas de las torres de control de los aeropuertos, solo que las únicas ciudades que están señaladas en él, sobrevoladas por los iconos de los aviones, son aquellas que significaron algo para nosotros: Sevilla, por nuestro primer viaje juntos; Menorca, donde concebimos a Mateo sin saber que lo estábamos haciendo; París, porque fue el primer viaje que hicimos solos después de que naciera Dani; Lisboa, aquellas últimas vacaciones en paz... Diecisiete lugares del mundo en total, no todos los que hemos visitado, pero sí los que marcaron un hito. El resumen de una vida con los pies en la tierra y la mirada puesta en ese cielo que nos vio en lo más alto, en lo más bajo e intentando flotar en el espacio intermedio para encontrar un rincón de felicidad que a veces fue grandioso y otras, tan simple como tener el jardín lleno de amigos. Como esta noche.

—Odio tener que irme a dormir, pero se me caen los ojos.

—No te preocupes. Has estado bien, ¿verdad? ¿Tienes dolor?

—No. Solo agotamiento. —Resopla, frustrado—. Despidete de la gente en mi nombre, ¿vale? Diles que muchísimas gracias a todos por venir, que ha significado mucho para mí.

—¡Oye! Es mi fiesta, ¿recuerdas?

—No, Lena... —Me sonrío con una tristeza que me parte—. Creo que han venido a decirme adiós.

—No digas eso...

—Es la verdad. —Me coge la mano—. Pero tú dame un beso y no te pongas triste. Sal a emborracharte con la loca de Martina. Pero, por favor, no acabéis intentando subiros a la Cibeles para daros un baño.

—En mi defensa diré que esa anécdota ha sido sacada de contexto con los años y que hacía tanto calor en Madrid aquella noche que el baño habría estado justificado.

—Lárgate, anda. —Me acerco a él y le doy un beso un poco etílico; de esos en los que se cuela bastante lengua y algo de saliva—. Y feliz cumpleaños.

Salgo de nuevo al jardín y me encuentro a los invitados que quedan reunidos alrededor de la mesa, con copas en la mano y una conversación animada. Algunas voces se apagan al verme aparecer, pero la mayoría siguen su curso. Sé que estaban hablando de la situación de Javier, pero, cuando los amigos son familia, no hay demasiado que ocultar.

—No sabíamos que la situación estaba tan... mal —me confiesa Yolanda, la mujer de Itziar, que fue conmigo y con Martina a la universidad y es de las pocas amistades de esa época con la que seguimos en contacto frecuente.

—Lo sé. —Asiento—. No es fácil hacer una llamada para contar esto.

—Claro, claro —interviene Fernando, que era uno de los mejores amigos de Javier y de Miguel en el instituto, y con el que retomamos contacto hace pocos años, después de que yo me cruzara con él en algunos eventos del trabajo; él también estudió Periodismo, aunque en una

universidad diferente a la mía—. Es normal que contéis lo que queráis y cuando os sintáis con fuerzas.

—Javier es fuerte, Ele. —Itziar me pasa un brazo por el hombro y me da un pequeño achuchón—. Es un luchador y plantará cara...

—No, Itzi. —Le sonrío, para quitarles hostilidad a mis palabras, pero necesito que pare esa línea de argumentos, porque es algo superior a mis fuerzas—. Las cosas no son así. Puedes leer en las revistas que alguien está «librando una batalla contra el cáncer» o, peor aún, «contra una larga enfermedad». Y llamarles luchadores, valientes... —Se me escapa la cara de asco hacia cada uno de esos términos—. Pero la verdad es que es una enfermedad, una como cualquier otra, que padecen personas buenas, malas, valientes, cobardes, luchadoras, vagas, ricas o pobres. Y todas ellas tienen las mismas posibilidades de curarse, que dependen de variables médicas, no de cuánto lo deseen o de cuánto esfuerzo le pongan.

—Ele... —Martina me lanza una mirada de advertencia, porque sé que se me está yendo un poco de las manos el mitin, pero estoy embalada y ya no puedo parar.

—Os aseguro que, si dependiera de los pacientes, el noventa y nueve por ciento saldrían del cáncer vivitos y coleando.

—Lo siento, Ele. Yo... —Itziar se disculpa después de un silencio espeso en el que noto todas las miradas puestas sobre mí.

—No, no, Itziar. —Le quito importancia a sus palabras con un gesto de mi mano—. Esto no era por ti. Es porque me pone enferma que haya tanto mito alrededor del cáncer, tanta leyenda. Es una enfermedad más, una de las jodidas, y no hace ningún favor a los pacientes cargarlos con la responsabilidad extra de luchar contra algo que no está en sus manos.

—¿Has perdido la esperanza? —me pregunta Pilar, la novia de Fernando, después de un nuevo momento de calma. Quizá de reflexión de todos sobre mis palabras.

—Es que no la hay, Pili.

—¿Ninguna opción? —insiste Fernando, aunque sé que lo hace por aferrarse a una ilusión que no existe. A ratos me olvido de que ellos han descubierto la verdad hace solo unas horas, mientras que yo llevo paladeándola unas cuantas semanas.

—No —respondo al fin, después de exhalar un suspiro.

—Lo siento muchísimo, Elena.

Todos se acercan a darme un beso, pero Martina se da cuenta enseguida de que me estoy agobiando y da una palmada al aire, ordena que todo el mundo se rellene las copas y pone música en su móvil, aunque a un volumen bajito, que no queremos despertar a Javier... ni que los vecinos vengan a protestar, tampoco.

—Está todo asumido, chicos. O sea... asumido, no, claro, pero sí que ha habido tiempo para hablar de ello, Javier lo tiene claro, Mateo también y Dani... Decírselo a Dani será un problema del que nos encargaremos cuando llegue el momento. Solo queremos... pasar estos últimos días en paz.

—¿Días? —pregunta Yolanda, un poco asustada.

—Días.

Martina sigue insistiendo en que bailemos, bebamos y hasta propone que cojamos unos taxis para irnos al centro, pero enseguida se da cuenta de que la noche se ha quedado para otra cosa. Para estar entre amigos, no necesariamente tristes, pero sí masticando una realidad que se nos ha puesto en el camino y que siempre es más fácil de asimilar en compañía.

La gente que hay alrededor de esta mesa son nuestros amigos. Los que vivieron nuestros días de gloria y los que nos echaron una mano cuando las cosas iban mal. Gente que llegó a mi vida y

se coló en la de Javier; amigos de él que han acabado siéndolo míos. El día que cumplo cuarenta y un años es también el aniversario de aquel primer beso que fue el pistoletazo de salida a toda una vida. Veintiséis años, nada menos, desde aquella noche en que, sentada al borde de una fuente en el barrio de mi infancia, recibí una cámara de fotos y un beso que no olvidaría jamás. Ha habido mucha gente a nuestro lado en estos años y sé que los necesitaré a todos sosteniéndome dentro de muy poco tiempo. Pero el mejor amigo que tendré jamás, más incluso que Martina, es ese hombre que duerme a pocos pasos de nosotros. Eso lo aprendimos en los malos tiempos. Que nuestro matrimonio podía haber hecho aguas, pero la amistad es algo más profundo que eso. Más especial, más necesario, más puro. Fue difícil y lo aprendimos por las malas, pero hoy tengo la suerte de poder decir que el amor de mi vida es también mi mejor amigo.

IX

Amigos

Empezaba 2008 con la prima de riesgo abriendo todos los informativos sin que nadie tuviera muy claro qué era eso. En la radio sonaba Pereza cantando *Estrella polar*, Facebook se había convertido en una plaga entre mis amigos y yo acababa de decidir tomar al fin las riendas de mi vida, que ya iba siendo hora.

Con el nuevo año, la relación con Javier se tranquilizó. O yo me tranquilicé con respecto a él y sus circunstancias, mejor dicho. Me dolía que estuviera con otra persona, claro; soñaba con que llegara el día en que dejara de dolerme. En aquella época, aspiraba a que llegara un momento en que sintiera hacia Javier un amor tan puro, tan fraternal, que me alegrara de forma sincera si él encontraba a alguien con quien compartir su vida. Quererlo, porque sabía que ese sentimiento nunca se iba a evaporar, pero de otra manera. Deseando lo mejor para él y asumiendo que ese «lo mejor» nunca iba a ser yo.

Fue un invierno de muchas reflexiones. Algunas que me salían de dentro, como que las personas no son propiedades y yo no tenía ningún derecho a pretender retener a mi lado a alguien que se había enamorado de otra mujer. A llegar a otras conclusiones me ayudó Martina, que se había convertido en un pilar de mi cordura y con quien pasaba muchas horas hablando de la vida, del amor y otras cuestiones filosóficas que siempre saben mejor con un mojito en la mano.

—Lo que sufrimos por amor no es directamente proporcional al daño que nos hacen, Ele, sino a lo poco preparadas que estamos para asumirlo —me dijo una noche que pasamos en mi salón, porque cada vez me gustaba menos delegar el cuidado de Mateo en mis padres y solo se lo dejaba cuando sabía que era bueno para ellos tenerlo en casa.

—Creo que necesito otra cerveza para entender eso. —Me levanté para ir a la cocina y ella me miró como si yo no supiera nada de la vida.

—La variable más importante en el dolor de una ruptura es lo fuertes que sean nuestros propios cimientos. —Mi cara debía de seguir siendo de confusión, porque pasó a un ejemplo práctico—. ¿Recuerdas cuando yo era reportera de televisión, vivía aún con mis padres y odiaba mi trabajo?

—Como para no recordarlo... Protestabas todo el día.

—Por aquella época fue cuando Antonio me dejó y me quedé hecha polvo. ¿Porque era el gran amor de mi vida? No. Pero es que toda mi existencia se centraba en esa relación, porque lo demás no me gustaba. No había puesto empeño en nada que no fuera él. Ni en buscar un trabajo mejor, ni en independizarme ni en intentar mejorar mi situación económica. Por eso, cuando rompimos, me quedé vacía.

—¿Estás comparando tu relación de poco más de un año con Antonio con lo que yo he tenido con Javier?

—No, sigues entendiéndolo mal. ¡Olvidalos a ellos! ¡Hablo de nosotras! Mi vida con los tíos no ha sido un camino de rosas siempre después de aquello...

—Pues quién lo diría...

—Pues ahí lo tienes. Nunca me has visto hecha polvo porque, sintiera lo que sintiera por un hombre, al acabar el día tengo un trabajo que me encanta, un piso monísimo, dinero para permitirme mis caprichos, buenos amigos...

—Venga, da tu implacable opinión sobre mi vida, que lo estás deseando —bromeé, porque ya me había enfadado demasiadas veces con ella en el último año por cosas en las que había acabado teniendo razón.

—La ruptura con Javier te destrozó porque, desde que te quedaste embarazada, toda tu vida ha girado en torno a él. A vosotros, a vuestra familia. Y es maravilloso, pero... te olvidaste de ti, Elena.

—No podía convertirme en reportera de guerra con un bebé de cinco meses, como comprenderás.

—Pero Javier sí podía convertirse en piloto y dormir cuatro noches por semana fuera con ese mismo bebé de cinco meses...

—Ya...

—Seamos realistas, Ele... No te gusta tu trabajo en el colegio, sigues de baja porque te angustia volver, no porque aún estés demasiado deprimida como para poder trabajar. Y antes de que digas nada..., tampoco te gusta una mierda la idea de opositar y seguir toda tu vida dando clases. Y no tengo nada claro que te gustes tú misma.

Me quedé en silencio porque lo fácil habría sido gritarle, pero yo ya había aprendido que me iba a tocar asumir lo difícil si quería salir del pozo. Y porque esa no fue la única conversación que tuve en aquellos primeros meses del año que dolieron, pero que acabaron siendo curativas a la larga.

La más dura llegó con mis padres. Bueno, con mi madre, en realidad, que ya sabía yo que mi padre en esas charlas trascendentales prefería el papel de observador silencioso. Estaba comiendo un sábado en su casa, con Mateo distraído correteando entre las sillas del comedor, cuando mi madre me dijo que me veía mejor que unos meses antes. Y yo confesé algo que tenía un poco enquistado dentro y que necesitaba que supieran las personas más importantes de mi vida.

—Sí, mamá, estoy mejor. Creo que... que asumir que yo tampoco lo hice todo bien ha sido importante para empezar a levantar cabeza. Estaba harta de victimizarme.

—Bueno, cariño —mi madre suspiró—, en una relación siempre hay aciertos y errores por ambas partes, pero que no se te ocurra ahora a ti culparte de lo que ha pasado, ¿eh?

—No, mamá. —Sonreí, porque mi madre seguía queriendo mucho a Javier, pero estaba tan decepcionada con él por haber roto nuestro matrimonio que se le escapaba en cualquier comentario—. Pero yo no estuve bien... Bueno..., después de...

—¿Después de lo de tu hermano? —me preguntó ella, que siempre había tenido menos problemas que yo para mencionarlo con naturalidad, y asentí—. ¿En qué crees que te equivocaste?

—Acabas de recordarme al psicólogo. —Me reí, porque era verdad; hasta en la forma en que me miraba había un puntito terapéutico—. Pues... me equivoqué en querer que todo el mundo estuviera bien lo antes posible. En que saliéramos adelante y fuéramos felices, en parte porque eso es lo que Miguel hubiera querido, pero también porque a mí me funcionaba estar hiperactiva para distraerme y no entendí que Javier necesitaba justo lo contrario.

—Ni nosotros —me dijo... y los ojos se me cerraron solos porque ese era un envite que no esperaba. Y dolió—. Lo hiciste bien, pero... demasiado pronto. Nos regalaste un viaje cuando aún no éramos capaces ni de salir a comprar el pan. Nos ayudaste con la mudanza pretendiendo que cerráramos en una tarde los recuerdos de treinta años en el otro piso. Quisiste que nos

deshiciéramos de muchas cosas de tu hermano, porque a ti te dolía verlas, pero... a nosotros nos ayudaba.

—Mamá... Lo siento. —Se me llenaron los ojos de lágrimas, porque era verdad que yo había hecho todo aquello y, aunque mi intención había sido buena, no me había dado cuenta de a cuánta gente herí.

—No llores, Elena. —Me acarició el pelo y sonrió—. ¿Quieres que te diga lo que pienso?

—Claro.

—Creo que nunca has tenido muy clara tu vocación en la vida. O sí, porque te he visto soñar con ser periodista desde que eras una cría que escribía crónicas de lo que hacíamos los sábados por la tarde. Pero nunca lo perseguiste. Ni siquiera después de que Mateo ya fuera al colegio. Ni ahora. —Me atravesó con la mirada—. Así que creo que convertiste ayudarnos a todos después de lo de Miguel en tu objetivo. Sé que lo hiciste por nuestro bien, eso no lo hemos dudado nunca, pero también fue tu manera de sobrellevarlo.

—¿Crees que fui egoísta?

—No más de lo que todos deberíamos ser. El egoísmo tiene demasiada mala fama. —Le sonreí porque... Dios, qué sabia había sido siempre—. Pero ayudar a tu familia no es algo comparable a una vocación profesional. Hay muchas emociones de por medio. Y me temo que tú ibas por un lado, y Javier y nosotros, por otro.

Es difícil asumir algo sin entenderlo. Y todas aquellas conversaciones, además de las que mantenía conmigo misma, me iban dibujando el escenario de algo de lo que yo había sido protagonista y testigo, pero en un momento en el que el dolor me mantenía tan obnubilada que no había podido verlo. Y no me sentía culpable; puede que, si volviera a pasar por algo tan terrible como fue la muerte de Miguel, hubiera actuado igual. Pero al menos entendía qué había pasado para que Javier y yo nos perdiéramos por el camino. Y era muy sano darme cuenta de que tenía mucho más que ver con nosotros que con una tercera persona.

Por supuesto, también pasé por la peluquería. ¿Por qué cuando nos proponemos un cambio de rumbo en la vida siempre acabamos haciéndonos algo en el pelo? No, yo tampoco conozco la respuesta. Pero el caso es que una mañana me encontré saliendo de un centro estético carísimo del paseo de La Habana con un corte de pelo en el que no acababa de reconocirme... ¡aunque me encantaba! Yo siempre había tenido el pelo muy liso y rubio, y lo llevaba desde tiempos inmemoriales en una melena por debajo de los hombros y con flequillo desfilado. Ahora sentía el frío de febrero sobre la nuca, en un corte a lo *garçon* que me parecía de lo más *chic*, con las puntas decoloradas de color casi blanco.

Martina se partía de risa cuando le iba contando las novedades. Pasé por todos los tópicos de las rupturas, aunque con seis meses de retraso, esos seis meses que me había pasado medio en coma por la pena. Me apunté al gimnasio, a *cross fit* y a yoga. Había adelgazado tanto con aquel nudo que llevaba meses instalado en mi estómago que al menos quería tonificar un poco. Y, cuando mi amiga vio que eso de retomar las riendas de mi vida iba en serio, se decidió a hacerme la oferta que cambiaría muchas cosas.

—En el museo vamos a contratar a una periodista para que me ayude con las notas de prensa y otras cosas a las que yo no llego. Ahora mismo está trabajando en una revista cultural. Si la fichamos..., su puesto quedará libre.

Cuando me lo dijo, la llamé loca. Yo no había trabajado en prensa en mi vida, a excepción de algunos meses de prácticas cuando estaba en la facultad, en lo que me parecía una vida anterior. Pero reconozco que se me erizaron los pelitos de la nuca al pensar en la posibilidad. Aún recordaba aquella emoción de formar parte de una redacción, de estar al tanto de lo que ocurría

en el mundo... Me autoboicoteaba, recordándole a Martina que mi experiencia era nula y que de arte y cultura sabía poco más que lo que había estudiado en el colegio y lo que había absorbido de mis conversaciones con ella. Pero Martina me repetía que con ponerme al día leyendo prensa del sector y hablando inglés como lo hablaba... lo tenía hecho. No mencionó que ella metería mano descaradamente en el proceso de selección, porque conocía a todo el mundo en el sector, pero lo hizo y yo me encontré dimitiendo de mi puesto en el colegio e incorporándome a aquella redacción algo *hippy* y con una libertad de horarios que me permitía conciliar sin mayores dramas.

El día que firmé el contrato, a mediados de marzo, fue la primera vez que sentí que Javier era mi amigo. Solo mi amigo. Un amigo que había pasado junto a mí muchos momentos de sueños que acabaron siendo imposibles y al que sentí la necesidad de comunicarle esa noticia.

Yo: Pues... no sé si te interesará o no, pero tengo una novedad: la semana que viene empiezo a trabajar en Galería, una revista sobre arte y cultura. He dejado el cole. Mi sueldo será similar, así que no te lo digo por nada relacionado con la pensión de Mateo. Simplemente... pensé que te alegraría saberlo.

Javier: No te puedes imaginar lo feliz que me hace la noticia. Porque sé lo que significa para ti, pero también porque me lo hayas contado. Muchísima suerte. Lo vas a hacer genial. Un beso.

Cuando la primavera llegó a Madrid, se cumplieron dos años de la muerte de Miguel. Fue un día duro, por el recuerdo del momento más desgarrador de mi vida, el que había puesto patas arriba los cimientos de todo lo que era mi familia y me había convertido en alguien que echaría de menos a otra persona para siempre. Y también fue complicado el recuerdo de un año antes, cuando me había pasado el día resoplando porque mis padres habían organizado una misa de aniversario que a mí me parecía la peor forma posible de superar un duelo. En ese segundo año, no hubo misa, pero yo le hice mi homenaje a mi manera, como había querido desde el principio, aunque no había sido posible.

A mi hermano Miguel le encantaban los tatuajes. Les había dado el primer susto a mis padres poco después de cumplir los dieciocho y, desde entonces, no había parado. Llevaba los brazos y parte del pecho cubiertos de tinta, siempre en negro, sin colores. A mí me encantaban, aunque en mi vida solo había pasado por esa experiencia cuando había nacido Mateo. Por eso, algunos meses después de la muerte de Miguel, había decidido tatuarme en su honor. Tenía el diseño más que claro: uno de los relojes derretidos de Dalí, marcando la hora de su muerte. A Martina, que también era fan de eso de decorarse la piel, y del arte mucho más, le había encantado la idea. Pero se lo conté a Javier y él reaccionó fatal. Era la época en la que había convertido su duelo en un carácter hermético irreconocible y me había dicho que no le gustaba que me marcara la piel de esa manera, con un diseño siniestro que me recordara cada vez que me mirara al espejo el momento más horrible de mi vida. Yo me había cabreado, le había dicho que me importaba una mierda su opinión y que pensaba hacérmelo de todos modos..., pero la realidad es que pospuse pedir cita durante tanto tiempo que aquel tatuaje nunca había llegado.

Salí del estudio de tatuajes maldiciendo la idea porque aquello me había dolido como una tortura china. Los siete números chiquititos de la fecha de nacimiento de Mateo en mi tobillo habían sido casi indoloros, pero este diseño, con zonas muy grandes en negro, en pleno costado izquierdo, estuvo a punto de costarme un desmayo. Martina se partía de risa, porque la tía llevaba un diseño tribal en toda la espalda que tenía pinta de doler más que lo mío, pero también era un hecho que yo la había visto llorar una vez cuando le habían puesto la vacuna de la gripe. Misterios de la vida.

Al llegar a casa, ya un poco repuesta, tuve el teléfono en la mano un buen rato. Después de su reacción de un año atrás, lo último que debería querer sería comunicárselo a Javier, pero había también un puntito de orgullo que me pedía decirle que ahora yo tomaba las decisiones de mi vida y nada me iba a desviar de ese camino. Me hice una foto delante del espejo como buenamente pude y se la envié en un MMS sin texto. Los dos sabíamos qué día era y qué significaba aquello. Su respuesta tardó unos minutos en llegar.

Javier: Es precioso. Siento muchísimo cómo me comporté la otra vez que quisiste hacértelo, fui un imbécil; creo que nunca te lo había dicho. Me he emocionado al verlo, joder.

La relación con él era cada vez más fluida. Ya no hacían falta intermediarios en la relación con Mateo y a mí no me importaba que aprovechara alguna escala en Madrid para acercarse a casa a pasar un rato con él. A veces yo me marchaba a dar una vuelta, para dejarles su tiempo a solas; otras me quedaba con ellos, disfrutando de la nostalgia que me provocaban los juegos a tres.

Pero, al mismo tiempo que Javier estaba mucho más presente en la práctica, empezó a estar mucho más ausente de mi pensamiento. Pasaba, por primera vez en mi vida, días enteros sin pensar en él; o haciéndolo solo como el padre de Mateo. Aquel odio pegajoso me había hecho mitificarlo y, aunque fuera en el peor sentido posible, no abandonaba mi cabeza ni un segundo. Ahora, en cambio, estaba más cerca de la indiferencia. Por supuesto que lo quería. Y seguía enamorada de él. Además de que siempre sería el padre de mi hijo, por supuesto, pero por primera vez yo era más importante para mí que él.

Me encontraba bien, en general, aunque también había días malos. Aún lo echaba de menos en los momentos más inesperados. Y aunque había aceptado que él hubiera rehecho su vida junto a otra persona, me moría de miedo al pensar en que un día llegara la llamada que me comunicara que iba a casarse o que volvería a ser padre. Porque yo lo conocía y, o mucho había cambiado, o Javier no era un *bajabragas*; era un tío de relaciones largas. De hecho, me había dejado porque había encontrado algo que se parecía más a una relación que lo que tenía en casa en aquel momento. Y si él llegaba a dar un paso más en su relación con Tamara, a mí me tocaría decidir si de verdad era su amiga y lo apoyaba, o una exmujer que se quedaría en casa llorando mientras su hijo veía a su padre casarse. Me estremecía cada vez que ese pensamiento me asaltaba la mente.

Yo, por mi parte, había abandonado el dique seco. Martina llevaba unos meses saliendo con Efrén, un antiguo compañero suyo de la época de la tele, y a mí me había tocado aguantar a Jorge, el mejor amigo del susodicho, en un par de citas dobles... y las cosas se nos habían ido de las manos. Me sentía bien cuando estaba con él. Más guapa, más independiente, más yo. Una mujer de veintinueve años que, quizá por primera vez, estaba viviendo como la mayoría de personas de su edad. Salía con él cuando Mateo estaba en Barcelona y era divertido. Yo sabía que la cosa no iba a ir mucho más allá de eso, pero ¿quién necesita estar enamorada todo el rato? Yo aún lo estaba, para mi desgracia, de otra persona, pero eso no significaba que no pudiera disfrutar de un poco de diversión sin compromiso.

En julio cumplí treinta años. Y no fue un buen día. Martina estaba en Londres de viaje de trabajo, Jorge en Ibiza con el novio de Martina, mis padres en Zahara de veraneo y esa misma mañana Javier había llegado a Madrid para que acompañáramos juntos a Mateo al autobús que lo llevaría a su primer campamento de verano. Solo serían dos semanas y yo había pasado otras veces más tiempo que ese separada de mi hijo, pero... nunca el día de mi cumpleaños. Llevaba ya medio año conociéndome, reencontrándome con alguien que en realidad nunca había sido más que en mis sueños, era feliz en el trabajo y en la vida, pero... nadie debería estar sola la noche

que cumple treinta años. Encima, me había dado por escuchar en bucle *Tenía tanto que darte*, de Nena Daconte, que me tenía obsesionada en aquella época y que, no nos engañemos, es la banda sonora ideal para una noche de helado y lloriqueo.

Me sorprendió el sonido del teléfono cuando me planteaba si sería mejor meterme en la cama de una vez y dejar que llegara lo antes posible el día dos de mi treintena.

Javier: ¿Qué tal?

Miré a mi alrededor por si había alguna posibilidad de que tuviera un sistema de videovigilancia instalado en mi casa. O de supervisión de mis emociones. Porque aquel mensaje sin tema aparente era justo lo que necesitaba para distraerme de ese pensamiento tan dañino de los cumpleaños que suele resumirse en la frase «¿Estoy donde soñaba estar a esta edad?».

Yo: Más o menos. ¿Por?

Javier: Acabo de ver en Facebook que Martina está fuera y... Bueno, que no sabía si estarías pasando sola la noche de tu cumpleaños.

Yo: Pues... sí. Pero no pasa nada.

Javier: ¿Puedo hacer algo por ti?

Yo: No, no te preocupes. Se me ha hecho un poco cuesta arriba eso de dejar ir a Mateo. Nunca había estado tantos días separado de los dos.

Javier: ¿Quieres que lloremos las penas juntos? Estoy en el antiguo piso de mi abuela y tengo un Merlot increíble que me regalaron en Argentina en el último vuelo.

Yo: Suena tentador, pero estoy en pijama y no me apetece mucho vestirme. Otro día.

Era la primera vez que me proponía quedar sin Mateo de por medio. Me puse nerviosita, como una gilipollas que está ante una primera cita, a pesar de que mi yo consciente sabía que la situación no tenía nada que ver. Me arrepentí de negarme casi al segundo de pulsar «enviar».

Javier: Por suerte, el Merlot puede desplazarse y yo también. ¿Te apetece que vaya hasta ahí?

Yo: Podría decirte que no, pero...

Javier: Pero estarías mintiendo como una bellaca.

Sonreí, contenta al menos de que siguiéramos conociéndonos como lo hacíamos, y metí en el microondas dos bolsas de palomitas. Llamó a la puerta cuando estaba colocando una manta de rayas de colores en el césped del jardín y acababa de dejar sobre ella dos copas y el bol con las palomitas. No era exactamente una estrategia de seducción. Es que hacía mucho calor en el salón porque el aire acondicionado no funcionaba. Creo.

—¿Has hecho palomitas de mantequilla? —me preguntó, olfateando el ambiente.

—Dos paquetes —le respondí, mostrándole dos dedos.

—Te odio. —Se rio de forma sonora, echando la cabeza hacia atrás y haciendo vibrar la nuez en su cuello—. Me he pasado cuarenta y cinco minutos en la elíptica sudando como un pollo, y

tú vas a cargarte el resultado en cinco.

—La dura vida del treintañero divorciado... —dije con ironía, en tono bajo, pero con toda la intención de que me escuchara.

Pasamos la noche bebiendo y bromeando. El Merlot dio paso a un cava barato que guardaba para hacer un sorbete de mandarina que a Martina le privaba y yo le preparaba siempre que tenía algo que pedirle o agradecerle. Javier y yo lo bebimos solo, porque entre el Merlot y las risas incluso él había perdido un poco el gusto fino que siempre había tenido. Mi humor fue mejorando a medida que el reloj consumía las horas y, ya de madrugada, habíamos quedado en ir juntos a visitar a Mateo el siguiente sábado, que en el campamento era el día de los padres. Eso siempre me había salido bien: hacer planes, ponerme en acción, no quedarme inactiva dejando que la melancolía me consumiera.

Javier acabó quedándose dormido en el sofá cuando la noche refrescó algo y conseguí convencerlo para que viéramos reposiciones de *Lost*, porque mis compañeros del colegio me habían regalado las dos primeras temporadas en DVD como despedida cuando me marché. Se durmió cuando ni siquiera habían acabado los créditos de entrada del primer capítulo. Se le escapó un ronquido que lo despertó hasta a él, pero no lo suficiente como para que recuperara la consciencia del todo. Me reí, aunque con un deje de ternura que no pude evitar. Javier siempre había sido madrugador, y rara vez aguantaba despierto después de la medianoche; yo, en cambio, veía pasar las horas de la madrugada casi a diario y el despertador era mi peor enemigo declarado. Me di cuenta de que, esa noche, Javier habría tenido que hacer un esfuerzo enorme para mantenerse despierto. Pero lo hizo porque yo lo necesitaba. Quizá fuera verdad eso de que estábamos destinados a convertirnos en grandes amigos. En aquel momento, deseé poder extirpar de mi cerebro la parte que seguía loca por él.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, él ya no estaba, pero me había dejado una nota: «Gracias por la compañía anoche. Aunque se me note menos, creo que yo la necesitaba tanto como tú. Nos vemos el sábado».

Y si mi cumpleaños fue un paso adelante definitivo en nuestro acercamiento, el de Martina me dio la sensación de que nos convertía en algo más. Era sábado y, de nuevo, yo estaba hecha una mierda, porque no tenía con quién dejar a Mateo y me iba a perder el fiestón con el que mi mejor amiga celebraba los treinta. La idea inicial era que Javier se quedara con él, pero le habían cancelado el vuelo a Madrid por mal tiempo y me había dejado colgada. Media ciudad estaba aún de vacaciones, incluidos los amigos de Mateo en cuya casa se habría podido quedar a dormir, y no quise estropearles a mis padres una salida al cine que tenían prevista hacía días. Así que allí estaba, a las once de la noche, actualizando en el portátil la carpeta de Messenger a la que Martina no dejaba de subir fotos y odiando un poco a todos los asistentes a la fiesta.

Estaba sirviéndome una copa de vino cuando escuché el timbre de la puerta. Me produjo un pequeño sobresalto, porque no eran horas para que nadie se presentara en casa sin avisar. Corrí a abrir y allí me lo encontré. A Javier, vestido con su uniforme impecable y con una sonrisa tímida en la boca.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Sé que estás deseando ir al cumpleaños de Martina, así que... He cogido el coche y me he venido.

—¿Has venido conduciendo desde Barcelona?

—Te había prometido que me quedaba con Mateo esta noche —me respondió, encogiéndose de hombros, como si no acabara de hacerse más de seiscientos kilómetros en coche solo para que yo no me perdiera el cumpleaños de mi mejor amiga.

—Oh. —Es todo lo que fui capaz de decir.

—Martina te esperará en la puerta del Row en cuanto la llames. No dejan pasar a nadie que no tenga una pulsera que ha repartido para ese evento de locos que ha montado. Ah, y hace ya rato iba por la tercera ronda de chupitos, así que... yo de ti me daría prisa.

—¿Has... has hablado con ella?

Mateo bajó en ese momento las escaleras, con los ojos algo irritados, porque estaba muerto de sueño y también probablemente porque se habría pasado demasiado rato jugando a la DS. Me mordí la lengua para no reñirlo y dejé que disfrutara de lo que, para él, también era una sorpresa.

—¡¡Papá!! ¿Qué haces aquí?

—¿Te apetece venir a pasar la noche a mi casa? No tengo vuelo hasta el lunes a primera hora.

—¿A Barcelona? —le preguntó con el ceño fruncido.

—No... —titubeó. Dios... teníamos que explicarle ya la verdad a Mateo. Ese sería el siguiente punto de mi orden del día vital—. Al antiguo piso de mi abuela. ¿Te parece bien?

—¡¡¡Síiiiiiii!!!

Dejé que Javier lo ayudara a preparar la pequeña maleta que siempre se llevaba a casa de su padre, mientras abría mi armario y él me hablaba a gritos desde la habitación del niño.

—Sí, he estado hablando con Martina un montón esta tarde. Había una pequeña posibilidad de que llegara a tiempo para liberarte del enano, pero no quisimos decirte nada hasta que fuera seguro.

—Dios... ¡Gracias! Voy... voy a vestirme y a... maquillarme, y esas cosas que ya ni recuerdo cómo se hacen.

—Ni que te hiciera falta.

Ignoré su comentario, porque aún no era inmune a un coqueteo de Javier. Nunca lo sería, probablemente. Me enfundé con rapidez un vestido negro con el que sabía que jugaba sobre seguro, porque era el que siempre utilizaba cuando me apetecía estar guapa. El maquillaje acabó de arreglar el conjunto y, cuando me quise dar cuenta, estaba saliendo de casa, con mi hijo a un lado y mi exmarido al otro.

—Te acercamos al centro en un momento —me dijo Javier, mientras accionaba el mando de su coche y los cuatro intermitentes emitían un destello simultáneo.

—No, no hace falta. Cogeré un taxi a la salida de la urbanización...

—Déjate de chorradas. No me cuesta nada.

—Está bien.

Arrancó el coche y Springsteen sonó por los altavoces. Cuando habíamos ido a visitar a Mateo al campamento el mes anterior lo habíamos hecho en mi coche, así que aquella era la primera vez que me subía al suyo desde la separación. Me sentí incómoda por un momento, imaginando que la ocupante habitual del asiento del copiloto era otra mujer y que quizá me encontrara un pintalabios, un rastro de perfume o cualquier otro recordatorio que pudiera estropearme la noche. Sí, había cogido las riendas de mi vida y estaba bien, pero prefería no pensar en que el hombre del que estaba enamorada lo estaba a su vez de otra persona. Pero no encontré nada más que las manías y rutinas habituales de Javier, que quizá nunca dejaría de saberme de memoria: el interior del coche impecable, el climatizador a veinte grados verano e invierno, las gafas de sol en el compartimento adecuado de la consola central...

No había apenas tráfico aquella noche en Madrid, así que no tardamos en llegar a la puerta de la discoteca, donde me esperaba mi mejor amiga.

—¡Pero qué bueno está el piloto! —Me dio la risa al escuchar a Martina jalearse nuestra llegada, justo cuando Javier detenía el coche en doble fila frente a la puerta del local, donde ella

apuraba un cigarrillo que, esa noche, no pensaba censurarle.

—Tú tampoco estás mal, Marti —le respondió él, aunque un poco sonrojado, porque siempre le han dado bastante pudor las cosas que suelen salir por la boca de mi amiga.

—Aunque me parece que este te va a superar con creces. —Mateo abrió la ventanilla para recibir el beso y el piropo de su madrina, y Martina coló la mano por el hueco para revolverle el pelo.

—Pasadlo bien, chicas. —Javier volvió a subirse al coche, después de llevarse otro achuchón de Martina y me dio un beso rápido de despedida en la mejilla—. Y feliz cumpleaños de nuevo, Marti.

Los vi marchar y me quedé un momento pensativa, antes de que mi amiga me sacara del ensimismamiento y me cogiera por el brazo para llevarme al interior del local. Necesitaba una copa. Una que hiciera que dejara de plantearme por qué, después de una tarde entera muriéndome de ganas de asistir a aquella fiesta, el único lugar donde me apetecía estar era en ese coche cuyas luces se habían perdido hacía ya unos minutos en la oscuridad de la noche. Lejos de mí.

Desperté a la mañana siguiente con la sangre bombeando en las sienes, como un buen recordatorio de que las resacas a los treinta no son iguales que a los veinte. Me eché la sábana sobre la cabeza, celebrando internamente que Mateo estuviera con su padre, y busqué el móvil para ver qué estaba ocurriendo en el mundo exterior. El primer mensaje que leí era el clásico «me quiero morir, no vuelvo a beber» de Martina. Quizá habríamos debido pensarlo en la tercera copa. En la cuarta y la quinta ya no habría servido de nada, porque habíamos perdido la capacidad de razonar. Se me escapó una tos de perro pulgoso y recordé que tampoco había sido una idea brillante fumar medio paquete de tabaco ocho años después de haber dejado de hacerlo con asiduidad. Malditas fueran Martina y su infinita capacidad para corromperme.

Y a continuación estaban los mensajes de Javier. Cuatro fotos y algo de texto, suficientes para dibujarme una sonrisa en la cara. Comida rápida, videojuegos y mucho helado. «Creo que ya hemos hecho todo lo que no se recomienda hacer con niños. ¿Alguna idea adicional?». Le respondí solo con un emoticono de sonrisa, porque no me daba el cerebro ni para escribir ni para hablar, y volví a sumirme en el sopor de la resaca. Dormí a ratos hasta la hora de comer, pero a eso de las tres decidí levantarme y preparar algo decente. «Decente» acabaron siendo dos huevos fritos con patatas, bien a tope de grasa, que despertar con resaca concede inmunidad gastronómica.

Decidí deshacerme del runrún que me había dejado la aparición sorpresa de Javier la noche anterior dándome una ducha larga. Al salir, me vestí con unos vaqueros deshilachados y una camiseta blanca. Cogí el teléfono para llamar a Martina, a ver si se le ocurría un plan tranquilo de domingo por la tarde, hasta la hora en que Javier me trajera a Mateo, pero me encontré un mensaje que me hizo cambiar de idea.

Javier: ¿Resaca paralizante, resaca depresiva o resaca de diarrea? :)

Con emoticono de dos puntos y cierre de paréntesis incluido. Para que me quedara bien claro que recordaba todas y cada una de las modalidades con las que mi cuerpo solía recordarme que beber de más no era lo mío.

Yo: Una curiosa mezcla de las dos primeras. No me puedo creer que te hayas atrevido a mencionar la tercera.

Javier: Pensaba llevar un rato a Mateo a casa de tus padres. ¿Te apuntas?

Me dio un vuelco todo dentro, lo juro. Por la culpabilidad de que Javier hubiera pensado en ellos antes que yo, para empezar. Por saber que, a pesar de todo lo que había ocurrido entre nosotros, seguía considerando a mi familia la suya. Porque no tenía otra.

Yo: Estoy dentro.

Javier: ¿Estarás en condiciones de sentarte a una mesa con tus padres o te pondrás a vomitar como la niña de El exorcista?

Yo: Cuando veas que te cansas de hablar de mis funciones escatológicas, puedes pasar a recogerme.

Me confirmó que lo haría en media hora y la dediqué a evaluar los posibles daños de la fiesta del día anterior sobre mi cara. Me maquillé con discreción, porque tampoco era plan que mi madre se diera cuenta en cuanto atravesara la puerta de que Martina me había llevado al mismo camino de perdición que tanto la preocupaba en mis años universitarios.

La cena en casa de mis padres transcurrió a medio camino entre la ilusión y la tristeza. Ilusión porque Mateo lo llenaba todo con sus risas, sus anécdotas, la conversación constante. Porque parecía que íbamos por el camino de convertirnos en unos padres cordiales cuyo hijo nunca tendría que hacer elecciones difíciles. Y tristeza porque a todos nos faltaba algo en esa mesa, porque nada era como habíamos soñado que fuera unos cuantos años atrás. Pero, allí, sentada en la misma silla en la que tomaba el Colacao con galletas Príncipe antes de ir al colegio cada mañana cuando era niña, el vacío se cerró, dejé de sentirlo y me relajé con esa maravillosa sensación de saber que las personas que me rodeaban eran mi familia.



Javier y yo nos acercamos aún más después de aquel fin de semana. La siguiente vez que vino a Madrid me invitó a ver el piso de su abuela, que estaba reformando, aunque aún no sabía si con la idea de mudarse a él en un futuro próximo, si decidía volver a Madrid, o para venderlo. Yo acepté visitarlo e incluso hice algunos comentarios con aparente interés sobre el color de los azulejos de la cocina o los muebles que mejor pegarían en el salón. Pero teníamos un enorme elefante flotando entre nosotros, porque había un tema del que Javier jamás me hablaba: ella. Tamara. Y yo no sabía si ese posible plan de mudarse a aquel piso de su infancia la incluía a ella, aunque suponía que sí. Lo cual hacía un poco cuesta arriba que yo le hablara de muebles.

—Vivimos momentos increíbles aquí, ¿no? —me preguntó, con una mirada melancólica, cuando entramos en la que había sido su habitación de siempre, que ahora pensaba convertir en un despacho.

—Ahí —señalé hacia la zona donde solía estar la cama—, en concreto, algunos demasiado alucinantes.

—Sí, algo recuerdo. —Me guiñó un ojo y yo tuve que apartar la mirada porque... ¿Sinceramente? Porque se me estaban cayendo las bragas.

—Habla del día que descubrimos que estaba embarazada.

—Sí. —Se partió de risa en voz alta, para dejar muy claro que estaba mintiendo—. Yo

también hablaba de eso.

El otoño se había instalado en Madrid con un frío horrible. Y hacía ya casi año y medio que nos habíamos separado. Yo había superado aquel infierno que habían sido los primeros meses, me había reconstruido y era bastante feliz. Y, sobre todo, había superado la época de hacer locuras y distorsionar la realidad. Y con la cordura en la mano..., podía decir que allí había un coqueteo en el aire. Aquel Javier no era el mismo de principios de año, que mantenía las distancias y se limitaba a tener conmigo una relación de coparentalidad.

No, no... Te conocía bien. No colaba que solo estuvieras siendo un buen amigo y un padre cordial. No.

—¿Te estás planteando volver a Madrid, entonces? —le pregunté, para tantear un poco el ambiente.

—Es una de las posibilidades —me respondió, demasiado enigmático.

—¿Y puedo preguntar de qué depende? —Negó con la cabeza e insistí—. ¿No puedo preguntarlo o es que no lo sabes?

—Depende de muchas cosas, Lena. En Barcelona estoy bien, pero... echo de menos a Mateo.

—Ya.

—Y a ti.

—¿Qué? —Me volví, sobresaltada, porque yo había decidido que aquella conversación fuera intensa, pero no esperaba una respuesta así por su parte.

—Nada, déjalo... Yo qué sé. Llevo una época algo confuso, pero no quiero hablar contigo de esto.

—Ya...

Me cabreé. Porque había algo en el ambiente que los dos sentíamos. Era imposible ignorarlo. Y yo seguía enamorada de Javier, pero no pensaba pasar el resto de mi vida esperando que él quisiera darnos una segunda oportunidad. ¡Bajo ningún concepto! Si él se había dado cuenta en algún momento de que había sido un error separarnos, podríamos intentar arreglar las cosas, tomarnos aquello como una crisis temporal y luchar juntos para hacer posible una reedición de aquel «nosotros» que un día habíamos sido. Pero tenía que ser ya. Porque mi vida debía continuar de forma plena, y nunca lo haría atada a una hipótesis que quizá solo estaba en mi cabeza. Así que me jugué un órdago.

—Deberíamos poner un día para firmar el divorcio. —Lo miré. Si aún me conocía un poco reconocería el farol en mi mirada, pero no hizo contacto visual—. Y hablar ya con Mateo, joder, se nos ha ido de las manos lo de dejarlo pasar.

Cuando levantó la cabeza, me miró durante una eternidad. Vi pasar toda nuestra vida en común por sus ojos. Me pareció que dudaba. Llevábamos diecisiete meses separados, meses en los que él había tenido —y quizá aún tenía— una relación. Al principio yo me había agarrado a no firmar los papeles ni hablar con Mateo como el clavo ardiendo que me quedaba para mantener la esperanza. Pero hacía ya mucho tiempo que sabía que era un sinsentido seguir casados sobre el papel. En verano había decidido proponérselo, pero luego me enteré de que en agosto cerraban los juzgados y preferí esperar a septiembre. Después de eso, ocurrió el accidente aéreo de Spanair, que dejó a Javier tan hecho polvo que no me pareció el momento. Pero ya estaba. Hasta ahí. Los papeles eran lo de menos, pero no podíamos seguir teniendo a Mateo en la inopia. Ya era un milagro que no se hubiera dado cuenta por sí mismo.

—De acuerdo. —¿Por qué dolía tanto, si era lo mejor, joder?—. La semana que viene tengo un infierno de vuelos, pero la siguiente vengo a Madrid y hablamos con Mateo, ¿vale?

—¿La última de noviembre?

—Sí. Y cuando él lo sepa, ya arreglamos los papeles y todo eso. Siento... siento que se haya pospuesto tanto.

—Yo también. Yo lo empecé, ¿no?

Le dirigí una sonrisa algo falsa y me despedí de forma precipitada. No pensaba permitir que me viera llorar.



El último lunes de noviembre Javier aterrizó en Madrid a las 12.48.

Habíamos quedado en recoger a Mateo en el entrenamiento de fútbol a las 14.30.

Reconocí el teléfono del colegio en la pantalla de mi móvil a las 13.11.

Y el pánico más profundo de mi vida, el más instintivo, el más primario, me invadió entera a las 13.12.

Mateo había tenido un accidente en el patio y una ambulancia se lo había llevado al hospital. Estaba inconsciente.

Que sea feliz mientras pueda

Quedan cuatro días para que se cumpla el plazo máximo para decidir el nombre de la persona que acompañará a Dani a Londres, y esa debería ser mi mayor preocupación en este momento. De hecho, mi cerebro de vez en cuando decide evadirse en una fantasía en la cual todos estamos tan emocionados con la idea de acompañarlo que el verdadero dilema es elegir quién será el afortunado. Pero solo es eso. Una fantasía. Una fantasía que no se parece en nada a la realidad horrible en la que se ha convertido nuestra vida.

Aunque el médico de paliativos me ha dicho varias veces que en realidad no funciona así, yo no puedo evitar pensar en la situación actual de Javier como si fuera un móvil con una batería que se gasta en función del uso que se le da. Javier se esforzó la semana pasada por recargar su batería a tope para llegar a mi fiesta de cumpleaños en plena forma —todo lo *en plena forma* que puede, claro—, pero se descargó de tal manera ese día, tal vez también al día siguiente, cuando se pasó horas jugando con Dani, que... se vació.

El martes siguiente a la fiesta acabamos en el hospital. Cada vez que ocurre algo así, me doy cuenta de que, por mucho que crea estar curada de espantos, preparada para todo, no es verdad. El miedo acaba invadiéndome hasta convertirme en una persona temblorosa que solo repite, en voz muy bajita, «aún no, por favor, aún no». El doctor había visto ya bastante mal a Javier ese día en su visita rutinaria, pero la tarde vino acompañada de tres episodios de dolor irruptivo muy seguidos y tuve auténtico pavor a que hubiera llegado la hora. No tanto por el hecho en sí como porque no creo que esté preparada para ver a Javier irse en medio de un sufrimiento imposible de soportar. Puedo asumir que mi marido se muera de cáncer; no resistiré que muera de dolor.

La ambulancia llegó a casa con urgencia, mientras todos nos debatíamos entre los nervios y el miedo. Mateo se había llevado a Dani a su cuarto, pero fue imposible mantenerlo ajeno a que algo grave estaba ocurriendo. Mis padres se trasladaron a casa para quedarse con ellos el tiempo que fuera necesario, que han resultado ser tres días. Tres días en que he visto a Javier, una vez más, pasar por procedimientos dolorosos, ser alimentado de forma artificial y frustrarse por su situación en los pocos momentos en que la lucidez le permitía expresarse.

Me estremecí cuando su oncólogo nos confirmó que había ingresado en un estado preocupante de desnutrición y deshidratación. En los últimos días, no había sido capaz de retener apenas alimentos o líquidos en su cuerpo, pero, por suerte, el suero ha ido solucionando eso poco a poco. La última novedad es que ahora, también en casa, lo tendrá conectado a una vía para que la causa última de su muerte no sea una deshidratación que así podemos evitar.

El regreso a casa es agridulce. Feliz, por un lado, porque sé que Javier ha tenido mucho miedo estos días a que todo se acabara en una cama de hospital, lejos de los niños y de su hogar. Pero muy amargo también, porque quizá nunca hasta este momento habíamos sido conscientes de que el final está tan cerca. Lo sabíamos, claro, pero ahora lo hemos comprobado de primera mano. No ha sido bonito.

Cuando entramos en casa, Mateo está nervioso. Ha venido todos los días a visitar a Javier al

hospital y, aunque sé que se esfuerza por disimular, no consigue quitarse esa capa de nervios que lo acompaña desde que las cosas se han puesto feas del todo. Creo que no sabe muy bien qué hacer ni qué decir en ningún momento y, aunque intento tranquilizarlo sonriéndole y dejándole claro que lo está haciendo todo muy bien, mi propio estado nervioso posiblemente lo perjudica más de lo que lo beneficia. Mis padres ya no disimulan demasiado cuando están delante de nosotros. Los dos han enjugado lágrimas en nuestro regreso, a pesar de que Javier tiene mejor aspecto que hace unos días. Pero la clasificación la hacemos dentro de un estado de decadencia tan brutal que ya esos grados de mejora son casi imperceptibles.

—¿Puede comer algo? —me susurra Mateo—. He preparado arroz blanco y pollo.

—¿Has cocinado? —Me vuelvo sorprendida hacia él, mientras mis padres se despiden de Javier y de Dani—. ¿Te ha dejado la abuela?

—Necesitaba distraerme con algo. —Suspira y a mí se me rompe el corazón al pensar en lo que fue mi verano de transición entre el instituto y la universidad, del que solo recuerdo escapadas entre amigos, salidas nocturnas y muchos sueños de futuro. Lo que deberían ser las de cualquier chico de esa edad. Y tan diferentes a lo que le ha tocado vivir a Mateo.

—Vale. Ahora le pregunto a papá si puede con un poco de ese arroz con pollo. —Le acaricio la cara y me entran unas ganas horribles de ponerme a llorar, porque a veces me siento cargada de energía y otras, como ahora, creo que no podré con esto.

Por suerte, Javier se encuentra bastante bien, aunque ya nos han advertido que, con la nueva medicación que le han añadido a la que ya tomaba, empezará a dormir más que hasta ahora. «Empezará a dormir», así lo ha dicho su médico. Y a mí me ha sonado a que ahora ya sí que es el principio del fin. Que empezará a dormir cada vez más horas hasta que, al final, se duerma para siempre. No lo he preguntado. No necesitaba confirmación. Sé que es exactamente eso.

Así que después de picotear algo de comida, tomarse una nueva ronda de pastillas y hablar un poco con los chicos —creo que más para tranquilizarlos que otra cosa—, se ha acostado y se ha quedado dormido casi al mismo tiempo que su cabeza tocaba la almohada. Dani se ha pasado toda la comida hablándole a su padre del vídeo de este jueves, que trata sobre la lengua pársel, la que Harry Potter y Voldemort utilizan para comunicarse con las serpientes. Por momentos, me ha costado discernir si solo quería llamar su atención después de unos días sin verlo o si realmente no se entera de nada y actúa como siempre que está emocionado con alguna novedad de su canal.

En cuanto su padre se ha acostado, él se ha instalado en el sofá, con el portátil en las rodillas, para editar el vídeo en cuestión. Cuando empezó con el canal, Javier y yo nos implicamos mucho, sobre todo porque nos parecía una locura esa exposición en redes sociales para un niño tan pequeño. Estaba a punto de cumplir ocho años por entonces. Ninguno de los dos teníamos muy claro que fuera una buena idea, a pesar de que a él le hacía muchísima ilusión, así que tuvimos que encontrar un punto de encuentro entre sus deseos y lo que a nosotros nos parecía aceptable. Al final, decidimos que se lo permitiríamos, pero no dejando que ganara dinero con él, ni que aceptara patrocinios, y supervisando nosotros los comentarios, los correos que recibiera y que, al menor indicio de que el canal pudiera perjudicarlo en algo, se cerraría sin rechistar. De la parte más técnica de la edición de vídeos y demás se hizo cargo Javier hasta que Dani aprendió a hacerlo solo, y yo sigo leyendo los comentarios y mensajes que le llegan, una tarea que suele consistir en ojear cientos de alabanzas hacia mi hijo pequeño y rechazar ofertas económicas que suenan escandalosas para un crío de nueve años.

Mateo y yo lo dejamos enfrascado en sus tareas y salimos un rato a tomar el sol al jardín. A los dos nos encanta la playa y este va a ser el segundo verano que no la pisamos, por causas de

fuerza mayor. Así que al menos nos consolamos hinchándonos de vitamina D en las tumbonas del jardín.

—¿Por qué no sales a tomar algo con tus amigos, Mateo? —le digo, después de que él traiga dos tazas de café con hielo—. O vete a la piscina de alguno.

—Paso —me dice, encogiéndose de hombros, pero sin acritud.

—No quiero que te quedes aquí encerrado todo el día.

—Ya, *ma...* Pero yo no quiero salir y estar mirando el móvil cada dos segundos, emparanoiadísimo. De verdad, no me compensa.

—Lo siento mucho. —Alargo la mano y le doy un apretón a la suya.

—Es lo que hay.

Nos quedamos un buen rato en silencio, solo sintiendo el calor del sol sobre la piel y el sabor amargo del café refrescándonos la garganta. Nos da a los dos la risa al mismo tiempo al escuchar una maldición de Dani —*Furunculus*, en concreto, que es lo que dice cuando está muy enfadado —, suponemos que por algún error técnico que le habrá dado el programa de edición de vídeo. Abrimos un ojo a la vez y giramos la cabeza hacia el salón, a través de cuyos ventanales lo vemos poner los ojos en blanco y pelearse con el ratón y el teclado.

—Está como una puta cabra —dice Mateo y yo le atizo con una toalla pequeña que he traído para secarme el sudor, porque tendrá ya dieciocho años, pero llevo por lo menos seis queriendo lavarle la boca con jabón.

—Ya podía haberte dado a ti por maldecir en *quidditch*.

—Sabes que el *quidditch* es un deporte, no un lenguaje, ¿verdad?

—Es cierto. —En serio, en Harry Potter se usan demasiadas palabras complejas; no me da el cerebro para tanto—. Pues en... ¿En qué coño hablan los magos?

—Le dijo la sartén al cazo...

Nos reímos, pero a los dos se nos tuerce el gesto al seguir mirando a Dani, que se ríe ahora a carcajadas, sabe Dios por qué. Nunca pensé que llegaría un día en que ver a mi hijo feliz me parecería doloroso.

—Mateo, ¿tú crees...? ¿Crees que debería contárselo?

—¿A Dani?

—Sí.

—He estado pensando en ello... —Mateo se incorpora un poco en la tumbona y se pone más serio—. Yo creo que lo mejor es dejarlo estar por el momento.

—Odio decir esto, Mat, pero... ¿te das cuenta de que «por el momento» puede ser muy poquito tiempo?

—Créme, soy consciente de eso veinticuatro horas al día. —Resopla y siento su dolor—. Y aun así, pienso que lo mejor es dejar que sea feliz mientras pueda. Ya habrá tiempo de que sufra.

—Pero... ¿tú no crees...?

—¿Qué?

—Si no se habrá dado cuenta ya.

—Ni de coña. No se lo puede ni plantear —me dice, mientras refuerza su opinión negando con la cabeza—. No es que lo considere una buena noticia, pero te aseguro que ni se le pasa por la mente esa opción.

—No, no es una buena noticia. Y me parece imposible. Con lo inteligente que es...

—Tú lo conoces mejor que nadie, mamá. Dani es el tío más inteligente del mundo para sus movidas. Para Harry Potter, los estudios, hablar como si tuviera setenta y tres años... A veces da miedo.

—*Siempre* da miedo. —Sonrío.

—Ya, pero para la... ¿cómo se llama esa cosa?

—Como no me des una pista...

—Inteligencia no sé qué. Lo de que eres listo para los libros, pero no para cosas de sentir.

—Inteligencia emocional. —Lo miro, con toda su cara de concentración, y se me escapa una carcajada—. Te explicas de maravilla. Necesito entender cómo has sacado un ocho en Lengua en Selectividad.

—Le copié todo el examen a Roberto, el empollón de mi clase.

—Mientes.

—Si prefieres creer eso...

—Bueno, no me líes. Que, por muy poca inteligencia emocional que tenga Dani..., que en realidad no es falta de inteligencia emocional, es que es muy niño aún... ¿De verdad no crees que lo sospecha?

—Estoy seguro. Si creyera que puede sospecharlo, te diría que se lo contaras. Pero yo lo he tanteado estos días que habéis estado en el hospital y... en serio, ni puta idea.

—¿Tú te acuerdas de cuando tenías nueve años? —Frunzo el ceño porque intento ubicar en mi cabeza algún recuerdo tangible de mí misma tan pequeña y no soy capaz. Al final, pienso en mi Primera Comunión, que la hice a esa edad, y me planteo si yo me habría dado cuenta en aquel momento si mi padre o mi madre estuvieran tan enfermos como está Javier. No llego a ninguna conclusión.

—Dani y yo somos muy diferentes. Si es lo que te preguntas... sí, yo a los nueve años me habría dado cuenta. Él, no.

—Pero tú tardaste años en descubrir que papá y yo estuvimos separados.

—Tenía seis, mamá.

—Siete hacia el final, sí. Tienes razón.

—Si os hubierais separado cuando tenía nueve me habría dado cuenta en el minuto uno. Con Dani... Podríais estar cinco años separados y no se daría cuenta ni aunque os casarais con otros y él llevara las arras en las bodas.

—¿Y por qué no pregunta quién va a acompañarlo a Londres?

—Esa respuesta me la sé. —Me quedo mirándolo, con algo de susto en el cuerpo, porque no sé si quiero conocerla—. Está convencido de que serás tú. Pero convencido en plan... que ya habla de las cosas que haréis y los lugares que visitaréis y demás.

—Dios... —Mateo me dedica una mueca compasiva y yo apunto en la agenda mental llamar a la madre de Luis a ver si ella o su marido están dispuestos a hacernos el favor de nuestra vida—. ¿Qué te dijo?

—Que no creía que papá estuviera suficientemente recuperado cuando llegue el concurso y tendrías que ser tú quien viajara con él.

—Mateo, tú... ¿Tú eres consciente de que lo más probable es que papá...? —Se me llenan los ojos de lágrimas y las palabras se me atascan en el pecho.

—Mamá... —Él también está a punto de llorar y no sé si es una maldición o algo bueno que los dos tengamos esa facilidad para que se nos desborden las emociones por el lacrimal—. Cada mañana me despierto pensando que seguro que es el último día... Ni se me pasa por la cabeza que siga aquí dentro de casi tres semanas.

Nos quedamos callados, porque no hay mucho más que decir. Esto va de sentir, eso lo he comprobado en meses de agonía. De agonía física de Javier y emocional de todos. Volvemos a tumbarnos y dejamos que el sol haga su trabajo y nos relaje un poco. Incluso me quedo dormida

a ratitos, porque las tres últimas noches en el hospital apenas he pegado ojo.

A media tarde, nos levantamos a comprobar que Dani no haya enloquecido con lo de su vídeo y que Javier esté bien. Sigue dormido, pero con una respiración rítmica y pausada que habla de ausencia de dolor; y llegados a este punto, con eso ya nos parece suficiente.

—¿Te vienes a montar en bici un rato, enano? —le pregunta Mateo a su hermano.

—¡Vale!

Se me dibuja una sonrisa, porque Dani es el tío más vago del mundo y siempre prefiere pasar el tiempo con un libro o con el ordenador que moverse fuera, pero, en nueve años, no lo he escuchado aún decirle que no a algo que le proponga su hermano. Salen los dos disparados a cambiarse de ropa y luego en dirección al garaje a coger sus bicis. Cuando ya están fuera, Mateo vuelve a entrar para coger el casco, que estuvo limpiando en el jardín por la mañana.

—Mateo... —Se vuelve y me mira—. Gracias.

—¿Por qué? —Se le escapa una sonrisa y creo que es el momento de su vida en que más me recuerda a mi hermano Miguel.

—Por sacar de casa a Dani. Y por animarme cuando nada más puede hacerlo.

—No hay de qué. —Se sonroja.

—Y escucha... Ya sé que tú confías en mí, pero creo que necesito decirlo en alto para confiar yo también... No tengo ni idea de cómo lo voy a conseguir, pero no pienso dejar que tu hermano se pierda ese concurso. Aunque todo lo demás se esté desmoronando, él se merece eso. Ya va a perder bastantes cosas, joder.

—Mamá... —Me da un beso y me habla de espaldas mientras se dirige a la puerta—. No he tenido nunca ninguna duda de que lo vas a conseguir.

Y puede que sea verdad. Porque en esta casa ya se han producido algunos milagros antes.

X

En casa

Javier y yo nos encontramos delante del Gregorio Marañón, bajándonos cada uno de un taxi. Nos abrazamos con prisas, porque era más urgente saber qué le había pasado a Mateo incluso que consolarnos. Yo balbuceé lo poco que me habían dicho por teléfono.

—Le... le dieron una patada y perdió el equilibrio, con... con tan mala suerte que parece... parece que se golpeó la cabeza contra el poste de la portería y... no sé, Javier... —Se me escapó un sollozo—. Me ha dicho el entrenador que se había hecho daño en la pierna y que estaba inconsciente.

—Vamos dentro. Cuanto antes sepamos...

Por suerte, el médico no tardó en salir a informarnos. Mateo había recuperado la consciencia poco después de ingresar y le habían hecho una resonancia para conocer el alcance de la lesión. Estaban esperando los resultados mientras lo bajaban a rayos para ver si lo de la pierna se quedaba en un esguince o era más grave. Nos pidió que tomáramos asiento en la sala de espera, que saldrían pronto a decirnos algo más.

Javier se sentó, yo no fui capaz. Los dos teníamos la mirada perdida y éramos incapaces de articular palabra. Mi reloj decía que los médicos tardaron menos de una hora en salir a buscarnos, pero a mí me pareció que llevábamos días allí.

—¿Familiares de Mateo Olmedo?

—¡Nosotros! —chillé y atraje unas cuantas miradas hacia nuestra posición.

—Vengan conmigo.

—¿Cómo está? —se atrevió a preguntar Javier.

—Bien. Tengo buenas y malas noticias. —Nos detuvimos tras la puerta que separaba las urgencias de la zona de consultas del hospital—. La buena es que en la resonancia no se ve nada, no hay lesión en la cabeza. Lo dejaremos esta noche en observación, pero, en principio, no debería haber ningún problema.

—¿Y la mala?

—Se ha roto la pierna. —Yo me llevé las manos a la boca por el susto, pero enseguida entendí que, para lo que había podido pasar, ese era un mal menor. Exhalé un suspiro de alivio y Javier me rodeó con su brazo y me apretó el hombro—. Es una fractura de tibia sin desplazamiento, así que, por suerte, no hay que operar y no tendrá secuelas si cumple con lo que le digamos.

—¿Podemos ir a verlo?

—Ahora está dormido, pero... claro, vengan conmigo.

Javier no me soltó en todo el tiempo que tardamos en llegar. A los dos se nos escapó un suspiro trémulo cuando vimos a Mateo allí, tan pequeñito, en una cama de hospital, con un vendaje en la cabeza, una vía en el brazo y la pierna escayolada y sostenida en alto. A mí se me volvieron a desbordar las lágrimas y Javier no dejó de sostenerme y acariciarme el pelo mientras estábamos allí, de pie, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Mateo despertó a media tarde y lloriqueó un poco, aunque nos dio la impresión de que era más por el susto que por dolor. Le explicamos que tendría que quedarse allí esa noche, que debía avisarnos si le dolía la cabeza y que tendría que olvidarse del fútbol durante unas cuantas semanas. Lo único que en realidad le importó fue eso último.

—Deberíamos comer algo —me susurró Javier cuando la noche ya había caído sobre Madrid y habíamos suplicado a la jefa de enfermeras que, dado que la otra cama de la habitación estaba libre, nos dejara quedarnos a los dos a pasar la noche—. Me he tomado un churro en Barcelona a las siete y cuarto de la mañana y nada más en todo el día.

—Pues más o menos como yo..., pero no tengo hambre.

—Voy a por un par de cafés y alguna guarrería de la máquina, a ver si nos abre el apetito.

No tardó ni dos minutos en regresar y yo le di mordisquitos distraídos a un Kit-Kat.

—Vaya susto, joder. —Javier se lanzó sobre la butaca de la habitación con una expresión lúgubre en su cara, que parecía haber envejecido diez años en unas horas.

—Horrible.

—Cuando estábamos en esa sala de espera...

—Ya.

No dejé que acabara su frase porque sabía lo que me iba a decir. En ese mismo hospital, incluso juraría que en aquella misma sala de espera, habíamos pasado los peores momentos de nuestras vidas después de recibir la noticia de la muerte de mi hermano. Yo había dicho siempre que Mateo me recordaba a él. En todo. Mi madre, que tenía una imagen más nítida que yo de mi hermano con la edad que tenía entonces mi hijo, decía que eran dos gotas de agua. Y a mí no se me iba de la cabeza la idea de que podríamos haberlo perdido también, en un mal golpe del destino, en el mismo hospital.

—No hagas eso, Javier. —No sé por qué lo dije, supongo que porque aquel día estaba más en contacto que nunca con mis instintos primarios y la frase me salió del estómago. Javier había girado el sillón hacia la ventana y su mirada estaba vacía—. No te aísles. Esta vez, no.

—¿Qué?

—Mateo está bien. Esto no tiene nada que ver con aquello.

—Es que a veces... —Su cara estaba compungida y, si Javier fuera una persona que supiera llorar, creo que lo estaría haciendo desde hacía horas—. A veces creo que estoy destinado a perder a toda la gente a la que quiero.

—Shhhhh. —Me acerqué y corrí a su lado. Me agaché junto a él y le cogí las manos—. Hay muchísima gente que te quiere y sigue aquí. Que te... queremos.

No me respondió con palabras, pero me acarició la cara con una ternura que no había conocido en él ni en nuestros mejores días. Decidimos dormir por turnos, aunque ninguno de los dos llegamos a conciliar el sueño de verdad. A eso de las cinco de la mañana, nos rendimos y nos quedamos ya despiertos, sentados en el suelo del dormitorio, algo alejados de la cama de Mateo, para poder hablar sin riesgo de despertarlo.

—¿Hasta cuándo te quedas? —le pregunté, porque sabía que pensaba pasar unos días en Madrid, pero habíamos estado muy centrados en cómo contarle a Mateo que nos íbamos a divorciar y no había tenido tiempo para la logística.

—¿Cómo que hasta cuándo...? —Me miró sorprendido—. Hasta que él esté bien, claro. No pensarás que voy a dejarte con todo el trabajo que va a dar con las muletas, ¿no? Además..., quiero darle mimos.

—Ya.

—¿Qué pasa?

—Pues, Javier..., pasa que, si te vas a quedar en Madrid unas semanas, tendremos que decirle la verdad de una vez. Ya le hemos ocultado bastante las cosas, no quiero ahora contarle una película para justificar que tú estés en casa de tu abuela y yo, en nuestra casa.

—¿Contárselo?! ¿Pretendes que le vengamos con el «papá y mamá se van a divorciar» cuando acaba de sufrir una conmoción y tiene una pierna rota?

—¿Y entonces? ¿Qué hacemos?

—Pues no lo sé. Pero ahora mismo el divorcio es la última de mis preocupaciones, sinceramente. Ya habrá tiempo.

—No, en serio, Javier. Ni siquiera voy a intentar entenderte. —Resoplé, intentando tranquilizarme y que los nervios de la jornada no se me fueran en forma de enfado con él—. Pero el caso es que hoy nos vamos a casa y algo hay que hacer.

—Puedo quedarme en casa. En... en *tu* casa.

—Te había entendido. Sí... Será lo mejor, supongo.

—Por Mateo.

—Sí, claro. —Asentí—. Por Mateo.

Aquella tarde, después de los últimos chequeos a Mateo y de que le trajeran unas muletas que dominó rápido, cogimos un taxi y nos marchamos a casa. Nos habían advertido que las tres primeras semanas de convalecencia debían ser de reposo casi absoluto, así que se aproximaban tiempos... *extraños*.

—Voy a prepararte la cama del *office*, ¿vale, enano? —le pregunté a Mateo en cuanto entramos.

—¡No! —Se enfurruñó, se cruzó de brazos y se sentó en el primer peldaño—. ¡Quiero dormir en mi cuarto!

—Pero, Mateo, ¿no ves que no puedes subir y bajar las escaleras con las muletas?

—¡Sí que puedo! ¡Mira! —Se levantó, las recuperó del suelo e hizo amago de dar un par de brincos.

—¡Eh, eh, eh! Vamos a tranquilizarnos. —Javier lo alzó al vuelo y a Mateo se le escapó una risita—. Si quieres dormir en tu cuarto, yo te subiré y te bajaré en brazos, peeeero...

—¿Qué?! —le preguntó Mateo con cara de ir a aceptar cualquier condición.

—Me tienes que prometer que no intentarás subir ni bajar sin que yo te lleve.

—Prometido.

—Y si quieres tirarte por la ventana —murmuré—, yo te daré un empujoncito.

—¿Qué dices, mamá?

—Nada. Tu padre..., que es todo amabilidad.

Javier me dirigió una mirada de disculpa y yo puse los ojos en blanco. Se llevó a Mateo al sofá y le puso el canal de los dibujos que siempre veía.

—Peeerdón... —me dijo al regresar a la cocina.

—No, si yo te perdono, pero, como te pases tres semanas consintiéndole todo, voy a acabar matándoos a los dos.

—Es que pone esa carita...

—¡Venga ya! —Se me escapó una carcajada, la primera de los dos últimos días—. Ahora cuéntame cómo vamos a dormir, porque que Mateo durmiera en el *office* nos dejaba carta blanca en el piso de arriba. Ahora lo vamos a tener enfrente de mi dormitorio.

—Pues... ya nos apañaremos.

Pero después de haber cenado puré de patatas con salchichas —la comida favorita de Mateo —, de haber visto un rato la tele y de haber subido a acostarlo..., seguíamos sin saber cómo

solucionar el asunto.

—¿Sigues teniendo el edredón aquel que era tan gordo que no podíamos usarlo ni en enero?

—Sí. Está en el altillo.

—Pues dormiré encima de él, en el suelo. —Javier señaló el espacio junto a la cama.

—No sé, Javier...

—No te preocupes. Ese edredón doblado al medio es más grueso que el colchón.

Nos acostamos así, con bastante incomodidad, al menos por mi parte, porque a Javier se le veía en su salsa. Tardé muchísimo en conciliar el sueño, a pesar de que llevaba mil horas despierta, pero es que... estaba deseando decirle a Javier que se subiera a la cama. Nos conocíamos desde que éramos unos críos, era ridículo que no pudiéramos compartir colchón. Pero, al mismo tiempo..., no era apropiado. Porque me atraía..., que es un eufemismo de que seguía enamorada de él, en realidad. Y porque, hasta donde yo sabía, Javier tenía una novia y... No, definitivamente, no era apropiado.

Así nos pasamos tres noches. Por las mañanas, yo me iba a la redacción y los dejaba a ellos jugando o viendo la tele. Cuando regresaba, Javier tenía algún plato preparado y comíamos todos juntos. Me sentía extraña, como si las rutinas de nuestra vida anterior se hubieran dado la vuelta. Y me sentía bien, al mismo tiempo. Tal vez demasiado bien, teniendo en cuenta que aquella era una situación provisional y yo parecía haberme adaptado a ella en menos de media semana.

La cuarta noche, Mateo abrió la puerta en plena noche. Llamó antes, porque esa era una norma obligatoria en casa —y a la que él se agarraría con fuerza en la adolescencia, por cierto—, pero abrió tan rápido que a Javier no le dio tiempo a subirse a la cama.

—Tengo pis. Y la puerta del baño no se abre.

La puñetera puerta del baño del pasillo necesitaba de vez en cuando un tirón fuerte que Mateo no podía darle con las muletas, así que me levanté a ayudarlo.

—¿Por qué papá estaba durmiendo en el suelo? —me preguntó, con la voz pastosa, y podría haberle contestado que unos extraterrestres habían invadido el dormitorio y lo habían lanzado fuera de la cama, porque Mateo no recordaba nunca las cosas que pasaban cuando se despertaba en mitad de la noche, pero... no. Estaba a punto de empezar un discursito de «a veces los papás y las mamás ya no duermen juntos, pero eso no significa que no se quieran» que fuera allanando el terreno a la conversación que tendría lugar unos días después, pero la voz de Javier en el pasillo me sobresaltó.

—Porque la bruta de mamá me dio una patada mientras dormía y me tiró de la cama.

La risa estridente de Mateo y el alboroto que montó Javier al cogerlo en brazos me distrajeron. Le di un beso al niño y regresé a la cama. Javier entró un minuto después y me fijé por primera vez en su aspecto. El pantalón de pijama le quedaba algo flojo y la camiseta se le adhería a los músculos de una manera que... por Dios. Qué difícil me lo ponía.

—Pues... tenemos un problema —le dije.

—Hazme un sitio en la cama, Lena, no me jodas. Con lo grande que es, aún cabrían seis personas en medio.

—No, si por mí encantada. —No sé cuán verosímil resulté en eso de hacerme la durita, pero yo no me creí—. Pero... ¿a tu novia no le molestará que duermas con tu exmujer durante semanas?

No me respondió. Se sentó en su lado de la cama y se arropó con el nórdico. Yo me di la vuelta, a pesar de que tenía por costumbre mirar hacia ese lado al dormir. Pero estaba cortada. No sé, tímida..., un poco tonta. Apenas se oía la respiración de Javier, así que di por hecho que se había quedado dormido. Por eso me asustaron sus palabras cuando las pronunció en voz alta.

Y mucho más cuando las asimilé.

—No estoy con Tamara ya. En realidad... —susurraba—, en realidad no estoy con ella desde hace más de seis meses.

—¿Qué? —Me incorporé en la cama y encendí la luz de la mesilla. Era viernes, al día siguiente no teníamos que madrugar, y yo quería tener esa conversación, aunque nos llevara toda la noche. *Necesitaba* tenerla.

—Se acabó antes del verano. —Me reconoció con un encogimiento de hombros que no supe interpretar.

—¿Y ahora...? ¿Estás...? ¿Estás...? —Maldita tartamudez selectiva.

—¿Con alguien? —me ayudó, con un deje burlón en la voz. Yo solo pude asentir—. No. *Necesitaba* estar solo. *Necesitaba*... poner esto en orden —me dijo, señalándose la cabeza.

—¿Quieres hablar?

—Sí, claro. Aunque no hay mucho que contar. Me porté como un gilipollas contigo, con ella y... también conmigo mismo. Llevo meses intentando perdonarme por ello.

—¿Te portaste mal con ella? —le pregunté, con el ceño fruncido, porque no me pegaba nada eso en Javier, a pesar de que yo había tenido mi buena ración de dolor un año y medio antes. Y porque no me lo esperaba.

—No la quise como tendría que haberla querido. Yo... —Hizo una pausa—. ¿En serio está bien que hable de esto contigo?

—Está fenomenal, Javier. Amigos, ¿no? —Le sonreí.

—Sí. Supongo, sí.

—Pues venga, cuéntame.

—Ella dio mucho más que yo. Ese es el resumen. Yo no tendría que haberme metido en una relación inmediatamente después de nuestra separación. Fue uno de los muchos errores que he cometido en los últimos dos años.

—¿Quieres hablarme de los demás? Te digo por experiencia que los errores pesan menos cuando los compartimos con otros y nos hacen ver que no eran para tanto.

—Solo que... en mi caso sí han sido para tanto. —Hizo una mueca extraña y se tapó hasta el cuello con el edredón—. Me voy a quedar aquí al menos dos semanas más, Lena. Te prometo que hablaremos de todo. Pero poco a poco. Aún... me cuesta.

Y convertimos eso en una rutina. Cada noche, antes de dormir, íbamos desentrañando todo aquello que nos habíamos perdido uno del otro durante dos años y medio, desde poco después de la muerte de Miguel. Me contó que llevaba seis meses, más o menos desde la ruptura con Tamara, yendo a una psicóloga que lo estaba ayudando a entender por qué había gestionado el duelo de una forma tan diferente a la mía. Por qué aquello nos había separado. Por qué había encontrado más consuelo en una persona desconocida que en su gente de siempre. Y también me habló de cosas más complejas. De ese miedo a la pérdida. De cómo la ausencia de sus padres había influido en que fuera más acentuado que en una persona con una infancia corriente. No habíamos hablado tanto desde que éramos unos adolescentes que se escapaban cuando podían a besarse, tocarse y compartir una visión del mundo que solo podía entender el otro; o eso nos parecía.

A los diez días del accidente, pillamos a Mateo jugando al fútbol en el jardín con las muletas. Aquella promesa a su padre de no subir y bajar solo las escaleras se quedó en nada y ya hasta a veces deslizaba el culo por el pasamanos, que era algo que tenía prohibidísimo, pero que sigue haciendo hoy en día, porque es ágil como una ardilla el tío. No tenía ningún sentido que Javier siguiera en casa. No tenía ningún sentido que no le contáramos lo del divorcio.

—Javier... tenemos que decírselo ya. Esto se nos está yendo de las manos —le susurré, mientras Mateo jugaba a la consola a unos pasos de nosotros.

—No, Lena... Aún no.

—Ven. —Le hice un gesto en dirección a la cocina y él me siguió—. ¿Se puede saber qué coño te pasa? Hace año y medio estabas como loco por firmar y ahora parece que me estás dando largas.

—Es que te estoy dando largas.

El silencio de la cocina se cargó de electricidad. Él me miró, casi como si no hubiera querido decir sus últimas palabras. Pero ahí estaban. Javier dio un paso adelante. Yo otro. La distancia entre nosotros dejó de medirse en centímetros y se convirtió en milímetros. Respiré su aliento, que olía a casa. Él cerró los ojos. Y yo... yo di un paso atrás.

Porque no era el momento.

Porque no podía ser tan fácil.

Yo no había dejado de estar enamorada de Javier y me había costado más esfuerzo dar ese paso atrás que dejar de fumar, de mordirme las uñas y de escaquearme del *cross fit*. Todo junto. Incluso había asumido que probablemente nunca dejaría de amarlo de aquella manera que se me enredaba en las entrañas. De hecho, me había sentado bien detener la lucha contra ese sentimiento. Todo el mundo me había dicho que iría desapareciendo con la distancia y el tiempo, y yo me había muerto de frustración durante meses porque ni un solo día había dejado de estar enamorada de él. Aprendí a vivir sabiendo que siempre querría a Javier, pero... aprendí a vivir.

Yo deseaba aquel beso. Mucho. No sé por qué te lo cuento, porque estoy segura de que tú ya lo sabes. Lo deseaba con toda mi alma. Y me moría de curiosidad por saber qué vendría después de él, porque para mí era evidente que no sería fruto de un calentón. Las señales estaban por todas partes. Aquellos troteos durante el verano. El posponer eternamente un divorcio que ya casi deberían habernos dado de oficio. Los mensajes cada vez más frecuentes. Todo. Estaba segura de que podríamos construir algo bueno de nuevo. Coger lo mejor de lo que siempre habíamos tenido, añadir lo que habíamos aprendido en año y medio separados y hacerlo funcionar. Pero aún no. Quedaban muchas conversaciones por mantener y muchas certezas por asegurar.

Aquella noche, me dio la sensación de que Javier dormía más cerca de mí que las anteriores.

—¿Qué os pasó? Quiero decir... ¿Cómo se acabó? —le pregunté. Ahora que sabía que Tamara era pasado ya no me parecía una amenaza a mi estabilidad emocional hablar de ella. Y necesitaba saber cómo había sido aquel Javier que fue durante más de un año novio de otra mujer.

—Llevábamos un par de meses mal. ¿Sabes todos esos detalles que te parecen adorables en alguien cuando acabas de conocerlo, pero que al cabo de un tiempo de relación te ponen enfermo?

—Claro. —Me reí—. Esos ronquiditos que me enamoraban las primeras noches que dormí contigo cuando éramos críos... y que en los últimos años hacían que te tapara la nariz y sintiera una oscura satisfacción al oír que te ahogabas un poco.

—Algo así. Pues... eso me pasó contigo. ¿Podemos hablar con total franqueza, Lena? —Me miró, muy serio. Estábamos tumbados de lado, frente a frente, en la cama. La única luz provenía de la lámpara de mi mesilla, que estaba regulada al mínimo de intensidad.

—Deja de tratarme como si fuera a romperme, Javier. Hace un año y medio que te marchaste. No va a hacerme daño lo que me digas —le respondí, con más seguridad en la voz de la que sentía dentro.

—Los últimos meses... no te soportaba. Lo siento. Me duele decirlo, te lo juro. Pero odiaba que parecieras estar tan bien después de lo de tu hermano. Odiaba que me propusieras cosas que no podía ni plantearme hacer. Conciertos, salir, viajes... Joder, yo solo quería meterme en la cama y llorar. Y tú no lo veías. No te dabas cuenta. Eras el jodido amor de mi vida, la mejor amiga que había tenido jamás... y no te dabas cuenta.

—Lo siento, Javier, yo...

—¡No! ¡Ni se te ocurra pedirme perdón! —Se pasó la mano por la cara—. Eso es lo que he tardado tantísimo tiempo en entender. No lo habría hecho sin la psicóloga, así de cazurro soy.

—¿Y qué has entendido?

—Para mí era todo muy simple, ¿sabes? Tú habías ignorado mis necesidades, me habías demostrado poquísimo amor en aquel tiempo y, justo entonces, apareció una chica guapísima y encantadora que nunca se cansaba de escucharme cuando le decía que no estaba bien, que me sentía solo... y me enamoré. O pensé que me había enamorado, que no te creas que lo tengo muy claro. Aquellos primeros meses... fueron buenos. Me mataba saber cuánto estabas sufriendo, y por eso toleré todos aquellos mensajes en los que me insultabas y algunas actitudes que no eran sanas, ni para ti ni para mí. Me dolía tu dolor. Pero yo... yo estaba bien.

—¿Cuándo se torció? —le pregunté, casi como si lo estuviera entrevistando para uno de mis artículos, como si sus palabras no me estrujaran y me expandieran el corazón con cada sílaba.

—Cuando Tamara dejó de ser la anti-Lena y se convirtió simplemente en Tamara. Cuando sus encantadores defectos empezaron a molestarme también. Cuando llegaba a casa cansado y a ella le apetecía salir. Cuando se ponía a sí misma por delante de mis necesidades.

—¿Y...? Perdona que te diga, pero ¿no es eso lo que debería hacer una persona en una relación sana?

—Por supuesto. Pero yo no lo veía. Ya te digo que he estado muy obcecado y muy ciego. Dejé a Tamara porque empecé a sentirme con ella como en los últimos meses contigo y pensé... mierda, he dejado a la madre de mi hijo, al amor de mi vida, porque creía que había encontrado algo diferente... y ahora tengo lo mismo que tenía, pero sin hijo, sin amor de mi vida... con una persona que, en realidad, no significa nada para mí.

—Eso no suena muy justo hacia ella.

—Es que, además de obcecado y ciego, también fui bastante cabrón en esa época. No me planteé que ella se había enamorado de verdad, de mí, del Javier que tiene defectos y virtudes. Yo me enamoré de lo que me dio en un momento concreto en que necesitaba algo, no de ella, de su persona.

—Entiendo.

—Lo pasé mal y me busqué una psicóloga porque tenía miedo a no volver a ser feliz nunca y a pasarme la vida haciendo daño a gente a la que quiero. Al principio no te creas que tenía demasiada fe en que aquello diera resultado, pero cuando empecé a escucharme a mí mismo decir en voz alta lo que quería, lo que necesitaba, lo que había hecho... Joder, no me reconocía. Yo había sido siempre un buen tío, creo, y me había convertido en un cabrón egoísta.

—¿Has llegado a alguna conclusión? Además de la autocrítica, que no está nada mal...

—A que mi vida puede haber parecido, o sido, trágica en algunos sentidos, pero... he vivido siempre como un rey. Mi abuela lo sacrificó todo para criarme, y hasta su herencia para pagarme la escuela de pilotos. Luego tú te quedaste embarazada y renunciaste a todo para ser madre a tiempo completo y que yo pudiera cumplir mis sueños. Tus padres me han tratado siempre como a un hijo... Incluso ahora, sé que siguen queriéndome muchísimo. —Yo le sonreí y asentí—. Me pasaba la vida viajando, volando, que es la cosa que más me ha gustado en toda mi vida. Llegaba

a casa el viernes y todo era perfecto. Mi niño, sano y adorándome, queriendo jugar todo el día. Tú, preciosa, enamorada de mí como cuando tenías quince años, manteniendo en pie esta casa. Y yo como el puto rey del cotarro.

—Y en cuanto algo se torció..., nos perdimos.

—Eso es. Hasta me olvidé de que a ti se te había muerto tu hermano. Si yo te hubiera querido como te tenía que querer, ¿sabes lo que debería haber hecho?

—¿Qué? —le dije, con un hilo de voz, porque habíamos sacado del armario los fantasmas que más dolían.

—Animarte a salir. A bailar, a cantar, a ir a todos los conciertos que te diera la gana. Si aquello te hacía olvidarte durante un rato de que Miguel había muerto..., yo debería haber sido el primero en alentarte a hacerlo. Y si no era capaz, si no tenía ganas de nada y me dolía tu actitud, al menos..., al menos debería haber hablado contigo. Hasta que nos curáramos, joder.

—Sí. Deberíamos haber hablado más.

—Así que... hace unos cuatro o cinco meses sentí que había fallado en todo. Me sentí un imbécil por cómo reaccioné a la muerte de Miguel, tan hermético, tan lejos de ti; y me sentí sucio y machista por cómo me había comportado contigo y con Tamara. Y me di cuenta de que con ella no me merecía la pena arreglar nada porque no era lo que quería. Pero contigo...

—¿Conmigo, qué? —Quise ponerme serio, pero se me escapó una sonrisita como de ilusión.

—Contigo empecé a posponer la decisión de firmar el divorcio porque quería estar seguro de todo antes de... antes de romperlo definitivamente.

—Javier, esto está roto desde hace un año y medio.

—No estará roto del todo hasta que Mateo lo sepa.

—Ya.

—Lena, si tú quieres que nos divorciemos, si estás cien por cien segura de que serás más feliz sin mí, de que has encontrado tu camino y yo solo soy un buen amigo con el que compartes un hijo..., firmamos mañana. Te lo juro.

—¿Pero...?

—Pero, si dudas lo más mínimo..., dame un tiempo. Creo que estoy empezando a entenderme del todo, a saber lo que quiero, a... —Suspiró—. No me gustaría romper por completo antes de acabar ese proceso. Pero tampoco quiero precipitarme en nada y hacerte daño de nuevo. Esta vez sí que no me lo podría perdonar jamás.

—Está bien.

Asentí sin aclarar si solo le estaba dando esas semanas para que viera claras las cosas o si estaba también confirmándole que no, yo no me sentía más feliz sin él que cuando estábamos casados.

Siguieron pasando los días y nosotros seguimos cambiando horas de sueño por conversaciones. Yo le hablé mucho de mí, de lo que me había costado ver la luz, pero también de lo bien que me sentía ahora que sabía que era una mujer independiente. Le hablé de Jorge y también de polvos de una noche que apenas recordaba. Él de esos no había tenido ninguno; en toda su vida, solo había estado con Tamara y conmigo. A ninguno de los dos nos hacía especial ilusión escuchar aventuras del otro, pero tocaba. Queríamos saber todo lo que nos habíamos perdido. Y nos gustaba hablar de lo que había ahí afuera, para aprender a valorar mejor lo que un día habíamos tenido en esa misma casa.

A mí se me llenaba la boca de ilusión al contarle los detalles de mi trabajo y él me hizo muy feliz cuando me dijo que jamás había visto esa pasión en mí en los años que trabajé en el colegio de Mateo. Le pregunté también por aquello que me había dicho de que se estaba planteando

preparar las oposiciones a controlador aéreo, y él me confesó que aquella era la época en la que más perdido estaba, cuando no sabía ya por dónde tirar..., pero que se había dado cuenta de que una de las pocas constantes en su vida, una de las pocas cosas que lo mantenían vivo incluso en los momentos más amargos, era volar. Nunca lo dejaría.

A Mateo le quitaron la escayola poco antes de las vacaciones de Navidad. Tenía que andar con cuidado unas semanas más, no apoyar todo el peso en la pierna mala, pero, en general, el médico lo había visto de maravilla. Y Javier, después de aquella consulta, llamó a su compañía aérea, se cogió juntas las pocas vacaciones que le quedaban después de aquellas semanas en casa y pidió el traslado de base a Madrid. Así, en una llamada que hizo desde el coche conmigo delante, como si no hubiera estado a punto de darme un infarto al escuchar sus palabras.

Seguimos durmiendo juntos. Cada noche. Ya no había excusas. Mateo se movía por la casa a su aire y nosotros estábamos en una especie de limbo sin normas que tendría que acabar en un futuro bastante próximo, pero que prolongábamos porque... bueno, porque se estaba muy calentito allí dentro.

—Hay algo que quiero decirte, Lena. Sobre todo esto que hemos hablado en estas semanas y que... no sé si he dejado lo suficientemente claro.

Estábamos en la cama, frente a frente. Era sábado, mi día favorito de todos, porque no estaba cansada por haber madrugado ni tenía que hacerlo al día siguiente, así que la conversación podría prolongarse todo lo que quisiéramos.

—Adelante.

—¿Sabes lo que te dije sobre que me había dado cuenta de que me había convertido, sin ser muy consciente, en una especie de rey en mis relaciones?

—Sí.

—Pues hay dos cosas que quiero aclarar sobre ello.

—Dime.

—La primera es que eso no puede ser. No es sano ni justo. Yo no puedo crearme el rey de ninguna parte.

—¿Y la segunda? —Empecé a temblar. Instinto, supongo.

—La segunda es que, si fuera así..., la única reina que querría a mi lado serías tú, Lena.

Le respondí con un silencio eterno, porque ¿qué iba a contestar a algo así? Mi mente empezó a funcionar a millones de revoluciones por minuto porque en esa cama... ahí ya no había un coqueteo ni una sospecha ni nada tan ambiguo. Había una proposición. Y yo tenía que encontrar todas las razones en contra para descartarlas, para no arriesgarme a que aquello volviera a salir mal. Era una apuesta demasiado fuerte.

—Javier, tú...

—¡Dios! Pensaba que no ibas a volver a hablar nunca. Casi me cago encima.

—Es adorable que introduzcas el verbo «cagar» en este contexto. —Nos reímos, creo que más por aliviar tensiones que por humor—. ¿Estás seguro de que todo esto no es consecuencia del susto tan enorme que nos hemos llevado con Mateo? Que no...

—¿Mateo? ¿El mismo Mateo que hoy estaba en el garaje probándose los patines? Si te lo hubiera propuesto la noche del hospital, entiendo que pudieras pensar eso, pero, Lena..., llevo ya semanas aquí. Y no puedo soportar la idea de tener que irme de nuevo algún día.

—Te has vuelto a acostumbrar a la vida de familia, a estar con Mateo a diario, a...

—No, cállate. Y date la vuelta, por favor. Hay cosas... hay cosas que prefiero decir sin que me mires a los ojos.

Le hice caso y me giré. Mantuve la vista en un punto fijo de la pared para concentrarme solo

en las palabras, en las sensaciones. El brazo de Javier me rodeó la cintura y, por primera vez en todas aquellas noches, pegó su cuerpo al mío. Hasta entonces habíamos sido muy firmes en mantener la distancia de seguridad.

—Adoro nuestra vida. La que tuvimos. La que podríamos tener a partir de ahora. He tardado mucho en darme cuenta de lo increíblemente confuso que estaba cuando pensaba que podría haber algo mejor que esto. Me encanta levantarme por la mañana y preparar el desayuno para vosotros. En esta casa, que es lo que siempre soñé y donde me siento más en un hogar que en ningún otro lugar. Me encanta que Mateo me busque en su día a día, que no tenga que coger un avión para pasar tiempo con su padre. Me encanta que no te arregles delante de mí, que te sientas la mujer más *sexy* del mundo descalza y en chándal, porque... ¿Sabes qué? Lo eres. Y me encanta sentir que tus padres son los padres que no tuve, me encanta Madrid, y hasta Martina, aunque sea un dolor de huevos la mayor parte del tiempo.

—Javier...

—No he terminado. —Suspiró y su aliento me hizo cosquillitas en el oído—. Pero no es por nada de todo eso por lo que quiero volver. Lo que echo de menos de verdad es a ti. A ti, joder, Lena. Parezco un crío, sin dejar de pensar en ti en todo el día. Teniendo taquicardias cuando me suena el móvil y veo que es un mensaje tuyo. Me pone enfermo pensar que has estado con otros... y también que yo lo he hecho. Eso no es familia, Lena, eso es que estoy enamorado de ti. Que me lates dentro. Echo de menos tocarte.

—Tócame. —Sus manos volaron de mi cintura a mis muslos y empezó a acariciarlos, arriba y abajo. Sus labios se posaron durante un segundo en la piel de mi hombro y me estremecí.

—Echo de menos sentirte. —Sus dedos se colaron por la cinturilla del pantalón de mi pijama y... bajaron—. Echo de menos que te corras en mi mano. Echo de menos correrme dentro de ti. —Sentí su sexo clavado en mi culo y un escalofrío me recorrió entera—. Quiero volver a besarte, a follar contigo. Quiero meter la cabeza ahí abajo y que grites a lo loco, montando escándalo. Quiero pillarte desprevenida en la cocina y que tengamos que hacerlo bajito para que no nos descubra Mateo. —Sus dedos se empaparon debajo de mis bragas y yo gemí—. Esas son mis razones, Lena. Lo que somos como familia, por supuesto, pero... tú. Tú eres la única razón.

Me di la vuelta para que quedáramos frente a frente y me saqué los pantalones por el camino. Antes de que él pudiera hacer nada, bajé la cinturilla de los suyos y lo agarré con fuerza.

—Creo que podemos empezar por eso de que quieres besarme.

Esbozó una media sonrisa canalla que me calentó más de lo que ya estaba. Que me devolvió a aquellas tardes de mis quince años en que el corazón me hacía *bum bum* cuando él me miraba así. Su lengua me salió al encuentro, acarició mis labios y se adentró en mi boca. Y ahí, al fin, pude cerrar los ojos.

Porque al fin estaba en casa.

Era el 22 de diciembre de 2008. Los periódicos decían que el gordo de la Lotería había estado muy repartido, en todas partes sonaba el *Viva la vida* de Coldplay y, mientras el mundo entraba en crisis, nosotros nos escapábamos de la nuestra. «El mundo se derrumba y nosotros nos enamoramos», que decía Bogart en *Casablanca*.

Nos corrimos entre jadeos y gritos contenidos. Nos dio un poco la risa tímida cuando, en el fragor postcoital, nos vimos desnudos por primera vez en mucho tiempo. Javier pasó las yemas de sus dedos por aquel tatuaje que significaba tanto. Me dijo que me quería. Y yo a él. Me miró a los ojos y vi en ellos tanta verdad que supe que ya no había vuelta atrás.

—Quiero quedarme, Lena. Dime que no lo estoy malinterpretando todo. Dime que quieres que me quede.

—Bienvenido a casa, Javier.

Esa fue la tercera vez que vi llorar a Javier. La última hasta hace unos días.

11

Iré yo

Me despierto con la espalda hecha un siete y la angustia instalada en la boca del estómago. Lo primero, porque Javier estas últimas noches se remueve incómodo cada poco rato y yo, de forma inconsciente, tengo miedo a molestarlo y acabo durmiendo en el filo del colchón. Llevo un par de noches alternando ratos en la cama con otros en el sofá, a donde creo que acabaré trasladándome definitivamente hoy, porque lo de dormir juntos a pesar de todo lo que está pasando ha sido precioso, pero hasta esa posibilidad se nos está acabando.

Y la angustia... es porque hoy se acaba el plazo para enviar a la organización del concurso el nombre del adulto que acompañará a Dani a Londres. Hace un par de días, al fin me armé de valor y llamé a Isabel, la madre de su amigo Luis, pero los pillé pasando unos días en el pueblo de su marido y solo me dijo que se lo pensaría y que me diría algo esta mañana. A veces olvido que el mundo fuera de esta casa sigue girando y que la responsabilidad de acompañar fuera de España a un niño de nueve años al que solo te une su amistad con tu hijo no es algo que a la gente le haga especial ilusión.

—Lena, Lena —me llama Javier con urgencia, pero por su tono sé que no ocurre nada grave; hoy ha dormido hasta media mañana después de la visita del médico y se encuentra más o menos bien—. ¿Dónde está Dani? ¡No veo a Dani!

Me río, porque nuestro hijo pequeño está corriendo como un loco por todo el salón, *vestido* con la capa de invisibilidad que le trajo Martina de un viaje a Florida el año pasado. Y, claro, cuando la lleva puesta, se supone que no deberíamos verlo, aunque solo Javier cumple siempre a rajatabla lo de fingir que se ha vuelto invisible. Por suerte, Dani está convencido de que seré yo quien lo acompañe a Londres y que el formulario está enviado hace semanas, porque, si no, supongo que estaría en un nivel de histeria incluso superior al que tengo yo, que no dejo de mirar el móvil, esperando la llamada que puede rescatarnos al menos un poco de ilusión en estas semanas tan negras.

—¡Estoy aquí, papá! —Dani se quita la capa y se lanza sobre la cama. Yo tengo que retener el instinto de pedirle que tenga más cuidado, porque estos momentos son de los pocos en los que veo sonreír a Javier como si nada estuviera ocurriendo.

—Dani —se pone serio—, tienes que dejar de usar la capa de invisibilidad delante de *muggles*. Puedes tener problemas con el Ministerio de Magia. Y eso no es lo que queremos a pocos días del concurso, ¿verdad?

—Mmmmm... Puede que tengas razón.

Se me dibuja una sonrisa porque Javier no ha dudado ni una sola vez que encontraremos una solución al tema del viaje. Parece que no se dé cuenta de que la cruda realidad es que, si la madre de Luis nos dice que no..., nos habremos quedado sin opciones.

Estamos picoteando unas galletitas saladas —porque conmigo en los dos embarazos eran mano de santo para las náuseas y hemos descubierto que a Javier tampoco le van mal—, cuando Mateo hace su aparición estelar en el salón. Más dormido que despierto, con un pantalón corto de

pijama que debía de ser de su talla hace dos años y rascándose la entrepierna a placer.

—Hijo, por Dios..., qué espectáculo.

—Buenos días —responde en medio de un bostezo que ha debido de dejar sin aire a toda la zona noreste de Madrid. «Buenos días», a las doce y media de la mañana. Genio y figura.

—Di que sí. Ven a comer unas galletitas, anda —le dice Javier, conteniendo la risa.

—Vale.

Se siente al borde de la cama y le da un beso a su padre, mientras picotea del bote de galletas. Mateo siempre ha sido cariñoso, más que Dani, pero en los últimos tiempos no deja pasar la oportunidad de demostrarle cualquier gesto de afecto a Javier.

—Madre —me llama, con la boca llena—, ¿dejamos a estos dos con sus tontadas de Harry Potter y vamos a preparar algo rico de comer?

—¿A ti desde cuándo te ha dado por la cocina? —le pregunta Javier con el ceño fruncido.

—Meh... —Se encoge de hombros—. Fue una cuestión de supervivencia cuando pensabairme a vivir fuera, pero le he cogido el gusto.

—Hay una chica implicada en esto... —digo por lo bajo, pero con toda la intención de que me escuche. Dani y Javier empiezan a partirse de risa. Mateo hace amago de protestar, pero al final se contagia y se rinde a la evidencia.

—Vamos, anda. —Se acerca a mí y me lleva a empujones hasta la cocina. Las risas de fondo de Javier y Dani quedan atrás.

—A ver, ¿qué quieres hacer? —Abro el frigorífico y compruebo qué ingredientes tenemos—. Podríamos probar con una lasaña, pero me parece un poco cruel con papá hacer su comida favorita cuando no puede probarla sin ponerse fatal.

—Da igual la comida. —Me doy la vuelta y lo miro sorprendida—. Quería hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—¿Estás esperando la llamada de la madre de Luis? —me pregunta, señalando con el dedo el móvil que tengo aferrado en la mano, casi como si tuviera miedo de que se vaya a escapar—. Porque te veo a punto de sufrir un infarto o de romper el iPhone de tanto apretar.

—Es que no sé nada de ella. Quedó en llamar por la mañana, pero...

—Olvídate de la madre de Luis.

—Pero, Mateo, es la única opción...

—Iré yo.

—¿Qué? —Entiendo sus palabras cuando las pronuncia, pero no sé si acabo de asimilarlas.

—Que yo llevaré a Dani a Londres. No sé si te has dado cuenta, mamá..., pero esa sí es la única opción.

Me siento en la mesa, porque me han empezado a temblar las piernas. Bueno, y las manos también. Entierro la cabeza entre ellas y resoplo. Porque tiene razón. No sé si es la mejor opción, pero sí que es la única. Cuando todo esto empezó, ni siquiera era mayor de edad, así que nunca lo barajé como una posibilidad. Por eso y por mil razones más.

—Es una locura, Mateo. No sé ni por dónde empezar a explicarte todo lo que me parece mal de esa opción.

—Empieza, en serio... Yo estoy un poco cagado con la idea, así que quizá consigas disuadirme —me responde, no sé si en broma o en serio, o en qué porcentaje de mezcla de ambas cosas. Se levanta, se sirve un café y vuelve a sentarse.

—Para empezar... no tienes pasaporte. Y ese es un dato que hay que enviar, como muy tarde —miro mi reloj—, dentro de dos horas. Así, por empezar ya por el final y decirte que ha sido muy dulce por tu parte proponerlo —me acerco a él y le acaricio una mejilla—, pero no puede

ser.

—Salvo por este pequeño detalle.

Se echa la mano al bolsillo trasero del pijama y saca un pasaporte con pinta de ser nuevo. Lo tira encima de la mesa y se me queda mirando con una sonrisa burlona que no consigue que a mí se me cierre la boca.

—Me lo hice al día siguiente de cumplir los dieciocho. Me parece que vas a necesitar otro argumento en contra.

—Mateo, ¿esto...?

—Sí, llevo tiempo pensando en que, si no surgía otra opción, yo podría llevar a Dani.

—Pero... ¿tú te ves preparado para cuidar de un niño de nueve años tres días y pico en un país extranjero?

—Joder, mamá, lo estás pintando como si nos fuéramos con una mochila y una cantimplora a recorrer Afganistán. Los de la organización nos recogerían en el aeropuerto, nos llevarían al hotel y nos devolverían sanos y salvos el último día. No veo el riesgo, a no ser...

—¿Qué? —le pregunto, un poco distraída, porque la idea de Mateo empieza a tomar forma en mi cabeza.

—A no ser que no te fíes de mí. —Desvía la mirada, pero no le permito hacerlo, así que lo tomo por el mentón.

—Por supuesto que me fío de ti. Papá y yo nos fiamos. Al cien por cien. Y mucho más en cualquier cosa que tenga que ver con Dani.

—Vale. Pues... ¿entonces?

—Es que sois muy niños aún, Mat... Me da miedo mandaros solos a Londres.

—Mira, mamá... —Mateo suspira, se levanta a por otro café y se pasa las manos por la cara—. Nada de lo que nos está pasando es normal, ¿vale? Yo no me veo como un chico de dieciocho años *normal*, no sé..., como Pablo o como Sergio o como cualquier otro de mis amigos. No digo que sea algo malo... O sea, claro que es mala la razón por la que las cosas han cambiado, pero... ¿estás entendiendo algo de lo que digo?

—Sí —le respondo, con una sonrisa—. Que te has hecho mayor. Que ojalá hubiera sido por otra razón, pero... has madurado mucho de golpe.

—Algo así.

—Mateo... Me estoy viniendo arriba, ¿vale? —Él se ríe porque ni siquiera puedo ocultarlo; estoy sonriendo más de lo que lo he hecho en los últimos meses—. ¿De verdad crees que es posible?

—Tengo dieciocho años, soy familiar directo, hablo inglés, tengo un pasaporte en vigor, Dani estará encantado y...

—¿Y?

—Y hasta me he leído los libros del puto Harry Potter estas últimas semanas. Me queda la mitad del último.

—¿Y qué tal?

—Al final no van a estar tan mal...

Nos reímos y yo me levanto a empezar a preparar la comida, unos calabacines con algo de parmesano esparcido, más por estar distraída que porque alguien en esta casa tenga hambre de verdad. Las palabras de Mateo y su propuesta no dejan de darme vueltas en la cabeza. Él es la única posibilidad real de que Dani viaje a Londres y, en caso de que no sea así, en poco más de una hora tendría que estar diciéndole a mi hijo pequeño que ese concurso para el cual ya tiene decidida incluso la ropa que llevará... se quedará en una triste —muy triste— anécdota. Y es

verdad que tengo miedo, que nunca me planteé que ambos viajaran solos siendo tan pequeños aún, más que a algún campamento de verano o viaje de idiomas en los que van controlados por monitores. Pero también es una verdad enorme —y de nuevo muy triste— que Mateo ha vivido más en los últimos meses de lo que muchos de los chicos de su edad tendrán que afrontar en años.

—Hay algo más, Mateo... —Me siento de nuevo a su lado, después de programar el horno.

—¿Qué pasa?

—Espera... —Me acerco a la puerta que comunica la cocina con el salón para comprobar que todo está en orden; Javier se ha quedado dormido y Dani está hojeando un ejemplar de bolsillo del primer libro de la saga que está tan manoseado que no sé ni cómo aguanta—. Vale, están bien. Mateo, es precioso que hayas hecho esto por tu hermano, que hayas pensado en él, en cómo ayudarlo a cumplir su sueño...

—Vale, ya, madre, que me vas a subir los colores. ¿Qué es lo que pasa?

—Que, además de en Dani... —suspiro, porque se me escapan las emociones en el aliento, lo juro—, tienes que pensar en ti.

—Ya pienso en mí.

—No, no lo haces. Ir a Londres con Dani... ¿Entiendes que eso supone que renuncies a pasar con tu padre los que pueden ser sus últimos días?

—Mi padre... —Se le llenan los ojos de lágrimas y, claro, yo voy detrás—. Prefiero recordar al padre que estaba al cien por cien que a lo que va quedando de él día tras día. Bueno..., no es que lo prefiera yo. Es que sé que es lo que él preferiría si se lo preguntara.

Asiento con la cabeza y me levanto para sacar la comida del horno. La sirvo en unas bandejas y las preparo para llevarlas al salón, porque ahora Javier ya apenas se levanta lo justo para ir al cuarto de baño —por mucho esfuerzo que le cueste, se niega a solucionar esa *cuestión* de otra manera mientras pueda evitarlo— y solemos comer todos alrededor de su cama.

—¿Se lo decimos ahora a Dani? —Mateo asiente y yo vuelvo a consultar la hora—. En cuanto acabemos de comer tengo que enviar toda la documentación. Les explicaré a los de la organización que las circunstancias de vuestro viaje son un poco diferentes...

—No, mamá. No les digas nada. A nadie tiene por qué extrañarle que Dani vaya con su hermano mayor. Deja... deja que seamos dos niños normales durante tres días, aunque nuestro mundo se esté desmoronando en Madrid.

De nuevo, asiento y volvemos al salón. Javier está ya despierto, Dani sigue dando brincos con la capa de invisibilidad a los hombros y Mateo y yo dejamos las bandejas sobre la mesa, que hemos colocado al lado de la cama de Javier, para que parezca que hacemos algo parecido a comer en familia. Me invade una extraña serenidad, como si el mayor problema de nuestra vida hasta ahora hubiera sido el asunto del concurso de Dani y todo se hubiera solucionado.

Como si hubiéramos vuelto a los años de vino y rosas.

XI

Años de vino y rosas

Después de que Javier volviera a instalarse en casa, tuvimos que hacer un esfuerzo para no olvidar los más de dos años que había durado nuestra *crisis*. Con esa palabra englobamos lo que había sido nuestro distanciamiento después de la muerte de Miguel, aquellos meses raros en que cada día nos separábamos un poco más y, por último, el año y medio casi divorciados. Y tuvimos que hacer un esfuerzo porque todo fluyó de forma tan natural que casi parecía que aquello nunca hubiera ocurrido. Pero sí. Había pasado. Y era necesario recordarlo para tener claro que no se repetiría. Que habíamos aprendido.

Yo había aprendido más sobre mí misma, y también sobre el verdadero significado del amor, durante aquella separación que en todas las demás experiencias de mi vida juntas. Más que al enamorarme en la adolescencia, más que al quedarme embarazada en la universidad, más que al dar tumbos por el mercado laboral y más incluso que al perder a mi hermano. Nunca hasta aquel año y medio había tenido que bucear en mi interior para entenderme, para conocerme, para encontrarme con una mujer que fue al principio más débil de lo que nunca había pensado que sería, pero que acabó renaciendo con una fuerza que jamás supo que guardaba en su interior.

Y allí estábamos. De vuelta en casa. Enfrentándonos a una segunda oportunidad en la que, si nos hubieran preguntado unos años atrás, tal vez habríamos dicho que no creíamos. Porque cuando todo va bien, cuando estamos enamorados y no vemos ni una grieta en la corteza de nuestra relación, tendemos a pontificar. A soltar verdades universales. Y una que yo había escuchado muchas veces —y dicho alguna— era que «segundas partes nunca fueron buenas». Pues allí estábamos nosotros, dispuestos a desafiar esa *verdad* que en realidad no es más que una generalización injusta. A nosotros nos funcionó. Es más, con el paso del tiempo, me atrevería a decir que aquella separación nos hizo mejores. Mejores personas por separado y más sólidos como pareja.

Javier regresó, cargado con tres cajas y un par de maletas, y la rutina volvió a instalarse en casa. Yo trabajaba por las mañanas en la redacción y había aprendido a valorar pequeñas cosas de la vida que en otro momento me habrían pasado desapercibidas. Como la sede de la revista estaba en aquella época en pleno centro, y a pocas calles del museo donde trabajaba Martina, aprovechaba muchos días para comer con ella, perdernos en alguna exposición o entregarnos al hedonismo puro y duro en tardes de compras y cañas que se nos iban un poco de hora. Por primera vez en muchísimos años, sentía que vivía en el mismo planeta que mi mejor amiga. Sí, yo estaba casada y era madre, pero había probado la soltería y no me había gustado. Y ella seguía picando de flor en flor, porque había probado las relaciones estables y no le habían gustado. Sin más. Ya no le daba a aquello la importancia del pasado, ya no tenía la sensación de haberme perdido nada y mi trabajo me llenaba tanto que ni siquiera me importaba dedicar horas al ocio, o a Mateo o a visitar a mis padres al salir de la redacción y quedarme luego por la noche acabando mis tareas hasta bien entrada la madrugada.

Javier consiguió rápido su traslado a Madrid y siguió con una rutina de vuelos similar a la

que había tenido antes de marcharse a Barcelona. Ahora tenía que trabajar algunos fines de semana más, pero a cambio libraba a menudo entre semana. Esos días aparecía por el centro a recogerme y aprovechábamos la casa vacía, antes de que llegara Mateo, para devorarnos. Por todo lo que nos habíamos echado de menos durante dos años. Pero, sobre todo, porque no éramos capaces de mantener las manos alejadas uno del otro.

Mateo crecía sano y feliz. Lo único extraño, de hecho, es que no se hubiera roto otra pierna aún, porque cada día que pasaba era más cabra. Nos hacía reír a todas horas y Javier se abandonaba de vez en cuando a la melancolía y me confesaba que no era capaz de reconocerse en aquel hombre que había podido vivir un año y medio lejos de su hijo. Y con esas conversaciones y muchas otras que yo mantenía conmigo misma, una idea empezó a fraguarse en mi mente.

Quería volver a ser madre. Quería volver a pasar por toda la experiencia, la más bonita de mi vida, pero sin ninguno de los inconvenientes de que el embarazo llegara por sorpresa y antes de tiempo. Sin problemas económicos, sin renunciaciones profesionales, sin ser *los raros* de nuestro grupo de amigos. Al contrario. Con una relación de pareja más sólida que nunca, con la casa que siempre habíamos soñado para criar a nuestra familia, con nuestras personalidades forjadas por experiencias negativas que nos habían preparado para pasar los momentos duros que estuvieran por venir.

Solo me faltaba hablarlo con Javier. Y cruzaba los dedos para que él opinara igual.

Elegí una noche de primavera para decírselo. Hacía unos cuatro meses que él había vuelto a casa y me costaba creer que algún día se hubiera ido. Habíamos cogido por costumbre tomarnos una copa de vino en el salón en las noches relajadas, cuando al día siguiente no teníamos que madrugar y Mateo ya estaba dormido. A Javier siempre le había encantado el vino tinto y había ido aprendiendo bastante con los años, así que el mueble del salón estaba desbordado de botellas que traía de sus viajes o que compraba cuando se ponía *gourmet*. Aquella noche abrió un Château Langoa Barton de Saint Emilion que compramos en una escapada a los castillos del Loira que habíamos hecho aquella Semana Santa.

—Mmmmm... —Me puse un poco tontorrón y me pegué a él en el sofá—. ¿Qué celebramos?

—No celebramos... aún. —Sonrió y me dio un beso que me dejó las piernas hechas gelatina—. Es que hay algo que quiero proponerte y... lo mismo me mandas a la mierda.

Lo miré y lo supe. Que él había tenido la misma idea. Que quería ser padre y le daba miedo que a mí no me pareciera bien. Porque hacía poco tiempo que habíamos vuelto a apostar por lo nuestro; por si mi nueva carrera profesional se veía afectada; por si, ahora que Mateo ya era mayorcito, no quería volver a entrar en la espiral de pañales y biberones.

Le sonreí y le dije que lo quería. Nunca me cansaba de decírselo.

—Yo también tengo algo que proponerte, así que... ¿lo decimos los dos a la vez?

—Vale —me respondió con el ceño fruncido—. Tres, dos, uno...

—Quiero que tengamos otro hijo —solté.

—Quiero que montemos una bodega en el sótano —dijo él.

¿¿Perdona?? En ese momento, quise clavarte un tenedor en el culo.

Le aticé con un cojín —porque no tenía el tenedor a mano— y empecé a llamarlo gilipollas por haberme generado la ilusión de que íbamos los dos en el mismo sentido cuando él estaba pensando en hacer obras. ¿Es que nunca iba a cansarse de las reformas? ¿Tenía vocación frustrada de albañil o algo? Lo miré con mi peor cara de odio y a él... a él le dio la risa. Y yo me contagié porque, para qué engañarnos, el momento había sido cómico.

—Joder, lo del bebé también... —dijo, con una voz a medio camino entre la vergüenza y la diversión—. Llevo deseándolo desde que volví, pero pensaba que me llamarías loco si lo proponía tan pronto. ¿Me odias?

—Bastante. Pero más por la perspectiva de volver a tener la casa llena de obreros que por otra cosa.

—Entonces... —su mirada se tiñó de ilusión y tuve que tirar de fortaleza vital para seguir haciéndome la durita—, ¿vamos a hacerlo?

—Sí. —Decidí burlarme un rato más de él—. Con la cantidad de espacio libre que tenemos en el sótano, creo que podremos montar una buena bodega.

—Idiota. —Fingió enfado cruzándose de brazos.

—Y lo otro... —Me puse un poco más seria.

—¿Sí? —Javier me atrajo más hacia sí y yo pasé una pierna sobre las suyas para quedar a horcajadas sobre su cuerpo y con nuestras caras a pocos milímetros.

—¿Lo hacemos?

—Esa frase me parece un comienzo prometedor.

Aquella noche, sobre el sofá del salón, inauguramos una nueva tradición y confirmamos una en la que ya teníamos experiencia.

La nueva tradición fue conservar los corchos de las botellas de vino que bebíamos en momentos especiales. Javier cogió un rotulador permanente de punta fina que guardábamos en el cajón de la mesita esquinera y escribió en el corcho de aquella botella de vino francés: «La de la noche en que decidimos volver a ser padres». La metió en un jarrón de cristal que yo siempre protestaba porque estaba vacío, porque Javier no era muy dado a regalarme flores. Y después dijo que debíamos abrir otra porque no quería perder la oportunidad de escribir: «La de la noche en que decidimos construir una bodega». Lo hicimos.

Y entre la chispa que nos dejó en el cuerpo habernos bebido dos botellas de vino y algún tipo de predisposición genética extraña, confirmamos aquello que ya habíamos descubierto poco después de cumplir los veinte. Que éramos inusualmente fértiles. Aquella noche, lo hicimos sin protección por segunda vez en dieciséis años. Y en las dos dimos en la diana.

Dani nació una mañana gélida de enero del año 2010. Los dolores de parto me pillaron en el cine, porque Javier se había emperrado en ir a ver *Up in the Air*. Las películas relacionadas con aviones, aunque fuera de refilón, se habían convertido en cita obligada. Ni siquiera nos dio tiempo a pasar por casa. Cogimos un taxi, en el que, como en el resto del planeta Tierra, sonaba *Bad Romance*, de Lady Gaga, y llegamos a un hospital en el que habíamos vivido momentos horribles y que, desde aquel día, ya solo queríamos que estuviera unido a uno feliz.

El parto duró más horas de las que pensé que soportaría mi cuerpo y, cuando ya parecía que la única solución sería que me hicieran una cesárea, Dani decidió sacar la cabecita y decir hola al mundo. Pesó algo más de tres kilos, tenía una mata de pelo claro que me hizo pensar que al menos uno de mis hijos habría heredado algo de mi genética y, aunque toda la experiencia global fuera a ser diferente, lo que sentí al verlo en brazos de su padre no varió en nada con respecto a lo que había sentido ocho años y medio antes.

Regresamos a casa con unas sonrisas que no nos cabían en la cara por la ilusión, aunque también con un poco de miedo a la reacción de Mateo. Se había pasado todo el embarazo haciendo preguntas que no reflejaban muchas ganas de convertirse en hermano mayor. Que si dónde dormiría, que si lo íbamos a querer más que a él, que si los abuelos también iban a ser de los dos o seguirían siendo solo suyos. Vamos, que estábamos preparados para los celitos.

Pero no llegaron. Cuando abrimos la puerta y atravesamos el comité de bienvenida que

habían montado mis padres y Martina, Javier se agachó para presentarle a Dani. A Mateo se le abrió la boca en un «¡oh!» que hasta llegó a decir en alto y se quedó un buen rato con los ojos como platos. Después dijo que no sabía que iba a ser un bebé de verdad y se echó a llorar. Mateo en estado puro. Un poquito lento pero demasiado tierno para ser real.

Desde ese día, se convirtió en la sombra de Dani. Tanto que fue imposible sacarlo de nuestro cuarto la primera noche en casa... ni en las tres semanas siguientes. Cuando vimos que estaba más que dispuesto a dormir en el suelo junto a la minicuna, decidimos que, ya que nadie iba a poner cordura, al menos nosotros podíamos aportar la comodidad y le hicimos un sitio en la cama. Por suerte, a Mateo siempre le ha gustado dormir y, después de veinte días despertándose al ritmo de la lactancia a demanda, decidió volver a su cuarto.

Una madrugada, mientras daba de comer a Dani, Javier me señaló aquel tobillo en el que nos habíamos tatuado la fecha de nacimiento de Mateo y puso cara de resignación. A mí me dio la risa, porque sabía que él le tenía un poco de pánico a las agujas, pero también que no dejaría pasar la oportunidad de llevarse para siempre ese recuerdo de un día que había vuelto a cambiarnos la vida. Cuando vimos la diferencia de intensidad entre el color de un tatuaje y de otro, nos pareció un bonito recordatorio de que el tiempo había pasado. Y, a pesar de tantos avatares, nosotros seguíamos recorriendo la vida de la mano.

Y, claro, el tiempo siguió pasando. Los meses. Los años. El jarrón de los corchos de vino, ahora instalado en la flamante bodega de la que Javier no dejaba de presumir en cuanto tenía ocasión, se fue llenando. Los viajes se convirtieron en experiencias compartidas. Las noches de deberes y tele de fondo siempre fueron algo más. Los regresos de Javier a casa después de algunas noches fuera nunca dejaron de ser una celebración. Habíamos aprendido mucho de aquella separación, pero lo más importante era que cada minuto contaba. Cada minuto cuenta. Tal vez eso es lo que nos ha mantenido cuerdos hoy en día, el saber que lo disfrutamos todo, que no nos quedó nada por vivir. Solo nos falló la eternidad.

Vendimos el antiguo piso de la abuela de Javier y nos quitamos un buen pedazo de hipoteca. Mis padres empezaron a salir del pozo en el que los había hundido la muerte de Miguel; y no fue con aquellos métodos precipitados que yo había propuesto justo después de que ocurriera; salieron a su ritmo, con dificultad y arrastrando pena, como es natural. Pero habían vuelto a vivir. Dani cumplió tres años y, el día que lo vi vestido con su uniforme, tan ilusionado por empezar las clases en «el colegio de mayores», me di cuenta de que hacía ya casi cinco años que Javier había vuelto a casa. Y que no nos habíamos arrepentido ni una sola vez de aquella decisión.

Llegó a haber momentos en aquella época en que me daba miedo ser tan feliz. Me daba miedo porque me costaba creer que fuera real. No sé si era el trauma de lo que había ocurrido con mi hermano o un pánico natural en cualquier ser humano, pero a veces sentía pavor a que algo rompiera el hechizo.

Una mañana de febrero, mis peores temores estuvieron a punto de hacerse realidad. Hacía un rato que había llegado a casa de llevar a Mateo y a Dani al colegio, y estaba sentada en la mesa del comedor, intentando acabar un artículo sobre los mejores museos de moda del mundo, aunque tenía la mente distraída porque Javier no me había llamado. Esa noche había tenido una ruta nocturna entre Madrid y Ciudad del Cabo, y hacía ya más de dos horas que tendría que haber aterrizado. Siempre me llamaba en cuanto lo hacía y yo llevaba un buen rato tratando de convencerme de que se le habrían complicado las comunicaciones o que, tal vez, el vuelo había sufrido algún retraso imprevisto, a pesar de que había salido en hora. Dejé pasar la mañana sin querer preocuparme de más, pero, al mismo tiempo, con una sensación extraña instalada en la boca del estómago. Instinto, tal vez. A la hora de comer, no aguanté más y lo llamé. Su móvil no

daba señal. Entré entonces en una web de seguimiento de vuelos que Javier me había enseñado alguna vez. No había constancia de que el avión hubiera aterrizado. El pánico me invadió. Di un par de vueltas por la casa intentando decidir qué hacer, pero no llegué a ninguna conclusión más que la que se me había ocurrido al principio: llamar a su compañía para ver si ellos sabían algo.

—¿Elena Márquez? —preguntó una voz desconocida, después de que yo pasara por una pesadilla eterna de llamadas redirigidas.

—Sí.

—La paso con el director de operaciones del aeropuerto de Barajas.

¿Sabes lo que pensé, Javier? Que te habían nombrado director de operaciones, que te habrías postulado para el puesto sin decirme nada, y que habías elegido aquella bromita para comunicármelo. Aunque no me arrepiento de haberlo pensado. Pospuso unos segundos aquel nudo enorme que se me plantó en la garganta cuando supe la verdad.

—¿Elena? Soy Pedro, hemos coincidido alguna vez en cenas de empresa.

—Sí, hola... —respondí con voz titubeante—. ¿Qué ocurre?

—Creo que deberías acercarte al aeropuerto en cuanto puedas. Nos gustaría hablar contigo.

—Pero... ¿le ha pasado algo a Javier?

—Es mejor que lo hablemos...

—Por favor, no me hagas coger el coche con esa angustia. ¿Puedes adelantarme algo?

—Es posible que no sea nada, pero... no tenemos señal del avión que estaba pilotando Javier. Repito: es posible que sea solo un fallo técnico que se solventa rápido y yo me haya precipitado al decirte nada. Pero ya que has llamado...

—Voy para allá.

A los niños los había traído del colegio un rato antes la madre de un compañero con la que me turnaba en esas tareas, pero casi ni me había enterado. No sé de dónde saqué las fuerzas para pedirle a Mateo que cuidara de Dani hasta que llegara Martina, ni para enviarle un mensaje a ella diciéndole que se pasara por casa. A ambos les conté que había surgido una urgencia en la redacción porque aún no tenía fuerzas para poner mi mayor miedo en palabras.

Cuando llegué a Barajas, todavía no se había logrado establecer contacto con el avión de Javier. Cada vez tenía menos pinta de ser un error técnico puntual que se solucionaría sin mayor problema. Algunas personas de su compañía con las que había coincidido se esforzaron por explicarme la situación. Me hablaron de una zona climática especialmente complicada en el centro de África, con tormentas frecuentes que podían haber causado algún problema en el sistema electrónico del avión. Los controladores habían perdido contacto con la nave hacía pocas horas.

Los nervios podían palparse en el ambiente. Yo llevaba media vida al lado de alguien que soñaba con aviones día y noche; sabía cuánto podía afectarles que surgieran problemas graves durante un vuelo. Todos se esforzaban en poner buenas caras para tranquilizarme, pero ni resultaban demasiado convincentes ni yo habría podido conseguir calma aunque me hubiera tomado dos litros de tila con Lexatin. Pasaron otro par de horas. Seguíamos sin noticias.

A media tarde, cuando ya no sabía con qué excusa sacarme de encima a Martina, porque aún no había reunido valor para enfrentarme a la realidad de que mi marido podía estar muerto en algún punto perdido de África central, sonó un teléfono. La persona que lo respondió empezó a dar órdenes a gritos, otros aplaudieron, oí de refilón un par de «gracias a Dios». Pero no conseguí unir los hilos hasta que alguien me alcanzó un auricular y me lo puso en la oreja.

—Lena... —La voz de Javier sonaba rota, agotada.

—¿Javier? —Me eché a llorar de inmediato y necesité cerciorarme de que era él, de que mi

cabeza no me estaba jugando una mala pasada—. ¿Eres tú? ¿De verdad eres tú?

—Sí, cariño. Soy yo.

—¿Estás bien?

—Perfectamente. Bueno... agotado y con un susto en el cuerpo que no creo que se me vaya a ir nunca, pero... bien.

Me contó lo que había pasado. Tal como habían anticipado sus compañeros, se había encontrado con una tormenta eléctrica muy agresiva y el granizo había dejado inutilizados los dos motores. Se había quedado, además, sin sistema electrónico y sin comunicación con la torre de control. Sabía que tenía que intentar un aterrizaje de emergencia, pero no era fácil encontrar un lugar adecuado en los terrenos que sobrevolaba.

—Al final encontré un campo... No era la mejor opción, desde luego, pero... era eso o nada.

—Me había pasado todo su relato callada, con el alma en vilo, aunque ya supiera que había un final feliz—. Salió bastante bien. Hay heridos, pero no corre peligro la vida de nadie.

—Dios, Javier... —Las lágrimas se me desbordaron y pensé que iba a ahogarme. Incluso tuve que levantar un par de veces el pulgar para decirles a las personas que me rodeaban que todo estaba bien. Menos yo, al parecer—. ¿Y tú estás ileso, de verdad?

—Me quieren tener en observación esta noche, pero por precaución. Estoy cagado de miedo, pero físicamente intacto. Perdona que haya tardado tanto en llamar, pero la prioridad era evacuar el avión y poner a todo el mundo a salvo.

—¿Dónde estás?

—Nos han traído al hospital de una ciudad pequeña para pasar la noche y curar a los heridos. No sé cuándo podré volver a casa, porque tengo que tomar parte en la investigación que se abra.

—¿Y te quedan ganas de subirte a un avión? —le pregunté porque, en aquel momento, tenía serias dudas incluso de si yo podría volver a volar.

—Claro, joder. Son gajes del oficio. —Se rio y yo tuve que imitarle el gesto, cabeceando porque ya imaginaba la respuesta antes de escucharla.

—Pues mantenme informada de todo. Tendré el móvil encendido día y noche. Y ven a casa cuanto antes, por favor.

—Ya les he dicho que se busquen a otro para mis vuelos después de que regrese... Necesito unos días en casa. Iré lo antes posible. ¿Los niños lo saben?

—No, no lo sabe nadie.

—Mejor. Dales un beso enorme de mi parte. No sabes las ganas que tengo de veros.

—Te quiero.

—Y yo, Lena. Hoy... hoy creo que más que nunca.

Pero claro que los niños se enteraron. Ellos... y toda España. Y medio mundo. Al día siguiente, la noticia fue portada de varios periódicos, las imágenes de los supervivientes llegando a Barajas unos días después se emitieron en directo en televisión y todos se referían a Javier como un héroe. Incluso sus compañeros recibieron su regreso haciéndole un pasillo de aplausos, por más que él lo único de lo que tenía ganas era de abrazarnos a Mateo, a Dani y a mí.

Cuando volvimos a casa y conseguimos que los niños se quedaran dormidos, después de que Mateo le hiciera unas trescientas preguntas a su padre, Javier me confesó más verdades de las que había dicho por teléfono la noche del accidente y en las conversaciones posteriores. Me contó que, durante mucho rato, estuvo convencido de que había llegado el final. Que pasó tanto miedo que creyó que se bloquearía y no sería capaz de buscar una solución. Que le preocupaba mucho menos morir que ser el responsable, aunque involuntario, de la muerte de trescientas personas. Y que en ningún momento consiguió sacarse mi imagen y la de los niños de la cabeza.

—Estuvo cerca, Lena... Muy cerca.

—Calla. Ya está, ya pasó. No quiero ni pensar en ello.

—Tienes razón. —Suspiró—. Por cierto...

—¿Qué? —Noté algo burlón, o quizá prudente, en su tono y la intriga hizo que me girara para quedar cara a cara con él.

—Ayer me llamó Tamara. Cuando estábamos en la escala en Londres.

—¿Ah, sí? —Me debatí un segundo intentando saber lo que sentía. No eran celos. Era... creo que era solo curiosidad.

—Se enteró de la noticia, claro, y solo quería saber cómo estaba.

—Ah...

—No acabamos demasiado bien en su momento, así que fue agradable hablar como personas civilizadas. Le expliqué lo que había pasado, me dio la enhorabuena por el aterrizaje, le di las gracias y nos despedimos. No creo que vuelva a hablar con ella nunca, por si te lo estás preguntando.

—No te lo creas tanto, anda, que no me he puesto ni un poquito celosa.

—Así me gusta. Y...

—¿Qué?

—¿Te puedo decir algo que probablemente esté fuera de lugar?

—Tienes inmunidad de héroe, ya sabes.

—Utilizaré eso en el futuro. —Se rio, pero enseguida cambió a un rictus serio—. Durante el accidente me di cuenta de que, si las cosas hubieran sido diferentes y mi vida hubiera seguido en Barcelona...

—¿Qué?

—Que, aunque hubieran pasado mil años y yo estuviera casado con Tamara o con cualquier otra persona, sé que la cara que se me habría venido a la cabeza en un momento como ese... sería la tuya, Lena.

No supe qué responderle y lo besé. Lo besé apasionadamente e hicimos el amor despacio en el sofá del salón. Es un auténtico milagro que los niños no nos hayan pillado nunca, de verdad.

Javier había salvado la vida de forma casi milagrosa. Habíamos salvado la primera bola de partido. Ojalá nunca hubiera llegado una segunda. Ni una tercera.

12

La última

Las dos últimas semanas se nos han pasado en una vorágine de preparativos para el viaje. Hacer maletas, reunir documentación, un eterno listado de «por si acaso» que me he empeñado en prevenir... Mateo ha acabado harto de aguantarme y, en los últimos días, ya solo me dice que sí a todo, como a los locos. Dani, por su parte, solo se ha preocupado de organizar los *outfits* que va a llevar los tres días del concurso y de escribir en su cuaderno las preguntas que le hará a J.K. Rowling en esa entrevista de dos horas que él no tiene ninguna duda de que tendrán; porque va a ganar, claro.

En resumen..., esto ha sido una casa de locos durante quince días, lo cual, en el fondo, ha resultado un soplo de aire fresco que ha eclipsado un poco esa realidad aplastante de que es muy posible que estos hayan sido los últimos días que hemos pasado los cuatro juntos. Cada vez que ese pensamiento me cruza la mente, sin que pueda evitarlo, se me eriza la piel de los brazos.

Después de comer, los chicos se han marchado a la piscina para sacarse los nervios del viaje. A última hora de la tarde, Martina vendrá a recogerlos para llevárselos al aeropuerto. Porque sí, Martina está en Madrid, no en Nueva York de viaje de trabajo. Resulta que al final nos habrían sobrado las opciones para acompañar a Dani a Londres. Hace unos días me confirmó que ese viaje a Estados Unidos llevaba semanas cancelado.

—Decidí que no iba —me dijo, casi sin darle importancia—. Me deben demasiados favores en el museo, así que me permiten estos caprichitos.

—Pero, Marti... —yo la miraba, con los ojos como platos—, ¿y por qué dejaste que enloqueciera buscando a alguien para llevar a Dani a Londres?

—Cancelé el viaje porque tú ibas a necesitarme aquí. No lo habría hecho por ninguna otra causa. Además...

—¿Qué?

—Que la respuesta a quién debía viajar con Dani la tuvisteis todo el rato delante de la cara. Solo quise esperar a que os dierais cuenta por vosotros mismos. Cuando Mateo me envió el mensaje contándome que se llevaba a Dani al concurso, estaba a punto de llamar para preguntaros si estabais tontos o qué os pasaba. Él siempre fue la mejor opción.

Me dejó sin palabras, como casi siempre. Y no sé si tendré vida suficiente para agradecerle que se haya llevado a los niños de compras estos últimos días, que haya hecho todo lo posible por sacarlos de casa al menos un ratito, porque yo ya no soy capaz de alejarme de Javier ni un segundo. Ni siquiera recuerdo la última vez que salí a la calle. Lo más lejos que he llegado es al límite de nuestro jardín.

Y es que hace una semana, más o menos, el médico nos confirmó que Javier puede irse en cualquier momento. Que ha entrado en la fase final de su agonía y que lo único que podemos hacer ya es que esa palabra, «agonía», sea menos cruel de lo que en realidad es. Aliviarle el dolor, aunque sea al precio de que pase la mayor parte del día dormido.

Hoy no se ha despertado durante la visita del médico, que ahora también viene los fines de

semana, ni tampoco más tarde para comer. La primera vez que veo sus ojos en todo el día es alrededor de las cuatro de la tarde, cuando los niños acaban de marcharse en sus bicis armados con las toallas y los bañadores.

—Buenos días, dormilón —le digo, en el mejor tono que soy capaz de componer. Mi mente se empeña en hacer un recuento del tiempo que pasa despierto cada día, que al principio se medía en horas y ahora ya es en minutos. Como una cuenta atrás que no tardará en llegar a cero.

—Hola. —Se despereza un poco y mira a su alrededor antes de hablarme con voz pastosa—. ¿Qué hora es?

—Las cuatro y pico.

—Y luego dices que soy madrugador... —bromea.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto, aunque sé que sí, porque está de buen humor y porque los dolores que lo atacan en los últimos días son tan fuertes que no se pueden disimular.

—De maravilla —me dice, mientras acciona el mando de la cama y se incorpora—. ¿Huelo mal?

—No. —Se me escapa una carcajada, porque no deja de olfatearse—. Presumido...

—Tráeme las cosas para cepillarme los dientes, anda, que tengo el paladar pegado.

En los últimos días, Javier ya apenas se levanta. Sí le gusta aprovechar los momentos en que se encuentra bien para salir al jardín o simplemente para pasarse al sofá y aparentar normalidad un rato. Pero nos hemos acostumbrado a que las rutinas de cada día, de comida, aseo y demás, las haga en la cama.

—¿Qué te apetece hacer? —le pregunto cuando ha acabado.

—Mmmm... No sé si podré convencerte...

—¿Para qué?

—Quiero bajar a la bodega. ¿Crees que podrás ayudarme?

Me lo quedo mirando, deseando decirle que es una idea terrible, porque le cuesta mucho caminar y bajar a la bodega implica superar dos tramos de escaleras. Pero cómo se lo voy a negar. En ese lugar hemos vivido algunos de los mejores momentos de los últimos años, de esa segunda oportunidad que nos dimos y que resultó ser la mejor decisión que hemos tomado jamás. Si hay una mínima posibilidad de que lo ayude a bajar a la bodega por última vez, que nadie dude que lo haré.

—A ver si esto no acaba con nosotros en Urgencias...

Lo ayudo a subirse a la silla y la llevo hasta el borde de las escaleras que bajan al sótano. Con mucho cuidado, dejo que se apoye en mí por un lado y en el pasamanos por el otro, y probamos con el primer peldaño. Parece que no hay demasiado drama, así que seguimos bajando, muy despacito, hasta llegar al final. Paso por encima de él como puedo, recupero la silla de ruedas de la planta de arriba y consigo instalarlo en ella para ir hasta el fondo del sótano, a ese rincón especial que está lleno de polvo en estos días, pero en el que hemos vivido algunos momentos tan felices que sé de inmediato que ha sido una buena idea bajar.

—Pues... no ha sido tan difícil, ¿no? —me dice Javier, con una sonrisita, porque fácil tampoco es que haya sido.

—Estás agotado —afirmo, porque es tontería preguntar.

—Ayúdame a pasar al sofá, por favor.

Cuando cambiamos el sofá del salón, hace un par de años, bajamos el antiguo a la bodega y ahora Javier lo aprovecha para recuperar el aliento después de un esfuerzo mayor del que ha hecho en semanas. Yo subo a la cocina a preparar un picoteo. Básicamente, galletitas saladas para él y unas cuñas de queso para mí.

—Ya te aviso de que voy a comer queso, aunque me pase la tarde vomitando —me advierte.

—Ahora tienes más controladas las náuseas, ¿no? —Con alguna de las últimas medicaciones que le han prescrito, tiene menos reflujo, así que ha mejorado un mínimo, muy mínimo, su alimentación.

—Y esa es la razón por la que también voy a beber un poco de vino.

—Eso sí que no puedes. —Me pongo seria—. Ni de coña, vamos.

—Mojar los labios —me pide, con cara de cachorrito.

—Ya me conozco yo tu «mojar los labios».

—Pásame el Vega Sicilia que me regalaron por la jubilación, anda. —Él no se da cuenta, pero se le dibuja una mueca de fastidio, como cada vez que menciona el final de su carrera—. Habrá que probarlo, ¿no?

Yo le hago caso, intentando no pensar en el significado implícito de sus palabras. Que si no lo prueba hoy ya no lo hará nunca. Echo un vistazo a las paredes y la pequeña nevera de un rincón, y pienso en todas las botellas que quizá nunca tenga fuerzas para descorchar sin él. Las lágrimas vienen sin que pueda evitarlas, pero consigo retenerlas antes de que él me vea llorar.

—Sé usar un sacacorchos, lo creas o no —bromeo, porque siempre me saca las botellas de las manos antes de que pueda abrirlas.

—Ya, pero me encanta hacerlo yo.

Se toma su tiempo para abrir la botella, oxigenar el vino, servirlo. Es todo un ritual. Uno por el que me he burlado de él muchas veces, porque siempre me ha parecido un poco de *postureo* lo de la afición por el vino y todos esos ademanes. Yo es que soy muy básica. Ni siquiera distingo un buen vino de uno malo, por más que me haya querido enseñar Javier. No es que le vaya a hacer ascos al Vega Sicilia, que tonta no soy, pero me vale un vino de supermercado que esté bueno. De hecho, durante un tiempo, a Javier y a mí nos encantaba descubrir vinos baratos pero sorprendentemente ricos.

—Voy a echar de menos esto —dice de repente, después de mojar los labios en el vino y poner una cara de placer que contrasta con sus palabras.

—Nene... —Le acaricio la pelusilla que apenas le ha crecido en la cabeza. No voy a hacerlo callar, porque ya no tiene sentido pedirle que no hable del final. Se merece encontrar mi consuelo si tiene miedo, pena o una mezcla de ambas cosas.

—No solo el vino. —Me mira—. A ti. A los niños. Todo, joder.

—Claro. —Me acerco más a él y me abrazo a su cuerpo, ese que tanto lo ha traicionado.

—Cuando ocurra...

—Ah, no. No, no, no. —Cambio de tono, para no convertir esta tarde en algo más triste—. Ya me hiciste pasar una vez por el numerito de «si me muero, tienes que». Ni sueñes con que te deje repetirlo.

—Tienes razón. —Se le escapa una carcajada—. Eso de dar consejos para cuando ya no esté es paternalista.

—Es que siempre lo has sido...

—A buenas horas me entero de lo que piensas de mí. —Me toca la nariz con un dedo y yo no puedo evitar sonreír—. Pues yo seré como sea, pero tú eres demasiado lista como para que te diga nada. Vive como te dé la gana, joder. Solo eso.

—Lo intentaré.

—Eso sí... —Añade, después de un silencio largo pero cómodo. Y sé que hará alguna broma, porque conozco su tono de voz solo con el aliento previo a empezar a hablar—. Intenta que Dani no enloquezca con Harry Potter.

- Creo que llegamos un poco tarde para eso.
- Y, por lo que más quieras, haz que Mateo se olvide de *piercings* y tatuajes.
- Otra cosa en la que auguro un fracaso rotundo.
- Y que te quiero, Lena... No te olvides nunca de cuánto te quiero.

Me incorporo para mirarlo a la cara. Lo beso con suavidad. No me fijo en sus ojos brillantes porque estoy harta de llorar. Porque estoy triste siempre, pero ahora mismo siento más melancolía que pena. Porque voy a echar muchísimo de menos esto, a él, todo..., pero no quiero que el dolor empañe los últimos momentos. No quiero que se nos olvide que incluso esto ha merecido la pena vivirlo.

Dejo mi copa vacía sobre la mesa y a los dos nos recalca la mirada en el jarrón de cristal lleno de corchos del pasado. De pequeñas frases que cuentan la historia de estos últimos años de nuestra vida. Cojo algunos y los voy leyendo. Se los paso. Se nos dibujan sonrisas. Hay algunos solemnes, que marcan hitos que lo fueron algún día. «La del día que decidimos que se llamará Daniel». Con aquella botella yo solo pude oler el vino y mojarme un poco los labios. «La del héroe del momento», escrito con un tachón, porque a Javier le daba vergüenza que lo llamara así después de aquel aterrizaje de emergencia. «La del primer año después del cáncer», de cuando pensábamos que la enfermedad podía quedarse solo en un visitante que había venido una vez y se había marchado para siempre. Y los hay también tan sencillos que casi se convierten en más grandiosos. «La de un sábado cualquiera en que nos dimos un masaje mutuo en los pies». «La de la primera noche sin niños en cuatro meses». «La que nos bebimos desnudos en la terraza del hotel de Montmartre».

Javier me dirige una mirada cuyo significado leo sin necesidad de palabras. Me pregunto si llegará el día en que sea capaz de conocer a alguien de esta manera tan íntima, tan profunda. Creo que ni siquiera lo lograré con mis hijos. Abro el cajoncito de la mesa de centro, que también reciclamos de una reforma en el salón, y le paso el rotulador. Tengo que apartar la vista mientras escribe con las manos algo temblorosas, porque no sé si quiero leerlo. Pero, antes de que eche el corcho al jarrón, no puedo evitarlo.

«La última».

No digo nada. Solo me tumbo a su lado en el sofá, porque estamos ya tan delgados que cabemos sin problema, e intento relajarme con el sonido rítmico de su respiración mientras se queda dormido.



—¡Ah, mierda, estáis aquí! —Me despierta la voz de Mateo entrando como una exhalación en el sótano—. ¿Qué hacéis?

—Ay, hola. —Me desperezo, porque me he quedado dormida mucho más profundamente de lo que imaginaba; antes de hablar, compruebo que Javier sigue respirando, una rutina que se ha convertido en imprescindible—. Perdona, papá ha querido bajar y nos hemos quedado traspuestos.

—Vaya susto me he llevado al entrar y ver que no había nadie...

Mateo se apoya contra la pared de ladrillo y deja salir de forma sonora el aire. Me atraviesa un ramalazo de culpabilidad por haberlo preocupado al ser consciente de lo que debe de haber

pensado, pero la realidad es que no cambiaría estas horas que he pasado con Javier en la bodega por nada. Creo que ni por la tranquilidad de mi hijo mayor.

—Venga, voy a ayudarte a subirlo —me dice, en cuanto ve que Javier abre un ojo y lo saluda.

El resto de la tarde se nos va entre los preparativos de última hora del viaje y una cena temprana en la que ninguno comemos mucho —o nada, en realidad—. Cuando Martina llama al timbre, sé que los minutos están contados. Yo diría que ya hasta van un poco tarde para el vuelo, porque, con toda la ropa que ha decidido llevar Dani, van a tener que facturar parte del equipaje.

Dani le da un beso a su padre y le dice que en cuatro días estará de vuelta, convertido en el primer Gran Maestro de Hogwarts, sin poder imaginar que quizá Javier ya no esté despierto el jueves por la mañana, cuando ellos regresen. Que quizá ya no esté aquí siquiera.

Mateo sí es plenamente consciente de ello. Tal vez demasiado. Pero no ha querido dramatizar; se ha limitado a abrazarlo y decirle que intentará que Dani no secuestre a J.K. Rowling para traérsela en la maleta. Javier se ha reído y les ha deseado suerte. Si Mateo y él se han dicho algo más, habrá sido con la mirada.

—Las despedidas épicas son para las pelis americanas, mamá —me dice Mateo un momento después, con voz tranquila y un café en la mano. Qué mayor se ha hecho...

Así que los niños se marchan, la casa se queda sumida en el silencio y yo me hincho a llorar hasta que me quedo sin lágrimas. Javier duerme. Y por una vez lo agradezco, para poder hacerlo a solas, en uno de esos atracones de lágrimas descontrolado que casi nunca me permito.

Sé que me queda mucho por llorar. Que lo peor está por llegar. Que debo estar fuerte el tiempo que nos quede. Ya no son meses. Ya no son semanas. Son días. O quizá horas. Y las lágrimas no cesan porque me muero de pena. Porque ya son demasiados años de horrores, treguas y trampas en el camino.

XII

Horrores, treguas y trampas

Pasamos el verano del 2015 en un pueblecito cerca de Lisboa. Javier había logrado reunir tres semanas de vacaciones, yo tendría que enviar algunos artículos desde el apartamento que habíamos alquilado y Mateo había puesto como único requisito para no protestar demasiado que nos fuéramos a algún lugar cerca del mar. Tenía catorce años y un poquito de pavo encima. Dani tenía cinco y ya empezaba a darnos pistas de que su cerebro iba por libre.

Es curioso cómo la mente humana, o al menos la mía, fija como un recuerdo indeleble el último momento de calma antes de una tormenta. Eso ya lo sabía antes de aquel verano. Llevaba casi diez años recordando hasta el más ínfimo detalle de la última vez que había visto a mi hermano Miguel vivo. Había sido una tarde en que había cerrado temprano la tienda de motos y se había pasado por casa a ver a Mateo. Yo lo había recibido con protestas porque ya nunca venía a verme a mí, él me había dado una colleja para que me callara, había abierto una cerveza del frigorífico y se había metido otras dos en la mochila porque se le había olvidado hacer la compra y porque, en general, era un desastre y siempre venía a nuestra casa a por provisiones. Mateo había saltado los cuatro últimos peldaños de la escalera al verlo, él le había dado volteretas en el aire hasta que le prohibí poner en riesgo la vida de mi hijo y se habían pasado más de una hora jugando en el jardín. Miguel llevaba puestos unos vaqueros azul oscuro, una sudadera gris con capucha y su vieja cazadora de cuero. Hace trece años y cuatro meses que murió y no he olvidado ni un solo detalle.

Tal vez por eso podría escribir una crónica al milímetro de cada uno de los días de aquellas vacaciones. Hicimos muchas excursiones en las que nos sacamos un millón de fotos, porque a Javier le había dado por la fotografía después de comprarse una cámara carísima y, si en algo se parece a su hijo pequeño, es en la tendencia a convertir las aficiones en obsesión. Visitamos Lisboa tres veces, Sintra, Estoril, Cascais, Setúbal, Óbidos, Fátima y el parque natural de la Arrábida. Hicimos un pequeño crucero en barco por el Tajo. Recorrimos las callejuelas empedradas de la Alfama, subimos al Elevador de Santa Justa y los niños fliparon cuando nos montamos en un tranvía antiguo.

Pero, sobre todo, fueron unas vacaciones de mucha playa y relax. Javier estaba un poco tonto con eso de que unos meses después cumpliría cuarenta y le dio por el deporte. Siempre le había gustado estar en forma, pero en esas vacaciones se obsesionó bastante. Lo que yo diga... igualito a Dani.

Se pasó las tres semanas refunfuñando porque comíamos como bestias, pero es que, en Portugal, no suele haber otra opción; está todo muy bueno. Así que él aprovechaba para salir a correr o a montar en bici esas horas de la mañana que a mí aún no me parecen decentes para estar levantada en vacaciones. En la playa no era capaz de estar quieto en la tumbona, que es mi actividad veraniega favorita, y se pasaba las horas jugando a las palas con los niños, nadando con Mateo o pedaleando en los patines que alquilaban junto a la orilla.

—Al volver a Madrid pienso estar un mes a lechuga y agua —me dijo una de las últimas

noches, mientras nos poníamos tibios a bacalao *á lagareiro*.

—A veces creo que es todo una excusa para que te diga que sigues estando muy bueno.

—No, en serio, Lena. —Se rio, así que tampoco es que le diera demasiado peso a sus palabras—. Tengo ardor todo el puñetero día. Me paso la vida enganchado al Almax.

Aquel fue el primer síntoma, aunque aún no podíamos ni imaginarlo. Recogimos las maletas el último día con la piel más morena, el pelo más claro y la pena por decir adiós a unas vacaciones que habían sido perfectas.

Volvimos a Madrid y Javier se tomó en serio lo de cuidar más su alimentación, pero aquellos ardores de estómago no acababan de pasársele. Empezó a perder apetito, lo que era toda una novedad en él. Y algunas veces vomitaba la comida. Yo le insistía en que se hiciera un chequeo, pero él mantenía que seguía pagando los excesos de las vacaciones. Había adelgazado lo suficiente como para que Martina, mis padres y algunos otros de nuestros amigos se lo comentaran cuando nos veíamos. Al principio, él estaba encantado de conocerse cuando lo oía; después, empezó a torcer el gesto. Adelgazaba sin querer, porque se le iban las comidas entre reflujos, vómitos y diarreas incontroladas.

—Lena, creo... —me dijo un día, mientras se pasaba la mano por la cara en un gesto de frustración—. Creo que sí voy a pedir cita en el médico de cabecera.

—¿Qué ha pasado? —Me volví asustada, porque Javier no era muy fan de la profesión médica. De la última revisión rutinaria en el trabajo, había salido con el diagnóstico de que empezaba a padecer vista cansada y que debería hacerse un chequeo en una óptica, y había roto el papel antes de llegar al aparcamiento.

—Tengo sangre... —puso una mueca incómoda y bajó tanto la voz que, si el tema no fuera serio, me habría dado la risa— en la caca.

El médico de cabecera le prescribió algunos análisis y otras pruebas y, en el plazo de dos semanas, nos vimos envueltos en una vorágine aterradora de la que ni siquiera nos atrevíamos a hablar. Los dos teníamos demasiado miedo a lo que pudiera ocurrir, porque las caras de los médicos al ir pasando de una prueba a otra no presagiaban nada bueno. Tampoco que Javier fuera ya incapaz de comer casi nada sin vomitar. A mediados de septiembre, nos vimos sentados delante de nuestro médico de cabecera, el que lo era desde hacía años y que tenía toda nuestra confianza.

—Bueno..., Javier. Nunca es agradable dar malas noticias, pero, en tu caso, lo mejor es ponerse manos a la obra cuanto antes.

—¿Qué me pasa? —preguntó él con una firmeza en la voz que no pude más que admirarle. Yo me había quedado sin habla.

—Tienes un tumor en el estómago. —*No podía ser cierto, Javier, ¿te acuerdas? Los dos pensamos en ese momento que tenían que haber confundido tus pruebas con las de otra persona, porque... venga ya. ¿Cómo iba a pasarnos eso a nosotros? ¡Solo estabas empachado con efecto tardío por los atracones de las vacaciones!*—. De un tamaño moderado y... con no demasiada buena pinta.

—¿Cáncer? —me atreví a preguntar, porque necesitaba que se pusieran todas las cartas encima de la mesa para saber a lo que nos enfrentábamos. Pero, en cuanto pronuncié la palabra, me pareció algo ajeno. Javier y yo éramos de esos pocos afortunados que no habíamos tenido una relación cercana con esa enfermedad; ningún familiar la había padecido y solo aparecía en las conversaciones porque había afectado a algún pariente de amigos, sin más. Parecía casi irreal.

—Cáncer, sí. Pero lo hemos cogido a tiempo, no hay metástasis y las posibilidades son buenas.

—¿Cuántas? —preguntó Javier y, antes de que tuviera que aclarárselo al médico, yo ya entendía a qué se refería. Siempre había sido un chico de números y necesitaba agarrarse a ellos en el momento de más incertidumbre de su vida—. ¿Qué porcentaje de supervivencia tiene este tipo de cáncer?

—Es muy difícil hacer una predicción así, pero entiendo que os deja tranquilos saberlo. No es algo fijo ni ninguna garantía, pero, en el estadio en el que estás tú..., alrededor del sesenta por ciento de opciones de supervivencia a cinco años.

—¿Qué? —salté, porque hasta aquel momento mi mayor preocupación era el sufrimiento que se le aproximaba a Javier, los tratamientos por los que tendría que pasar y cómo todo aquello le afectaría; la posibilidad de que se muriera ni siquiera había visitado mi mente—. ¿Tiene un cuarenta por ciento de posibilidades de morir?

—No, Lena —me respondió el propio Javier, con una voz cortante que me asustó—. No lo has entendido bien. Tengo un sesenta por ciento de posibilidades de salvarme.

Y así salimos de la consulta. Conmigo hundida y Javier convencido de que iba a curarse. Quiso hablar claro con Mateo y el niño pareció asumirlo bien. Dani estaba al margen de todo, pero su vitalidad y su alegría eran la razón que nos mantenía en pie cuando la realidad nos hacía trastabillar. Nos reunimos con mis padres y les explicamos lo que estaba pasando, pero Javier los tranquilizó enseguida, no con medias verdades ni eufemismos, sino porque él realmente estaba convencido de que se iba a salvar. Yo pedí una reducción de jornada en la revista y trabajaba solo desde casa.

Entramos en una vorágine de hospitales que convertía en toda una novedad el día que podíamos pasarlo entero en casa descansando. Lo primero fue una operación estremecedora en la que le extirparon el tumor y una pequeña zona de seguridad de su estómago. Salió del quirófano muy adormilado, con una cicatriz enorme en la tripa y... una sonrisa más grande aún.

—Ahora ya está, niña —me dijo en cuanto fue capaz de hablar, mientras me apretaba la mano con toda la fuerza que tenía—. A partir de ahora va a ser todo más sencillo.

En cuanto estuvo un poco recuperado de la operación, empezamos con la quimio. Quizá esa fue la peor parte. Le dijeron que necesitaría entre nueve y doce sesiones, y a la tercera ya teníamos serias dudas de que pudiera soportarlas. Aunque nos habían dicho muchas veces que no todos los pacientes sufrían los mismos efectos secundarios, Javier los tuvo todos. Vivía con náuseas permanentes, la boca se le llenó de llagas, se pasaba el día rascándose porque la piel le picaba, se le escamaba e infectaba, tuvo como un millón de infecciones de orina y sufrió una disfunción eréctil transitoria que lo traía por la calle de la amargura. Y luego estaba lo del pelo, claro, que parece una víctima colateral sin importancia de algo tan grandioso como la posibilidad de esquivar la muerte, pero... dolió. El primer día que Javier se encontró con un mechón entre los dedos al pasarse la mano por él, subió a nuestro cuarto de baño, cogió la maquinilla de afeitar y se rapó al cero.

—Lena, quiero hablar contigo —me dijo una noche, después de vomitar sin parar durante toda la tarde, a pesar de que ya habían pasado unos días del último ciclo. Estábamos tumbados en la cama, él descansando y yo comida por la angustia.

—Dime.

—Sé que voy a salvarme, ¿vale? Lo sé. Algo dentro de mí me lo dice. Pero... en días como hoy... se me hace difícil seguir creyendo.

—Javier...

—No, no digas nada, que bastante me va a costar soltar esto.

—Venga, di.

—Si esto... no sale bien...

—No, no, Javier. No pienso hablar de eso. Te vas a curar y recordaremos este año como un mal sueño y punto.

—Vale, en eso estamos de acuerdo. Pero, si no fuera así... —Me hizo callar con la mano levantada, porque yo ya estaba dispuesta a volver a la carga—. Quiero quedarme tranquilo. Quiero... decirte cosas.

—Dilas —susurré, con el hilo de voz que tenía, porque no podía ni pensar en aquello. Literalmente. No le daba permiso a mi cerebro para imaginar un mundo sin Javier.

—Si me muero, Lena..., quiero que hagas lo que te dé la gana para superarlo. Que no se te vaya a pasar por la cabeza que, si necesitas salir a divertirte como cuando murió Miguel, yo te censuraría. Quiero que seas feliz. De hecho..., ¿puedo decir una cosa horrible?

—Todo lo que estás diciendo es horrible.

—Vale. —Se rio, aunque esbozó una mueca de dolor al instante—. Pues... cuando pienso en la posibilidad de morirme, odio la idea de no ver crecer a los niños, de no volver a volar, de no volver a hacer el amor contigo o de perderme todas las cosas que seguro que la vida nos tiene reservadas. Pero lo único que me angustia de verdad, que me deja sin aire, es pensar en que tú te quedes triste para siempre.

—¿Y cómo no iba a estarlo, Javier? —Yo me había echado a llorar y en el fondo envidiaba un poco la capacidad de él para no derramar nunca una lágrima.

—Pues no estándolo. O estándolo y destrozándote las uñas para salir del pozo y dejar de estarlo. Y quiero que un día te rías a carcajadas porque Dani te vuelva loca con sus conversaciones o porque Mateo siga intentando ligar con esas técnicas tan lamentables que tiene. No tengo ni idea de cómo lo harás, Lena, pero solo quiero que seas feliz si eso llega a pasar.

—La buena noticia... es que no va a pasar.

—Tienes razón. —Me acarició la cara y a mí se me cerraron solos los ojos—. Si no me mata la quimio, no va a hacerlo el cáncer.

Pero la quimio acabó. Y después vino la radio, que, en comparación, fue casi como un crucero de placer. Habían pasado once meses de aquel día del aterrador diagnóstico cuando el oncólogo nos confirmó que Javier estaba limpio. Las células tumorales habían desaparecido y nos emplazaba a revisiones cada tres meses durante el primer año y semestrales a partir de entonces. Esa noche, aunque Javier aún no debía beber, abrimos la mejor botella de vino de la bodega, él solo se mojó los labios y yo me bebí un par de copas. Acabamos haciendo el amor sobre el suelo de la bodega y guardamos el corcho con el mensaje «La del día que se acabó el miedo».

Los siguientes meses trajeron la mala noticia de que Javier ya no cumplía las condiciones físicas necesarias para incorporarse al trabajo. Hacía un par de años era el piloto más admirado de España y, de repente, todo se había acabado. Fue un duelo, ni más ni menos. Y nosotros habíamos aprendido mucho en el pasado sobre cómo *no* sobrellevar un duelo. Así que lo hicimos bien, creo. Con pena. Con mucha *metadona*, en forma de documentales, películas y tardes enteras en los puntos de observación de la pista de Barajas. A mí al principio me parecía un poco enfermizo que Javier quisiera seguir enganchado de aquella manera, pero él me explicó que prefería no perder el contacto del todo. Y le funcionó; supongo que cada persona encuentra su secreto para superar una pérdida.

Tuvimos casi dos años de tregua. Dos años en los que volvimos a viajar, solos o con los niños. En los que vimos a Dani crecer, obsesionarse con Harry Potter y construir un mundo paralelo en el que es feliz. Y en el que vimos perderse a Mateo.

La primera vez que detectamos que olía a alcohol después de llegar de salir con sus amigos no le dimos demasiada importancia. Decidimos que hablaríamos con él al día siguiente, para dejarle claro que no éramos imbéciles y nos habíamos dado cuenta de que se estaba pasando. Pero los dos teníamos muy fresca nuestra propia adolescencia, quizá porque la habíamos vivido juntos y los recuerdos comunes surgían de vez en cuando... y a los quince también nos habíamos tomado alguna vez una copa o una cerveza de más. El problema llegó cuando, al día siguiente, la conversación se acabó con un portazo suyo, después de dar un par de gritos que en aquel momento achacamos a la vergüenza de que lo hubiéramos pillado.

Bastante peor fue la siguiente bronca. Yo ya me había olido —literalmente— que Mateo andaba fumando a escondidas, pero no le había dicho nada a Javier porque sabía que montaría en cólera y prefería hablar yo con Mateo. Pero no tuve tiempo, porque Javier se presentó un viernes a recogerlo por sorpresa en el instituto y se lo encontró fumando en la puerta. Yo me enteré porque, cuando entraron por la puerta de casa, aún se venían comunicando a gritos.

—Es que no lo soporto, Lena, te lo juro —me dijo en cuanto nos encerramos en el dormitorio, después de castigarlo sin ver la calle ese fin de semana—. Que beba me preocupa, claro, tiene quince años. Pero todos lo hemos hecho. ¿¿Pero fumar?? ¿En estos tiempos y después de haber visto en casa lo que es el cáncer?

—Ya lo sé, te prometo que le pegaría en la cabeza con la zapatilla si no tuviera tan claro que correría a denunciarme. —Yo me sentía una hipócrita, porque a la edad de Mateo también fumaba, a pesar de que Miguel y Javier amenazaban cada vez que me pillaban con decírselo a mis padres, cosa que, en realidad, nunca hicieron. Y también porque aún me fumaba uno de vez en cuando si Martina andaba cerca.

—Se le van a acabar los privilegios. De casa al instituto y del instituto a casa. Que ni sueñe con ver la calle para nada más.

El problema fue que los castigos... se convirtieron en algo difícil de hacer cumplir. La habitación de Mateo da a la parte delantera de la casa y hay una distancia como de un metro y medio hasta el techo del garaje. Ni que decir tiene que aprendió en uno de los primeros castigos a descolgarse por la ventana y saltar a la calle desde allí. Soy una madre horrible al decir esto, pero hubo momentos en que hasta habría agradecido que volviera a romperse la pierna, a ver si así se calmaba un poco.

La primera evaluación de aquel curso vino con sorpresa. Era su último año en la ESO y siempre había ido bien; sin estridencias, ni para arriba ni para abajo. Hasta que en aquellas notas encontramos nueve suspensos y casi todos acompañados de una nota sobre la actitud que tenía en clase; pasiva, en el mejor de los casos; negativa, en la mayoría.

Empezamos a llevarlo al psicólogo del colegio, pero él no soltaba prenda. Uno externo que buscamos algunos meses después tampoco dio grandes resultados. Aquel verano, después de que pasara de curso de manera milagrosa, Martina se lo llevó una semana a la costa de Málaga de vacaciones para intentar sacarlo del bucle. Con ella se portó bien —lo cual era toda una novedad—, aunque Martina también era bastante más laxa que nosotros en sus exigencias; apostaría la cabeza a que se fumaban juntos un cigarrito después de cenar. El jarro de agua fría llegó cuando, a las pocas horas de estar en casa, Mateo nos dejó claro que pensaba que solo lo habíamos mandado con su madrina para librarnos de él.

Cuando comenzó el Bachillerato, pareció calmarse un poco, aunque de aquel niño dulce y cariñoso que siempre había sido no quedaba más que el recuerdo. Las comidas se convirtieron en el momento más tenso del día, porque él no abría la boca y respondía con muecas irónicas o auténticas borderías a lo que hablábamos los demás. El día que le dijo a Dani que parecía imbécil

con su obsesión por Harry Potter, lo mandé a su cuarto de un grito, después de hacer un ejercicio de autocontrol admirable para que no fuera de un bofetón.

Mientras tanto, en los ratos en que conseguíamos olvidarnos de que nos habíamos convertido en los padres de un futuro participante en *Hermano Mayor*, Javier y yo disfrutábamos de nuestra nueva rutina. Él se hizo cargo de las tareas de la casa, yo volví a la redacción y redoblé esfuerzos en mi carrera. Hablábamos mucho. Mis dedos volvían a encontrar en su cabeza aquellos mechones de pelo negro a los que agarrarme mientras hacíamos el amor. Planeábamos escapadas tontas, solo de una tarde a veces, pero nos sentíamos tan plenos como si hubiéramos estado una semana en Venecia. Pasábamos muchas noches, cuando la marabunta se había ido a dormir, en aquella bodega preciosa que Javier había hecho con sus propias manos, levantando muros, tirando otros y pegando en las paredes cuadros de temáticas relacionadas con el vino, etiquetas de botellas que habíamos bebido y pintando todo de un color caldero que le daba mucha calidez. El jarrón de los corchos crecía poco a poco, sobre todo desde que el médico le había dado permiso para tomarse una copita de vino de vez en cuando —aunque siempre he pensado que lo hizo solo para que dejara de preguntárselo en cada revisión—.

Y las revisiones... Con ellas conocí el verdadero significado de la palabra «angustia». Javier y yo habíamos llegado a saber más sobre el cáncer que sobre casi cualquier otro tema, así que teníamos claro que, en caso de recidiva, las posibilidades de curación se reducirían bastante. Aquellas revisiones trimestrales del primer año vinieron precedidas de semanas en las que la fecha de la cita marcada en el calendario de la cocina se convertía en una obsesión. Ni una sola vez conseguí pegar ojo la noche anterior a la revisión y, aunque nunca me lo dijo..., sé que Javier tampoco.

Muchos amigos que nunca habían tenido una relación directa con el cáncer nos decían que, con el paso del tiempo, nos acostumbraríamos. Que esas revisiones se convertirían en una rutina médica más, de las varias que Javier había tenido que incorporar a su vida. Sin embargo, un par de conocidos habituales del hospital, con los que habíamos coincidido en ingresos varios y en las interminables sesiones de quimio, decían que cada una era peor. Que el cáncer tenía la capacidad de crecerse en nuestras mentes, de hacerse poderoso y que nos pareciera un enemigo casi imbatible que algún día volvería. Y cuantas más revisiones pasaban en las que nos habíamos librado, más miedo había en la siguiente. Una ruleta rusa. Sabían de lo que hablaban. Javier y yo siempre tuvimos esa sensación.

Pero pasaron. Tres, cuatro, cinco...

La situación con Mateo también se fue estabilizando. Sus notas seguían siendo un desastre, pero al menos había dejado las actitudes agresivas. El punto de inflexión fue la expulsión del colegio después de pegarle un puñetazo a un compañero, sin que nunca hayamos llegado a saber la razón, porque no hay ninguna válida para lo que hizo. Y lo peor es que yo ya me había fijado alguna vez en que llegaba a casa con los nudillos magullados, algún arañazo o el labio roto. Cuando le preguntaba, callaba. Y yo me debatía entre compartir todo lo que sospechaba o veía en él con Javier, sabiendo que eso provocaría una bronca descomunal, o callar e intentar llevar a Mateo a mi terreno, porque yo era más comprensiva que su padre. No era fácil decidir, así que oscilaba entre una opción y otra según la ocasión. Por suerte, después de aquella expulsión, no volvimos a tener noticia de ninguna pelea más. Y dejó de contestar mal en casa, salvo en los contextos concretos de peleas con su padre o conmigo, que entonces echaba hasta espuma por la boca. Pero al menos el día a día era bastante tranquilo.

Eso sí, nos desafiaba. Demasiado a menudo. Ya no ocultaba que fumaba y a Javier se lo llevaban los demonios cada vez que veía el paquete de tabaco en su cuarto o sobresaliendo de su

mochila. Había intentado hablar con él por las buenas y por las malas, pero no había manera de hacerlo entrar en razón. Un par de veces llegó a casa borracho y, un sábado de verano, incluso vomitó sobre la alfombra del pasillo. La condena fue limpiarla, por descontado, además de pintar una pared que había salpicado y encargarse del césped del jardín. Aquel fue el primer castigo en más de un año que asumió sin rechistar. Quizá sí quedaba algo del niño que había sido y aquel episodio del pasillo le había dado vergüenza.

Claro que luego llegó a casa un día cualquiera de semana con el *piercing* en el labio y creo que esa fue la primera vez que Javier se arrepintió de no haberse hecho la vasectomía a los dieciocho. Pero sus notas iban mejorando, la relación con Dani volvía a ser como siempre y yo sentía que estábamos cerca de recuperarlo.

Y entonces, justo cuando todo parecía fluir, llegó el verano pasado. Mateo había conseguido aprobar todo primero de Bachillerato, aunque con unas notas muy por debajo de lo que podría haber hecho con un mínimo de esfuerzo. A Dani le habían detectado altas capacidades, pero, aunque se aburría un poco en clase, no tenía mayores problemas, así que el psicopedagogo que nos recomendó el colegio decidió hacerle un seguimiento de cerca, pero sin variar en nada sus rutinas. Yo pensaba ya en la locura que iba a ser la fiesta por mi cuarenta cumpleaños y Javier se pasaba el día delante del ordenador buscando un destino para las vacaciones de verano.

No se había encontrado mal ni un solo día, joder...

Pero el oncólogo no tenía dudas.

—Lo siento mucho. Sabíamos que podía regresar y... ahí está.

—¿Hay metástasis? —preguntó Javier, con la voz fría, firme, carente de emociones. Solo Dios sabe cuántas estarían bulléndole dentro.

—No. Es un tumor algo más pequeño que la otra vez. Pero hay que quitarlo.

—¿Otra vez cirugía, quimio, radio?

—Me temo que sí.

—Bien.

Salí de la consulta aún en estado de *shock*, a pesar de que yo creía que toda aquella angustia previa a las revisiones era un mecanismo de mi cuerpo para prepararme si algún día llegaban malas noticias. ¡Vaya idiotez! Como si hubiera algo que pudiera haberme hecho asumir con naturalidad que el cáncer había vuelto. Que la ansiedad era un asco ya lo sabía antes; que, además, era inútil lo descubrí aquella mañana.

—Menuda mierda... —dijo Javier en cuanto se sentó en el asiento del copiloto; a los dos nos temblaban un poco las manos, pero yo me veía en mejores condiciones que él para conducir—. Una puta mierda.

—Ya lo sé, cariño. —Cogí sus manos entre las mías con fuerza antes de arrancar—. Va a ser un horror y odio que tengas que pasar por ello, pero, al final, todo va a salir bien.

No me respondió. Su mirada se perdió por la ventanilla del coche y dejó que Madrid pasara ante sus ojos. Era lo mismo que nos había ocurrido tres años atrás, salvo por el factor sorpresa, pero yo no dejaba de ver las diferencias entre aquella ocasión y la que teníamos entre manos.

La primera vez, yo había salido de la consulta aterrorizada, sin entender siquiera cuáles podían llegar a ser las consecuencias de aquel diagnóstico; y en esa segunda ocasión, me sentía extrañamente serena. Casi confiada. Me fié en Javier y su fortaleza era infinita. No creía que el cáncer pudiera vencerlo.

La primera vez, Javier había salido de la consulta confiado, convencido de que se iba a curar, sin tener aún ni la menor idea de lo duras que serían las pruebas a las que lo sometería el tratamiento; y en esa segunda ocasión, se sentía derrotado. Casi como si no hubiera opciones. Su

fe en la medicina había valido una vez, pero se le había agotado. No se creía capaz de vencer al cáncer.

No tardé demasiado en aprender que lo de hablar de luchas, vencedores y vencidos es una gilipollez enorme, pero en aquel momento... aquella era aún mi imagen mental.

Aquella tarde los dos tuvimos que cogernos de la mano con fuerza por debajo de la mesa cuando llegó el momento de decírselo a Mateo. Con su actitud..., era imprevisible su reacción. Además, aún no se hablaba del todo con su padre por aquel asunto del *piercing* en el labio, que a mí me parecía lo menos grave de todo lo que había pasado, y yo le había vaciado en el retrete dos días atrás un paquetito con marihuana que me había encontrado en un bolsillo al hacer la colada. Las cosas no pintaban bien, pero... nos sorprendió.

—Lo siento mucho, papá —le dijo, con la mirada fija en el tablero de madera de la mesa de la cocina. No supimos si se refería al regreso de la enfermedad o a lo mucho que se había deteriorado la relación entre ellos el último año y medio.

—Gracias, Mateo. —Javier se atrevió a posar su mano sobre la de él y Mateo no se apartó.

—Todo va a salir bien, cariño —añadí yo, porque las emociones se me estaban desbordando y necesitaba hablar—. Lo operan la semana que viene y luego le darán el mismo tratamiento que la otra vez. Si ya salió bien una vez...

—¿Quimio y radio? —preguntó Mateo, a quien nunca le habíamos dicho esas palabras expresamente tres años atrás, pero que debía de haber estado más atento de lo que creíamos.

—Sí.

—Podéis contar conmigo —levantó la cabeza por primera vez en toda la conversación y nos miró; primero a mí, luego a su padre— con Dani. Con lo que haga falta.

—Te necesitaremos —admití—. Todos nos necesitaremos unos a otros.

—Pues confiad en mí, aunque... —se mordió el labio, casi como obligando a las palabras a salir—, aunque no os haya dado demasiados motivos para ello.

—Cariño... —Me acerqué a él y le di un beso, que tampoco rechazó.

—Siento mucho... algunas de las cosas que han pasado. El próximo curso me pondré las pilas y dejaré de hacer el gilipollas.

—¿Y te quitarás la mierda esa del labio? —le preguntó Javier, aunque lo hizo en tono de broma y los tres nos reímos.

—Ni lo sueñes.

Y así, al mismo tiempo que la vida se volvía a poner patas arriba, recuperaba también parte de la normalidad perdida.

Lo que vino después es historia conocida. Una nueva cicatriz en el abdomen. Unas cuantas sesiones de quimio que no le sentaron tan mal como la otra vez. La radio, a la que nos aferramos para que dejara su maltrecho cuerpo libre de cáncer.

Diez meses de miedo. Esperanza. Angustia. Ilusión. Contradicción.

Hasta que una mañana escuché la sentencia:

«No ha funcionado. Ahora está en el hígado y el páncreas».

«¿Cuánto tiempo le queda?».

«Hablamos de... pocos meses. Semanas, quizá. Lo siento mucho, Elena».

Se acercaba el final.

El final

13

Tres días

Lunes, 29 de julio

Javier me pidió anoche que volviéramos a dormir juntos. No sé si fue por la nostalgia de ver marcharse a los niños o porque realmente su sueño se ha vuelto más tranquilo. O que me echa de menos. O que es tan consciente como yo de que, ahora ya sí, cualquier noche puede ser la última.

Antes de quedarnos dormidos, recibimos un mensaje de Mateo con una foto de la habitación en la que los han instalado, que reproduce el aspecto del dormitorio de Gryffindor en las películas. No puedo ni imaginar lo emocionado que estará Dani con eso.

Esta mañana han empezado las pruebas. Mateo me ha llamado un segundo a primera hora para decirme que le han permitido entrar como público, junto a otros acompañantes que han venido con el resto de concursantes y algunos periodistas acreditados. Les acababan de comunicar que esa primera prueba sería un *quiz* de preguntas sobre cualquier tema relacionado con la saga. Cruzo los dedos para que a Dani le vaya bien, aunque tengo pocas dudas de que así será.

Javier duerme toda la mañana. Estar sentada a su lado, solo viéndolo dormir, hace que la angustia vaya y venga. Hasta la visita del médico me ha parecido una agradable distracción. Después de que se marchara, me planteé ponerme a hacer limpieza, yo qué sé, por estar distraída, pero no soy capaz de alejarme ni dos metros de la cama de Javier. Tengo terror a que se vaya sin tenerme al lado.

Intento leer, pero me descubro durante más de diez minutos en la misma página sin tener ni la menor idea de qué va el asunto. La tele tampoco es una opción porque me molesta; los informativos parecen dar solo malas noticias, los programas de entretenimiento me parecen absurdos e intentando ver una serie o una peli sé que tendría el mismo éxito que con el libro.

Así que solo veo las horas pasar.

A mediodía, Mateo vuelve a llamarme. Tiene poco tiempo para hablar, pero quiere saber cómo sigue todo y decirme que se van a comer a un restaurante de Leadenhall Market, caracterizado como si fuera El caldero chorreante del callejón Diagon. Me pasa con Dani, que me confirma que le ha ido fenomenal esa primera parte del concurso, aunque no les darán los resultados hasta mañana antes de la ronda final, cuyo contenido se mantiene en secreto. Esta tarde, después de comer, tendrán una prueba de la que lo único que saben es que será más física que intelectual. Miedo me da.

Por la tarde, me llaman mi madre y Martina, que son las únicas personas con las que tengo ganas de hablar. Al resto de nuestros amigos los mantengo informados a través de la propia Marti o por mensaje. Mi madre no habla mucho. Solo me pregunta si todo sigue igual, si ha despertado algo, si ha comido...

Martina, por su parte, se ofrece a venir a hacerme compañía. Le digo que no e insiste. Tiene razón en todos los argumentos que me va dando. Que se me haría más llevadero. Que no me hace

bien estar sola. Que voy a volverme loca. Al final, acepto que se acerque mañana por la mañana, pero le pido que venga con mis padres, que, aunque no lo dicen, sé que también están deseando vernos.

Pero es que yo quiero estar sola. Sola con él. Juntos. Aunque él solo duerma, aunque esté más lejos que cerca. Incluso me da igual que la gente cercana esté aquí mientras él siga así, pero, ahora que los niños están lejos, tengo cada vez más claro que quiero que estemos solo los dos cuando llegue el momento. Que sea algo nuestro, como lo ha sido casi todo en los últimos veintiséis años.

Cuando empieza a anochecer, Javier despierta. Pasa un rato bueno, algo menos de una hora, en la que le cuento las novedades que me han ido llegando desde Londres. Dani ha tenido que hacer una especie de búsqueda del tesoro en algunos de los escenarios de las películas en los estudios. Javier sonrío, orgulloso y con esa seguridad arrolladora en que nuestros hijos pueden conseguir todo lo que se propongan.

Pero pronto se acaba la tregua. Noto a la perfección la manera en que su cara empieza a crisparse mientras hablamos. Su cuerpo inquieto bajo las sábanas. El dolor, que ha aguantado con estoicismo durante años, pero que ahora roza lo insoportable. Y que se magnifica al juntarse con el miedo. Ninguno de los medicamentos logra calmarlo. Incluso el parche de morfina lo alivia solo en parte y durante un tiempo demasiado corto.

—Llama al médico —me pide hacia la medianoche. Y solo él y yo sabemos cuánto dolor y cuánto miedo estará sintiendo para hacer ese ruego entre gemidos—. Pero no dejes que me lleven, Lena.

Le doy un apretón en la mano como respuesta y corro a por mi teléfono. El médico que pasa cada mañana, Alberto, me dice que él mismo se acercará. Que en estas circunstancias no merece la pena llamar una ambulancia o explicar toda su historia médica a un doctor de urgencias.

Llega apenas veinte minutos después y le inyecta varios analgésicos a Javier. «Un cóctel que lo dejará KO unas horas», me dice. Me aconseja también que no sea prudente con la morfina, ya llegados a este punto. Que mejor que se vaya dormido, sin sufrimiento, que pretender prolongar algo que no tiene sentido. Asiento y tomo nota mental de sus palabras.

Cuando se va y Javier duerme tranquilo, me doy cuenta de que estoy extrañamente serena. Quizá esta noche ha sido el momento en que al fin lo he asumido de verdad. Que no es que se vaya a ir, sino que ya se ha ido un poco. Y que es lo mejor. Que lo que tiene ya no es una vida y Javier no la merece.

Soy consciente cerca de las dos de la madrugada de que quiero que muera. Nunca me atreveré a decirlo. Ni a los demás ni casi a mí misma. Pero no puede seguir sufriendo. Ni aunque la morfina haga su función de calmarlo y él pase más o menos bien el poco tiempo que esté despierto. La única razón por la que podría querer que se quedara más tiempo en este mundo es aferrarme a él de una forma egoísta. Y no quiero serlo. No con él.

Ya que dormir no parece una opción, a pesar de que estoy agotada, dedico las horas de la madrugada a pensar en todo esto. En la vida, la muerte, lo que somos en este mundo y qué queda de nosotros cuando nos vamos, además de los recuerdos. En el ayer, en nosotros y en nuestro mañana imposible.

Javier se remueve inquieto un momento y me aterra que llegue otro de esos episodios de dolor, pero solo es que se ha despertado. Más o menos.

—¿Es de noche? —me pregunta, desorientado.

—Sí, cielo. Bueno..., no debe de faltar mucho para que amanezca. —Me incorporo sobre un codo y le acaricio la cara—. ¿Qué tal te encuentras?

—Agotado. Pero sin dolor. No sé... estoy... Supongo que se me está acabando la batería — dice, con una mueca tan triste que me rompe.

—Pues descansa.

—No quiero. Quiero estar contigo. —Se mueve hasta rodear mi cintura con los brazos, aunque hasta ese pequeño gesto le supone un esfuerzo—. Y hablar.

—¿De qué quieres hablar? —le pregunto, con una sonrisa involuntaria en los labios, porque hablar es posiblemente lo que más hemos hecho en nuestra vida, y siempre nos ha encantado.

—Cuéntame lo que te han dicho los niños.

Le hago un resumen extenso de las tres llamadas que me ha hecho Mateo, aunque algunas cosas las repito porque ya se las he contado antes. Él asiente y por momentos dudo si está dormido o despierto, pero sigo hablando porque me relaja hacerlo.

—¿Sabes en quién pienso mucho últimamente? —me pregunta de repente, cuando yo estoy perdida en una historia que me ha contado Martina por teléfono.

—¿En quién?

—En Miguel —me confiesa, en un susurro, y hunde la cabeza en el hueco de mi hombro.

—Ya... —No tengo que decirle nada más, porque yo también he pensado más en mi hermano en estos tres últimos meses que en los años anteriores.

—¿Lo echas de menos? —me pregunta.

—Claro.

—Ya, pero... quiero decir... ¿cada día? Durante estos años, ¿has pensado en él todos los días?

—No lo sé. Creo que... no —le respondo, con un poco de prudencia, porque me da miedo que piense que quienes se van son olvidados—. Lo he echado de menos muchísimo en los momentos más importantes. Los buenos y los malos. Creo que, cuando más..., cuando nació Dani. Y ahora.

—Sí, yo también. Durante un tiempo, lo echaba de menos... constantemente. Cada día, algo me recordaba a él y no todo eran buenos recuerdos.

—¿No?

—Hubo un tiempo muy borroso, que además coincidió con la época en que nosotros estábamos separados, en que llegué a culparlo. Por la obsesión que tenía con las motos y cómo eso le había costado la vida.

—Pero tú también tenías moto en esa época. Podría haberte pasado a ti.

—Ya. Supongo que por eso estaba tan cabreado. Porque me puse en riesgo...

—¡Pero si erais los más prudentes del mundo! Ni siquiera querías llevarme si no me ponía el mono aquel que era como ir vestida de astronauta.

—Ya, bueno... Y mira lo que pasó de todos modos. —Suspira y yo me agarro más a él—. El caso... es que ahora ya solo me acuerdo de lo bueno. He borrado hasta el accidente.

—¿Y qué recuerdas? —Cierro los ojos al hacerle la pregunta, porque quiero que me traslade allí, con él, a ese lugar donde ve a mi hermano.

—El instituto, el fútbol, picarnos jugando sin camiseta delante de las chicas de clase... —Se ríe—. Antes de que yo me enamorara como un loco de ti, obviamente. Las noches de fiesta por Madrid, los viajes sin un duro pero con muchas ganas de divertirnos. Y hasta los puñetazos que me dio cuando me enrollé contigo y cuando le dijimos que estabas embarazada.

Nos reímos, porque es verdad que, pasados los años, ya solo queda lo bueno en el recuerdo. Las risas, las conversaciones, aquel instinto protector tan sobreactuado que tenía de vez en cuando, el amor que sentía por Mateo.

—Me gustaría creer —me dice, ya con los ojos medio cerrados por el sueño—. Por muchas razones en estos momentos, pero sobre todo... para saber que pronto volveré a verlo. Sería guay, ¿no?

—Sí. —Sé que ha dicho la última frase para quitar peso a la reflexión que ha hecho, no sé si sin querer o porque en los momentos trascendentales de la vida surgen preguntas, dudas que en otro momento están eclipsadas por la rutina—. Yo no me voy a poner a estas alturas a replantearme mis creencias, pero...

—¿Sí? —me pregunta, después de que me quede en silencio un momento, rumiando un pensamiento que me hace palpar el corazón con fuerza. Javier ya tenía los ojos cerrados, pero abre uno para observarme.

—Yo prefiero pensar que os estaréis tomando una copa de vino a mi salud.

Lo último que hace Javier antes de quedarse dormido es sonreír. Y yo cierro los ojos muy rápido porque es con esa imagen en la cabeza con la que quiero entregarme al sueño.

Martes, 30 de julio

Mis padres llegan con Martina a media mañana. El médico se ha ido hace un rato. No hay novedades. Un día más. Un día menos.

Javier permanece despierto un cuarto de hora, más o menos, y hasta habla con ellos con normalidad. Bueno, con toda la normalidad que puede haber cuando todos sabemos que esto es una despedida... o puede serlo.

Mis padres insisten en quedarse a comer, que es su forma de decir que van a preparar la comida y obligarme a ingerirla. Desde el queso que picoteé la tarde que pasamos en la bodega, no he tomado más que café y unas chuches que se dejó Dani en la cocina y que mordisqueé a ratos, más por ansiedad que por hambre.

Mi madre pone agua a hervir; creo que va a hacer macarrones con tomate. Era lo que me preparaba cuando era una cría y no quería cenar. Ese recuerdo me hace sonreír con nostalgia, pero el gesto se me corta de golpe cuando Martina entra en la cocina llorando como una magdalena y me asusto.

—¿Qué pasa, Marti?

—Nada, nada. Está dormido —me tranquiliza en cuanto se da cuenta del sobresalto que me ha provocado—. Tengo... tengo que salir fuera.

—Voy con ella —les digo a mis padres, aunque ellos ya lo saben.

Me encuentro a Martina fumando apoyada en la pared del garaje y con los ojos como dos pelotas de tenis. Si las pelotas de tenis fueran rojas, claro.

—Perdona, Ele, soy gilipollas. Con lo que tú tienes encima y yo...

—Llora, joder. Es triste. Toca llorar —le digo, con la voz calmada. Me acerco a ella y entrelazo mi brazo con el suyo, para que se apoye. En todos los sentidos.

—Es que... no sé qué decir.

—Eso sí que es toda una novedad.

—Es que todo lo que pueda decir es inapropiado decírtelo a ti.

—Venga ya, Marti. —Me río—. ¿Qué pasa?

—Que no me puedo creer que no vaya a volver a verlo. Solo eso.

—Va a ser duro, sí.

—¿Estás tomando drogas?

—¿Qué? —le pregunto, al tiempo que le doy un manotazo en el brazo.

—Joder, me refiero a drogas legales. En plan... tranquilizantes.

—Pues... no.

—¿Y por qué estás tan calmada? Me alegro, ojo, pero...

—Porque ya está, Marti. Que esto se prolongue es una locura. Que se vaya en paz y sin dolor y ya está.

—Ojalá algún día llegues a saber lo fuerte que eres.

Se me escapa una carcajada irónica, porque jamás me habría definido con ese adjetivo, pero las mejores amigas es lo que tienen... que ven en ti virtudes que ni existen.

Mi madre nos llama a comer y yo picoteo de mi plato, más para no oírlos protestar que porque tenga hambre, aunque al final acabo comiendo más de lo que esperaba. Supongo que el cuerpo es más sabio que nosotros y no siempre deja que lo boicoteemos.

La sobremesa se nos va entre paseos constantes al salón para ver cómo sigue Javier y las últimas actualizaciones del concurso de Dani. Esta mañana se ha desvelado la prueba final, que consistía en mencionar los doscientos personajes con más apariciones en el global de los siete libros de la saga. Sí, mencionar a doscientos personajes. ¿Lo peor? Que Dani ha completado las doscientas casillas; solo le queda la duda de si habrá nombrado a alguno menos relevante y se habrá olvidado de otro que lo fuera más.

Esta noche se celebrará una cena en el andén 9 ¾ de la estación de King's Cross durante la cual se declarará quién es el ganador. El primer Gran Maestro de Hogwarts.

Por la tarde, Javier duerme casi todo el tiempo y yo me pongo algunos capítulos de la última temporada de *Juego de tronos*, que me dejé a medio ver porque la enfermedad nos atropelló y dejó de interesarme la tele. Y todo lo demás.

—Podría hacerte un *spoiler* enorme y fastidiarte toda la emoción. Al menos he acabado la serie, ya me jodería irme con la intriga —me dice Javier desde la cama. Yo solo me río en respuesta—. ¿Han llamado los críos?

—No. Debe de estar al caer la resolución del concurso.

—Despiértame cuando llamen. Si gana..., pero, sobre todo, si pierde. Despiértame para que pueda hablar con él.

—Vale.

Aún tenemos que esperar dos horas más, que paso distraída wasapeando con Mateo. Según sus propias palabras, «esta cena es un puto coñazo y no dicen nada». Hasta que suena el teléfono y... la suerte está echada.

—¡Mamá, mamá, mamá! —Es Dani el que habla, desde el teléfono de su hermano. Y por su tono de voz...—. ¡He ganado, he ganado, he ganado!

—Pero, Dani..., ¡¡muchísimas felicidades!!

Ni siquiera hace falta que despierte a Javier, porque con el escándalo que estoy armando, se le han abierto los ojos solos. Y por supuesto, se le ha dibujado una sonrisa de suficiencia, de «ya sabía yo que esto iba a pasar».

—Necesitaba sacarle tres personajes de ventaja al siguiente, un japonés que... mamá, luego diréis que yo soy raro. Tendrías que conocer al tío ese, que además era un viejo como de treinta y pico. —Me tapo la boca con la mano para que no me oiga reírme—. El caso es que él estuvo mejor que yo en la búsqueda del tesoro, así que me llevaba dos puntos de ventaja. Y lo vi escribir

mucho en la ficha de los doscientos personajes. Pero se ve que se quedó en ciento noventa y seis.

—¿Y tú?

—Doscientos. Clavados. ¿Lo dudabas? —Y lo peor de todo es que no lo pregunta con chulería. Lo pregunta preocupado por si pongo en cuestión su capacidad para hacerlo.

—Pues claro que no. Escucha, Dani, cariño, papá quiere felicitarte, ¿vale?

—¡Vale! ¡Pásamelo!

Los escucho hablar y cierro los ojos para retener este momento. Esas palabras de inmenso amor que intercambian, la cara de orgullo de Javier, los chillidos de alegría de Dani, que se oyen a través del aparato. Y el momento en que le pasa a su hermano. Cómo Javier le da las gracias sin añadir nada más. Porque es por tantas cosas que no caben en una conversación para la que ya no hay tiempo. Por llevar a su hermano a Londres, por el hijo que es, que ha sido, que será.

A continuación, Mateo habla conmigo. No me pregunta por su padre, supongo que porque se ha quedado tranquilo después de su conversación con él. Solo me cuenta que lo que han montado los de la organización es una pasada, pero que están los dos bastante cansados y que van a caer en la cama del hotel como sacos de harina. Mañana por la mañana, a Dani le entregarán los premios, le harán una visita guiada exclusiva por los estudios en los que ya han estado estos días y tendrá su gran reunión de dos horas con J.K. Rowling. El jueves a mediodía estarán de vuelta en Madrid.

La euforia no baja cuando colgamos el teléfono. Corro a la cama y me tumbo junto a Javier, abrazándolo, y le susurro varias veces al oído «ha ganado, ha ganado». Él me sorprende con su agarre más fuerte de lo normal estos días, con sus manos acariciando la piel de mi cuello. Hemos pasado en un segundo de ser los orgullosos padres de dos chicos estupendos a una pareja que lleva queriéndose toda la vida.

La expresión de Javier es un enigma. Pero sus manos hablan por él. Y se pierden por mi cuerpo, como siempre lo han hecho, como si el mundo no estuviera a punto de desmoronarse.

—Desnúdate. Desnúdate y cierra los ojos —me susurra.

Yo hago caso, a pesar de que ni siquiera sé qué es lo que va a ocurrir. No entiendo cómo se siente, además de derrotado, exhausto y triste. Pero no es lo que parece cuando le hago caso, cierro los ojos y me sumerjo en lo que siento. En el pasado. En lo conocido.

Sus dedos se adentran por el vértice de mis piernas. Yo no soporto que me toquen ni cuando tengo un resfriado, así que me cuesta creer que esto esté sucediendo. Pero mi cuerpo tiene menos reparos que yo y se humedece al instante.

—Esto... esto es lo que más me ha gustado hacer en toda mi vida —me dice al oído.

Me toca y yo... no sé cómo ocurre, pero, en medio de la tristeza, el miedo, la angustia, las dudas y la desolación..., me excito. Me excito tanto que sé que esto no va a durar. Porque Javier sabe dónde tocar, siempre lo ha sabido. Mi cuerpo no tiene ningún secreto para él. Encontró el mapa de cada rincón a los diecisiete años y nunca lo ha olvidado.

Y me corro. Me corro entre jadeos, gemidos y alguna lágrima. Con un estremecimiento que me recorre de los pies a la cabeza. Me corro mirándolo a los ojos, comprobando como se le escapa una sonrisa satisfecha; chulesca, incluso. Y nos quedamos dormidos, uno en brazos del otro. Si tiene que llegar la eternidad, no es un mal lugar para que nos encuentre.

Miércoles, 31 de julio

No ha amanecido aún cuando Javier me despierta. Debían de ser las diez de la noche cuando nos quedamos dormidos, así que he descansado bien. Y él también, porque esta vez no me sobresalto al escucharlo decir «Lena, despierta». No sé por qué. Es algo en su tono. Serenidad, tal vez.

—¿Qué pasa? —le pregunto mientras me desperezo.

—Llévame a Madrid, Lena.

—¿Qué? —Me asusto un poco, porque no entiendo lo que quiere decirme y uno de los miedos más grandes que he tenido desde el comienzo de todo este proceso es que pierda la cabeza.

—Llévame a ver Madrid. Nuestro Madrid.

Intento resistirme, pero no puedo. Aunque ponerme en su lugar sea imposible, imagino el dolor de morir sin ver más que cuatro paredes, aunque sean las de casa, sobre todo para alguien que ha surcado todos los cielos, que ha visitado todos los lugares que un día soñó conocer.

—Déjame prepararlo todo.

Será una locura, una idea horrible, una imprudencia..., pero no seré yo quien se lo niegue. Puede que sea lo último que me pida. Lo presiento, me lo dice algo que compartimos dentro del alma.

Aunque es verano, estas primeras horas de la mañana, cuando el sol aún no se ha decidido a salir, son frescas. Saco el coche del garaje y lo dejo con la puerta del copiloto abierta justo a la salida del caminito de la puerta de casa. Subo corriendo a nuestro antiguo dormitorio, el que lo era antes de que el salón se convirtiera en un sustituto provisional, y cojo del altillo del armario unas cuantas mantas gruesas. Vuelvo a la cama y encuentro a Javier incorporado. Más débil, pálido y ojeroso que nunca. Los pómulos tan marcados que ya no sé si recuerdo cómo era su cara antes de que el cáncer se lo comiera por dentro. Pero sonrío. Sonrío porque ni siquiera ha tenido que insistirme.

—Vámonos a Madrid.

Entre el esfuerzo de ponerle un pantalón de chándal y una sudadera gruesa, y el de llegar hasta el coche en la silla de ruedas, Javier se queda dormido en cuanto toca el asiento. Espero con el motor encendido, con la calefacción al mínimo, pero lo justo para que no sienta frío. Lo envuelvo también en las mantas.

—¿Vas a arrancar en algún momento o qué?

—Pero qué mandón...

Me río y empiezo a circular por la urbanización, en cuyas aceras no hay ni un alma a estas horas. Tampoco en los accesos a Madrid, que hoy no nos castigan con un atasco, sino con el cielo despejado de una mañana de verano a la que aún pocos se han incorporado.

Voy improvisando el camino sobre la marcha. Lo primero: nuestro antiguo barrio, cerca de Atocha. Paso por el lugar donde nos criamos, el piso de su abuela, el antiguo edificio de mis padres, el colegio en el que estudiamos E.G.B., nuestro instituto... De vez en cuando echo un ojo a Javier para comprobar que no se haya quedado dormido, pero no... Aunque en silencio, ahí sigue, observándolo todo, empapándose de los lugares que nos convirtieron en lo que somos hoy.

De ahí subo hasta Argüelles, Ciudad Universitaria, Plaza de España... La zona en la que nos creíamos tan mayores, cuando éramos dos estudiantes que se devoraban a besos entre clases de Periodismo, horas de vuelo, discotecas y hostales por horas.

Al pasar por el Retiro nos reímos recordando tardes de invierno con Mateo, con las bicis; también una mañana remando porque yo me quejaba de que nunca hacíamos nada romántico y

Javier me regaló ese recuerdo que ahora sabe tan dulce. Javier me recuerda la multa que me voy a llevar por saltarme la prohibición de entrar en Madrid Central, pero... hoy eso me importa poco. Nada.

Salimos de Madrid por la Avenida de América y creo que los dos tenemos claro a dónde vamos. Javier busca en la radio del coche una emisora de música y suena *Piano Man*, de Billy Joel. Me mira arqueando una ceja y yo asiento. Me gusta como banda sonora de este momento.

Entramos en Barajas pueblo bordeando el parque del Capricho, en el que pasamos algunas tardes de verano cuando no podíamos permitirnos ni vacaciones ni casi unas cañas en una terraza. Y conduzco despacio, en medio de una ciudad que empieza a despertar, hasta llegar a la calle estrecha de un solo sentido donde se ubicaba nuestro primer apartamento.

—Fueron buenos tiempos —me dice Javier, en voz muy bajita—. ¿Sigues pensando que fueron los mejores?

—Los mejores... —Paro un momento en doble fila, porque no hay un solo coche en varias calles a la redonda. Me echo un poco hacia delante para ver a través del parabrisas y me quedo observando las cortinas que se mueven con la leve brisa de la mañana en el tercero izquierda. Me pregunto quién vivirá allí ahora. Y también si la felicidad de esa casa habrá sido contagiosa; si Javier, Mateo y yo dejaríamos allí partículas de la dicha que sentimos aquellos cuatro años—. Los mejores años han sido todos, Javier. Hasta los peores.

Le ha debido de gustar mi respuesta, porque sonrío de una manera que sé que es en realidad la petición de un beso, así que me acerco a él, rozo mis labios contra los suyos y él me sorprende dejando salir la lengua. Me río, le doy un cachete que es más una caricia y sigo mi camino. Hay un lugar al que quiero llegar antes de que el sol brille del todo. Y ya vamos tarde.

Javier sonrío como un niño cuando aparco el coche junto a la cementera. Es una antigua fábrica que se ha convertido en uno de los puntos de observación desde los que mejor se pueden ver los despegues desde la pista 36R de Barajas. Cuando a Javier le apetecía sacarse el mono de volar, siempre iba a la terraza del aeropuerto, pero, cuando no le apetecía encontrarse con nadie conocido, venía aquí.

—Gracias —me dice, y se le llenan los ojos de lágrimas. Yo le señalo un avión bastante grande, de una compañía cuyos colores no alcanzo a identificar, y observamos como alza el vuelo y surca el cielo de Madrid.

Y así nos quedamos media hora, cuarenta minutos..., hasta que me doy cuenta de que está más cansado de lo que quiere reconocer y le hago una pregunta que significa demasiado.

—¿Nos vamos a casa?

—Sí. Llévame a nuestra casa.

Llegamos justo a tiempo de que Javier vuelva a ponerse el pijama, se asee un poco y recibamos al médico sin tener que confesar nuestra pequeña escapada, aunque tampoco es que a estas alturas nadie fuera a censurarnos ese comportamiento. Ni a nosotros iba a importarnos lo más mínimo que alguien lo hiciera.

—Ahora sí que es cuestión de horas —me dice el médico justo antes de irse, acompañando sus palabras de un gesto compasivo y un apretón de manos más cercano de lo que podría haber esperado. Al final, hace ya casi tres meses que nos vemos a diario, y en una situación tan intensa que probablemente nunca olvidaré su cara, su nombre, su presencia.

Yo asiento. No me aferro a que quizá el cansancio de tanta actividad en las últimas horas pueda haber hecho que parezca más desgastado de lo que está. Ni a que mañana vuelven los niños y aún podrían verlo vivo, porque... ni siquiera quiero ya que lo vean.

Me siento junto a su cama con el móvil en la mano. Dani me ha enviado temprano un

mensaje para decirme que se marchaba a su gran día de gloria, pero que Mateo seguiría durmiendo un rato más, aprovechando que hoy no tenía que acompañarlo. Yo le escribo para decirle que lo llamaré más tarde. También a mi madre y a Martina les envío un mensaje, pero dejándoles claro que ahora no quiero hablar.

Dejo el móvil con volumen, solo porque los niños están fuera, porque lo que de verdad me apetece es apagarlo. Tengo a mano los medicamentos específicos para el dolor irruptivo y los parches de morfina. Incluso un certificado de defunción que me trajo el médico hace unos días para que lo tenga a mano cuando ocurra. Y un café ya tibio en la mano.

Pasa una hora. O quizá dos, no sé.

Y ocurre. Javier abre los ojos durante una milésima de segundo, pero no llega a enfocarlos en nada antes de volver a cerrarlos. De su boca se escapa un sonido que no sé definir. No es un gemido, ni un jadeo, ni un grito. Tampoco una palabra. Supongo que es eso que llaman estertor. Una sola vez.

Y se acaba.

Todo.

Son las doce y veintitrés minutos del treinta y uno de julio de 2019.

Mientras tanto, en Londres

[Mateo]

Que estos días en Londres iban a ser extraños, teniendo en cuenta lo que hemos dejado en Madrid, era algo que ya sabía. Pero cuando lo primero que ves de la capital británica después de aterrizar en Heathrow es una reproducción exacta del Ford Anglia volador de los Weasley... «surrealista» se convierte en el adjetivo adecuado.

Creo que nunca he visto a nadie alucinar tanto como a Dani con todo lo que ha pasado estos tres días. Desde la habitación temática, clavadita al dormitorio de Hogwarts en las películas, hasta las actividades que han preparado los organizadores, a los que no se les puede negar que se lo han currado. Mucho.

Los rivales de Dani son tíos adultos —algo que me cuesta un poco entender cuando la temática es un niño mago, pero allá cada cual con sus locuras— procedentes de lugares tan dispares como Japón, California, Chicago, Suecia y la propia Inglaterra. El único niño y el único español es Dani. Pero eso no impidió que, en la primera prueba, obtuviera la nota más alta en un concurso de más de cien preguntas tipo test sobre la saga, tanto literaria como cinematográfica. Acertó noventa y ocho, empatado con el japonés. Los dos americanos cayeron en esa primera prueba. Después de eso, nos trasladaron a todos a los estudios de la Warner para la búsqueda del tesoro, en la que quedó segundo, detrás del maldito japonés, hacia el que, a esas alturas, yo ya había desarrollado un odio visceral. Fuera la sueca y el inglés.

Esa noche, Dani durmió con tal sonrisa en la cara que me demostró que toda esta locura ha merecido la pena. Aunque marcharme de Madrid haya sido lo más duro que he hecho —y espero que tenga que hacer— en toda mi vida. Aunque durante semanas me debatiera entre dejar a mi madre sola o venir aquí a ayudar a mi hermano a cumplir el sueño de su vida.

Para la tercera y última prueba, Dani partía con desventaja. Tenía que remontar escribiendo los nombres de los doscientos personajes con más apariciones en la saga. Me pasé la hora y media que les dieron para completar el reto intentando pensar en esos nombres. Hace pocos días que acabé la saga. Y me salieron diecinueve.

Por supuesto, Dani clavó los doscientos. Le sacó un punto de ventaja al japonés en el global y lo proclamaron primer Gran Maestro de Hogwarts en una cena algo aburrida pero *muy* flipante que organizaron en la estación de King's Cross. No sé cómo coño lo hicieron, pero incluso había velas flotantes sobre unas mesas que parecían tal cual las del comedor de Hogwarts. Y la forma de proclamar al campeón fue hacer a los dos finalistas —Dani y el japonés— empujar el carrito con la lechuga, la maleta y todo eso contra la pared del andén. Primero lo intentó el japonés; el muro no cedió. A continuación, Dani. Y atravesó la pared. No, eso tampoco sé cómo lo hicieron.

¿La verdad? Lloré. Se me escapó un lagrimón —o veintiséis— cuando vi al enano con la capa de los cojones, el trofeo en la mano y la mayor cara de felicidad que jamás ha tenido un ser humano. Podría echarle la culpa a que no estoy exactamente en el mejor momento de mi vida y tengo las emociones a flor de piel, pero... sería mentira. Soy un blando casi siempre. Y con Dani..., más.

En el trayecto entre la estación y el hotel, creo que no dejó de hablar ni un segundo. Como si le hubieran dado cuerda. Ni siquiera retuve la mitad de lo que dijo, la verdad. Eso sí, en cuanto llegamos a la habitación, hablamos con papá y mamá y se tumbó en la cama... KO. Ni la emoción de conocer mañana a su mayor ídolo del mundo le ha quitado el sueño.

En cambio, a mí..., a mí me lo quita todo. Cada llamada de mamá. Cada palabra que dice cuando la llamo yo. Cada mensaje que le envió diciéndole cualquier chorrada, cada veinte minutos, solo para que su respuesta me confirme que las cosas siguen igual. Que no se ha ido. Que resiste. La de veces que mi madre me ha echado la bronca, cuando me voy a casa de un amigo o paso las horas fuera, por no estar pendiente del móvil... Y en estos días no he hecho otra cosa que llamar y esperar llamadas.

Nuestro último día completo en Londres amanezco tarde. A Dani han venido a recogerlo sobre las ocho y lo he dejado en manos del personal de la organización, ya que hoy no puede acompañarlo nadie a todos esos actos tan VIP que tiene como Gran Maestro. Sospecho que nadie esperaba que un crío ganara el premio y están aún un poco descolocados.

Después de dejar a Dani y de que me confirmen que no lo devolverán al hotel hasta media tarde, he vuelto a echarme en la cama y despierto pasadas las diez. Miro el móvil sobresaltado —ojalá llegue el día en que deje de reaccionar así cuando paso más de cinco minutos sin consultarlo—, pero solo tengo un mensaje de mi madre diciendo que todo sigue igual y que me llamará más tarde.

Me doy una ducha rápida, me visto y salgo a dar una vuelta por las calles de Londres. Tengo un destino en mente, pero ya habrá tiempo. Por el momento, solo quiero caminar. Las últimas semanas en Madrid he pasado tanto tiempo encerrado en casa, por voluntad propia, que creo que necesitaba el aire fresco golpeándome en la cara. Lo bueno de Londres... es que el aire es fresco hasta en julio.

Cuando suena mi teléfono, son las once y veintitrés, y yo estoy plantado delante del monumento dorado que hay a las puertas del palacio de Buckingham.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño.

Y en su tono, lo sé. Sin necesidad de que hable más. Sin que haya derramado una lágrima siquiera. Lo sé porque hay cosas de las que no se toma conciencia a través de los sentidos, ni del intelecto, ni de la intuición; se saben con el alma.

—¿Cuándo ha sido?

—Hace un minuto.

—¿Estás sola? —le pregunto, porque preocuparme por ella es una buena forma de no pensar en mí, en cómo me siento, en hasta qué punto tengo la sensación de que alguien acaba de meterme la mano entre las costillas para arrancarme el corazón y no devolvérmelo más.

—Sí, quise que fuera así. Pero no te preocupes. En cuanto cuelgue, llamaré a la ambulancia, a los abuelos y a madrina.

—¿Me has llamado a mí antes que a nadie? —le pregunto, sorprendido, porque no tengo ni idea de estas cosas y supuse que habría que llamar a un juez o a un forense... o yo qué cojones sé.

—Y a quién iba a llamar antes que a ti, Mateo...

—Mamá... Mañana estamos ahí, ¿vale? Mañana volveremos a estar tod... —me interrumpo, porque no sé si «todos», en relación a mi familia, será una palabra que vuelva a salirme pronunciar—. Mañana volveremos a estar juntos.

—Sí, cariño. Mañana. —La oigo resoplar y me rompo. Pero aún no—. Ahora tengo que hacer

llamadas, pero, por favor, llámame todas las veces que necesites. No sé... No sé si he hecho bien contándotelo mientras aún estás en Lond...

—Mamá. Lo has hecho bien. Lo has hecho todo bien.

—De acuerdo.

—Te quiero, ¿vale? Te quiero mucho, mamá —se me rompe la voz y prefiero colgar.

—Y yo a ti, cielo.

Cuelgo el teléfono y, de repente, Londres me parece irreal. Todo me lo parece. El tráfico, los turistas, el puto cambio de guardia y hasta el asfalto que piso. Cruzo la calle hacia St James's Park y busco un pedazo de césped en el que la única compañía sea la de las ardillas que cruzan el parque en busca de algún fruto seco.

Y me rompo. Me rompo. Y lloro. Y entierro la cabeza entre las manos porque no sé ni dónde quiero estar. En Madrid, para no dejar a mamá sola. Y en el estudio de la Warner donde está Dani, porque necesito a mi hermano al lado, aunque me toque disimular que todo está bien. Y en casa. Y en ese hotel que de repente me parece ridículo. Y en ningún sitio en realidad, porque solo quiero estar con mi padre y él no está en ninguna parte.

No sé cuánto tardo en ser capaz de ponerme de pie y caminar. Me da igual. Mi única misión en el día de hoy es sobrevivir hasta que Dani llegue al hotel y convertirme en el mejor actor del mundo para que no sospeche que el día más feliz de su vida es en realidad el más triste.

Echo a andar hacia el metro y creo que, si no estuviera devastado por dentro, se me escaparía una carcajada por lo surrealista que es que, mientras el mundo se acaba de desmoronar en Madrid, mi hermano esté reunido con J.K. Rowling y yo camino de Camden Town.

Lo decidí hace tiempo. Cuando papá enfermó la segunda vez, en realidad, aunque no lo tuve claro hasta que supimos que se moría. Que quería tatuarme algo relacionado con él, como mi madre y él se tatuaron mi fecha de nacimiento y la de Dani. No es que papá fuera muy aficionado a los tatuajes, pero, si hasta él lo hizo dos veces, no creo que le molestara demasiado que yo lo hiciera una. Me costó elegir el diseño hasta que un día, perdiendo el tiempo en internet, me encontré con la foto de un tatuaje de un avión de papel. Y supe que eso sería.

Entro en un estudio de Camden del que he visto varias buenas reseñas en Google y que admite clientes sin cita previa. Le enseño al tipo de recepción el diseño que tengo guardado en el móvil y él me dice que no habrá problema. Me da un precio, pago, paso a una camilla y espero. Pensé que me pondría nervioso llegado el momento, pero creo que la única fórmula que ha encontrado mi cuerpo para sobrevivir es anestesiarme las emociones.

Tampoco siento dolor mientras me tatúan la parte externa del antebrazo. Molesta, sí, pero es una buena distracción del martilleo constante de mi corazón en el pecho. Cuando me quiero dar cuenta, me están echando una crema cicatrizante y envolviéndome el brazo en papel film transparente. Salgo a la calle y me acerco a un puesto callejero a comprarme una porción de pizza, que está insípida, pero me alimenta lo suficiente como para pasar el tirón. Tal vez debería llamar a alguno de mis amigos para contarle lo que ha pasado, pero no tengo ganas. No quiero hablar con nadie. Ni siquiera con Martina, y con ella me apetece hablar siempre.

Decido volver al hotel caminando. Es una tirada enorme, pero así hago tiempo hasta que llegue Dani, porque no tiene ningún sentido que me vaya a hacer turismo y sé que demasiadas horas en la habitación del hotel me volverían loco.

Mi madre me llama cuando estoy llegando, sobre las cinco de la tarde. Con ella sí puedo hablar. Quizá sea la única. Me cuenta que están en el tanatorio, que ha ido mucha gente, que mañana lo incinerarán antes de que lleguemos nosotros y que ya decidiremos en familia qué hacemos con las cenizas. ¿La verdad? No me creo la conversación. Siento que estamos hablando

de otra persona, del padre de otro tío que estará en otro hotel hablando con otra madre y jodido de otra manera. Por muchas semanas que lleve preparándome para esto, no acabo de asumir que yo formo parte de esa historia.

Creo que nunca me había apetecido tanto fumar como ahora mismo, pero me juré el día de mi cumpleaños que no volvería a hacerlo y no pienso incumplir esa promesa. Prefiero subir al dormitorio y esperar a que me llamen.

Faltan unos minutos para las seis de la tarde cuando recibo una llamada de recepción. Dani está de regreso, así que bajo a buscarlo. Me lo encuentro vestido con su capa de Gran Maestro, con el cuaderno en el que había apuntado los temas que quería hablar con la autora en la mano y, como todos estos días, con una sonrisa enorme plantada en la cara.

—¡Mateo! —Viene corriendo hacia mí—. Me han dado un montón de regalos, pero me han dicho que los enviarán directamente a Heathrow para facturarlos y que así no tengamos que cargar con nada. Y Jo es una tía muy guay...

—¿Quién es Jo? —le pregunto, con el ceño fruncido.

—Por Dios... J.K. Rowling, Mateo. —Le da un ataque de risa y sigue un rato contándome de qué han hablado, a dónde lo han llevado, qué ha comido...

Pero yo ya ni puedo escucharlo, porque todo lo que ha pasado en las últimas horas, en las últimas semanas, se me convierte en un cóctel emocional que no sé gestionar de otra manera que atrayéndolo hacia mí y abrazándolo con fuerza. Él me mira un poco extrañado, pero debe de pensar que es parte de la euforia por el concurso y se me aferra a la cintura. Tengo que hacer un verdadero esfuerzo para aguantarme las lágrimas, porque no quiero asustarlo, y lo acompaño a la habitación para que deje algunas cosas y se dé una ducha.

Y mientras escucho el agua cayendo en el cuarto de baño de la habitación, tomo una decisión impulsiva. Una que debería consultar con mi madre, incluso con Martina o con los abuelos..., pero no quiero.

Tengo que contárselo a Dani. No sé si me ha entrado de repente una vocación renovada de hermano mayor, pero siento que soy yo quien debe decírselo. Tal vez por liberar a mi madre del trago que supondría tener que hablar con él mañana cuando volvamos a Madrid. O tal vez, simplemente, porque yo también necesito consuelo y él puede proporcionármelo. Me da miedo, terror... porque sé que voy a hacerle daño y también porque no tengo las herramientas necesarias para decírselo de la manera más adecuada, si es que existe una forma idónea de comunicar algo así. Pero algo dentro de mí me empuja a contárselo. Es más..., diría que es lo que mi padre querría. Y ese es el argumento definitivo que me hace decidirlo.

—Dani, ¿quieres que vayamos a dar un paseo?

—¡Vale! ¿A dónde?

—Podemos dar una vuelta por aquí y cenar algo en un *pub*, ¿te apetece?

—Claro.

Salimos a la calle y dejo que me cuente todo lo que ha sido su día de hoy. No se deja ni un solo detalle. Me habla del viaje en autobús hasta los estudios, de la visita guiada que le han hecho por zonas que quedan fuera de las partes accesibles a turistas y, por supuesto, de esa reunión de dos horas con J.K. Rowling en la que hablaron de cosas tan diversas como la forma en que eligió los nombres de los personajes, la evolución de las tramas a partir del segundo libro o las diferencias entre la versión literaria y las películas. Bueno, esa es la parte de la que me entero. Me menciona otros mil temas que no entiendo de qué van.

Al pasar por delante de un *pub* le propongo cenar algo, aunque yo sigo con la pizza de la comida atravesada en la garganta, y él me dice que quiere *fish and chips*, que no consigo

entender cómo pueden gustarle a alguien, pero allá él con sus gustos culinarios. Durante la cena, hablamos poco y él no pregunta por nada de casa. Ni por papá, ni por mamá ni por ninguna otra cosa. Y ya ni siquiera sé si es que sospecha algo o, simplemente, que está perdido en su propio planeta.

—Tengo que contarte una cosa, Dani —me atrevo a decirle al fin, porque seguir posponiéndolo me está generando más angustia que afrontarlo.

—¿Qué pasa? ¿Estás enfadado? —Me mira desde abajo, con unos ojos que... joder. Qué difícil va a ser esto.

—Claro que no, ¿por qué lo dices?

—Porque estás raro.

—¿Estoy raro? —Le sonrío.

—Sí, pero disimulas. —Se encoge de hombros.

Vamos caminando por el barrio de Pimlico de camino al hotel. Me parecía buena idea hablar con él por la calle, dando un paseo, pero en realidad esa es solo una más de las imágenes mentales que nos hacemos cuando fantaseamos con una situación como la que estamos viviendo. Como si pasear por un lugar bonito aliviara en algo el dolor de haber perdido a un padre. Decido que mejor nos vamos al hotel, porque no tengo ni idea de cómo va a reaccionar, tampoco de cómo lo haré yo, y creo que me sentiré más cómodo allí.

Cuando entramos en la habitación, Dani se pone el pijama y se sienta en el borde de su cama, de cara a mí. Yo tengo la vista fija en el suelo, pero levanto la cabeza cuando siento su mirada clavada en mí.

—¿Qué pasa, Mateo?

—Ven aquí. —Me siento con la espalda contra el cabecero de la cama y le hago hueco a mi lado—. Dani, ¿tú sabes...? Sabes que papá ha estado enfermo, ¿verdad?

—Sí. Tiene cáncer —me responde, en un tono tan neutro que ni sé lo que significa.

—¿Tú sabes lo que es el cáncer? —le pregunto, porque juraría que mis padres no le dijeron nunca la palabra, pero, claro, oculta tú algo en una casa en la que durante un año no ha habido casi otro tema.

—Mateo, yo sé de casi todo. —Se le escapa una risita.

—Vale, ¿y sabes que es una enfermedad grave?

—Sí. En algunos casos. ¿Qué pasa, Mateo?

—No sé cómo decirte esto, Dani... —Se me llenan los ojos de lágrimas—. Vas a tener que ayudarme porque...

—¿Papá está peor? —Sé que lo he asustado y veo que le empieza a temblar un poco el labio inferior—. ¿Eso es lo que quieres decirme?

Niego con la cabeza y cojo aire con fuerza. Resoplo, me paso la mano por la cara, lo miro...

—Papá ya no está, Dani.

Volvemos a quedarnos en silencio. Yo, porque no sé qué decir. Él, supongo que intentando encontrar el significado a mis palabras. Aunque no lo consigue.

—No sé si estoy entendiendo lo que me dices.

—Se ha ido, enano. Y... no va a volver.

—Pero eso... eso... —se echa a llorar— no puede ser. No puede ser, ¿verdad, Mateo?

Me mira con tanta pena y tanta fe en que yo arreglaré esto que no aguanto más y rompo a llorar de verdad. Él se agarra a mi cintura y nos quedamos así un rato. Mi móvil suena un par de veces y sé que tendré que llamar a casa en algún momento, pero ahora mismo solo me importa Dani.

—¿Está... muerto? —se atreve a preguntar y yo asiento—. Pero... ¿cómo?

—Estaba muy malito. Es muy triste, Dani, y lo vamos a echar mucho de menos, pero vamos a estar los tres juntos, ¿vale? Mamá, tú y yo. Y los abuelos, y Martina. Todos.

—Pero papá ya no...

—No, enano. Él no estará.

—Ya.

Dani se queda un rato pensando. Ya no llora, no sé si porque está centrado en intentar entender lo que ha ocurrido según las reglas de su cabeza, que a mí se me escapan, o porque tiene demasiadas preguntas bulléndole dentro.

—Dani, voy a darte una ducha, ¿estás bien? —Asiente—. Pero quiero que me hagas cualquier pregunta que se te ocurra. Si no lo entiendes, si no... no sé... lo que sea. Puedes hablar conmigo. No digo ahora. Esto vale para siempre.

—Vale.

Me meto en el cuarto de baño con una sensación pegajosa en la piel que sé que la ducha no conseguirá quitarme: la impresión de que lo he dicho todo mal en la conversación más importante que tendré con mi hermano en la vida. Me da pavor haberle hecho más daño del que la propia noticia le habrá provocado. Joder. Si hasta me da miedo haberlo dejado traumatizado o algo.

Cuando me saco la camiseta, reparo por primera vez en mucho rato en el tatuaje de mi brazo. Hay algo de sangre reseca bajo el plástico y debería hacer caso a las recomendaciones del tatuador, a las que ni siquiera presté demasiada atención. Me lavo como puedo bajo el chorro de la ducha y me lo seco con cuidado, sin frotarlo. No me recreo mucho en el baño, porque sigo preocupado por Dani. Cuando salgo, me lo encuentro aún en mi cama, con la mirada fija en el edredón granate y una expresión que a mí me resulta indescifrable.

—¿Quieres ver una cosa? —Me siento a su lado e intento distraerlo.

—Claro.

—Mira.

Me levanto la manga del pijama y le enseño el tatuaje, que, aunque está enrojecido, tiene ya bastante buena pinta.

—Mamá te va a matar.

—Mamá tiene tres tatuajes.

—Ya, pero *a ti* te va a matar. —Me sonrío y esa sonrisa es un bálsamo, porque entre mis terrores está que no vuelva a hacerlo.

—Puede ser. ¿A ti te gusta?

—Claro. ¿Te lo has hecho hoy?

—Sí. Cuando mamá me contó... lo de papá.

—¿Es por él? ¿Lo del avión?

—Claro.

—Ya. —Se queda un rato en silencio, pensativo, y yo lo acerco un poco más a mí, con mi brazo sobre su hombro, pero esta vez no es porque él me necesite, sino al contrario—. Yo también quiero hacérmelo.

—Me parece que vas a tener que esperar para eso.

—¿Hasta cuándo?

—Hasta los dieciocho, me temo.

—¿Y no podría ser antes? No digo ahora, pero...

—No. —Retengo una sonrisa, porque, a ver, puedo falsificar la firma de mi madre con una

mano atada a la espalda y podríamos liarla a lo grande cuando tenga quince o dieciséis, pero casi mejor ser el adulto en esta conversación—. Pero te prometo una cosa, ¿vale?

—¿Qué?

—El día que cumplas dieciocho, yo iré contigo. Es más, ese será mi regalo de cumpleaños.

—¿Me lo juras?

—Pues claro.

—Vale.

—Deberíamos dormir, Dani. Mañana por la mañana tenemos que irnos al aeropuerto y... — resoplo— volver a casa. ¿Quieres hablar con mamá?

—No —me dice, muy serio—. Quiero decir... ¿Crees que debo hablar con ella ahora?

—Creo que debes hacer lo que te dé la gana en este momento, enano. Si te vas a sentir mejor hablando con ella, la llamo. Si no, le mando un mensaje para decirle que estamos bien y ya está.

—Pues... creo que prefiero eso. Prefiero pensar bien qué quiero decirle cuando hable con ella.

—Me parece bien, pero... Dani, no hay nada que tengas que decirle que sea mejor o peor. Mamá solo necesita que estemos con ella, los tres juntos y unidos, y querernos mucho.

—¿Y papá? —me dice en un susurro—. ¿Qué necesita él?

—Exactamente lo mismo.

—Mateo...

—Dime.

—¿Puedo dormir contigo esta noche?

—Pues claro, enano.

Me hace sonreír, aunque supongo que es una mueca triste, porque hace años que Dani no quiere dormir conmigo. Ni con nadie, vaya. Pero hoy supongo que lo necesita y yo me siento útil por primera vez en todo el día. No seré muy bueno con las palabras, pero al menos puedo aportar compañía.

Dani finge estar dormido, pero en realidad sé que está llorando. Lo dejo un rato, porque yo también necesito de vez en cuando llorar en silencio, sin que nadie intente consolarme. Aprovecho para mirar el móvil, que está echando humo porque llevo un buen rato sin prestarle atención.

Mamá: Te he llamado un par de veces. ¿Estás bien?

Mateo: Bueno... Perdona, estaba con Dani. ¿Cómo te encuentras tú?

Mamá: ¿La verdad? Tan cansada que ni siquiera puedo pensar.

Mateo: Eso no me parece una mala noticia. ¿Estás con gente?

Mamá: A estas horas, ya solo con los abuelos y Martina.

Mateo: Tengo varios mensajes de ella. ¿Puedes darle muchísimas gracias de mi parte por estar tan pendiente? No tengo demasiado el cuerpo para hablar hoy. Además, tengo algo que decirte.

Mamá: ¿Qué pasa?

Mateo: Se lo he contado a Dani. No sé si he metido la pata, ni si lo he hecho bien, pero... no quería mentirle ni que mañana tuvieras que decírselo cuando llegara eufórico del concurso.

Mamá: Dios mío. ¿Cómo está?

Mateo: Triste. Y no tengo claro que lo haya entendido del todo. Pero bien. Está aquí conmigo, en la cama. Por eso no puedo llamarte.

Mamá: No, claro, quédate con él. No sé, Mateo... ¿Me he equivocado mandándoos a Londres?

Mateo: ¿Tú necesitarías hoy que estuviéramos ahí?

Mamá: Yo habría hecho cualquier cosa por ahorraros el dolor de las últimas veinticuatro horas aquí.

Mateo: Pues ahí tienes la respuesta. Dani ha cumplido su sueño, aunque haya tenido un final tan triste. Y yo me alegro de haber estado con él estos días, por lo bueno y por lo malo.

Mamá: Vale. Pero no te olvides de estar bien tú también.

Mateo: Claro. Te llamo mañana en cuanto salgamos del hotel.

Mamá: OK. Te quiero mucho.

Mateo: Y yo. Un beso, ma.

Miro el resto de notificaciones que tengo pendientes, que son sobre todo mensajes de amigos que se han ido enterando de la noticia y me mandan ánimos. Me meto en el grupo de mis colegas y escribo un mensaje algo escueto, dándoles las gracias por estar pendientes de mí y pidiéndoles un poco de espacio para estar con mi madre y mi hermano estos primeros días. No espero sus respuestas y dejo el móvil en la mesilla de noche. Dani sigue llorando en silencio.

—Mateo... —me dice, con la mejor vocecita que es capaz de componer.

—Dime.

—Estaría bien tener un giratiempo como el de Hermione para poder ir unos cuantos años atrás y pasar más tiempo con papá, ¿verdad?

—Estaría bien, sí. Pero eso... solo pasa en las películas.

—Libros. Son *libros*, Mateo.

—En las películas y en los libros, quería decir, listillo. —Le hago cosquillas y consigo que se le escape una carcajada—. Pero...

—¿Qué?

—Que el giratiempo lo tenemos en la cabeza. En los recuerdos. ¿Lo entiendes?

—Sí. Ojalá tuviera más recuerdos.

—Sí. Ojalá.

Dani se pega más a mí y yo lo estrujo abrazándolo por la cintura. Y me doy cuenta en ese momento de que, durante el resto de mi vida, haré lo que sea para protegerlo del dolor. No solo porque sea mi hermano pequeño, sino porque, en lo referente a nuestro padre, nos va a tocar vivir de recuerdos. Y en eso, Dani se lleva la peor parte. Él ha vivido la mitad de años junto a papá que yo. A mí me ha visto hacerse adulto —más o menos—, he podido hablar con él de mis planes para la universidad, conoció a mi primera novia y hasta tuvimos broncas épicas por beber, fumar o hacerme *piercings*.

Dani no tendrá nada de eso.

Y justo antes de quedarme dormido, me prometo que sí lo tendrá. Hasta lo de las broncas si algún día llega a liarla, que bien que lo dudo. Todo. Tendrá todo lo que yo pueda darle, porque

ya ha perdido demasiado.

Mientras tanto, en ninguna parte

[Javier]

Pues claro que me acuerdo, Lena. De todo. De ti.

De los besos en el barrio y las noches de horas robadas al reloj.

De las escapadas con Platero sonando en el coche y de un fin de semana en Sevilla en el que nos atrevimos a soñarlo todo.

De un bebé que puso el mundo patas arriba y a nosotros nos echó raíces a tierra. De una vida nueva que no era lo que habíamos soñado; era mejor.

Del dolor de perder a un hermano y la angustia de sentirnos perdidos después. De cuánto dolió alejarnos. De todo lo que aprendimos, que en realidad se resume en una lección: que juntos éramos más.

De otro bebé, que llegó para sellar un pacto sin fecha de caducidad.

De un accidente aéreo al que sobreviví y de una consulta médica a la que no.

Lo único que soñé en mi vida, Lena, fue morirme a tu lado. Cuando lo imaginaba, éramos dos ancianitos rodeados de hijos, nietos, bisnietos, perros y gatos. En esta casa, como siempre quisimos. Lo único que ha cambiado ha sido el tiempo. Es demasiado pronto, lo sé, y a veces me he odiado por fallarte. Por irme, por dejarte sola.

Pero supongo que he aprendido a reconciliarme con esto, a encontrarle un sentido. Y el mío es este, Lena: hemos surcado juntos mil cielos, hemos recorrido de la mano calles de una punta a otra del mundo, hemos tenido dos hijos increíbles. Y nos hemos amado como nunca nadie lo hará.

¿Cómo era la frase de Ghost? ¿«Cuánto amor me llevo»? Pues eso. Solo espero, además de llevármelo, dejaros otro tanto.

Me voy, Lena. Pero también me quedo. Ya te echo de menos.

Mientras tanto, la vida

[Elena]

Las puertas de la terminal de llegadas se abren y se cierran, pero Mateo y Dani no salen. Martina, aferrada a mi brazo, como lleva las últimas veinticuatro horas, me susurra que de momento solo están saliendo los pasajeros con equipaje de mano y que, como ellos han facturado, tardarán aún un poco más.

—Qué fuerte, eh, Marti —le digo, en un suspiro—. Hace cinco años estábamos aquí mismo recibiendo a Javier como a un héroe... Quién nos iba a decir lo que nos tenía preparado el destino.

—No me digas que ahora crees en el destino...

—Voy creyendo en una cosa u otra según me convenga.

—Me parece bien.

Hace dos horas que incineraron a Javier en el crematorio de la Almudena. Les he pedido a mis padres que se lleven la urna a su casa, porque ahora mismo no puedo afrontar la duda de qué hacer con sus cenizas. Martina dice que deberíamos alquilar una avioneta y esparcirlas por esos cielos que siempre quiso surcar. A mí me parece que Martina ha visto demasiadas películas.

Pero no se lo tengo en cuenta porque ella ha sido mi ancla. Desde que ayer se presentó en mi casa y se puso al frente de los trámites hasta que me trajo al aeropuerto a recoger a los niños, a pesar de que yo pretendía hacer esto sola. No creo que hubiera llegado ni al aparcamiento sin su aliento.

—Ele... —me llama—. Ahí están.

Me doy la vuelta y los veo. Mateo empuja un carro con un par de cajas rotuladas con los logos del concurso; encima están las maletas de ambos. Dani camina a su lado, con una sudadera de Harry Potter, pero sin la capa de Gran Maestro que pensé que nunca se quitaría. Me obligo a no llorar cuando se acercan. Se han hecho mayores. En solo tres días, me da la sensación de que se han hecho muy mayores.

Cuando están ya a pocos pasos, Mateo abandona el carrito del equipaje y se echa en los brazos de Martina. Nos miramos de reojo y sé que me está diciendo que este es el momento de Dani.

—Hola, Gran Maestro de Hogwarts —le digo y me parece increíble no encontrar otra forma de romper el hielo con alguien que es un pedazo de mí. Aunque parece que funciona, porque él dibuja una sonrisita. Triste..., pero sonrisa, al fin y al cabo.

—Hola, mami.

Me agacho a su altura y lo abrazo. Fuerte, quizá demasiado. Quizá lo que los dos necesitamos.

—¿Cómo estás, peque?

—Bien... Bueno, ya sabes...

—¿Triste? —Solo asiente como respuesta y yo le revuelvo el pelo, mientras me trago el nudo de la garganta—. Todos estamos tristes, cariño. Pero iremos estándolo un poco menos cada día,

¿sabes?

—Eso me ha dicho Mateo.

—Entiendes lo que ha pasado, ¿verdad? —Vuelve a asentir y levanta hacia mí los ojos más desolados que he visto jamás.

—Que papá no va a volver. También me lo ha explicado Mateo.

—Eso es. —Trago y trago y trago, porque tengo un nudo de lágrimas más grande que yo misma—. Cuando lleguemos a casa quiero que me cuentes todo lo del concurso, ¿vale?

—Vale.

Siento un agarre fuerte en el brazo y veo a Mateo a mi lado, mirándome. Martina se hace cargo de Dani, lo abraza, le pregunta por el concurso, pero yo lo escucho todo como a través de una nebulosa extraña, porque me he quedado prendida en esa mirada entre Mateo y yo. Nos hemos contado toda una vida en el tiempo que separa dos pestaños.

—Mamá...

—Cariño...

Me agarra tan fuerte que un mechón de mi coleta se engancha en su reloj, pero nos da igual. Nos quedamos ahí, abrazados, una eternidad. Tanto tiempo que Martina y Dani ya han echado a andar hacia el aparcamiento, así que nos apresuramos a seguirlos.

—¿Cómo estás? —Es lo primero que me pregunta.

—¿La verdad? Un poco... ida. Llevo no sé ni cuántas horas levantada, he tenido que hacer cosas para las que nadie te prepara... Creo, de verdad, que necesito volver a casa, dormir, si es que lo consigo... ¿Tú? ¿Qué tal estás?

—Triste. Lo que toca.

—Sí. —Suspiro—. ¿Cómo está Dani?

—Mimoso. —Me sonrío—. Ha dormido pegado a mí toda la noche, ha querido que lo sentara en mi regazo en el avión, que es el motivo por el que no me siento las piernas ahora mismo, y no ha dejado de cogerme la mano ni un segundo. Creo que necesitaré una dosis extra de mimos estos días.

—¿Y tú?

—Yo soy mimoso por naturaleza, ya lo sabes, así que se los daré encantado.

—No. Que qué necesitas tú.

—¿Yo? —Se para un momento, me mira a los ojos y confiesa—. Llorar.

—Pues llora.

—No. A solas. Necesito soltar el papel de tío fuerte en el que llevo los tres últimos días.

Y lo entiendo. Lo entiendo porque yo necesito dejar de ser la persona que sostuvo en pie primero una mentira piadosa, luego la verdad más cruel, durante los últimos tres meses. También necesito llorar a Javier a solas, sin que nadie me pida que me calme, sin que nadie me mire con ojos compasivos.

—No sé si te lo he dicho alguna vez o no, pero... estoy muy orgullosa de ti, Mateo —le digo, con el corazón en la mano, y lo agarro fuerte por el antebrazo. Él reacciona dando un respingo y mordiéndose el labio—. ¿Qué pasa?

—Ya... Eso.

—¿Qué has hecho?

No me responde, pero se remanga la sudadera y deja a la vista un tatuaje que ocupa más o menos la mitad de su antebrazo, con forma de avión de papel. Reciente. Precioso.

—¿Vas a matarme? —Me mira con ojos de cachorrito y yo le acaricio la cara.

—¿Cuándo te lo hiciste?

—Ayer. Después de... de que me llamas. —Le doy un beso y seguimos caminando—. En serio, ¿vas a matarme?

—Solo si no me dejas copiármelo.

Él se ríe y me dice que me ponga a la cola, que Dani ya le ha pedido lo mismo. Intercambiamos un par de comentarios tontos sobre el lugar donde se lo hizo, sobre el concurso de Dani, sobre el calor que está empezando a hacer ya en Madrid. Temas seguros mientras buscamos el coche e iniciamos el regreso a la realidad.

—¿Habéis comido, chicos? —les pregunta Martina.

—La verdad es que... nos pilló la hora de comer en el aeropuerto y, entre que yo no tenía mucha hambre y que Dani nunca la tiene...

—Venga, os llevo a casa y me paso por Rodilla a coger la comida. ¿Os apetece?

Dani afirma con ganas, Mateo se encoge de hombros y emprendemos el camino a casa. Llegamos en poco rato y Martina nos deja en la puerta mientras nosotros nos instalamos.

Volver a entrar en el salón es un golpe en el pecho que no me esperaba. Su cama, la que fue la nuestra en sus últimos días; la mesa con las medicinas; la silla de ruedas en un rincón... Cierro la puerta casi al instante de haberla abierto. No quiero que los niños lo vean.

Entro en la cocina y veo a Mateo y a Dani quietos, con las maletas aún en el pasillo, abandonadas. Dani ni siquiera ha abierto las cajas que le han dado en Londres. Creo que no saben qué hacer, cómo actuar. Están perdidos. Y yo tengo que ser su guía. Quiero serlo.

—¡Vamos! —Doy una palmada al aire, con más energía de la que tengo—. Los dos, a llevar las maletas a vuestros cuartos y, Dani, a enseñarme todos esos premios que te han dado en Londres.

Ellos tardan un segundo en reaccionar, pero enseguida se ponen en marcha y suben, vuelven a bajar cargados de ropa para lavar, vuelven a subir... Dani abre las cajas y empieza a enseñarnos los libros que le regalaron, los DVD, algo de ropa y otro *merchandising*. En medio de esa vorágine llega Martina, con dos cajas llenas de sándwiches en las manos.

—Cerveza para mí —me pide.

—Y para mí —la secunda Mateo. Le lanzo una miradita que significa algo así como «no te pases», pero acabo tirándole una lata.

—¿Zumos, Dani?

—Vale.

—Y comed en abundancia —los advierte Martina—, que después de comer os va a tocar cargar peso.

Comemos medio sentados, medio de pie, interrogando a Martina sobre a qué se refería, pero no tardamos en salir al coche y comprobarlo.

—Pero qué... —digo, cuando veo su Mini cargado con dos maletas y algunas cajas.

—Quizá debería haberte consultado esto antes —me dice, con un tono de disculpa que no se cree ni ella, porque en realidad está sonriendo—, pero he decidido mudarme aquí una temporada.

—Pero... —Aunque no habría apostado ni un euro a que eso ocurriría, se me dibuja una sonrisa a mí también—. Tú estás loca.

—Bastante. Chicos, ¿qué tal si decidimos cuál es mi cuarto a partir de ahora?

Mateo y Dani empiezan a pelear para llevársela a sus habitaciones y yo le propongo que, de entrada, meta sus cosas en el *office*, que está a tope con todo lo que sacamos del salón, que espero poder devolver a su lugar original pronto.

—Yo... —Mateo nos mira en cuanto pasa la vorágine de preparativos—. Si no os importa, me voy a ir un rato a mi cuarto. Creo que... necesito estar solo.

—Claro.

—Siempre y cuando mi madrina no decida usurparme la habitación —intenta bromear, aunque se nota que está deseando marcharse para masticar a solas todo lo que le ha ocurrido. Yo se lo noto.

—Mateo, cielo, eres demasiado mayor y demasiado guapo para que compartir habitación contigo sea apropiado.

Él le tira un paño a la cara y hace el gesto de vomitar por las palabras de Martina, y se marcha corriendo escaleras arriba.

—Dani, ¿por qué no vas tú también a dormir un rato? Así luego me puedes contar todo lo que hablaste con J.K.

—¡Vale! ¡Tengo que actualizar el canal, además!

—Venga, enano, luego subo a llamarte para merendar.

Martina se levanta a preparar dos cafés en cuanto nos quedamos solas en la cocina. Se sienta a mi lado en la mesa y me mira como esperando que me eche a llorar en cualquier momento. Pero no. Ahora no. No es que me haya quedado sin lágrimas, porque estoy segura de que en muchos momentos volverán, pero ahora mismo me importa más retomar mi vida y ofrecerles a mis hijos una lo más feliz —lo más *normal*— posible.

—No hacía falta que te mudaras aquí, Martina, estás pirada.

—¿Bromeas? Vivo en un piso de treinta y seis metros cuadrados a cinco metros de la plaza del Dos de Mayo. Aquí hay espacio y silencio. No vas a conseguir echarme jamás.

—No creo que llegue el día en que quiera hacerlo.

—¿Te parece bien si duermo contigo unos días? ¿O prefieres estar sola?

—Hace tanto tiempo que no duermo en ese cuarto que ni siquiera sé lo que querré.

—Pues... cuando quieras estar sola, me iré a dormir a la litera del *youtuber*. Y cuando despejemos el *office*, me instalaré ahí.

—Sobre eso... ¿Podrías hacer algunas llamadas para enterarte de a quién le podemos donar la cama articulada y la silla de ruedas? Necesito... necesito que el salón vuelva a parecer el de antes.

—Claro. Cuenta con ello.

Nos quedamos un rato así, en silencio, bebiendo café a pequeños sorbitos y observando nuestro alrededor casi como si nos costara reconocerlo. Así es como me siento desde que he vuelto a entrar en casa. Como si me hubiera metido por error en otra de las casas de la urbanización, una decorada exactamente igual que la mía, en la que todo está en el mismo lugar..., pero que no es el sitio en el que he vivido los últimos quince años.

Incluso en mi propia piel me siento así. Como si estuviera interpretando un papel que no me corresponde. Viuda y madre de dos hijos a los cuarenta y un años. Tal vez si me imaginara a otra mujer en esta circunstancia por la que yo estoy pasando, la visualizaría tirada en la cama, sin poder parar de llorar ni un segundo. O medicada hasta las orejas para sobrellevar los primeros días. O, al contrario, estoica y con la lección del dolor aprendida en meses de preparación para el desenlace.

Y yo no me siento así, en ninguno de esos papeles, sin responder a uno solo de los estereotipos. Estoy muy triste, sí, pero no es esa la emoción que me domina. Lo que más me siento es... rara. Como fuera de lugar. Como si mi vida a partir de ahora fuera una incógnita. Como si hubiera perdido una parte de mi cuerpo y no tuviera ni idea de cómo me las voy a apañar sin ella. Dolor del miembro fantasma, lo llaman. Supongo que es algo así.

—¿Cómo lo voy a conseguir, Martí? Estoy aquí sentada... y ni sé qué voy a hacer cuando me

acabe el café y me levante de la silla.

—La vida seguirá —me responde, exhalando un suspiro, porque lo de hacerse la fuerte le va y le viene—. Es un tópico de mierda, ya lo sé, pero lo único que está claro es que mañana saldrá el sol, habrá que comer, que dormir, que salir a comprar... Y así, pasito a pasito, la pena irá pesando menos.

—¿Y si nunca deja de doler? ¿Y si me paso toda la vida llorándolo?

—Mira, Lena..., si algo aprendimos cuando se fue Miguel..., es que duele para siempre, pero no todo el rato. ¿Tiene algún sentido lo que acabo de decir?

Asiento, le doy otro sorbo al café y pienso en todas las diferencias entre esos dos momentos. La pérdida de los dos hombres más importantes de mi vida, los que estuvieron ahí desde que nací hasta que... se fueron. La muerte de Miguel fue tan inesperada que tardé semanas en asumir que de verdad había ocurrido. Para la de Javier, llevo preparándome meses, quizá años, por más que *preparada* era algo que sabía que jamás estaría del todo.

—Pues eso, Lena..., que lo irás sobrellevando. Sentándonos juntas a recordar los buenos tiempos, llorando a ratos... casi todos los ratos al principio, probablemente... Pero aprenderemos a hacerlo, porque esos dos —hace un gesto con la cabeza hacia el piso de arriba— te necesitan fuerte. Y cuando caigas, yo estaré aquí para sostenerte.

Le agarro la mano, esperando saber condensar en ese gesto toda la gratitud que siento hacia ella. Por cómo ha estado a mi lado las últimas veinticuatro horas, los últimos tres meses, los últimos veintitrés años.

—Un momento. —Me separo de golpe, justo en el momento en que me doy cuenta de algo—. ¿Me has llamado Lena?

—¿Te molesta?

—No..., pero nunca lo habías hecho.

—Ya. Pensé que a Javi le gustaría. Que ese nombre no desapareciera con él.

—Martí... —Me emociono, porque esto va así. Las lágrimas pueden quedarse atascadas en los momentos más duros y saltar solas por un pequeño detalle que significa un mundo—. Sí que le gustaría.

Oímos ruido fuera de la cocina, puertas que se abren y se cierran, voces a lo lejos; esa banda sonora que convierte una casa en un hogar. Mateo aparece en la cocina con los ojos algo hinchados, pero Martina y yo fingimos no darnos cuenta.

—Esto... *Ma...*

—¿Qué pasa?

—He metido la silla de ruedas y la cama del salón detrás del biombo. Para que... para que no lo vea Dani y tal...

—Eso me recuerda que tengo que hacer un par de llamadas —dice Martina, al tiempo que se levanta de la mesa y sale fuera armada con su móvil y su paquete de tabaco; creo que hace años que no la veo sin ambas cosas en las manos.

—Gracias —le digo a Mateo, con una sonrisa triste dibujada en la cara.

—Hay que deshacerse de esas cosas.

—Sí. Es lo que está haciendo Martina.

—Bien.

—¿Cómo estás?

—Pues... lo he llorado todo. —Sonrío, porque, salvo en aquellos años oscuros en que se convirtió en alguien que no era, Mateo siempre ha sido transparente—. Y estoy mejor. Tengo tan claro que será muy jodido mucho tiempo como que sobreviviremos.

—Recuérdame que me tatúe esa frase en la frente. ¿Por qué eres tan sabio de repente?

—No lances las campanas al vuelo, que la sabiduría esta me la he sacado del genio habitual.

—Señala con el dedo hacia el piso de arriba y yo me río—. Resulta que Dani me dijo una cosa ayer sobre los recuerdos... Que ojalá tuviéramos más con papá. Y he llegado a la conclusión, esta sí yo solito..., de que podría haber sido peor. Que esto es horrible, sí, pero... ¿y si papá se hubiera muerto la primera vez que enfermó?

—Ya.

—Dani ni siquiera tendría ningún recuerdo de él. Y yo me habría pasado sus últimos meses convertido en un adolescente gilipollas que se arrepentiría toda su vida de haber perdido ese tiempo.

—Al menos no nos quedó nada por vivir ni por hablar con él.

—Eso es.

—¿Dani estaba durmiendo? —le pregunto.

—Lo he oído hablar antes de bajar. En inglés, ojo. Mucho me temo que su canal debe de haberse convertido en un fenómeno internacional.

—Qué miedo. —Me río, pero dura un suspiro—. ¿Estará bien, Mateo? Me da pánico, de verdad. O sea, no es que por ti no me preocupe, pero tú eres mayor y tienes un carácter completamente diferente...

—Mamá, te he entendido. —Me sonrío—. Está triste, es lo normal. Pero creo... Vale, lo que voy a decirte igual te parece una locura enorme.

—Sorpréndeme.

—Creo que tanto Harry Potter... lo va a ayudar en esto.

—Amplía eso —le pido, con el ceño fruncido.

—Cuando leí los libros estas últimas semanas, me flipó que, siendo para niños, en principio, hay bastantes personajes importantes que mueren durante la saga. Que se presenta la muerte como algo natural, como parte de la vida. Y Dani es demasiado listo como para no haberse dado cuenta de eso, ¿sabes? Como para no... haberlo interiorizado. ¿Me he vuelto loco?

—Hace años. —Intenta darme un manotazo en el brazo, pero yo soy más rápida—. Pero no creo que sea una tontería eso que dices. A lo mejor debería leerme esos libros de una vez, ¿no?

—Ya estás tardando. Tu hijo es el primer Gran Maestro de Hogwarts, por Dios.

Como si lo hubiéramos invocado, el *maestro* entra en la cocina y se va directo a la nevera, a por un yogur. Martina también regresa y me confirma, sin que Dani se entere, que mañana vendrán a recoger la cama y la silla de ruedas.

—¿Qué? —le dice Mateo a su hermano—. ¿Ahora actualizas el canal en inglés también?

—¿De qué hablas?

—Te he escuchado antes. Estabas hablando inglés en tu cuarto.

—Ah, no, no. No estaba con el canal. —Se toma una cucharada de yogur y sigue hablando, como si tal cosa—. Es que me ha llamado Jo. Se ha enterado... de lo que... de lo de papá... y quería hablar conmigo. Me ha dejado su número personal para que la llame de vez en cuando si me apetece.

—¿Y Jo es...? —le pregunto, con una sonrisa ingenua—. ¿Alguna niña que has conocido en Londres?

—Vas a flipar —murmura Mateo a mi lado.

—Mamá, por favor... —Dani pone los ojos en blanco; en algún momento de mi vida en que tenga menos cosas en la cabeza debería sacarle la costumbre—. Jo es Joanna Rowling. J.K., como la llamáis vosotros.

—Su puta madre... —se le escapa a Martina.

Yo le pego con una servilleta en la cabeza, ella pone un gesto de falsa disculpa, Mateo se descojona y Dani se sube sus gafas sin cristales mirándonos uno a uno como si no comprendiera por qué somos tan básicos.

Y me río. Me río a carcajadas porque lo que ha pasado ha sido gracioso. Así de simple. Porque no es incompatible tener el corazón roto y reír. Ni echar de menos para siempre al amor de mi vida y sobrevivir. Y vivir. Porque no estoy sola. Eso lo he aprendido. Tengo a mi lado a personas que me adoran. A los que adoro. Que bajarán a buscarme al pozo si yo no soy capaz de subir sola.

Y tendré para siempre el recuerdo de un hombre junto al que lo viví todo. A veces vivimos seis vidas en un solo fin de semana. Junto al que reí, amé, lloré y me rompí. Y, aunque el final haya sido horrible, volvería a vivirlo sin cambiar nada. Mereció la pena.

Dedicaré toda mi energía a salir adelante. Construyendo mis cimientos sobre el amor de los míos, las lágrimas por el recuerdo o la ilusión que algún día volverá a provocarme el simple hecho de despertar cada mañana. Lo intentaré por Javier, que me lo pidió muchas veces. Por los niños, que merecen una vida feliz con una madre plena. Por mis padres. Por Martina. Pero, sobre todo, lo intentaré por mí. Y estoy segura de que no solo lo voy a intentar. Lo voy a conseguir.

Agradecimientos

Empecé a escribir esta historia el veintiséis de febrero de 2019. Acabé el borrador en un suspiro y he estado algo más de un año trabajando en correcciones, modificaciones, relecturas y todo ese proceso que viene después de escribir la palabra «fin». Me parece que ha pasado un siglo, incluso desde el momento en que di por cerrado el manuscrito, hace un par de meses. El mundo se ha dado la vuelta desde entonces. Nuestras vidas han cambiado. Por eso, antes que ninguna otra cosa, quiero mandar el abrazo más emocionado a todas las personas a las que esta primavera con sabor a tragedia os ha tocado de cerca, a las que han perdido a alguien querido, a las que han sufrido la enfermedad en sus propias carnes y a las que se dejan la piel a diario trabajando en primera línea de riesgo. Si esta página se llama «Agradecimientos», mi GRACIAS más enorme va para todos ellos.

Durante el proceso de escritura de esta novela, como me ocurre siempre (y sé lo afortunada que soy por ello), he tenido a mi lado a muchas personas maravillosas, que han contribuido a que el libro sea mejor y, sobre todo, a que yo no perdiera la cordura por el camino. No puedo más que darles las gracias.

A mi madre, a quien siempre le encantan mis novelas y que no se ha cuestionado ni una vez que decidiera un día dejarlo todo para dedicarme a escribir. En el momento de escribir estos agradecimientos, llevo más de un mes sin verla, cosa que creo que no había ocurrido nunca. Ojalá vuelvan pronto las tardes de tapas, librerías de segunda mano y paseos con los perros.

A Juan, porque toda escritora debería tener en su vida un exmarido que, en las semanas de encierro que dura el proceso creativo, le haga la colada, le vaya a la compra, le lleve paquetes a Correos y hasta le pase la ITV a su coche. Pero no voy a negar que es bastante guay tenerle en exclusiva para eso.

A Alice Kellen, Neïra, Saray García, Susanna Herrero, Alejandra Beneyto, Elsa García y Altea Morgan, mis maravillosas (y sufridas) lectoras cero. Porque esta novela estuvo nueve meses en un cajón antes de que me atreviera a enviársola y sé que todo habría sido mucho más difícil —tal vez, imposible— si no hubiera recibido tanto apoyo, tantas palabras bonitas y tantísimo cariño por vuestra parte.

A mis amigas y mi familia, los que conviven con la persona que vive detrás del seudónimo, por ser mi hilo de contacto con la realidad cuando mi cabeza se empeña en perderse demasiadas horas al día en mundos de ficción.

A Ana y a Carmen, por años de insistencia para que leyera Harry Potter, aunque ya pasara de los treinta cuando lo hice. Ni Dani ni esta novela habrían sido lo mismo sin vuestra capacidad de persuasión. Esperemos poder celebrarlo pronto con el prometido maratón de las pelis.

Al capitán Ignacio Rodríguez, comandante de vuelo, a quien asalté vía Twitter porque no era capaz de resolver algunas dudas sobre la profesión de Javier y que me respondió de forma detallada y altruista, a pesar de no conocerme de nada. Si el personaje de Javier es coherente, una gran parte se la debo a él. Si he metido la pata en algo o me he tomado más licencias de las que debería, la culpa es toda mía.

Y como siempre, a todas las personas que en algún momento habéis dado una oportunidad a mis historias, por permitirme continuar con este sueño, por animarme a hacerlo un poco mejor

cada vez. Gracias. De todo corazón.

Si quieres saber más sobre mí y mis novelas o ponerte en contacto conmigo, puedes encontrarme en mi blog <http://www.abrilcamino.com> o en mis redes sociales: Facebook ([abrilcamino.official](#)), Twitter ([@abrilcamino](#)), Instagram ([@abrilcamino](#)) y Pinterest ([abrilcamino](#)).

Mis novelas publicadas hasta el momento

Romántica adulta



Romántica new adult



Ficción narrativa



Índice

[Sinopsis](#)

[Prólogo](#)

[1 Cuenta atrás](#)

[I Aprendimos a volar](#)

[2 La normalidad menos normal](#)

[II Cuando crecen los sueños](#)

[3 Todo es mentira](#)

[III La sorpresa que nos cambió la vida](#)

[4 Decadencia](#)

[IV La bendita rutina](#)

[5 La vida sigue \(aún\)](#)

[V El dolor más profundo](#)

[6 La cruda verdad](#)

[VI Sobrevivir al infierno](#)

[7 Me contaste un cuento precioso](#)

[VII Ya nada es igual](#)

[8 Casa](#)

[VIII Mi abismo](#)

[9 Cuarenta y uno](#)

[IX Amigos](#)

[10 Que sea feliz mientras pueda](#)

[X En casa](#)

[11 Iré yo](#)

[XI Años de vino y rosas](#)

[12 La última](#)

[XII Horrores, treguas y trampas](#)

[13 Tres días](#)

[Mientras tanto, en Londres \[Mateo\]](#)

[Mientras tanto, en ninguna parte \[Javier\]](#)

[Mientras tanto, la vida \[Elena\]](#)

[Agradecimientos](#)